ALBA ZAMORA

OSCURA ES LA LLAMA



MOLINO

ALBA ZAMORA

OSCURA ES LA LLAMA

MOLINO

A las que tuvieron que esconder su nombre para ser leídas.
A las que guardáis el dolor como si fuera vuestra culpa.

Este libro es por vosotras.

Que vuestra voz prenda y nadie vuelva a apagarla.

1

> El aumento del latido del Ibrax es el único momento del año en el que los ciudadanos de Teryon se reúnen a las puertas de palacio para celebrar a las fénix. Es un momento de jolgorio que disfrutan los teryanos ante el aumento de magia.
>
> *Códice de Teryon*, vol. 7,
> «Del equilibrio de la magia»

La primera vez que me asesinaron sentí terror. La segunda y la tercera vez, ese miedo lo sentí al saber que después de morir tendría que volver a despertarme. Una y otra vez.

Eso era lo que pasaba por mi cabeza mientras notaba ese cosquilleo tan característico que bajaba desde los hombros hasta la punta de los dedos. Sentí cómo se me erizaba la piel de nuevo y, esta vez, el cosquilleo saltó hacia las piernas, que reaccionaron a él con un espasmo involuntario.

Ni que fuera la primera vez que te mueres, pensé.

Notaba la saliva espesa y la lengua pastosa; una sensación tan familiar como incómoda. Después, el cosquilleo dio paso a un intenso dolor en las articulaciones: cada centímetro de mi cuerpo se convirtió en algo pesado, fatigado. Ahí fue cuando el resto de mis sentidos se fueron activando poco a poco y comprobé que no me

rodeaba el silencio; escuchaba, no muy lejos de mí, la respiración nerviosa de varias personas.

—Ya está volviendo. —Una voz dulce habló a mi derecha.

No. No era una voz. Era Seren.

—Le está costando más que las otras veces —continuó ella.

—Cuantas más muertes, más doloroso es resurgir —respondió otra voz. Creo que Gwenna.

Aguardé unos segundos antes de abrir los ojos.

¿Quería abrirlos? ¿Quería volver a vivir lo mismo una y otra vez?

La respuesta siempre era la misma. Y la decisión que debía tomar, también lo era.

Pero resultaba tentador esperar unos instantes más con los ojos cerrados, en paz. Ya lo único que me separaba de volver a la vida era abrirlos y ver a mis hermanas.

Estaba dolorida, notaba mis extremidades, escuchaba lo que ocurría a mi alrededor y estaba plenamente consciente.

Solo faltaba eso: abrir los ojos.

—Erya, estamos aquí. Abre los ojos cuando quieras —susurró Seren, al mismo tiempo que sentí su mano sobre el brazo.

Sabía que ella se había percatado de que ya estaba despierta y que lo único que me separaba del mundo real era la cortina de mis párpados.

Todas y cada una de nosotras luchábamos la misma batalla en el instante exacto en el que las cenizas volvían a formar nuestro cuerpo. Por eso posó la mano con delicadeza en mi brazo, para recordarme que estaba a mi lado y que, aunque estuviera asustada, cuando abriera los ojos, ella iba a estar ahí.

Más manos tocaron mi cuerpo. Eran ellas, mis hermanas.

Aunque el contacto fue repentino, no me sobresalté. Noté un dolor en la garganta: tenía ganas de echarme a llorar como una niña

pequeña.

Pero no lloré, nunca lo hacía.

Todavía con los ojos cerrados, tragué saliva para intentar que el nudo de la garganta bajara y se diluyera junto al resto de las emociones que me incapacitaban.

Entonces me atreví a abrir los ojos.

—Hola. —Seren tenía la cabeza justo encima de la mía y me sonrió—. Estamos aquí.

—Lo sé —intenté decir, pero mi voz salió más ronca de lo que esperaba y apenas logré que se me entendiera—. Siempre estáis.

Cuando agudicé la vista, me encontré con más cabezas alrededor de la mesa de piedra donde había despertado que me miraban atentamente, analizaban mi estado tras mi cuarto resurgimiento.

—¿Te duele algo? ¿Qué has sentido esta vez? —preguntó atropelladamente Morgana, mientras se apartaba el flequillo color negro de la frente—. Es tu cuarta vez, ¿no?

—Levántate, Erya. Hay que mirar si has cambiado —dijo Gwenna, antes de que me diera tiempo de responder a Morgana.

«Hay que mirar si has cambiado».

Me incorporé tan rápido que me mareé.

Si había cambiado, si algo era distinto no podría…

—Despacio.

Los brazos de Seren me sujetaban mientras trataba de sentarme sobre la mesa de piedra a toda prisa. Notaba el latido de mi corazón en la sien.

—El uniforme —susurré.

Debía quitármelo, si no, no podría comprobarlo bien.

Eché mis brazos hacia atrás para intentar desabrocharme la parte de arriba de la armadura, pero mis articulaciones seguían

doloridas y la brusquedad del movimiento provocó que me temblaran los labios del dolor.

—Yo te lo quito. —Escuché a Morgana detrás de mí, que ya había empezado a desabrochar los broches metálicos.

Apenas noté cómo la armadura de metal se relajaba sobre mi piel, Seren ya había comenzado a tirar de ella hacia delante para quitármela del todo. Hice otro amago de levantar los brazos, pero tenía el cuerpo demasiado dolorido como para lograrlo, así que Seren terminó de desvestirme.

Y mientras ella lo hacía, yo repasé todo mi cuerpo con las manos temblorosas. Comencé por los omóplatos, pero me temblaban tanto las manos y estaba tan nerviosa que, por un segundo, dudé de si lo que estaba palpando eran cicatrices antiguas o eran fruto del resurgimiento. Pero parecía que mi piel tenía las mismas marcas de guerra y no había ningún bulto que indicase la formación de unas alas.

—Miradme la espalda —dije en alto a las hermanas que me observaban. Necesitaba asegurarme—. ¿Algo?

—Nada. —Escuché a Aria decir detrás de mí—. No hay nada nuevo.

—Aquí tampoco. —Exhaló Seren.

Había estado tan ocupada preocupándome de si en mi espalda había alguna marca nueva que no me había dado cuenta de que tanto Seren como Morgana ya habían recorrido con sus manos toda mi extremidad inferior. Aun así, necesitaba comprobarlo con mis propios ojos.

—Nada —dije, mientras doblaba las rodillas y me sentaba con los pies apoyados en la mesa de piedra—. Nada —repetí.

Morgana se acercó a mí con cuidado, y con sus manos callosas sujetó mi rostro. Una mirada bañada de preocupación me recorrió

para asegurarse de que ahí todo permanecía igual. Sonreí al reconocer esos ojos llenos de angustia, era la expresión que todas teníamos cada vez que una de nosotras resurgía.

Por muchos años que pasaran, esos minutos nos seguían dando el mismo pavor.

—Estás igual —concluyó Morgana.

Respiré de nuevo al escuchar esas dos palabras.

Mi cuerpo se relajó tanto que, por un momento, tuve el impulso de volver a tumbarme sobre la mesa. Nada había cambiado. Todo seguía igual.

—¿No es tu cuarto resurgimiento? —preguntó Morgana de nuevo.

Observé el rostro de mis hermanas alrededor de la mesa de piedra; cada una tenía una expresión muy distinta. Mientras que Seren y Morgana sonreían ampliamente y me miraban con lágrimas en los ojos, aliviadas; Gwenna y Aria conservaban esa expresión de desasosiego en sus rostros. Las demás se habían alejado de la mesa al comprobar que estaba bien y caminaban nerviosas alrededor del salón.

—Sí. Es la cuarta —respondí. Decirlo en voz alta hizo que mi corazón trastabillara.

De las diez, la única que había tenido una transformación física tras el resurgimiento era Lili. No tuve que buscar mucho para comprobar que estaba mirando a través de los barrotes de metal que nos separaban del exterior, como hacía siempre que una resurgía. Pero mis ojos rápidamente bailaron hacia su espalda, en concreto hacia lo único que la diferenciaba de las demás.

Esos dos apéndices que se marcaban en la zona del omóplato, debajo del uniforme.

Las alas.

Era la única a la que se le habían comenzado a formar tras resurgir, algo con lo que los ondrari nos amenazaban antes de cada una de sus misiones. Por eso todas me miraban con tanto pavor; porque a Lili le salieron en el cuarto resurgimiento.

«Cuantas más muertes, más os acercaréis al origen de vuestra especie».

La frase que los ondrari nos repetían una y otra vez pasó por mi mente de nuevo. Cuantas más muertes, más nos alejaríamos de la parte humana a la que todavía nos aferrábamos; y perder la humanidad supondría perder todo lo que aún me mantenía cuerda.

—Ya vienen —dijo Lili, como si me hubiera leído la mente y supiera en qué estaba pensando—. Se están acercando, oigo los gritos.

Si venían ya, significaba que nos tocaría salir al balcón, así que debía vestirme antes de que llegara uno de los ondraris a por nosotras.

—Todas listas —ordenó Gwenna.

Con la ayuda de Seren, me puse el uniforme de nuevo, esa armadura de metal modulable con la que pasaba la mayoría de mis días. En cuanto pude ponerme de pie, me dirigí hacia los barrotes desde los que Lili miraba al exterior.

—Ya vienen —repitió ella.

Noté sus ojos clavarse en mí mientras echaba un vistazo fuera. Estaba en lo cierto, el murmullo de los ciudadanos se escuchaba desde la lejanía y ya se podía distinguir a la masa de gente que caminaba hacia palacio. Odiaba con todas mis fuerzas cuando esto ocurría; el resurgimiento ya era un martirio más que suficiente como para tener que participar en un espectáculo tan cruel.

Lili no había apartado la mirada de mí, y cuando me encontré con sus ojos, una máscara fría y sombría había cubierto cualquier

expresión de preocupación que pudiera tener.

—Me alegra que no hayas comenzado a ser una bestia como yo —musitó con su expresión imperturbable.

—No eres ninguna bestia.

No lo era, ninguna lo éramos.

—Sabes que sí.

Abrí la boca para responder, pero unos gritos desviaron mi atención. Provenían de fuera del salón; estaban cerca.

—Vamos, chicas —insistió Gwenna—. Mejor que nos vean preparadas. Erya. —Al oír mi nombre, aparté la vista del exterior y miré en su dirección—. ¿Estás lista? Puedo comunicarles que esta vez yo…

—No — respondí tajante, colocándome de espaldas a los barrotes—. Iré la primera, como siempre.

Todavía notaba cómo mis hombros y caderas palpitaban de dolor con cada movimiento, pero sabía que las consecuencias de desobedecer el orden divino serían mucho peores y no estaba dispuesta a ver que Gwenna recibía un castigo por mi culpa.

Me giré de nuevo hacia Lili para terminar nuestra conversación, pero ella ya se había colocado en fila detrás de Gwenna y el enorme portón.

El deber nos llamaba.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó Seren mientras caminaba hacia la fila y recogía su densa mata de pelo marrón en una coleta —. Si no te sustituye Gwenna, tal vez podría hablar yo con ellos y…

—Estoy bien —respondí a mi amiga—, hoy no habrá latigazos.

—Estamos acostumbradas, lo sabes bien.

—Hace tiempo que eso dejó de consolarme —reconocí.

Me adelanté por la izquierda de la fila para situarme delante de Gwenna, Seren ya se había colocado al final.

Estiré la espalda, eché los hombros hacia atrás, y ladeé el cuello como si estuviera a punto de iniciar una pelea, pero aquello era mucho peor. Me enfrentaría a decenas de necros antes de tener que vivir esto otra vez tras un resurgimiento.

Mirada al frente y la mente en blanco. Mis ojos se clavaron en el portón que no tardaría en abrirse.

—Recordad. —Alcé la voz para que todas me escucharan, sin apartar la mirada del frente—: Nada de desobedecer una orden ondrari, nada de moverse de la fila cuando estemos en el balcón y nada de hablar, salvo que sea estrictamente necesario. ¿De acuerdo? Hacemos lo que nos piden, como siempre, y volvemos a palacio. Solo serán unos minutos.

Pronunciar aquellas palabras en voz alta hacía que me escocieran los ojos. Odiaba ser sumisa, odiaba tener que obedecerles; pero odiaba más tener que escuchar los gritos de mis hermanas mientras les hacían daño una y otra vez.

Escuché unos murmullos a modo de respuesta y una palmadita de Gwenna en la espalda; no me hizo falta girarme para saber que mantenía el mentón alto y la mirada decidida hacia delante. Gwenna era tenaz y también experta en mantener la expresión impasible.

Las puertas se abrieron y los rostros que tanto odiábamos nos esperaban tras ellas.

—Mis chicas.

Morcant jugueteaba con sus dedos, rodeado de guardianes. Había conocido a muchos ondrari durante nuestra larga existencia, pero él tenía el privilegio de ser el único que había conseguido que yo temblara al verlo. Me aterraba su presencia, era cruel, ruin, y su forma de mirarnos era repulsiva.

Su piel azulada estaba más pálida que de costumbre; supuse que había estado entrenando desde que se autoproclamó general

supremo de los guardianes de palacio. Lucía con orgullo la casaca blanca repleta, para mi gusto, con demasiados abalorios; pero nada de su aspecto era tan terrorífico como la forma en la que sonreía al mirarnos. Nos trataba como si fuéramos de su propiedad y, en parte, así era.

—Vuestro pueblo ya ha llegado a los jardines. Es hora de que salgáis a saludarles —continuó, rápidamente sus ojos se centraron en los míos—. ¡Espero que su felicidad se os contagie! ¡Es un día espléndido!

Mi turno.

—Le aseguro que mis hermanas y yo estaremos encantadas de saludarles, señor.

La sonrisa de Morcant se abrió aún más al escucharme hablar. Le detestaba. Ojalá poder matarlo, ojalá…

—Erya, cariño —murmuró, mientras avanzaba hacia el interior del salón—. ¿Cómo estás? Supongo que feliz por haber podido brindar a este reino de más magia, ¿no?

No me moví. Me mantuve con el mentón elevado y la espalda firme. Lo único que tuve que controlar fueron mis manos que, apoyadas sobre la parte trasera de mi armadura, temblaron presas de la rabia.

—Feliz y eufórica, señor.

—Señor no, Erya, te lo tengo dicho. —Chistó con la lengua como si me estuviera dando una reprimenda y yo fuera una niña a la que educar—. Soy Morcant, no señor.

Te odio, Morcant.

—Disculpe. Feliz y eufórica, Morcant —repetí.

—Me alegra escucharlo —dijo mientras me guiñaba un ojo y logró que mis ganas de matarlo crecieran a cada segundo que pasaba—. Seguidme.

En cuanto dio la orden, mis hermanas y yo comenzamos a caminar de vuelta a palacio.

Avanzamos escoltadas por los guardianes un largo rato, ignorando las miradas de los teryanos curiosos hasta que llegamos al interior del palacio. Morcant, que caminaba justo por delante de mí, alzó la mano derecha e indicó a los guardianes que se adelantaran. Sabía que, al girar por el pasillo, nos encontraríamos con la escalera oculta que se dirigía hacia el balcón; nunca nos llevaban por las zonas principales de palacio para no encontrarnos con los miembros del Consejo.

Una vez los guardias nos adelantaron, Morcant nos indicó que comenzáramos a subir.

Odiaba con toda mi alma ese recorrido y, a medida que subía la escalera de caracol, escuchaba con más claridad los gritos que nos aguardaban. Ya no llevaba las manos a la espalda, así que, para calmar mi ansiedad, comencé a mover los dedos en un ritmo silencioso, casi mecánico, tocando uno a uno la yema del pulgar.

Índice, mediano, anular, meñique…

Por lo cerca que se escuchaban los gritos, podía saber que solo nos quedaba un tramo de escaleras para llegar al balcón.

Índice, mediano, anular, meñique…

—¡Hermanas Kaol! —Morcant pronunció nuestro apellido, como siempre, con un desprecio que erizaba la piel—. Aquí tenéis a los ciudadanos agradecidos.

Índice, mediano, anular, meñique…

Las escaleras terminaron y me obligué a estirar las manos y centrarme en la puerta color ocre que teníamos delante. Los gritos ya eran perfectamente audibles y no hacía falta afinar el oído para saber que, como siempre, no todas las voces nos gritaban cosas agradables.

—Adelante.

El ondrari abrió la puerta con fuerza y, sin pensarlo mucho más, caminé hacia el exterior del balcón y dejé que los gritos llenaran mis oídos. Sabía que mis hermanas me seguían, pero no podía girarme para mirarlas, escuchaba sus pasos tras de mí.

Me situé en el centro del balcón y ellas se quedaron quietas unos dos pasos detrás, formando una fila horizontal.

—¡Ciudadanos de Teryon! —exclamó Morcant a mi izquierda, silenciando la mayoría de los gritos.

Había más gente que otras veces. ¿Mi muerte había generado más magia? ¿De qué dependía?

—Hoy os recibimos en los jardines del palacio porque la muerte ha vuelto a asolar a las Kaol —continuó. Pude escuchar alguna voz que exclamaba presa de la felicidad—. ¡Llevaba mucho sin ocurrir! Pero el corazón de este reino, el corazón de vuestra magia y de la de todos los ciudadanos de Teryon, ha vuelto a ser alimentado.

Los presentes estallaron en vítores. Yo trataba de mantener la vista al frente, como una soldado firme que no agachaba la cabeza para no romper su formación; no como una mujer asustada porque tantas personas se alegraran de su muerte.

—¡El ciclo divino ha ocurrido de nuevo y es un ciclo inquebrantable! —Morcant gritaba con tal emoción en su voz que por un segundo me sacó del ensimismamiento—. ¡Y el Ibrax hoy ha sido beneficiado gracias a su líder! —De reojo vi a Morcant extender su mano izquierda hacia mí, yo se la tendí—. Erya, ¿tienes algo que decir al pueblo de Teryon?

Se hizo el silencio.

Me temían tanto que ni siquiera se atrevían a abuchearme y eso era lo único de esta situación que disfrutaba. Volví a respirar hondo y, aunque lo que tenía que decir distaba mucho de la realidad de mis

pensamientos, comencé a hablar:

—El ciclo divino me llevó a la muerte una vez más y no puedo sentirme más agradecida —exclamé. Ni siquiera me temblaba la voz; sabía cuál era mi papel, lo que tenía que hacer—. ¡Espero que el Ibrax os recompense con más magia tras mi muerte!

Cuando los vítores comenzaron, me permití dirigir la mirada hacia el origen de todos ellos. Las pieles azuladas eran las que más gritaban con diferencia; siempre ocurría igual, porque los ondrari nos detestaban con toda su alma. Busqué algún resquicio de piel con tonos rojizos, pero no vi ninguno. Nunca venían. Los inferis no celebraban nuestras muertes.

—¡Calmaos, calmaos! —Morcant reía, estaba feliz. Era asqueroso —. Las Kaol deben retirarse a entrenar. ¡Alimentaos del Ibrax cuando lo necesitéis, ciudadanos! El dios Nerón así lo querría. —Me miró un instante, sonrió de nuevo y volvió hacia su público—. ¡No las temáis! Las mujeres fénix están controladas. No son una amenaza para Teryon.

«Las mujeres fénix están controladas».

Eso éramos nosotras. Mujeres fénix creadas por y para el sufrimiento.

Siempre decía lo mismo y me estremecía de igual forma. ¿Por qué seguía reaccionando así, si conozco el motivo de mi existencia desde hace siglos?

Fuimos creadas para hacer daño. Eso es todo lo que somos.

La mano de Morcant se apoyó en mi espalda mientras escuchábamos cómo los vítores continuaban, provocándome un escalofrío cuando se acercó a mi oído para susurrarme:

—Quiero examinar yo mismo si has cambiado. Dirígete tú sola a mis aposentos, cariño.

Todo mi cuerpo se tensó. Hacía mucho que no me obligaba a ir a

su habitación y pasar tiempo con él.

Quería ver si había cambiado, si algo de mi cuerpo era distinto y eso significaba…

—Vamos —insistió él, interrumpiendo mis pensamientos.

Tenía la cabeza embotada y no lograba concentrarme en ninguna emoción más que en el odio intenso que sentía hacia él. La última vez que me resistí a ir a su habitación apaleó a Lili durante una hora y me juré que esa situación jamás se repetiría.

Por eso me giré de espaldas a los gritos de los ciudadanos que habían disfrutado de mi muerte y no me atreví a mirar a mis hermanas cuando, en un susurro, le respondí:

—Estaré encantada de acudir.

Índice, mediano, anular, meñique…

Índice, mediano, anular, meñique…

2

> Ignath es el centro mágico, político y militar absoluto del reino de Teryon. Este, a su vez, está subdividido en tres anillos; anillo interno, anillo medio y anillo externo, siendo el primero de estos la zona más protegida del reino debido a la cantidad de magia que abarca.
>
> *Tratado de las tierras de Teryon*

Mis pisadas sonaban seguras cada vez que me dirigía a los aposentos de Morcant. Cuando quería intimidad conmigo, yo acudía obediente, sumisa, y con una tranquilidad que distaba mucho de lo que realmente sentía.

Siempre he confiado en que, si finjo seguridad a la hora de hacer algún sacrificio, acabaré por sentirla.

—Has estado exquisita, Erya.

La voz tenebrosa y grave de Morcant me distrajo de los pensamientos oscuros en los que me había sumido; tanto, que ni siquiera me había dado cuenta de que el portón de madera de su despacho se alzaba frente a mí. Antes de que me diera tiempo a responder, abrió la puerta y me indicó con la mano que pasara.

Toda esa seguridad y valor se disolvieron en el preciso instante en el que la energía del despacho me rodeó, el olor rancio y denso que flotaba en él hizo que se me secara la boca y me fallaran las

rodillas por un segundo.

Tenía miedo. Quería huir. No quería volver a pasar por esto.

—¿Me has escuchado?

Morcant permaneció junto a la puerta. Yo, sin embargo, me encontraba en mitad del despacho como si mi capacidad para moverme se hubiera esfumado.

—Sí, perdón. —Negué con la cabeza—. Gracias, Morcant.

Él me dedicó una sonrisa de suficiencia mientras, a paso lento, se dirigía hacia la vitrina transparente que tan bien conocía. Con su gracia característica, deslizó los dedos sobre las distintas botellas de licores de colores; a mí, en cambio, se me revolvió el estómago solo de mirarlo.

—¿Sabes? A veces, cuando sé que habéis vuelto a morir, algo dentro de mí se entristece. —Tamborileó con los dedos sobre una botella de líquido turquesa—. Os he cogido cariño.

Sus ojos no se apartaron del licor turquesa, que ya vertía en un vaso de cristal que sujetaba con delicadeza. Noté cómo un nudo en el estómago se me formaba mientras pensaba qué podría responder a aquello.

—Lo puedo comprender.

—No. No lo entiendes. —La mirada azul gélido me fulminó desde la vitrina—. No sabes lo que es tener que cuidar, proteger… Tener que mantener al símbolo más importante de este reino. Tener que… —Negó con la cabeza—. Quiero asegurarme de que ninguno de esos vándalos os lastime… Es difícil.

No era la primera vez que hacía aquello. Siempre que reflexionaba acerca de su trabajo y de nuestro papel en el reino, hablaba de nosotras como si fuéramos unos cachorros de los que tenía que cuidar y proteger frente a un reino que nos consideraba hostiles. Más de la mitad de Teryon nos temía tanto que ni siquiera

se atrevían a acercarse a palacio cuando alguna de nosotras resurgía y él parecía sufrir con aquello.

Pero yo nunca me creí ni una sola palabra de ese discurso. Jamás. Todo eran mentiras, patrañas que nos decía para disimular la aterradora apatía que dominaba su alma, si es que tenía. Éramos las armas de Teryon, y a él no le dolía lo más mínimo que lo fuéramos.

—Tiene que ser difícil gestionar algo así. —Era mi turno, me tocaba hacer bien el papel para el que había nacido—. No puedo imaginarme lo terrible que tiene que ser.

—Siempre has sido mi favorita. —Mientras pronunciaba aquella frase, caminaba por el despacho, despacio. Yo no me había dado cuenta de que había retrocedido hasta que mi trasero chocó con la mesa de color ocre sobre la que se amontonaban decenas de papeles—. Tu pelo rojo me llamó la atención desde el primer día en el que mis ojos se posaron en ti. Tan rebelde.

Quería matarlo. Acabar con él para siempre.

—Tan rebelde y hermosa. Tienes una belleza… —De nuevo el olor rancio y empalagoso me inundó la nariz cuando Morcant acortó la distancia entre nosotros. Yo era cientos de años mayor que él, pero, por la diferencia de especie, parecía ser al revés. Sus arrugas profundas y marcadas enmarcaban orgullosas su frente—. Letal, podría decirse. Es una lástima.

—¿Una lástima? —respondí. No sabía qué hacer. No podía moverme. Alzó la mano derecha hacia mi barbilla, levantándola con sutileza.

Índice, mediano, anular, meñique…

Índice, mediano, anular, meñique…

—Una lástima que algo tan hermoso sea la antítesis de lo divino. Una sombra en nuestra historia. Un diseño infernal creado para sufrir, para servir… De nada sirve tu hermosa cara si tu propósito es

este, ¿verdad? —Dejó escapar una cruel risa de sus labios. Yo no me moví mientras su dedo pulgar rozaba mi labio inferior con desprecio; sabía lo que venía a continuación porque no era la primera vez que me decía palabras similares—. Te tengo cariño y me duele, porque sé que tu existencia eterna es repulsiva, y odio saber que así va a ser siempre.

Tres golpes firmes en la puerta me salvaron.

Los dos giramos las cabezas hacia el sonido, todavía con su mano colocada en mi mentón.

—¡Señor! —gritó alguien al otro lado de la puerta—. ¡Hay una emergencia en el anillo externo de Ignath!

¿Emergencia en el anillo externo? Esas criaturas solo tenían que preocuparse de ir a entrenar todas las mañanas o de vigilar las fronteras de la capital por si algún ciudadano hambriento pretendía cruzar. No se me ocurría qué tipo de emergencia podía asolar sus calles.

Pero sabía que, fuera lo que fuera que ocurriese, la palabra *emergencia* terminaba por derivar en una de nosotras. Una Kaol.

—¿Qué tipo de emergencia? —preguntó Morcant.

El guardia permaneció en silencio unos cinco segundos antes de responder:

—Necros, señor.

Morcant se apartó de mí en cuanto la palabra *necros* salió de la boca del guarda.

¿Necros? No tenía la menor idea de cómo habían llegado hasta allí, apenas dos días antes habíamos revisado el perímetro de la ciudad y no encontramos rastro de ninguno.

—Vamos. Convoca a las Kaol y que se preparen en la armería.

Tan pronto como el ondrari le dio la orden al guarda, escuché unos pasos corretear y alejarse del despacho. La mirada gélida de

Morcant me recorrió de arriba abajo por última vez antes de susurrar:

—Una pena que no hayamos tenido tiempo. Ya lo tendremos. —Asentí—. Dirígete a la armería con tus hermanas —me ordenó.

—De acuerdo.

—Erya.

Me giré antes de salir del despacho, con la mano derecha apoyada en el pomo.

—No falléis. No quiero que tengamos necros en la capital al menos por un tiempo.

Asentí. Yo nunca fallo.

Por algo éramos el arma de este reino, creadas para el sufrimiento y para proteger a los ciudadanos de Teryon. Lo odiaba, me odiaba, pero sabía que nunca fallaría en una misión. Jamás.

—Cuenta con ello.

3

> Los necros surgieron por un error desconocido en el proceso mágico de la creación del Ibrax. Desde entonces, estas criaturas han sido la mayor amenaza que ha asolado el reino de Teryon.
>
> *Códice de Teryon*, vol. 7,
> «Del equilibrio de la magia»

—Escuchad.

Mi orden llenó la armería, por lo general, silenciosa, pero ahora sumida en un caos controlado. Todas conocíamos nuestro deber y nos preparábamos para la misión siguiendo uno a uno los pasos de una coreografía, practicada a lo largo de muchos años, donde incluso el orden en el que cogíamos las armas se había automatizado.

—Te escuchamos, Erya —dijo Seren, terminando de colocar su espada en la vaina.

Pasé los ojos por todas ellas antes de hablar. Se dispusieron en fila, cubriendo el espacio cuadrado con sus espaldas mirando hacia la pared. Revisé las espadas, dagas y sables, que colgaban de unos apliques; los arcos y ballestas, que descansaban sobre una de las largas mesas de madera; también las armas más especiales como…

—¿Quién ha cogido los discos metálicos? —pregunté curiosa.

Morgana alzó las armas, divertida, mientras jugueteaba con ellas con ambas manos.

—Quiero innovar, no puede ser que todavía no haya probado a matar con estos dos juguetitos. —Sonrió mientras alrededor de su dedo índice los dos discos daban vueltas—. ¿Me tenéis envidia?

—Mucha —afirmó Aria entre risas—. Sobre todo, cuando te cortes y tengamos que sacarte de allí antes de que te maten.

—Envidia —repitió Morgana—. Voy a matar más necros que…

—Chicas, escuchemos a Erya. —Gwenna alzó la voz por encima de las dos hermanas. Su tono siempre era responsable y formal, pero jamás cruel con ninguna de nosotras. Eso era lo que nos representaba al final del día: por encima de todo y de todos, nos queríamos y respetábamos. Éramos una sola alma dividida en diez cuerpos y nuestra relación era lo más valioso que teníamos.

Sonreí ante la forma en la que Morgana guardó los discos metálicos y asintió antes de centrar sus ojos color ónix en mí.

—Bien. —Tocaba dar las instrucciones, como siempre—. Me confirman que hay necros cerca del perímetro central del reino.

—Hace siglos que no limpiamos esa zona. ¿Cómo han entrado? —inquirió Aria.

—Es cierto, yo tampoco entiendo cómo han podido avanzar tan rápido.

Que hubiera necros en la capital implicaba que las barreras de defensa de las ciudades que hacían frontera también habían fallado. ¿Cómo podían los necros moverse tan rápido y sigilosos? No es que fueran poco llamativos precisamente.

—Son una maldita plaga —añadió Seren, las demás murmuraron y asintieron.

—Lo son, pero tenemos que volver a controlar la zona.

—¿Hasta cuándo? Se acercarán al centro de nuevo. —Lili habló

por primera vez—. Es absurdo, vamos a tener que repetir lo mismo infinitamente. Nunca acaban.

Tardé unos segundos en responder, porque objetivamente tenía razón. Entendía su frustración y entendía que resultara absurdo tener que matar las mismas bestias una y otra vez cuando parecían reproducirse más rápido de lo que nosotras tardábamos en acabar con ellas.

Era injusto y lo odiaba. Pero era lo que teníamos que hacer.

—Sabes que es lo que hay que hacer —dije entre dientes. Lili se limitó a asentir y apoyó su mano en la espada que asomaba por la funda negra que tenía atada en su cinturón—. ¿Estáis todas armadas y listas?

—¿No hay más información al respecto? —preguntó Dwua, mientras terminaba de recogerse el pelo en una trenza.

—Al parecer, los necros han llegado a la zona norte de Ignath. Los guardias dieron la orden hace media hora, así que lo más probable es que ya hayan avanzado.

—¿Número de necros?

—No me han comunicado estimación —respondí a Gwenna.

—¿Vamos solas o esta vez se unirán los guardias a la misión? —preguntó Aria, a lo que varias de las hermanas giraron sus cabezas a mirarla—. ¿Qué? Hace unos meses vinieron con nosotras.

—Eso fue porque peligraba el culito de uno de los ondrari líder y, claro, como son unos…

—Vamos solas, Aria —terminé por decir, interrumpiendo a Morgana, no porque no estuviera de acuerdo con ella, sino porque hacía unos instantes que había percibido las pisadas de alguien al otro lado de la puerta de la armería. Nos escuchaban.

Mientras indicaba a mis hermanas que revisaran su equipamiento y que comenzaran a salir por la puerta de la armería hacia donde

nos esperaban los caballos, comprobé que mis armas estaban en su sitio.

Las empuñaduras de mis cuatro dagas asomaban por las fundas que tenía en los costados y en la parte superior del muslo. En más de ochocientos años de existencia es lo único que ha permanecido a mi lado, además de mis hermanas, siempre han estado y siempre estarán.

Todo ser con alma puede morir. Si careces de alma, te conviertes en algo eterno.

Las palabras que Morcant nos había dicho más de una vez resonaron en mi cabeza mientras trenzaba a toda velocidad mi pelo. Mis dagas tampoco tenían alma, como yo. Solo éramos tipos distintas de herramientas destinadas a ser empuñadas por otras personas.

Todas esperaban montadas en sus respectivos caballos cuando salí de la armería. Y, como siempre, algo había cambiado en sus miradas. La jovialidad que antes bañaba la armería se había transformado en una mirada letal que asustaría a cualquiera en todas y cada una de mis hermanas. Ni siquiera tuve que pararme a reflexionar si, en mi caso, esa actitud también se había apoderado de mí porque notaba la rabia burbujeante llenar cada centímetro de mi cuerpo.

Usaba la rabia para luchar, para ser letal y peligrosa en el campo de batalla. Aunque no la hubieran originado aquellos a quienes debíamos asesinar.

Me acomodé en el lomo de mi caballo con un salto ágil. Su lomo cálido y familiar me reconfortó durante unos instantes hasta que alcé la vista y comprobé que el cielo de Teryon estaba tan encapotado y grisáceo como de costumbre. Las nubes parecían querer transmitir una advertencia constante. No me molestaba, nunca en mi

existencia había visto la luz de los soles del reino llenar los cielos. Había quien decía que, antes de la creación de los primoris, el cielo estaba despejado y los soles bañaban el reino en su plenitud, dándole un aspecto al territorio muy distinto al que tiene ahora.

Yo nunca creí esas leyendas.

—Vamos, Haze. —Me agaché sobre el lomo de mi caballo para besarle la crin antes de partir—. ¡¡¡Seguidme!!! —Alcé la voz—. Se supone que están a lo largo de toda la zona norte de Ignath, así que dejaremos los caballos en la entrada y seguiremos a pie. ¿De acuerdo?

—Sí —respondieron todas al unísono.

El primer golpe del casco del caballo sobre el terreno sonó como un trueno. El resto de mis hermanas nos siguieron al galope como una sombra, mientras bordeábamos los exteriores del muro del palacio para llegar al puente que nos separaba del resto de la ciudad.

No pude controlarme y, como siempre hacía cuando bordeaba la fortaleza al galope, estiré la cabeza para ver el precipicio que se extendía a apenas un metro de Haze y de mí. La muralla que rodeaba el palacio se alzaba sobre una montaña inmensa que destacaba por encima del territorio llano de la ciudad principal de Teryon, Ignath. Tan solo nos separaba un puente en la parte delantera del palacio, el resto del palacio estaba rodeado de un precipicio de metros y metros de profundidad con un fondo bañado de piedras afiladas que asustarían a cualquiera.

A cualquiera, menos a nosotras. Cada día teníamos que rodear ese precipicio para cumplir nuestras misiones y había llegado a resultarme atractivo. Era peligroso y eso me gustaba.

Cuando nuestros caballos habían llegado al famoso puente que delimitaba el anillo interior del medio de Ignath, pegué mi cuerpo al

cuello de Haze, dejando que la velocidad despeinara los mechones sueltos de mi trenza y que la luz de las antorchas bañara mi rostro y el de mis hermanas.

—Ya tenemos público.

El grito de Morgana llenó el silencio de la noche, nos advertía de las siluetas que se asomaban por las ventanas de las casas más cercanas al puente. Miradas curiosas que querían vernos actuar, como siempre.

El resto de las calles pasaron como un destello alrededor de nosotras mientras cabalgábamos en dirección al anillo externo. No quise mirar a las personas que se asomaban al escuchar los cascos de nuestros caballos, no necesitaba constatar que seguían analizándonos entre comentarios de miedo, odio y, en algunos casos muy contados, admiración.

Pero hice frenar mi caballo cuando avisté el primer edificio de color oscuro a menos de cien metros. El anillo externo de Ignath, habitado, en su mayoría, por inferis guerreros y druvaris de bajo rango, estaba más silencioso que de costumbre.

—¿Estarán escondidos en sus casas? —comentó Aria al bajar de su caballo.

Tal y como habíamos previsto, dejamos los caballos atados en fila, mientras nosotras comenzamos a sacar nuestras armas y a deslizarnos por las callejuelas en casi completo silencio. Aquella era la única zona de la ciudad que tenía casas e infraestructuras con colores más allá del gris o del marrón, y sus edificios eran de mayor altura y tenían varias plantas, donde los druvaris e inferis entrenaban de cara a posibles catástrofes que pudieran asolar Ignath. Era una región de entrenamiento y vigilancia, destinada a que los soldados de menor rango acudieran a trabajar. No era una zona problemática gracias a la frontera que separaba Ignath del

resto de Teryon y que mantenía alejados a los necros. O así había sido hasta entonces.

Nuestras misiones nunca eran dentro de los anillos de Ignath, las áreas circundantes eran las más asoladas por aquellas bestias. Tampoco habíamos recibido ningún aviso de Rhyen acerca de la aparición de estas criaturas… ¿Habrían entrado por Vahdris? Era imposible, no debían de saber nadar… ¿Y por Kaoral? Imposible también, esa zona no estaba habitada y probablemente expulsaría a cualquiera carente de magia, un necro ni siquiera podría acercarse…

—No me gusta esto. —Gwenna se colocó a mi lado, sacándome de mis pensamientos.

—A mí tampoco —respondí sin mirarla, mi vista fija en lo que nos rodeaba.

Las antorchas, normalmente encendidas, aunque fuera de día por la escasa luz que nos aportaba el cielo, estaban apagadas. Eso no podía indicar nada bueno.

—Si se supone que han entrado por la zona norte, deberían estar al caer, es raro que no escuchemos nada —continué hablando. Notaba los pasos ágiles de mis hermanas a mi alrededor, colocadas en la formación habitual conmigo liderando el equipo y Gwenna cubriéndome las espaldas.

Debía de ser un grupo numeroso de necros o los druvaris e inferis del anillo no se habrían retirado con tanta rapidez. A no ser, claro, que hubieran recibido una orden directa de que lo hicieran al saber que veníamos nosotras.

No me sorprendería, todos son unos malditos cobardes.

El aire parecía volverse más pegajoso mientras oteábamos las callejuelas intentando no alterar el silencio que bañaba el barrio. Hasta que lo vi.

Un hombre con la piel como las brasas, un inferi, me miraba a

través de una de las ventanas del edificio que tenía a mi derecha. Se llevó un dedo a la boca, indicándome que guardara silencio.

—¿Dónde están? —vocalicé, sin emitir sonido.

Pasaron unos segundos hasta que el inferi fue capaz de abrir la boca a través de ese ventanal y pude leer en sus labios:

—En todas partes.

Fuera casualidad o destino, en cuanto el inferi pronunció aquellas palabras, escuché los pasos acelerados de una de mis hermanas a mi derecha.

—He visto uno —gritó Aria. No me dio tiempo a ver a dónde se dirigía.

—¡No rompas formación! —exclamé, dejando la mirada del inferi atrás y siguiendo la voz de Aria.

—Esta vez creo que están desperdigados —me dijo Seren, apoyando su brazo sobre el mío—. Debemos separarnos.

Si nos separábamos, podríamos cubrir más terreno, pero los necros no se movían en solitario jamás y si ella se encontraba con un grupo entero…

Los vi. A todos. Eran decenas, al final de la calle.

Decenas de siluetas oscuras y sigilosas que se movían como si volaran por encima del suelo. Sus brazos alargados y huesudos listos para arrancar la magia de todo aquel que se cruzara en su camino.

Ellos también nos vieron, siempre lo hacían. Parecían detectarnos antes que a cualquier otra criatura. Sus rostros deformes y casi fantasmagóricos se dirigían siempre hacia nosotras, aunque estuvieran enfrentándose a un ejército de guardianes.

Mejor, así tardaría menos en matarlos.

—¿Cómo han llegado tantos? ¿De dónde coño salen? —Escuché a Lili colocarse a mi lado mientras observábamos la masa oscura de necros que nos vigilaba a apenas unos cincuenta metros.

—No nos tiene que importar eso. Debemos matarlos y volver. Cuanto antes.

Quería saberlo, quería que alguien me diera un motivo de peso para explicar por qué, centenares de años después de la creación del Ibrax, seguían surgiendo necros de la nada. Pero sabía que no debía pensarlo y tampoco me correspondía averiguarlo; ni a mí, ni a ninguna de mis hermanas. Matamos sin preguntar, y ya. No podíamos escapar del rol que nos habían asignado al nacer.

—Diez minutos —continué—. Todas en diez minutos donde los caballos, ¿de acuerdo?

—Son muchos.

—Lo sé, Seren. —Alcé la cabeza mientras jugueteaba con las dagas—. Pero podemos hacerlo en diez minutos.

No iba a perder más tiempo con esas criaturas de nuevo. Los mataríamos y volveríamos al palacio. Ya está.

—Serán ocho —añadió Gwenna.

Y corrimos hacia ellos.

Los necros flotaban, reptaban, eran un humo espeso que parecían absorber la poca luz que quedaba. No tenían rostros. No tenían cuerpos definidos. Solo bocas abiertas en un grito perpetuo sin sonido, y extremidades que mutaban a placer, como tentáculos de humo negro.

Se habían dispuesto en una pequeña plaza, manchando todas las paredes oscuras del barrio a su paso con esos restos negros tan característicos. Joder, eran muchos, tal vez…

—Quince minutos —grité mientras corría hacia las bestias, que se movían de un lado a otro, a la espera de nuestro ataque.

—No están donde dijeron —escuché decir a Gwenna.

—¡No importa! Hora de la limpieza —canturreó Morgana, saludándome con sus discos metálicos mientras corría a una

velocidad imparable.

Aria, sin embargo, fue la primera en atacar. Vi su espada atravesar el pecho de uno de los necros justo en el punto exacto en el que sabíamos que sería letal. No tenían corazón, alma o magia, pero, al atravesar justo el centro de sus pechos, los necros desaparecían.

Yo me lancé contra un grupo que trataba de reorganizarse en una masa compacta. Corte tras corte, mi fuego se abría paso como una aguja precisa. Las criaturas estallaban al contacto, y desaparecían en un suspiro de brasas. Sentía sus cuerpos deshacerse bajo mis movimientos, como humo arrancado por el viento.

Detrás de mí, escuché la explosión controlada de los discos de Morgana cuando impactaban. El eco metálico de su risa llegó justo después.

—Siete —dijo satisfecha.

—Seis y medio. Uno solo estaba medio formado —objetó Seren, lanzando una flecha que atravesó dos necros con un solo impacto.

Así avanzamos por el barrio ejecutivo, asesinamos a todas y cada una de las criaturas que se cruzaban en nuestro camino sin despeinarnos más de la cuenta. Cada una cubría a la otra sin necesidad de hablar. Cuando una retrocedía, había una hoja preparada para sustituirla.

No éramos caóticas ni violentas. Éramos inevitables.

Un necro más grande, con tentáculos de humo inmensos, se lanzó hacia mí desde una cornisa. La advertencia de Seren me permitió lanzar mis dagas a su pecho en apenas unos segundos.

Pero su cuerpo de humo me rodeó como si no hubiera atinado en el objetivo.

Era imposible.

No me gustaba recurrir a la magia frente a ellos porque su simple presencia los excitaba, pero su cuerpo sobre el mío me asfixiaba.

Alcé la mano y descargué una llamarada de fuego sobre su cuerpo.

—Ya los has puesto nerviosos —escuché objetar a Lili, mientras el necro que, hasta hacía unos segundos, me estaba incordiando se reducía a cenizas.

El fuego de una fénix.

—Perdonad —dije en voz alta mientras corría a recuperar mis dagas—. Estaba durando más de la cuenta.

Pasaron apenas otros cinco minutos antes de que las calles volvieran a sumirse en el silencio previo a encontrarnos con los necros. El barrio, antes cubierto de sombras, ahora tenía los restos de sus cuerpos manchando las paredes.

—Le va a costar limpiar esto a los ondrari —comentó Aria, limpiándose algo de sangre necro de su rostro pálido—. ¿Cuánto hasta que vuelvan?

—No lo sé. A este ritmo, un día, tal vez dos. —Comencé a caminar hacia los caballos. No me gustaba quedarme más tiempo del necesario en ninguna región que acabásemos de limpiar. Los curiosos no tardarían en aparecer—. Vamos, hay que volver.

—No les importa morir por conseguir un poco de magia.

La frase de Gwenna me taladró el corazón. A mí tampoco me importaba morir, a ninguna de nosotras, por eso estábamos ahí.

—Y tenías razón, Erya.

—¿En qué? —respondí a Seren, que había apoyado su brazo alrededor de mi cuello con familiaridad.

—Estoy bastante segura de que no hemos tardado ni diez minutos.

4

> Todas las criaturas existentes en el reino de Teryon surgieron a partir de cada uno de los tres dioses originales. Los druvaris son hijos de la diosa Yara; los ondrari, hijos del dios Nerón; y los inferis, hijos de la diosa Kaol.
>
> *Códice de Teryon*, vol. 3,
> «De los primoris y las bestias de dioses»

Volver a palacio siempre me hacía lidiar con sentimientos contradictorios que detestaba.

Por una parte, ansiaba con todas mis fuerzas que mi querido Haze cabalgase más rápido que nunca para poder aislarnos de las miradas incómodas de la gente que se paraba a nuestro paso. Quería huir de sus comentarios, de su forma de analizarnos como si no fuéramos más que bestias a las que temer. La dualidad de la población de Teryon era terrorífica: todos sabían que vivíamos por y para protegerlos, pero eso no impedía que nuestro origen les aterrara hasta el punto de repudiarnos.

Pero, por otro lado, algo dentro de mí también odiaba volver a aquella cárcel con forma de fortaleza en la que llevábamos sobreviviendo cientos de años.

—¿Qué os apetece hacer cuando volvamos?

La angelical voz de Seren me desconcertó de primeras, estaba

demasiado ensimismada observando la fortaleza.

—Yo creo que me iré a dormir. Esos necros me han cansado más de lo que esperaba.

—No digas tonterías, Aria. Todavía nos queda más de un cuarto del libro —respondió Morgana.

—Libro que hemos leído unas… ¿seis? ¿Siete veces?

La respuesta de Aria no ilusionó demasiado a Morgana, que bufó de mala gana y se adelantó con su caballo, no sin antes dedicarle una mueca burlona.

Eso también me volvía loca. Había devorado todos y cada uno de los libros a los que teníamos acceso. Podía recitar de memoria más de la mitad de las historias que estaban en nuestra estantería por la cantidad de veces que me había sumergido en ellas. Y no era precisamente porque me apasionaran. Adoraba esas historias, pero sabíamos que existían otras bibliotecas mucho más grandes en palacio habitadas por cientos de miles de historias por descubrir a las que no teníamos acceso.

Según todos y cada uno de los ondraris que habían ostentado el poder estos años, el conocimiento que escondían esos libros nos distraería de nuestra verdadera labor:

Matar. Obedecer.

—¿Erya?

—¿Sí? —Giré la cabeza hacia Gwenna, que cabalgaba tras de mí por el filo de la fortaleza.

—¿Hay algo que te preocupe?

—Infinidad de cosas, las de siempre —me limité a responder—. Por ejemplo…

—No. —Negó rotundamente y parece ser que su yegua Lya también, a juzgar por el bufido que soltó—. No me refiero a las de siempre. Me refiero a… no sé, algo distinto. Te noto distinta.

Distinta.

Yo también me notaba distinta. No sabía muy bien por qué, qué era exactamente lo que me hacía desvelarme por las noches o acudir a las misiones de peor gana que los últimos años. Había asumido que solo se trataba de una mala época, de un cansancio acumulado por todo el trabajo que tenía a las espaldas.

Pero notaba mi corazón palpitar con más fuerza cada vez que mis pies tocaban las afueras del palacio, cada vez que se pasaba por mi mente una idea tan peligrosa como imposible.

La idea de la libertad.

Hacía más de doscientos años que nos prohibimos a nosotras mismas plantearnos la posibilidad de escapar. De ser libres. Era absurdo, porque nuestro origen estaba atado a la magia de este reino. Nuestra existencia estaba condenada a la esclavitud, aunque no lo quisiéramos. Por ello, llegamos a la conclusión de que la palabra *libertad* nos causaba más problemas que asumir nuestro destino atado a Teryon. Si intentábamos ser felices aun estando cautivas, tal vez todo mejoraría en algún momento.

¿Pero por qué nada mejoraba? ¿Por qué ese nudo de ansiedad no desaparecía?

—Estoy bien —dije en cambio.

—Erya…

—Gwenna —interrumpí lo que sabía que iba a convertirse en una charla motivadora de las suyas—. No hay solución para nada de lo que se me pase por la cabeza. Si existiera una solución…, lo hablaríamos, ¿vale?

Pasaron unos segundos antes de que Gwenna respondiera, me sirvió para acariciar el lomo de Haze mientras recorría el borde del precipicio con destreza. Inhalé hondo al ser consciente del nudo de ansiedad que se me formaba en el pecho.

No había salida. Estábamos condenadas.

—Si algún día encuentras una solución o simplemente quieres quejarte, estaré… estaremos —corrigió— a tu lado.

Asentí con el nudo aún en la garganta, que tardó unos segundos en disiparse cuando observé las puertas de la armería a apenas diez metros de nosotras. De nada me servía llorar o quejarme por la que llevaba siendo nuestra vida cientos de años.

—Gracias.

Así terminó una misión más.

Algunas más calladas que otras. Aria y Morgana comenzaron a discutir sobre si realmente los discos metálicos habían sido útiles o, según aseguraba Aria, «solo habían servido para alimentar el ego de Morgana».

Dejamos nuestras armas en su sitio y comenzamos a despojarnos de la armadura que llevábamos día a día para sustituirla por un atuendo más apropiado para el descanso; era de color negro, como casi toda nuestra ropa.

—¿Os vais a dormir directamente? —Dwua jugueteó con sus pies sentada en la litera.

Las diez dormíamos en una habitación bastante amplia en el palacio, en literas. No teníamos grandes lujos ni muebles caros; tampoco pasábamos en la habitación más tiempo del necesario.

—Mañana a las seis nos tenemos que despertar, entran nuevos guardianes y hay que revisar su entrenamiento.

—¿Nuevos guardianes? Por Kaol, qué pesadez.

La habitación se sumió en un silencio sepulcral en cuanto Morgana pronunció aquellas palabras. Lo que nos alarmó a todas no fue el desdén con el que habló de los nuevos guardianes ni la forma en la que se había cruzado de brazos y había maldecido en alto tener que madrugar por su culpa.

Lo que hizo que me moviera con rapidez a las ventanas para comprobar si alguien nos espiaba era el haber escuchado una sola palabra salir de sus labios.

Kaol.

La mitad de mis hermanas me miraban a mí, que pendiente de lo que ocurría en el exterior de la fortaleza pude confirmar que nada ni nadie nos escuchaba. La otra mitad observaba a Morgana como si acabara de cometer un sacrilegio.

¿Y lo había cometido?

—Perdón. Se me ha…

—Que no vuelva a ocurrir.

Fue Lili la que se atrevió a hablar. Sabía que ella tenía un conflicto especial con esa palabra.

—Ha sido sin querer. Lo siento.

Kaol, diosa del renacimiento y del fuego, madre de las criaturas más poderosas que jamás hayan existido. Mujer que estuvo a punto de destruir el mundo en el que vivimos. Y que, para conseguirlo, nos creó a nosotras.

Como si mis pensamientos me guiaran, noté el pulso del Ibrax bajo mis pies justo en ese momento; la magia era sabia, latía con más fuerza debajo de nosotras cuando pensábamos en ello. La magia y su corazón; eso era el Ibrax, el corazón de la diosa Kaol utilizado como fuente de alimentación mágica del reino.

Parecía contradictorio que Teryon necesitara su corazón para poseer magia y aun así pronunciar su nombre se considerara delito, pero precisamente el Ibrax era el vestigio de lo que tuvo que hacer el dios Nerón para salvarnos a todos: matarla.

Solo con pensar en ello se me erizaba la piel. Kaol fue una mujer extremadamente ambiciosa y con un deseo de poder incontrolable, tan incontrolable que supo que haría lo que fuera para hacerse con

Teryon al completo.

Incluso crear a unas bestias inmortales, que obedecieran sus órdenes y estuvieran dispuestas a morir tantas veces como fuera necesario.

—No pasa nada, Morgana —alcé la voz, negando con la cabeza y luchando por que la historia de nuestra antecesora se disipara de mi cabeza.

—¿Por qué has mencionado su nombre?

La pregunta de Lili salió de su boca con un desprecio que hacía años que no escuchaba en ella. No era desprecio hacia nuestra hermana ni mucho menos, sino hacia Kaol.

Entendía tanto lo que sentía solo con ver cómo sus ojos se apagaban al escuchar ese nombre; algo dentro de mí ardió con fuerza. ¿Rabia, ira o acaso era algo de tristeza lo que se apoderó de mi corazón? Supuse que las tres.

Morgana se llevó las manos a la boca mientras cerraba los ojos, como si no encontrara justificación a por qué de repente maldecir en nombre de la criatura que nos había condenado para siempre le había parecido buena idea.

—Me ha salido solo —exhaló, alzando los hombros nerviosa—. No volverá a pasar, perdón.

Seren se acercó a Morgana para consolarla, igual que Aria. Pero por mucho que todas entendiéramos el desliz que había tenido, la mirada de Lili no llegó a iluminarse de nuevo en las siguientes horas. Ni la mía tampoco.

—¿Te has enfadado conmigo?

Miraba la ventana con atención cuando Morgana apareció por detrás y dejó caer sus manos sobre mis hombros. No me fijaba en nada en especial, más que algún que otro cuervo que revoloteaba alrededor de las torres de la fortaleza.

—¿Por qué iba a enfadarme? —respondí, apartando la mirada por un instante del exterior. Necesitaba salir. No como guerrera, no como parte de una misión. Necesitaba salir siendo nadie.

—Lo de Kaol —susurró—. No sé por qué lo he dicho. No pienso en ella, te lo juro, Erya, yo…

—Morgana, tranquila. —Apoyé mi mano sobre la suya para que se tranquilizara—. No me tienes que dar explicaciones.

Y lo decía en serio. Claro que todas odiábamos nuestros orígenes y detestábamos la razón de nuestra existencia, pero ¿no era injusto añadirnos más peso de culpa sobre los hombros cuando ya sufríamos tanto a diario? ¿No era injusto martirizarnos por existir?

Yo lo hacía constantemente. Por eso sabía la agonía que suponía y no quería que ellas también convivieran con ese dolor.

Era la líder. La fénix a cargo de las otras fénix.

Poco importaba que nunca hubiese entendido por qué me había tocado ese papel. Me lo asignaron al nacer por razones que ignoraba, pero ahora era mía. Yo era su protectora. La única que tenían.

—Estoy preocupada, Erya. —Morgana bajó el tono de voz como si estuviera a punto de contarme un secreto, yo le indiqué con la mano que se sentara a mi lado en el alféizar de la ventana—. Ver a Lili así me ha dado mucha pena, muchísima. Sé que es el resultado de llevar demasiadas muertes a las espaldas y sé que en algún momento todas estaremos así. —Tragó saliva—. Las muertes nos quitan el alma y…

—No tenemos alma, Morgana.

Cuanto antes lo aceptáramos todas, mejor.

—Vale, alma no, pero… nuestra personalidad, nuestra identidad, Erya. Esta inmortalidad nos quita todo y a Lili ya se lo ha quitado, entonces…

—¿Cuándo me lo quitará a mí? —Me giré para mirar sus ojos oscuros que se cerraron despacio, asintiendo a la pregunta que acababa de hacerle—. No lo sé, Morgana. Pero no tienes que estar preocupada por eso.

—Es solo que, al tener la conversación de antes, me he planteado por qué a ella le ofendía tantísimo pronunciar su nombre. Lo he entendido, me he disculpado y no he podido evitar pensar en que tú serás la siguiente de nosotras en sufrir tanto por esta… maldición. —Su mirada emanaba una pena que hacía años que no veía en Morgana—. ¿Por qué tuvo que condenarnos a esto?

Luché por tragarme las lágrimas y respirar hondo. No lo sabía. Era injusto, lo odiaba, y la rabia que ardía en mi pecho quemaría bosques enteros si la liberara.

Por eso no respondí.

En lugar de eso, volví a mirar a los cuervos que volaban sin valorar que no había verjas que los reprimiera ni que cortaran sus alas.

Nunca sería como ellos. Jamás.

Miré de reojo la casaca negra que descansaba al lado de mi cama.

Nunca lo sería, pero, por unas horas, podría fingirlo.

5

> La zona más cercana al anillo externo de Ignath se denomina Rhyen. Es una zona de conflicto y tensiones, donde los druvaris guardianes entrenan para prevenir posibles ataques de necros. Además, hay gran movimiento mercantil y empresarial.
>
> *Tratado de las tierras de Teryon*

Entrar en Rhyen podría ser misión imposible para muchos.

Para mí no.

Mis centenares de años de vida me habían demostrado que en Teryon solo necesitas una cosa para poder pasar desapercibido: tener engatusados a los guardias druvari que hacen guardia en la frontera entre Ignath y Rhyen.

Eso y poseer una buena túnica oscura con la que ocultar mi melena roja que, según Morcant me había repetido en numerosas ocasiones, era el símbolo más evidente de nuestro vínculo con Kaol. Nadie más tenía este color en su pelo; nadie que yo hubiera conocido, al menos.

Por eso, mientras me deslizaba por los muros de la frontera en silencio, me preocupé por ocultar todos los mechones bajo la capucha. Seguí con el mismo cuidado hasta el momento en el que conseguí cruzar el puente montada sobre Haze, que ya se había

dormido cuando decidí montarla para huir de la fortaleza.

Cruzar el anillo externo de Ignath tampoco fue una misión complicada; ninguno de los teryanos que habitaban el terreno se atrevían a mirar a los ojos de una figura encapuchada que recorría la capital a esa velocidad. Menos mal, no quería tener que matar a nadie.

No sería la primera vez que mato a alguien a sangre fría. Me daba igual. La muerte me parecía algo casi bonito, admirable. Algo que la gente mortal no valoraba de la misma forma que lo valorábamos nosotras las fénix. Eso era lo que pensaba cuando acababa con la vida de alguien para usarlo en mi beneficio; tal vez les estaba haciendo un favor. Tal vez me lo agradecerían si pudieran hablar por última vez antes de que su corazón dejara de latir.

—No circula mercancía hacia Rhyen a estas horas. —Un druvari de bajo rango, por lo que pude deducir de su insignia con forma circular, me miró de arriba abajo con esos ojos color avellana característicos de su especie. Se encontraba de pie, desarmado, entre las dos casetas de vigilancia que cubrían la entrada y la salida de la frontera de la capital.

—No voy a pasar mercancía. Busco a Alastor.

Alastor era un druvari con el que había hecho algún trato en más de una ocasión. Él quería poseer alguno de los lujos que habitaban en palacio, y yo quería tener la libertad de salir de Ignath siempre que quisiera. Un intercambio más que justo.

Eché un vistazo a mi alrededor antes de que aquel druvari con aspecto de ser nuevo en su puesto me respondiera. La caseta de vigilancia que había en la frontera parecía haber sufrido alguna que otra reforma reciente; ya no parecía estar a punto de derrumbarse en cualquier momento. Pero esa no era la frontera real que separaba Ignath y Rhyen, el límite como tal no era físico.

Era mágico.

Lo formaba un reflejo de color azul apenas perceptible para las criaturas de bajo poder, pero que para mí era más que evidente. Un reflejo provocado por el hechizo de protección más poderoso de todo el reino. Por eso, los druvari que custodiaban el límite se encargaban de dar un talismán que anulaba el hechizo de protección y te permitía pasar por aquella barrera mágica.

Hechizo digno de un heredero de Nerón, por supuesto. Solo un vínculo con el dios de la sabiduría podría realizar hechizos de protección de ese calibre, claro está. Pero debió ser un ondrari de gran poder pues en la actualidad casi ninguna criatura de palacio es capaz de forjar hechizos como este.

Algo dentro de mí me decía que la magia de una fénix podría destruirlo, pero nunca lo había intentado. Moverse a base de tratos de favor había sido eficaz hasta ahora.

—Alastor hoy no está. —Aquel druvari miraba mi figura sobre el caballo como si fuera un fantasma, parecía estar muy asustado. Más lo iba a estar si sabía que yo era una de las Kaol.

A veces disfrutaba de ese miedo. Podría usarlo a mi favor si Alastor no podía ayudarme hoy.

—Necesito ir a Rhyen —me limité a decir—. Necesito que me des el talismán.

—Es más de medianoche, ni siquiera dejaría pasar ahora a alguien que tuviera mercancía y tú… —Miró mi caballo de reojo, como si buscara algún paquete escondido—. ¿No llevas nada?

—No.

—¿Nada ilegal?

Este druvari era idiota. Si llevara algo ilegal, evidentemente no se lo diría.

—Claro que no. Jamás se me ocurriría. —Algo de sarcasmo salió

de mis labios sin pretenderlo. No podía con la estupidez, y mucho menos si venía de un hombre.

—No hagas bromas, extraña. No te voy a dejar pasar. —Echó su pecho hacia delante como si eso le infundiera más valor, pero el temblor de sus labios al terminar la frase le delató—. Vuelve por donde has venido.

¿Qué podía hacer para asustarlo sin que tampoco me delatara?

Antes de tomar ninguna decisión, levanté un poco la cabeza para observar bien las casetas de vigilancia y comprobar que no había nadie más allí. Era extraño que estuviera uno solo.

¿Estarían escondidos? Lo dudaba, a los druvaris de ese rango no solían mandarlos a misiones en el exterior. Tal vez simplemente asumieron que no había riesgo y dejaron a aquel novato solo.

Pobrecito.

—Te cuento lo que vamos a hacer —susurré, mientras observaba cómo un mechón de mi cabello se escapaba a través de la capucha negra; no me molesté en retirarlo—. Vas a entrar en tu caseta, vas a coger un talismán y me lo vas a colocar sobre el cuello tanto a mí como a mi caballo. Luego, te vas a meter de vuelta en la caseta y vas a ignorar que estoy cruzando la frontera. Negarás que has visto a nadie pasar hoy por aquí.

El druvari tardó unos segundos en responder.

—Pero ¿tú quién te crees? —espetó nervioso—. No pienso ha…

Me quité la capucha de un movimiento rápido y mi melena pelirroja revoloteó al viento. Mis dos manos se dirigieron hacia mis dagas, que en un movimiento fugaz sin moverme del caballo acabaron a escasos dos centímetros de los pies del druvari.

No gritó. Solo exhaló aire como si sus pulmones hubieran perdido la capacidad de respirar.

—Tú… tú eres una… ¡Te vi esta mañana en palacio! ¡Eres su hija!

—La mirada del druvari se fue a sus pies o, más bien, a mis dagas—. ¡Agredir a un guardián puede acabar en pena de muerte!

No pude evitar reírme.

Pena de muerte, decía.

—No te he agredido. Todavía.

—Voy a llamar a mis compañeros y…

—¡Vamos! Llama a tus amigos, no te creerán cuando les digas que una de las fénix está intentando cruzar la frontera. —Reí—. En caso de que te crean y vengan… tendré que cargar con más muertes a mis espaldas. No me importa arriesgarme a nada, porque no voy a morir jamás. —Cuando dije aquello, él abrió los ojos de golpe, como si acabara de acordarse de nuestra inmortalidad—. En cambio, tú… le temes a la muerte. No arriesgues tu vida por impedirme cruzar una simple frontera.

Al ver que no obtenía respuesta, apoyé la mano sobre la otra daga que descansaba sobre mi muslo. Preferiría no tener que matarlo, era demasiado nuevo. Demasiado inocente.

Pero necesitaba cruzar.

Sujeté la empuñadura, la deslicé entre mis dedos y…

—No me mates, por favor. No me maldigas. He sido bueno con Teryon, he cumplido mi deber y jamás he abusado de la magia del Ibrax, he sido buena persona, yo…

No era la primera vez que al interactuar con alguna de nosotras se ponían a recitar una especie de plegaria, como si fuéramos la antítesis de lo divino y fuéramos a enviarlos directos al infierno. Otra sonrisa se me escapó; siempre igual, los pobres druvaris que habían crecido creyéndose todas las leyendas que los ondrari contaban de nosotras.

Una vez, uno me preguntó si era cierto que nos comíamos a los druvaris que incumplían su deber. O que mirarnos a los ojos les

envenenaba con una especie de hechizo mortal. Eran historias dignas de los libros de humor que Morgana tanto disfrutaba.

—No te mataré, pero debes dejarme pasar —me limité a decir. Tampoco iba a desmentir las patrañas que me beneficiaban, ¿no?

—No me envíes al infierno de Kaol, por favor. —Su cuerpo tembló de miedo al decir aquella frase. Se remangó las mangas del uniforme verde oscuro como si de pronto todo le molestara—. No me maldigas. No he hecho nada malo, yo…

—Déjame pasar —insistí.

Sus piernas temblorosas lo llevaron al interior de la caseta de vigilancia para, después de apenas diez segundos, aparecer con dos piedras color negro sujetas con una cuerda.

Turmalina negra, también llamada el escudo del viajero. Usada por los descendientes de la diosa Yara desde tiempos inmemorables para protegerse de otras energías; usado en el presente para poder cruzar la frontera.

Me tendió los amuletos antes casi de que me diera tiempo de extender la mano. Parecía que apreciaba su vida.

—Gracias. ¿Cuándo vuelven tus compañeros?

—Al amanecer —respondió sin pensárselo. Apenas pestañeaba.

—Volveré antes de que salga el sol. ¿Cómo te llamas?

Ahí dudó en responderme. Tal vez también pensaba que si sabía su nombre podría maldecirle.

—No voy a decirte mi nombre, hija de Kaol.

Asentí. Eso podía respetarlo, yo tampoco le decía mi nombre a todo el mundo.

—Vale, druvari sin nombre, volveré y te daré el talismán.

Me coloqué la capucha de nuevo y escondí los mechones de pelo rojos que la luna había tenido el placer de iluminar por unos minutos. No volvería a ocurrir si quería pasar desapercibida en

Rhyen.

Eso quería ser. No quería ser nadie.

Pero cuando crucé con el talismán y dejé al sin nombre atrás, no me imaginaba que aquella noche en Rhyen estaba a punto de cambiarlo todo. Que ser nadie iba a cambiar el rumbo de mi existencia para siempre.

6

> Se dice que La Grieta fue formada apenas un siglo después de la guerra de los primoris, en el año 127 g. d. p. Es un negocio que siempre ha sido gestionado por diferentes generaciones de inferis.
>
> *Compendio del ciudadano de Teryon*

El caos controlado de Rhyen siempre me dejaba fascinada.

Los mercaderes susurraban sus ofertas en carretas con mucho más peso del que probablemente podrían soportar. Algún niño solía corretear junto a su familia mientras los druvaris paseaban y controlaban que todo estuviera en orden en el apodado barrio amurallado de Teryon.

Amurallado en el sentido literal de la palabra. Al ser una zona estratégica entre la capital y los anillos exteriores, había mucho movimiento de mercancía, además de pequeños mercados regulados y barrios rodeados de vallas para mantenerse ajenos a todo este movimiento. Pero Rhyen tenía algo que siempre me había atraído, sobre todo, por la noche.

Eso era lo que pensaba mientras Haze y yo nos deslizábamos por los barrios oscuros e iluminados solo con antorchas. Apenas se distinguían los edificios que dejábamos atrás; las pocas viviendas situadas al límite de la frontera estaban bañadas por la penumbra.

Hasta que unas ventanas iluminadas, un símbolo mugriento y un par de ondraris borrachos tumbados, me alertaron de que ya estaba llegando a mi destino. La taberna más famosa de Rhyen. La Grieta. El lugar donde todo parecía resquebrajarse un poco; las leyes, la moral, la política, los secretos…, a veces, incluso las personas.

La puerta de La Grieta se abrió con un crujido que sonó más a advertencia que a bienvenida. El interior, envuelto en una penumbra sucia, estaba iluminado solo por unas pocas lámparas flotantes que parecían chisporrotear resquicios de magia. Di un paso dentro y el olor me golpeó de lleno: una mezcla densa de sudor seco, alcohol barato y madera empapada en años de peleas y conversaciones de moral dudosa.

Sentí el suelo crujir bajo mis botas. Había un poco de ambiente: un par de parejas discutiendo, varios grupos de guerreros que conversaban enérgicamente, y algún que otro encapuchado que bebía de su jarra con el mismo cuidado con el que lo iba a hacer yo. No me extrañaría que hubiera algún que otro expatriado entre nosotros, La Grieta solía albergar a todos aquellos que no eran bienvenidos en el resto de Teryon.

Me acerqué a la barra con decisión para posar mi trasero en uno de los taburetes mugrosos.

—Ed. —Asentí con la cabeza a modo de saludo—. Ponme un Humo Rojo. Por favor —carraspeé con la mirada puesta en la barra.

—Chiquilla —respondió, asintiendo de vuelta—. Eso te va a quemar la garganta.

—Insisto. —Alcé la vista lo suficiente para mirarlo a los ojos.

El inferi enarcó una ceja antes de dirigirse hacia el dispensador que tenía al otro lado de la barra. Este último siglo había estado él a cargo de la taberna y, sin duda, era de agradecer. El anterior dueño era mucho más cotilla que él. Ed, a sabiendas de que era una fénix y

que no debía estar fuera de palacio, jamás me hizo ninguna pregunta más allá de cuestionarme qué quería beber.

No tardó en traerme la bebida. Mientras tanto, agudicé los sentidos para prestar atención a las conversaciones que me rodeaban. No quería girarme y mirar, pero los guerreros que vi al entrar no hacían más que subir el tono de voz hasta que se convirtió en misión imposible ignorarlo.

—Lo siento, tío. —Una voz casposa destacó por encima de las demás—. ¡Que me detengan nuestros compañeros de la guardia! Pero tienes que reconocer que aquellos demonios tienen unas tetas…

—¡Lucas! —Rio otro—. ¡No lo digas muy alto que te maldecirán!

—Que me maldigan —sentenció el tal Lucas—. Mientras se quiten esa armadura…

Dejé de escuchar de forma automática porque la ira que bulló en mi pecho me lo impidió. Agarré el Humo Rojo y bebí un par de tragos de él, ignorando lo mucho que me ardía la garganta. No me quemaba más que la ira.

—A mí me dan miedo —intervino otra voz masculina.

—A mí me pone que me den miedo —comentó Lucas—. ¡Vamos, tío! Cada vez que ese maldito Ibrax vuelve a latir me emociono al saber que saldrán al balcón para que podamos verlas.

Tremendos idiotas. Tintineé sobre mi vaso con la necesidad urgente de tener las manos ocupadas. En más de una ocasión había escuchado cómo hablaban de nosotras sin saber que alguna estábamos escuchando, pero la lascivia con la que cotilleaban aquellos hombres me retorcía las tripas.

—¿Chiquilla?

Miré hacia arriba y centré mis ojos en el viejo Ed. Enarcaba la ceja de esa forma tan característica, como si supiera exactamente

quién era y por qué de repente mi pulso se había acelerado.

—La Grieta esconde a todas aquellas personas que buscan un consuelo de sus vidas por la noche, como tú —comenzó, mientras apoyaba ambos brazos color brasa en la barra—. A parejas cuyas familias no aceptan sus noviazgos o a soldados que terminan sus turnos y necesitan algo de paz antes de volver al caos de sus propios hogares. En este último caso —añadió, tamborileando los dedos sobre la mesa, tal y como lo hacía yo en el vaso—, la mayoría son borrachos indecentes, cuyo único valor reside en la fuerza bruta y en la capacidad de beber tragos amargos a una velocidad asombrosa.

—Parece que estás muy acostumbrado a este tipo de especímenes —comenté.

—Oh, querida. —El inferi rio, mientras pasaba un trapo por la barra delante de mí—. No generaríamos ni la mitad de los beneficios si estos borrachos no existieran.

—No los soporto.

—Yo tampoco soportaría a quien me insulta a mis espaldas.

Abrí los ojos sorprendida. Ya tenía alguna sospecha de que Ed conocía mi identidad, pero no dejaba de impactarme que fuera tan amable conmigo. ¿Acaso se debía a ser un inferi? Históricamente, al ser también descendientes de la diosa Kaol nos despreciaban menos, pero eso no quitaba que en la actualidad muchos de ellos se hubieran unido al pensamiento general.

—Gracias, Ed —murmuré.

Observé cómo su piel de color rojiza absorbía oscuridad, como si fuera carne abrasada al sol. Agachó la cabeza en un gesto cordial y continuó pasando aquel trapo mugriento por la barra.

—Que te digo que a mí me da igual que sean fénix o lo que sea, tío…

Aquellos borrachos volvieron a alzar la voz.

—¿Y si te prenden fuego? —comentó otra voz masculina que hasta entonces no había participado.

—Que me quemen, joder. —Rio—. Que me quemen entero si hace falta. Mientras se pongan de rodillas como todo el mundo…

El resto de sus amigos comenzó a reírse a carcajadas de aquel comentario soez. No tenía palabras. Me ardían las manos. ¿No querían fuego? ¿No querían que les quemara? Tal vez si les quemaba la entrepierna, no volverían a hacer ningún comentario de ese estilo…

—Mi favorita es la pelirroja. No sabes lo que me pone su cara de mala hostia.

Índice, mediano, anular, meñique…

Índice, mediano, anular, meñique…

—Esa tiene cara de que no la han follado en siglos. Pobrecita. ¡Tendremos que remediarlo!

Dejé el vaso sobre la barra.

Despacio. Sin prisa.

Lo dejé como quien marca el inicio de una cuenta atrás.

—Repite eso. —Alcé la voz, sin girarme todavía—. A la cara, a ver si eres tan valiente.

Se hizo el silencio durante un segundo. Escuché el chasquido de una banqueta y me giré a observar las caras de pavor con las que me miraban los soldados.

—No deberías estar aquí, sucia bestia.

No quería quitarme la capa porque no quería tener que matar a más gente de la necesaria, era suficiente tan solo con alzar la cabeza y desafiar a aquel hombre desde el taburete. Era grande, fornido, con una barba incipiente de color rubio ceniza como el de su pelo. Lo que más me llamó la atención, además de la ausencia de

dientes en la parte delantera de la boca, fue la insignia que portaba en el pecho.

Uniforme verde oscuro, sello circular. Druvari de bajo rango.

—Repíteme a la cara todo lo que estabas diciendo —bajé el tono de voz. No me hacía falta gritar, teniendo en cuenta el silencio sepulcral en el que se había sumido la taberna.

—¿Crees que te tengo miedo? Joder —exhaló entre risas—. He de reconocer que me la pone dura tu mala hostia. Ven con nosotros y déjate de tonterías…, sabemos que necesitas a un hombre de verdad.

—Tienes más huevos que cerebro —respondí.

Una de mis manos se fue hacia la daga que tenía en el muslo.

Iba a matarlo. No. Iba a cortarle lo que más apreciaba y después iba a matarlo.

—¿Te crees intocable? ¿De verdad piensas que no podemos hacer contigo lo que nos dé la real gana?

Madre mía. Eran asquerosamente idiotas. Iban a morir todos.

—Una hostia bien dada y te mandamos de vuelta a Ignath sin esa bonita armadura que sueles llevar.

Los borrachos se habían levantado ya de la mesa. Yo permanecí sentada en el taburete con una mano en la daga. Antes de matarlos a todos, debía asegurarme de cuántos testigos iba a dejar con vida.

A Ed no lo mataría. Me había cubierto las espaldas y había guardado mi secreto siempre. Se merecía vivir.

Eché un vistazo alrededor y comprobé que, salvo un par de parejas, que continuaban inmersas en sus conversaciones, solo quedaba otro grupo de soldados que charlaba animadamente y una mesa con un encapuchado.

Que, de hecho, me estaba mirando.

No reconocí sus facciones, llevaba una capa que le cubría la cara

y los hombros y lo mantenía perfectamente oculto, pero su cuerpo estaba girado hacia nosotros.

¿Qué miraba ese?

Tendría que matarlo también. Seguro que ya sabía que era una fénix y no podía permitir que contara que me había visto aquí.

Sonreí.

—¿Entonces eso queréis hacer? ¿Matarme? Aquí, delante de todo el mundo.

De repente barajaron la idea. Estaban borrachos, pero no lo suficiente como para atacar sin pensárselo dos veces. A mí me daba igual que me vieran matar, pero ellos eran soldados, tenían un puesto de trabajo que mantener.

—Yo no tengo problema. —Deslicé la otra mano a la daga del muslo contrario—. Pero no penséis que me voy a dejar matar sin llevarme a media taberna por delante.

No respondieron. Solo se acercaron más, tambaleándose. Lucas apretaba los puños. Me divertía su valentía, era casi adorable.

Pero mis ojos se fueron hacia la figura encapuchada. Estaba de pie, al lado de su mesa. Era inmenso, tal vez me costaría unos segundos más matarlo.

A partir de ahí, todo ocurrió muy rápido.

Lucas soltó un quejido de borracho e impulsó su brazo hacia mí. No me costó esquivarlo, simplemente me tomé mi tiempo para deslizar la daga por fuera de la capa y hacerle un corte transversal en la garganta.

—¿Pero qué coj…? —alcancé a decir, cuando una jarra de madera se estrelló contra su cráneo y le hizo caer hacia delante.

¿Aquel encapuchado acababa de ayudarme?

Mierda. Cuando Lucas cayó sobre mí, la daga de la mano derecha se soltó de mi agarre en un suspiro. No me había ayudado

en absoluto.

—¿Qué se supone que haces, idiota? —exclamé, mientras él se giraba hacia los compañeros del soldado que venían en nuestra dirección—. ¡Retírate! ¡Puedo sola!

Hizo caso omiso a mis palabras. Joder, que afán de protagonismo. Ni siquiera encontraba mi daga, tendría que usar solo tres hasta que pudiera registrar bien la taberna.

Entonces estalló todo.

Una silla voló por los aires. Ed gritó algo que nadie escuchó, se perdió entre los berridos de los borrachos. Me tropecé con el saco de carne en el que se había convertido Lucas para poder esquivar un cuchillo que me habían lanzado directamente.

—Bueno, basta de tonterías —musité.

Aunque tuviera al incordio del encapuchado intentando trabajar en equipo y fracasando en el intento, mi trabajo era matar. Diez minutos para matar decenas de necros… no podía permitirme tardar más de cinco en hacer esto yo sola.

Sonreí antes de sacar dos de mis dagas y comenzar a demostrar por qué yo era la criatura más temida del reino de Teryon.

7

Para distinguir los rangos de los guerreros teryanos, las empuñaduras de sus espadas se bañan en metales de diferentes coloraciones con un símbolo específico que puede ser colocado o bien en la armadura o en la empuñadura del arma. Hay decenas de variedades de ellos en función de los subrangos, pero las principales coloraciones de las armas son: azul para los ondrari, verde para los druvari y rojo para los inferi.

Tratado de armas y jerarquías del reino de Teryon

Sillas. Cristales rotos. Sangre.

Caos.

En cuanto saqué mis tres dagas restantes de la funda y puse en práctica mis años de entrenamiento a Lucas se le esfumó toda esa chulería de la que hacía unos instantes presumía.

Comenzó a suplicar por su vida con ambas manos en la garganta, intentando detener una hemorragia que ya era mortal. Mi corte era demasiado profundo como para remediarlo.

Ellos se habían buscado problemas. Yo solo quería tomarme una copa.

—¡Sal de aquí!

El extraño que había roto una botella sobre la cabeza del soldado no dejaba de gritarme que huyera mientras empujaba a los soldados que trataban de atacarme. No me molesté en preguntarle por qué había sido tan estúpido como para querer ayudarme, en cuanto terminara con toda la panda de soldados que habían decidido importunarme, lo mataría a él. Sabía que era una fénix y que estaba fuera de palacio; motivo más que suficiente para acabar con su vida.

—¡Aparta! —grité, empujando a una mujer inferi que hasta hace un segundo estaba tomando algo con su pareja en una de las mesas. Ahora corría despavorida por la taberna buscando refugiarse de nuestros golpes.

Me agaché para esquivar el golpe de otro de los soldados. Lucas agonizaba en el suelo y los tres que lo acompañaban estaban muertos. Con quienes estábamos luchando ahora aquel desconocido y yo era con la otra mesa de borrachos que se habían unido a la pelea.

Maldita sea, cómo odiaba las peleas de bar.

Un hombre fornido que había intentado agredirme con un hacha unos segundos antes, corrió detrás de mí, mientras yo saltaba por encima de la barra y buscaba algo con lo que poder defenderme. Mis dagas estaban en los cadáveres de los tres soldados y no había tenido oportunidad de retirarlas.

—Ed —saludé con la cabeza al inferi que estaba escondido debajo de la barra—, ¿no tendrás un…?

—Ten.

Ed alcanzó una espada de gran tamaño que tenía escondida detrás de unos barriles.

—Esto te puede servir —continuó, tendiéndome la espada de empuñadura azul.

Aunque me muriera de ganas por preguntar por qué tenía una espada que había pertenecido a un ondrari, me limité a empuñar el arma y continuar agazapada tras la barra.

—¡Al suelo!

El cuerpo del desconocido cayó sobre mí tan rápido que ni siquiera me dio tiempo a apartarme.

—¿Qué coñ…?

El hacha de uno de los soldados se clavó a apenas unos centímetros de mi cabeza, en la pared en la que estaba apoyada. No lo había visto venir, otra muerte sería otro latido del Ibrax y tal vez… estaría un paso más cerca de convertirme en una bestia.

No. No podía permitírmelo. No podía seguir luchando como si pudiera permitirme morir.

—Eh —llamé la atención del encapuchado, que se había colocado debajo de la barra junto a mí. Todavía no había logrado verle el rostro—. Dame tu espada.

—No.

—Dámela. Acabemos con esto.

Dudó un momento, pero sin mirarme ni hacer ningún aspaviento, deslizó su arma por el suelo mugroso de La Grieta.

Era una buena arma. Empuñadura verde oscura. Druvari de alto rango.

Me asomé por detrás de la barra y en apenas tres segundos pasé lista de las personas que continuaban inmersas en la pelea. Solo quedaban cuatro soldados, que continuaban en pie a duras penas, y yo llevaba demasiado tiempo jugando a las peleas de bar con ellos. Era hora de acabar sin necesidad de usar mi magia

Salté por encima de la barra y la sangre comenzó a bañar La Grieta. Moví ambas espadas con gracia, girando sobre mí para destripar a los soldados que habían osado importunarme. Uno de

ellos se echó para atrás, devolviéndome la embestida. Él también murió, aunque tardara unos segundos más en alcanzarle.

—¡Piedad! —Escuché que gritaba uno de ellos.

Ahora suplicaban, cuando hasta hace unos instantes se habían sumado a una lucha contra mí por el simple hecho de ser quien soy. No. No iba a mostrar piedad ante quien quisiera herirnos a mí o a mis hermanas.

—No me lleves a su reino, te lo suplico, no…

Escuché que comenzaba una especie de plegaria antes de rajarle el cuello, y me giré para matar al último soldado que corría hacia mí.

«No me lleves a su reino». Al reino de Kaol. Al infierno de los teryanos.

Otra creencia sobre nosotras que se había repetido tantas veces que había pasado a ser considerada una verdad. No sabía si existía tal sitio, pero si existiera… Todos se merecían arder allí.

—Impresionante. ¿Por qué has tardado tanto en matarlos?

Ed salió de detrás de la barra junto al encapuchado. Las sombras le cubrían el rostro y no alcanzaba a verlo bien, pero era muy alto y su capa tapaba lo que parecía ser un cuerpo muy fornido.

—No sé. Estaría distraída. —Negué con la cabeza, antes de observar la masacre en la que se había convertido La Grieta—. Lo siento, Ed. He destrozado la taberna.

—Que lo sientan ellos. Tú estabas tomándote una copa de Humo Rojo. ¿Quieres otra?

Enarqué una ceja para mirar al viejo inferi. Era la primera vez en mucho tiempo que alguien que no fuera una fénix se dirigía a mí con el mismo respeto con el que trataría a otra criatura del reino.

—No, gracias, Ed. Todavía tengo que ocuparme de alguien más. —Me giré a mirar al hombre que hasta ese instante había permanecido quieto junto al inferi.

Tamborileé los dedos sobre el puño de la espada que me había cedido y pasé el dedo por la empuñadura para comprobar la figura triangular que tenía grabada. Efectivamente era un druvari de alto rango, pero no podía ser, no podía estar aquí sí…

—Sí, aún no me has devuelto el arma, gracias —respondió con la cabeza gacha.

Antes de que me diera tiempo a pensarlo dos veces, caminé rápido hacia él y estiré la espada lo suficiente hasta que la punta le rozara el cuello. Seguía sin verle el rostro.

—¿Quién eres y por qué has hecho esto?

—Con decirme lo agradecida que estás bastaría. Además, ni nos hemos presentado y ya me estás amenazando con mi propia arma —se burló. Tenía la voz grave y profunda, pero el sarcasmo con el que bailaban las sílabas que pronunciaba me llamó más la atención —. Yo soy Nathaniel, pero después de haberte salvado el culo, creo que puedes llamarme Nate.

—¿No aprecias tu vida?

—Claro, ¿por qué no iba a hacerlo?

—Si la apreciaras, habrías salido corriendo hace rato.

—Querida, no tienes por qué matarme. —Rio—. Te he ayudado.

Pobrecito. No me conocía.

—Me has estorbado, más bien. Y no necesito un motivo de peso para matarte.

—De nada, entonces. —Volvió a reír—. ¿Por qué no me dices tu nombre?

Actuaba como si no me temiera.

—Sabes perfectamente quién soy.

Sacó las manos de detrás de la espalda y las apoyó sobre la barra, ante la atenta mirada de Ed, que parecía haber visto un fantasma.

—Puede ser. Pero no conozco tu nombre.

Aun así, sabía demasiado. Me había estorbado, pero también había intentado ayudarme. Aunque eso era casi tan sospechoso como el hecho de intentar matarme.

—¿Por qué has intentado ayudarme? —pregunté, todavía con mi espada apuntando a su cuello. No necesitaba saber mi nombre.

—Otra vez con la misma pregunta, qué insistente.

—Te recomendaría que esa chulería te la tragaras. —Presioné un poco más el arma contra su cuello. Sabía que había comenzado a sangrar, pero a esa distancia y con la capa cubriéndome parte de los ojos no podía comprobarlo—. O te haré tragar mi espada.

—Insistente y agresiva.

—Hay que ser idiota —intervino de pronto Ed—. ¿Quieres que te mate?

—Eso, ¿quieres que te mate?

—Claro que no —respondió Nathaniel sin inmutarse—. Pero ¿por qué tendría que explicar que he intentado defender a una mujer de una panda de borrachos?

—Qué noble. —Reí. Presioné un poco más—. No soy idiota, Nathaniel.

—Vaya, te has aprendido rápido mi nombre.

—Eres un druvari de alto rango. Intuyo que guardián, los custodios no poseen armas de este calibre. —Ignoré su comentario de nuevo. Si no lo hacía, iba a rajarle el cuello antes de poder sacarle información—. ¿Qué hace alguien así en La Grieta?

—Lo mismo que tú. Huir.

—Yo no huyo de nada.

—¿Qué hace una fénix en un lugar así, si no es huir? —replicó—. No te tiene por qué perseguir nadie. Huir de una obligación, de lo que te asusta o de la oscuridad.

No respondí enseguida.

—Con tu permiso, querida, voy a quitar la espada que amenaza mi cuello y voy a salir de aquí. Me gustaría que nos volviéramos a ver, algo me dice que tenemos más en común de lo que tú piensas. Quizá incluso huyamos de lo mismo.

—No te confundas, no…

No me dio tiempo a reaccionar.

Jamás había presenciado a alguien que no fuera una fénix moverse a tanta velocidad.

Apartó la espada de su cuello y con un movimiento rápido consiguió arrebatármela. Sentí un corte en la cara y para cuando quise defenderme y devolverle el ataque, aunque fuera con magia, la puerta de La Grieta ya se balanceaba de un lado al otro dejando atrás la sombra de encapuchado.

De Nathaniel.

—¿Qué ha sido eso? —respondió Ed.

Me quedé paralizada.

Sus movimientos habían sido tan fugaces que ni siquiera me había dado tiempo a procesarlos. Como un fantasma.

—No lo sé.

No le miré, todavía tenía la vista fija en la puerta.

Noté una punzada de dolor en el rostro.

—Maldito idiota —murmuré, rozándome el corte de la cara con la yema de los dedos—. Ed, deja que te ayude con todos estos cadáveres.

—Por favor. Antes de que vuelva ese hombre y tengamos que encargarnos de alguno más.

Sonreí ante su comentario.

Cuánta razón tenía.

8

Los druvaris, descendientes de la diosa Yara, pueden ejercer de guardianes o de custodios. Los primeros se dividen en rango bajo y rango alto, en función de la región de Teryon que se encarguen de proteger; los custodios se dedican a labores administrativas menores o ejercen de mercaderes.

Tratado de armas y jerarquías del reino de Teryon

«Insistente y agresiva».

Será idiota soberbio.

—¡Guardia alta siempre! —grité, volviendo a ordenar mis pensamientos—. ¡De nada sirve atacar si no os protegéis!

Repetí el movimiento. Aquellos druvaris ya habían relajado las expresiones de pavor que traían al principio del entrenamiento, aunque este grupo era especialmente asustadizo.

Cuando traían a palacio cada nueva generación de druvaris guardianes que debíamos comenzar a entrenar, nos encontrábamos con personajes de todo tipo. Desde grupos de hombres enamorados del peligro y emocionados por poder servir a Teryon, hasta simples curiosos cuyo único objetivo era entrar en palacio y poder ver de cerca a las fénix. Este último grupo era el que más detestaba y el

que primero caía en los entrenamientos.

Pero de todos esos…, ninguno había osado mirarme a los ojos todavía.

—Venga, de nuevo. Poneos junto al siguiente compañero a vuestra derecha y repetid la secuencia de movimientos que hemos practicado.

Me retiré unos pasos hacia atrás junto a mis hermanas. Cada una de nosotras se encargaba de un pequeño grupo de soldados para poder estar más pendientes de ellos, aunque mandáramos los mismos ejercicios.

—Los tuyos están calmaditos —comentó Gwenna a mis espaldas —. Mira los míos.

Eché un vistazo y me topé con la desagradable imagen de un grupo de diez hombres luchando como animales e ignorando las indicaciones de mi hermana.

—¿Qué hacen?

—No sé. Pero si no aprenden todo lo que les enseñamos, morirán contra los necros.

—¿No les vas a reñir?

—¿Yo? —dijo imperturbable—. Me da absolutamente igual que aprendan o no. Nuestro deber es intentar transmitirles nuestros conocimientos de lucha, no perseguirlos para que aprendan a ser adultos.

Asentí mirando a mi hermana, tenía toda la razón. A mí no es que me importara si vivían o morían, solo me frustraba ver cómo no valoraban su propia vida lo suficiente como para convertirse en buenos guerreros.

—¡Venga, inútiles! ¡Mi abuela lucharía mejor que vosotros! —gritó Morgana.

—Pero si no tenemos abuela —escuché susurrar a Aria.

—¡¡¡Chis!!!

Volví a prestar atención a mi grupo de guerreros. Eran obedientes, estaban todavía algo asustados, pero no luchaban del todo mal. Observé bien sus movimientos.

El larguirucho de delante movía despacio los pies. El pelirrojo del fondo no recordaba cubrirse la cara justo después de lanzar un ataque. El bajito del medio al menos repetía los movimientos una y otra vez como si fueran una coreografía.

Pero eran lentos.

Ninguno de los que tenía delante pasaría a ser un druvari de alto rango, como mucho sobrevivirían a las pruebas iniciales para ascender.

No como el encapuchado de ayer. Nathaniel.

La forma en la que me quitó la espada y huyó… no sin dejarme un corte de recuerdo en la cara. Lo rocé con los dedos mientras caminaba de un lado a otro.

Joder. Nunca había visto a alguien tan rápido.

Mentira, sí. Había visto a mis hermanas realizar movimientos así de fugaces, pero jamás a un hombre.

—Seren —llamé la atención de mi hermana desde lo lejos, ella me dedicó una mirada fugaz antes de darse la vuelta y caminar hacia mí.

—¿Qué tal vas, Erya? —preguntó con dulzura.

—Bien. Los míos están calmados.

—Los míos también. —Señaló con la cabeza a su grupo de futuros guerreros—. Oye, ¿cómo dijiste que se llamaba el druvari?

Habíamos jurado no tener secretos entre nosotras y jamás ponernos en contra las unas de las otras. Y yo lo llevaba al pie de la letra.

En cuanto volví de La Grieta, al amanecer, desperté a mis

hermanas y les relaté todo lo que había pasado. La información era poder y si, por algún casual, me pillaban, prefería que ellas supieran la verdad de lo que había ocurrido.

—Nathaniel.

—Nathaniel —repitió ella.

—Un soberbio con afán de protagonismo.

—Desde luego. —Rio la dulce Seren—. Al menos no te mostró sus increíbles dotes de lucha hasta que tuvo que huir de ti. ¿Quién crees que lo habrá entrenado?

—No tengo ni idea —respondí con la vista fija en el druvari pelirrojo que acababa de tropezarse—. Tuvo que ser algún druvari de alto rango, eso seguro. Pero ¿quién?

—Te da curiosidad, ¿verdad?

No te imaginas cuánta.

—Algo —murmuré.

—Por supuesto. ¿Quién osa desarmar a la increíble Erya Kaol? —dijo entre dientes, pronunciando el apellido en un susurro—. En ochocientos años no te había visto tan picada.

—Nunca nadie me había desarmado.

Nunca, porque me habían entrenado para proteger a las demás. La líder, la cabecilla de un grupo destinado a matar. Una vez aprendí a blandir la espada, jamás ningún contrincante me pudo quitar el arma. ¿Cómo iban a lograrlo si mi vida era la lucha? Era imposible. Pero él me había desarmado cuando yo le apuntaba con la espada y, además, me había herido.

Noté un nudo de rabia cerrarse en mi pecho.

—Basta una noche en La Grieta para que eso cambie —comentó Seren—. ¿Dónde si no podría ocurrir?

Me permití distraerme del pensamiento que dañaba mi ego para centrarme en la forma que tenía mi hermana de hablar, siempre tan

dulce dijera lo que dijera. La envidiaba profundamente.

Desde que éramos pequeñas y me habían nombrado líder, me prometí luchar para que esa dulzura jamás desapareciera y para evitar todo riesgo que pudiera suponer un problema para ella. Y aunque todas habíamos tenido una existencia complicada, lo que más me enorgullecía era saber que ella no se había corrompido.

Esa era mi fuente de felicidad. Ver que había conseguido protegerla.

—Toda la razón. —Volví a centrar mi atención en el grupo de druvaris—. ¡Escuchad! ¿Vosotros peleáis sin herir al contrincante siempre o cómo? ¿Queréis darles un besito a los necros también? —exclamé—. No puede ser que todavía no haya visto a ninguno de vosotros retorcerse en el suelo de dolor. Tenéis armas, usadlas —continué. Los hombres mantenían la vista gacha y con cierta expresión de miedo—. Pero no os matéis todavía. Eso es para más adelante.

—¿Entonces vas a volver? —continuó Seren mientras echaba un vistazo rápido a sus hombres.

—¿A La Grieta? —pregunté mientras me acercaba a uno de los guerreros—. Eh, si sujetas así la espada, cuando vayas a atacar, lo único que puede pasar es que con el peso del arma y la fuerza del impacto te disloques la muñeca —le indiqué, sujetando su mano y agarrando su espada de forma correcta—. Así, ¿lo ves? —Él asintió mirando al suelo—. ¿Para qué iba a volver? —le pregunté a Seren.

—No sé, para ver si encuentras al tal Nathaniel.

—¿Para qué iba a querer encontrarlo? —cuestioné mientras me fijaba en los movimientos de aquel guerrero. Había mejorado—. No quiero volver a mirar a los ojos a alguien que ha intentado humillarme.

—No te ha intentado humillar, solo te ha quitado la espada. —Rio

Seren a mi espalda—. Y, además, técnicamente, no le has mirado a los ojos.

Era cierto. No se había quitado la capucha y ni siquiera recordaba haber visto sus facciones.

—Tampoco tengo interés en volver a discutir con alguien que se ha reído de mí —me limité a responder.

También era verdad. Pero también lo era el hecho de que todos los hombres que tenía delante no me miraban a los ojos por puro pavor y los del bar de anoche solo me veían con lascivia.

Pero aquel druvari de alto rango no solo no me temía, sino que tuvo el valor suficiente para reírse de mí, desarmarme y salir huyendo con toda la tranquilidad del mundo.

¿Por qué?

Cuando el entrenamiento había acabado y aquellos druvari habían empezado a seguir las indicaciones del ondrari de turno para volver a sus hogares, mis hermanas y yo charlábamos animadamente antes del almuerzo en nuestra habitación.

—Por favor, es que es mi momento favorito de la semana. Son tan monos. Todos con la cabeza gacha sin mirarnos a los ojos.

Morgana estaba tumbada en medio de la habitación, con las piernas en alto como si estuviera estirando. Al lado, su inseparable Aria comentaba que uno de los druvaris de su grupo se había orinado encima.

Las demás estaban dispersas por la habitación hablando entre ellas o mirando por la ventana. Tampoco teníamos mucho más que hacer hasta que nos mandaran otra misión y desde luego no…

La puerta se abrió de par en par. Un grupo de druvaris guardianes entró en fila, en silencio, colocándose pegados a la pared de nuestro cuarto ante nuestra atenta mirada.

Ya conocíamos el porqué de estas repentinas intrusiones.

Normalmente no traían nada bueno.

En medio, Morcant caminó a paso rápido con la mirada fija en algo.

En mí.

—Han encontrado esto en uno de los pasillos de la planta baja —alzó la voz, ahí fue cuando me percaté de que con la mano derecha sostenía una bolsa de tela—. ¿Me explicáis por qué?

Morcant no apartó la mirada de mis ojos mientras sacaba aquello de la bolsa. Yo lo imité; no quería parecer débil.

—Un libro. Un maldito libro arrugado y mugriento —exhaló—. Uno de los vuestros, claramente.

De reojo vi a mis hermanas ponerse de pie en cuanto entraron los guerreros y cómo dos en concreto mantenían la mirada más gacha de lo normal. Al momento entendí lo que había pasado.

—¿Me explicáis quién ha dejado uno de vuestros libros en un pasillo al que claramente no tenéis acceso? —volvió a preguntar, la agresividad cada vez teñía más sus palabras—. ¿Quién de vosotras ha sido tan osada como para desafiarme así? Resulta casi insul…

Escuché el sonido de la voz de una de mis hermanas a mi derecha, pero no dio tiempo a que completara la palabra que iba a pronunciar.

Alcé la barbilla y, mirándolo a los ojos, respondí:

—Discúlpame, Morcant. No volverá a ocurrir.

—¿Erya? —escuché a Morgana susurrar a mi derecha.

—Lo siento. —Alcé la voz para intentar acallar a mi hermana—. Fue un despiste.

—Un despiste… —Morcant apretaba los dientes con tanta rabia que la saliva comenzó a amontonarse alrededor de su boca—. Un jodido despiste de la líder de las fénix… ¡Un puto despiste!

La palma de su mano impactó contra mi mejilla.

Mi rostro comenzaba a arder de golpe por el dolor, como si en lugar de una mano me hubieran golpeado con una brasa ardiendo.

Índice, mediano, anular, meñique…

Índice, mediano, anular, meñique…

Respira, Erya, pensé. *Solo ha sido un manotazo.*

Los ojos amenazaron con inundarse de lágrimas, pero, como siempre, compartimenté esa emoción rabiosa y me limité a respirar hondo.

Pronto, el hormigueo que tenía en la mejilla desaparecería.

—A mis aposentos, Erya. Y más te vale darte prisa.

El ondrari se dio la vuelta y salió de la habitación seguido de los guardianes.

—¡Erya, perdóname! ¡No deberías ser tú! —Morgana corrió a abrazarme, junto a Aria—. Fuimos nosotras, quisimos ir a buscar más libros para leer y… —Escuché cómo sorbía lágrimas—. Hace mucho que no sufrimos un castigo, tú deberías…

—Está bien —la consolé, hundiendo mi rostro en el cabello rizado de Morgana—. Sabes que no me importa aguantar unos azotes.

—Siempre nos salvas, no debes comértelo tú sola todo, no…

—Por favor —interrumpí a Aria, separándome del abrazo—. Ni siquiera sabe pegarme fuerte.

Abandoné la habitación ante la atenta mirada de mis hermanas, mientras trataba de repetirme a mí misma que lo que acababa de decirle a Aria no era mentira y que todo acabaría pronto.

Si cerraba los ojos, dolería menos. Estaba segura; ya lo había comprobado.

9

> El Humo Rojo es una de las bebidas más consumidas en Teryon. Se caracteriza por su sabor dulce y su gran graduación en alcohol, siendo el licor predilecto de los guerreros del reino.
>
> *Tratado de hierbas, vinos y fuegos*

Me coloqué la capa sobre los hombros cuando la noche era lo suficientemente espesa como para ocultarme. Los soles de Teryon nunca aparecían, pero sentía que ese día habían estado más ocultos de lo normal.

El viento era tan frío y denso que casi me costaba respirar. Miré hacia abajo para comprobar que, antes siquiera de salir de la armería, ya se formaban nubecillas de vaho al respirar y se escuchaba el silbido del aire entre las hojas.

Comprobé que tenía todas las dagas y les sumé una espada de punta curva cuya vaina aseguré en la cintura en la parte baja de la espalda. Solo por si acaso. Un viento así no auguraba nada bueno.

—Pide disculpas otra vez, preciosa —exclamó Morcant sin apartar su mano de mi trasero desnudo—. Y esta vez tengo que creérmelo.

—Lo siento.

No terminé la segunda palabra antes de que la mano del ondrari volviera a golpearme con tanta fuerza que mis piernas flaquearon. No llores, Erya. Al menos no está utilizando la fusta.

Negué con la cabeza para despejarme. Cuanto antes dejara de pensar en lo que Morcant me hizo la noche anterior, antes podría llegar de nuevo a Rhyen. Por eso, intentando ignorar el dolor de mi lumbar al subirme al caballo, cabalgué lo más rápido que pude para cruzar el puente que nos separaba del resto de Ignath.

Si me pillaban, el castigo sería insoportable. Pero no me importaba, y algo dentro de mí no comprendía por qué me daba tan igual arriesgarme tanto cuando la mayor parte de mi existencia había obedecido a ciegas con tal de que mis hermanas estuvieran bien. Y eso me asustaba.

La noche era tan espesa como esperaba, pero al alzar la vista desde Haze y observar el cielo, comprobé que algunas de las estrellas, que apenas salían en la noche, iluminaban el cielo con timidez. Como si les diera vergüenza mostrarse en un lugar tan trágico. Yo tampoco querría iluminar un sitio así.

—Alastor, necesito el talismán.

Había llegado a la frontera de Rhyen y el viejo Alastor caminaba con su pata de palo de un lado a otro de la cabina. Me miraba de reojo como si no le sorprendiera en absoluto mi repentina presencia.

—Guapa, cuánto tiempo. —Agachó la cabeza y me fijé en su mata de pelo gris. Parecía ir perdiéndola poco a poco por la edad—. ¿Qué me traes, entonces?

—Ten.

Ya había cruzado la frontera bastantes veces y siempre había dado a Alastor algo a cambio de su generosidad. Por suerte, un

anciano tan avaricioso como él era fácil de domar, así que solo bastó con averiguar la forma más sencilla de acceder a los aposentos de algunas de las damas ondraris de palacio para robarles las joyas. Había hecho eso tantas veces que ya ni siquiera me provocaba adrenalina.

Esa noche, antes de salir, me había tomado la libertad de robar una pulsera de oro y ónix, un mineral muy preciado en Teryon, de una de las damas de compañía que tenía Morcant. Ni siquiera sabía su nombre, pero no lo necesitaba para colarme en sus aposentos y robarle alguna de sus decenas de joyas que ni siquiera usaba.

—Gracias. —Alastor se agachó con dificultad a recoger la pulsera del suelo—. Nunca me habías traído ónix con oro.

—Una siempre busca sorprender —respondí con ironía, aún con la cabeza gacha. Detecté movimiento a mi izquierda—. ¿Es de fiar?

Detrás de una de las cabinas y asomado con timidez, se encontraba el druvari que me había dejado pasar un par de noches atrás.

—¿Blaick? —dijo, desvelándome su nombre—. Es tan fiable como novato, así que sí.

Sonreí al joven Blaick que asomaba la cabeza por un lateral de la cabina.

—Hola, Blaick —dije en alto, sabiendo perfectamente la reacción que iba a provocar en él—. ¿Se piensa que le voy a llevar al infierno y esas cosas? —bajé el tono de voz para que solo Alastor me escuchara. Él estalló en carcajadas.

—Así es, pero no te traicionó, Erya. —Rio—. No supe que habías cruzado la frontera hasta que te vi regresar al amanecer.

Estaba bien saberlo, otro druvari aliado, entre comillas, en la frontera con Rhyen.

—No le digas que es falso. Me gusta que me tenga miedo, podría

venirme bien.

—Dalo por sentado —respondió el viejo Alastor—. Y, niña, me gusta el ónix. La próxima vez tráeme más de esto.

Asentí antes de colgarnos la turmalina a mí y a mi caballo para seguir con el camino. Siempre me había resultado curiosa la diferente percepción que tenían los teryanos de nosotras; pero algo dentro de mí aún dudaba de que todas esas maldiciones con la que nos relacionaban no fueran del todo falsas.

Al final, fuimos bestias creadas para destruir el reino y, aunque hubiera resultado un propósito fallido, nuestro origen malvado estaba ahí. ¿Quién nos aseguraba que si tuviéramos más poder o libertad no pudiéramos ser tan malvadas como ellos temían?

Tal vez me gustaría ser así de malvada para verlos arder a todos.

Solo tal vez.

—No te esperaba tan pronto, ¡chiquilla!

Ed se llevó las manos a la cabeza cuando apoyé mi trasero en el asiento mugroso de La Grieta. Había entrado directa, ignorando a las decenas de teryanos que hoy pasaban el rato en la taberna; sin duda más llena que la última vez.

Pero mi mente bailaba con la dicotomía de sentirme estúpida por haber vuelto a la taberna en busca de aquel hombre y el hecho de que ansiaba con todas mis fuerzas darme la vuelta y ver si se encontraba entre los asistentes.

—Buenas noches, Ed —dije. Todavía no me había quitado la capucha—. Está muy llena la taberna.

—Nadie sospecharía que hace dos noches todo esto estaba bañado de sangre —susurró, acercándose desde el otro lado de la barra—. Ya hay grupos de borrachos que sustituyen a los muertos, no voy a notarlo en ventas.

—Me alegro —comenté. Me alegraba de verdad—. Un Humo…

—Un Humo Rojo marchando para la señorita —completó él.

Apoyé los brazos cubiertos por la capa negra en la barra. Aún no había inspeccionado a los teryanos que se encontraban en la taberna, pero con el vistazo que eché al entrar sabía que estaban casi todas las mesas llenas. Tenía los sentidos alerta, buscando escuchar cualquier voz que me recordara a la suya, aunque…

¿Qué esperaba decirle?

«Me pareciste extremadamente idiota, pero tu habilidad con la espada ha provocado una curiosidad inmensa en mí y ahora necesito batirme en duelo contigo para calmar mi ego».

Tal vez debería matarlo. Nadie me había asegurado que aquel hombre fuera de confianza y mucho menos después de comprobar la picardía con la que se expresaba. Sí, matarlo sería la mej…

—Otro Humo Rojo para mí, por favor.

No me hizo falta girarme para saber que justo a mi derecha se encontraba el hombre al que buscaba.

—Pero menos cargado que el de la señorita, se lo ruego —comentó cuando Ed depositó el vaso de líquido rojo en la barra, delante de mí—. No me gustaría emborracharme en su presencia.

—Druvari de alto rango —alcé la voz lo suficiente para que me escuchara, todavía mirando mi vaso—. ¿Cierto?

—Yo también me alegro de volver a verte, querida. ¿O puedo empezar a llamarte ya por tu nombre? —respondió él.

Su voz grave no titubeó al volver a pedir que desvelara mi identidad; ni iba a hacerlo ni tenía la menor intención de ello. Miré de reojo en su dirección y me topé con unas manos grandes jugueteando con la copa, al igual que yo.

—No es necesario que sepamos nuestros nombres —me limité a responder.

—Es injusto, tú sabes el mío —continuó, todavía hablando hacia

el frente.

—No te lo pedí.

—Pero yo te lo di, lleno de generosidad y buenas intenciones. —Se giró hacia mí—. Porque, si no quieres saber ni siquiera mi nombre, ¿qué hace una fénix como tú en La Grieta una noche tan oscura como esta?

Me giré hacia él tan rápido como escuché aquella palabra salir de su boca.

—Baja la voz, joder —murmuré. ¿Qué demonios hacía? ¿Quería descubrirme?

Esa fue la primera vez que nos miramos a los ojos; o más bien, yo le miré a los suyos. Se había quitado la capucha, que ahora descansaba sobre los hombros, dejando al descubierto un rostro perfectamente cincelado que me retaba con la mirada, como si le hubiera parecido divertido pronunciar aquella palabra en alto. Tenía el cabello castaño algo revuelto, y los ojos de un color verde oscuro que parecían hechos con las hojas del bosque más antiguo de Teryon. Brillaban tanto que daba la sensación de que una luz los alumbrara en todo momento, reflejando destellos dorados que chisporroteaban en ellos.

—No has respondido a la pregunta —continuó. Sabía que la sombra de la capucha no dejaba ver bien mi cara, pero él tenía los ojos fijos en los míos como si pudiera ver a través de esa oscuridad.

—Tú tampoco a la mía.

—Qué mala educación, ¿no? Te digo mi nombre y te desvelo mi rostro, y tú sigues escondida bajo esa capucha oscura que… —Ladeó la cabeza y frenó su mirada en un punto de mi atuendo—. ¿Eres consciente de que llevas el sello real bordado en la capa?

—¿Y tú te crees que no hay más individuos que vengan de palacio a La Grieta? Vamos, Nathaniel… —exhalé, cogiendo mi vaso

de Humo Rojo y acercándomelo a los labios—, son los que más disfrutan de las ilegalidades que esconde este sitio.

—Entiendo. —Rio él, aunque no entendí qué le resultaba tan divertido—. Pero no quieres que descubran que una de sus fénix ha salido de palacio y ha…

—¿Puedes dejar de decir esa puta palabra? —mascullé entre dientes, acercándome a él.

Él alzó las manos en señal de rendición y alcanzó su vaso de Humo Rojo, llevándoselo a los labios sin quitar la mirada de mis ojos escondidos en la oscuridad.

—Bueno, entonces —continuó, dejando el vaso sobre la mesa— ¿qué se le ha perdido a una… criatura —optó por decir, algo que yo agradecí— como tú en esta taberna mugrienta?

Si le era sincera, no tenía ni idea.

¿Tal vez la curiosidad y el aburrimiento? ¿Eso era lo que me había llevado a buscarle? Algo de diversión, de entretenimiento en esta existencia tan cansada.

—Fingiste ser más débil de lo que eras durante la pelea de bar —confesé—. Y al terminar, me quitaste el arma de una forma que deja entrever años y años de duro entrenamiento. ¿Quién ha sido tu maestro?

Tardó en responder, volvió a mirar el líquido de su vaso y se apoyó con desgana en la barra.

—Otro druvari de alto rango fue el que me entrenó para ser guardián.

—Qué iluminador. —Suspiré. La información que me había dado no era nada concluyente—. ¿Su nombre?

—¿Para qué quieres saber su nombre?

Muchas generaciones de druvaris habían pasado por nuestras manos para ser entrenadas desde hacía siglos. Había guerreros que

o bien habían sido ascendidos gracias a sus contactos o bien los ondrari se habían librado de nuestra atención, pero a la gran mayoría de soldados los habíamos conocido.

Era imposible acordarme de todos los rostros, eran cientos cada año, pero sabía que, aunque a mi ego le doliera, me acordaría de un guerrero con esa agilidad y esa velocidad con la espada.

—Me gustaría conocer el nombre de ese buen guerrero. Los mejores druvaris de alto rango han sido entrenados por nosotras.

—¿Estás segura de eso?

Tosí el Humo Rojo que acababa de colocar entre mis labios. Claro que estaba segura.

—Con total certeza.

—Pues te recomiendo que repases lo que tú consideras como total certeza. —Esa mueca de diversión no desaparecía y yo seguía sin comprender el punto de diversión de esta conversación.

—Te aseguro que los mejores guerreros que protegen el reino los he…

—No todos los druvaris de alto rango protegen Teryon.

¿Cómo que no?

Claro que todos…

Espera.

Entornó los ojos mientras me dedicaba otra de esas sonrisas burlonas. Yo no pude evitar taparme la cara como acto reflejo, ¿qué era esa luz tan molesta? ¿De dónde…?

No podía ser.

Mi cuerpo se echó para atrás de forma automática.

—Así es —añadió él.

—¿Eres…?

Había oído hablar de él, pero ni siquiera sabía si era real y no un simple mito. Pensaba que era un hombre recluido; tan recluido como

nosotras si cabía. Nunca pensé que lo conocería y mucho menos que estaría tomando una copa en La Grieta.

—Lo mío tampoco puedes decirlo en voz alta, ¿eh? —murmuró entre risas, mientras se acababa aquel Humo Rojo y alzaba la mano para llamar la atención de Ed—. Al final va a ser que tenía razón y sí que huimos de lo mismo.

—No es lo mismo ser una fénix que… —susurré, me temblaron las manos—, que el guardián supremo.

10

> La labor del guardián supremo es conocida por todo el reino, pero su ubicación permanece oculta para la mayoría de las criaturas de Teryon. Es clave que solo unos pocos conozcan el verdadero paradero de quien se asegura de que la magia del reino siga intacta.
>
> *Códice de Teryon*, vol. 8,
> «De los guardianes y del latido sagrado»

La primera vez que me quedé sin palabras fue al recibir la primera paliza por parte de un ondrari que lideraba en Teryon. Hacía ochocientos años.

No recordaba cómo se sentía que la garganta se atascara en palabras que no podía pronunciar, y la cabeza se llenara de una nube de confusión imposible de descifrar. Hasta ese preciso instante en el que observé cómo el guardián supremo daba un trago al segundo Humo Rojo de la noche.

—¿Ya no eres tan osada?

—No te tengo miedo.

Era cierto. No me asustaba lo más mínimo; pero tener ante los ojos a una figura prácticamente mitológica provocaba que me ardiera la garganta.

¿Eso era lo que sentían los teryanos al verme a mí?

—Por eso tampoco me temes —continué—. ¿Cierto?

—Qué perspicaz.

Había venido a La Grieta y había obtenido las respuestas que necesitaba para calmar el amor propio que él había dañado. Ya tenía toda la información que pensaba recabar y, aun así, mi trasero seguía sentado en el mismo sitio.

La maldita curiosidad.

—¿Qué haces aquí? —pregunté—. Siendo quien eres…

—Yo te fui sincero. Huía. De mi obligación permanente y de lo que implica este título. Lo elegí yo —añadió, sus ojos se relajaron—, pero eso no significa que de vez en cuando no necesite escapar.

Lo ha elegido. Qué suerte.

—¿Y por qué la otra noche…?

—¿Le rompí la jarra en la cabeza a aquel borracho?

—Eh —alcé la voz—. Deja de interrumpirme.

—Solo estaba completando la frase con lo que intuyo que vas a decir.

—Ya sé terminar las frases yo sola.

—Ya veo. —Se rio como si acabara de averiguar algo de mí—. Me gusta.

—Joder —exhalé, poniendo los ojos en blanco—. De verdad que no es necesario que elogies mi carácter, solo te pido un mínimo de respeto cuando estoy hablando.

Él se limitó a asentir.

Yo a morderme la lengua.

La curiosidad me había llevado hasta estar sentada en La Grieta con el mismísimo guardián supremo, apodado coloquialmente, guardián del Ibrax. Pero después de tantos años había aprendido a leer bien a los hombres y lo que detectaba en él era una soberbia que me ponía enferma.

Sin embargo, podía seguir mi existencia sin satisfacer mi curiosidad, no iba a poner en juego mi paciencia por ella.

—Nathaniel. —Apoyé ambas manos sobre la mesa, antes de terminar de levantarme del taburete—. No sé si puedo decir que ha sido un placer, pero voy a volver a palacio. Adiós, Ed. —Miré hacia el tabernero, él me devolvió el saludo con la mano.

—Antes… —Alzó el brazo para impedirme el paso—. Debo hacerte una pregunta.

—¿Debes? —Enarqué una ceja bajo la capucha, mientras esquivaba su brazo—. Adelante, pero no puedo asegurarte que la responderé.

—Me parece justo —continuó él, yo ya me había levantado y caminaba hacia la puerta—. ¿Crees en la posibilidad de ser libre?

Detuve mis pasos ya con la mano derecha abriendo la puerta de la taberna.

Intenté pensar si de verdad sentía que jamás sería libre o si me planteaba otra posibilidad en el fondo de mi alma…

No. No tenía alma.

No sería libre jamás.

—Por supuesto que no.

—No hablamos mucho —dije al tiempo que mi espada chocaba con la de Seren—, pero yo no sabía que el guardián supremo pudiera acudir a sitios como ese tan a la ligera.

Desde mi regreso al amanecer, mi mañana había consistido en entrenar con mis hermanas y repasar la idea de que el guardián supremo había estado tomándose un Humo Rojo en la taberna como si no fuera la figura más importante de Teryon.

Después de nosotras, claro.

—¿Tú crees que lo era de verdad?

—Sin duda explica la velocidad de sus movimientos y… tenía un destello peculiar en los ojos. Como si una luz dorada chisporroteara en ellos de vez en cuando —comenté, alejándome de mi hermana un instante para recuperar el aliento—. No mentía.

Pero si no mentía al desvelar su título, ¿qué hacía allí?

La figura del guardián del Ibrax era directamente opuesta a la nuestra. Él, un hombre unido al Ibrax para proteger su magia con su propia vida; nosotras, creadas con la intención de destruirlo. De la misma forma, también era opuesta la fama que este tenía en el reino.

Nosotras éramos mostradas y exhibidas cada vez que una de las fénix moría y el Ibrax latía a mayor velocidad, y bien era sabido por todos que, si pudiéramos disponer de toda la magia de las Kaol, nuestro deber original sería destruir al reino y a todos los que viven en él. Él, según tenía entendido, era un druvari que hace cientos de años se unió mediante magia al Ibrax. De esta manera añadieron una especie de protección final a este corazón, un último escudo.

Si él moría, el Ibrax también. Eran uno. Y el guardián supremo viviría tantos años como lo hiciera el corazón de la que fue nuestra creadora.

Pero había dejado claro que él eligió ese puesto, ¿cómo alguien en su sano juicio elegiría proteger un sistema mágico tan desigual con su propia vida? Daría toda mi existencia al dios Nerón si pudiera desvincularme del latido del Ibrax un solo día, si pudiera cerrar los ojos sabiendo que mi muerte no alimentaría a un reino sustentado por la avaricia…

—Pues si no mentía, acudir a la taberna, aun siendo quien es… —continuó Seren, guardando su espada en la vaina—, hará que, si los ondrari o quien sea que vigile su paradero se enteran, lo maten.

—No pueden matarlo, el Ibrax caería con él.

—Cierto —reconoció ella—. Pues… otro que vivirá para siempre como nosotras, ¿no? Mira que yo durante siglos estuve segura de que no eran más que habladurías…

—No es lo mismo vivir para siempre que estar condenadas a existir entre una sucesión de muertes infinitas —susurré—. Nosotras existimos, no vivimos.

No dijimos nada más.

Nada hasta que las seis horas de entrenamiento continuo terminaron y pudimos descansar diez minutos para almorzar algo. Estaba agotada, llevaba varias noches sin dormir y temía que, si hubiera alguna misión, esto me pasara factura. Pero, al terminar, el ondrari Lucio, que raramente acudía a nosotras, nos exigió que entrenáramos de nuevo a los druvaris que la mañana anterior habían luchado por mantener la espada en alto.

—No puedo más, un solo druvari más inútil y moriré definitivamente. —Dwua se llevó las manos a la cabeza, mirándome con resignación mientras esperábamos a que vinieran a por nosotras.

—Agradece que no son necros —dijo Lili. La pobre Lili.

Cada vez que la miraba a los ojos la notaba más vacía y triste que el día anterior y no saber cómo solucionarlo me revolvía las tripas. En el fondo era consciente de que no había solución y que esa ausencia de brillo en su mirada era lo que se cobraba la muerte cada vez que nos llevaba con ella. El precio que pagamos por existir.

—Llevamos varios días sin avisos. Eso significa que está todo más tranquilo —comentó Gwenna, recogiéndose el pelo rizado en una cola—. Aunque no sé qué detesto más.

—Os juro que creo que he llegado la conclusión de que prefiero a los necros —añadió divertida Aria—. ¿Qué? No me miréis así, los

necros al menos no hablan.

No pude reprimir una sonrisa. Ni yo, ni ninguna de nosotras. Ella y Morgana tenían ese don.

Aunque bastó que Lucio entrara en la habitación, con esa larga trenza negra que le caracterizaba, para disipar todo indicio de sonrisa que aún pudiera asomar.

—Por favor. Acudid ya a la sala de entrenamiento. Los druvaris están listos.

Este ondrari en particular nos resultaba cómico. Nos hablaba con tanto pavor que ni siquiera alzaba la voz. A diferencia del resto de ondraris de palacio, él daba la impresión de que en cualquier momento se iba a orinar encima. Pero eso no significaba que pudiéramos tratarle con menos respeto del que lo hacíamos; hace años, Morgana le hizo burla y como castigo tuve que aguantar unos diez latigazos con la fusta más gruesa que Morcant tenía en el despacho. Aún noto escozor si lo pienso demasiado.

Recorrimos de nuevo los pasillos sinuosos del palacio y, cuando la puerta de la sala de entrenamiento se alzaba ante nosotras, noté cómo la sensación de alerta crecía en mi pecho.

No los escuchaba hablar, reírse o burlarse al otro lado de la puerta. Ni siquiera se escuchaban las órdenes de ningún ondrari.

Por eso, antes de que Lucio abriera los portones y nos presentara ante los druvari, alcé la mano para que mis hermanas estuvieran alerta.

—Lo sé.

Escuché susurrar a Gwenna detrás de mí, las respiraciones inquietas que detectaba me aseguraban que el resto de mis hermanas también eran conscientes de lo extraño de la situación.

Demasiada calma, demasiado silencio.

—Sabréis qué hacer. Yo me retiro —dijo Lucio.

El ondrari nos rodeó y volvió sobre sus pasos, dejándonos solas delante de la puerta en completo silencio.

—Esto no me gusta. —Escuché decir a Lili.

No respondí, iba la primera y debía mantener la cabeza fría. No recordaba la última vez que nos habían dejado solas en un espacio abierto de palacio y no sabíamos cómo comportarnos.

—Romped filas— ordené.

—¿Seguro? Si no es lo que quieren, nos…

—Seguro —confirmé. Prefería que todas estuviéramos listas para pelear a cumplir la orden de mantener la fila. Y más yendo desarmadas—. Atentas. Tengo un mal presentimiento.

Todas obedecieron y yo me pegué a la puerta del salón con mucho cuidado.

—No hay nadie —comentó Seren, me giré para mirarla y vi que había retrocedido por donde habíamos venido—. No hay seguridad, no hay…

Me volví hacia la puerta, pegué la oreja en ella para ver si detectaba el más mínimo movimiento.

Nada.

Las manos me ardían. No estábamos acostumbradas a usar magia y mucho menos en palacio, pero sin armas a nuestra disposición no escatimaría en usarla.

—Esperad —susurré.

Detecté algo, un mínimo movimiento al otro lado de la puerta que hizo que contuviera la respiración.

No. No era movimiento.

Escuché un leve… ¿gruñido?

—Joder. Chicas, retroc…

—Que se abran las puertas.

La orden de Morcant al otro lado hizo que los portones se

movieran al instante, antes de que yo pudiera avisar a mis hermanas.

Se me heló el cuerpo. No podía respirar.

Mis manos se dirigieron hacia las vainas vacías donde normalmente estaban mis dagas, por instinto.

—¿No preferías necros antes que druvaris, Aria? —escuché susurrar a Morgana.

No me lo podía creer. Aquello era demasiado.

—¿Erya? ¿Qué hacemos?

No respondí a Gwenna. Observé cómo las bestias arañaban el suelo con rabia, con sus cabezas huesudas y oscuras se dirigían hacia nosotras. Ni siquiera vi dónde se encontraba el ondrari que había orquestado todo esto.

¿Cómo era posible? ¿Por qué había necros en palacio?

Debía pensar.

Desarmadas ante una situación así moriríamos todas sin dudarlo, quién sabe cuántas de nosotras volveríamos a la vida sin ningún tipo de personalidad ni carácter, sin el brillo en la mirada.

—¿Erya?

Eres la líder y estamos desarmadas. Debes dar una solución. Debes…

—Me dan igual las prohibiciones que nos hayan impuesto. Usad la magia.

—Nos castigarán…

El chillido de un necro me erizó la piel. Ya venían.

—Usad magia. No voy a arriesgarme a que perdamos lo poco que nos queda.

11

Los necros no conocen el eco del compañerismo, se mueven instintivamente hacia todo aquello que pueda darles magia.

Códice de Teryon, vol. 3,
«Del robo del corazón y la creación de Ibrax»

A primera vista no pude contar cuántos eran. Más de diez, fijo.

Y aunque quería detenerme y averiguar por qué no había una panda de hombres a los que entrenar, sino una decena de bestias hambrientas devorándonos con la mirada, decidí hacer caso de todo lo que había aprendido estos años.

Actuar primero, preguntar después.

—No huyáis. Entrad y acabad con todos.

La voz de Morcant sonaba por todos lados y a la vez en ninguno, como si fuera un eco constante en aquel inmenso salón.

Y le hicimos caso. Corrimos hacia el objetivo, no huimos ni nos escondimos; nosotras jamás hacíamos eso. Corrimos hacia ellos desarmadas y con las manos ardientes por el diluvio mágico que estaba a punto de destrozar aquel palacio, aunque ellos no lo supieran.

Pero, por primera vez en cientos de años, las consecuencias me dieron igual.

—¡Ya sabéis lo que hacer! —exclamé, mientras nuestros gritos de guerra y los de las bestias se fusionaban en uno.

No escuché respuesta, no me hizo falta comprobar que mis hermanas corrían a mi lado con las manos en posición y pendientes de un hilo quebradizo a punto de arder.

Un hilo que se rompió en cuanto el primer necro vino hacia mí.

Dejé que el chorro de fuego ardiente y vivo escapara de mi mano en un susurro. La bestia gritó, se retorció, y esas cabezas huesudas miraron despavoridas a su alrededor buscando que alguno de sus aliados las defendiera. Pero mi otra mano estalló en llamas al mismo tiempo y, con un movimiento rápido, dirigí el chorro de fuego a la derecha, hacia la otra bestia que venía a por mí.

Me ardía la piel por estar tan cerca de mi propio fuego, como si ni yo misma estuviera preparada para el poder tan salvaje que guardaba. Era una sensación tan placentera que podría acostumbrarme a ella.

Notaba calor por todas partes. El fuego revoloteaba por la sala abrasando a aquellas bestias con nuestro poder, convirtiendo el salón de palacio en una hoguera controlada que desaparecería tan pronto como quisiéramos.

¿Y si matáramos a todos?

¿Y si quemábamos todo el castillo?

¿Y si…?

—¡¡¡Tenéis terminantemente prohibido usar magia, desgraciadas!!!

La voz de Morcant cortó mi poder en un instante. Suficiente para que la garra del necro que estaba siendo casi incinerado me atizara en el rostro y me tirara al suelo.

Busqué con la mirada al ondrari. No lo veía, no podía encontrarlo entre todo el caos.

—¡¡¡Erya Kaol!!! ¡¡¡No tientes a la suerte!!!

Ignoré su orden. Miré a mis hermanas de reojo y supe que no podía arriesgarme a perder nada más de ellas. Mis manos fueron el hogar del calor y del fuego de nuevo, dejé que recorriera mis venas y que chisporroteara en mis dedos. Di una orden silenciosa a Gwenna, que me miraba de reojo, también tendida en el suelo y observando cómo los necros que estaban a punto de quemarse vivos ya se recomponían poco a poco.

—Te arrepentirás toda tu larga y triste vida de lo que estás haciendo.

No gritó, pero esa amenaza resonó en todos lados y caló tan dentro de mí que el fuego de mis manos murió al instante.

Ignóralo. No te puede hacer nada peor de lo que te ha hecho ya.

Mata a los necros. Usa tu poder. Te han tendido una emboscada.

Luché por hacer caso a esos pensamientos que me incitaban a revelarme. Tal vez podría cambiar las cosas, tal vez…

No tenía alma. No podía ser libre. Mis hermanas sufrirían por mi culpa.

Solo hizo falta que esos pensamientos recorrieran mi cabeza una vez para que, mientras me levantaba y corría hacia atrás, diera una de las órdenes más dolorosas de mi vida.

—Obedeced. ¡Dejad de usar la magia! —grité. Noté las miradas de mis hermanas sobre mí—. ¡Luchad como podáis!

Si usábamos magia tal vez castigarían a mis hermanas con torturas peores a la muerte. Desobedecer podía suponer perder de peor forma lo que nos arraigaba a lo poco que quedaba de nosotras mismas.

Obedecer era lo correcto, lo menos arriesgado y doloroso para ellas.

—Sin magia y armas nos matarán —escuché gritar a una de mis

hermanas; entre los aullidos de las bestias no logré diferenciar de quién se trataba exactamente.

Así era. Por mucho que intentáramos aguantar…

Una zarpa me azotó de nuevo, noté que la sangre comenzaba a caer a borbotones por mi rostro; esa herida iba a ser molesta. Gateé hasta que pude librarme de las garras del necro que me atacaba, pero era demasiado grande y comenzaba a ganar fuerza con rapidez, porque no habíamos logrado incinerarlos del todo.

Nos matarán. Es imposible sobrevivir.

—Ya habéis oído a Erya, aguantad lo que podáis —gritó Gwenna a mi derecha. La miré de reojo—. ¡Vamos!

Mis hermanas obedecieron como siempre, sin poner ni una sola pega ante la misión suicida que teníamos ante nuestros ojos. Debíamos entregarnos a una masacre porque era lo correcto; morir era la opción menos dolorosa, como siempre.

Me levanté como pude y presionando la herida de mi ceja que no dejaba de sangrar, corrí hacia la puerta para coger distancia con la bestia. Eran muy grandes y fuertes, en el cuerpo a cuerpo no teníamos nada que hacer, pero intentaría buscar algún punto débil desde el que poder atacar.

Pero ese punto no existía, y menos en unos ejemplares tan agresivos como aquellos. Hacía siglos que no observaba a unos necros tan furiosos.

Estudié el perímetro. Todas estábamos desperdigadas por la sala y las bestias se agarraban a los bordes de las columnas con fuerza, aún terminando de recuperar su piel abrasada. Nos observaban con ansia, nos miraban a través de sus ojos negros profundos.

—No hay escapatoria. —Seren, a mi derecha, se secó la sangre que caía por su nariz—. ¿Qué hacemos?

—Luchad lo que podáis e intentad que, si os matan, sea lo

menos doloroso posible —me limité a responder, recuperando el aliento.

No miré atrás, para no detenerme en los rostros de pavor que tendrían mis hermanas.

Mierda.

Me agaché a tiempo de esquivar el zarpazo de uno de los monstruos que corría hacia mí. Lo conseguí, pero la sombra de otro que venía por la derecha me sorprendió y logró golpearme de frente, lanzándome metros y metros por encima de la sala hasta chocar con una de las paredes de mármol.

Pestañeé rápido para aclarar mi visión, intentando que el pitido de mis oídos y lo nublada que tenía la mente pasaran a segundo plano. Pero fue en vano.

—Erya, tírate al suelo.

Esa orden susurrada de Morgana me pilló por sorpresa, pero obedecí torpemente. Encima de mí un necro de gran tamaño chocó con la pared, rompiéndola y obligándome a agazaparme para evitar los cascotes causados por el desprendimiento.

Todo era caótico. Me dolía todo el cuerpo y sabía que era cuestión de tiempo que acabáramos muriendo en sus garras.

¿Cuánto perderíamos esta vez?

La mano de Morgana agarró la mía y me ayudó a levantarme, tenía el rostro lleno de sangre y la mirada algo perdida.

—¿Qué hacemos?

No tenía respuesta. Por primera vez, sentía que estábamos condenadas a morir sin siquiera tener derecho a luchar. Era una masacre.

—¿Nada que podamos hacer? —preguntó, mientras corríamos hacia otro lado de la sala.

Más necros de frente. Mis hermanas sangrando. No podíamos

huir a ningún lado.

—Creo que no.

Un grito a mi izquierda me obligó a girarme.

Índice, mediano, anular, meñique…

Índice, mediano, anular, meñique…

Era Seren la que gritaba. Y no gritaba por ella.

—¡No pasa nada! —gritaba Aria—. ¡No pasa nada!

No pasaba nada, pero en sus ojos había una mirada colmada de pavor. ¿Qué le costaría morir? Porque desde que vi que el necro la sujetaba en el aire con sus enormes garras, a punto de devorarle el cuello, supe que estaba a punto de ocurrir exactamente eso.

Otra hermana muerta.

—¡Aria! —gritó Morgana, soltando mi mano y corriendo hacia ella.

Corrí para seguirla, pero no pude salvarlas.

Ni a Aria, ni a ella.

—¡No! —grité, desgarrando mi garganta.

Un necro la abatió y, ante mis ojos, sus enormes garras arrancaron la cabeza de Morgana instantes antes de que otro hiciera lo mismo con Aria.

Una masacre. Una maldita masacre.

Índice, mediano, anular, meñique…

Índice, mediano, anular, meñique…

—¡Qué más queréis que hagamos, joder! —exclamé. Noté las lágrimas caer por mi rostro. El grito de un necro me obligó a correr hacia atrás—. ¡Solo podemos morir!

No obtuve respuesta.

Dos hermanas habían muerto y ni siquiera se dignaban a explicarnos por qué estábamos pasando por esto, porque para ellos éramos escoria y nos merecíamos todo ese sufrimiento.

—¡Dejadnos en paz!

Nadie iba a escuchar mis gritos, pero necesitaba expulsarlo de dentro de mí. ¿Qué perderían mis hermanas después de esto?

—¡Qué más queréis de nosotras! —sollocé.

Otra bestia corrió hacia mí. No me moví. Moriría una vez más.

Yo perdería parte de mí misma, pero si mis hermanas lo perdían, no me importaba caer con ellas.

Pero otro cuerpo me tiró al suelo.

—¡Gwenna!

Observé a mi valiente hermana huir de la bestia de la que me había salvado. Vi cómo su rostro sangraba, pero ella no dejaba de correr, y yo como una maldita rata cobarde estaba tirada en el suelo asumiendo la muerte.

¿Qué líder era si me daba igual morir? Mis decisiones nos habían llevado a aquello, yo…

Índice, mediano, anular, meñique…

Mi pecho iba a explotar. Iba a vomitar.

—Gwenna —exhalé mientras me levantaba del suelo como podía, con el cuerpo dolorido y la mirada nublada. Por ella me levantaría, debía…

Sangre. Tripas. Miembros.

No escuché mi propio grito. Mis oídos me pitaban tanto que sentía que iba a desmayarme. O bien que estaba en una pesadilla terrible de la que jamás podría despertarme.

Sentí los brazos de Dwua en la espalda, mientras observaba los restos de Gwenna sobre el suelo blanco del palacio, alterando la pulcritud que aquellos desgraciados intentaban mantener siempre.

El castillo blanco se convirtió en oscuridad para mí y, aunque no recuerde nada más, podría asegurar que el último pensamiento que tuve antes de desvanecerme fue el mismo de siempre.

Ojalá no volver a despertarme.

12

> Las cenizas de una fénix siempre renacen en el templo de su antecesora, la diosa Kaol. No importa el lugar ni la forma en que hayan caído; sus cuerpos se alzan de nuevo entre las cuatro paredes que veneran al ser que las engendró.
>
> *Códice de Teryon*, vol. 6,
> «De las bestias malditas»

El repique de las uñas de Dwua sobre la mesa de piedra comenzaba a ponerme nerviosa.

Todo parecía sacarme de quicio mientras esperaba a que los puñados de cenizas de mis hermanas se reformaran para devolverles la vida. Conocía el proceso, había visto aquello infinidad de veces, pero esta vez estaba más nerviosa de lo normal.

Sus restos desperdigados por el suelo.

Sus cabezas…

—Que no tarden mucho, por favor —comenté sin apartar la vista de la piedra grisácea.

No se me escapaba la ironía de desear que viviesen, cuando lo que más ansiaba era la posibilidad de morir.

Había despertado en el templo de Kaol junto a mis hermanas hacía unas horas. Nos habrían llevado allí a rastras a las supervivientes mientras esperábamos a que las demás resucitaran.

Y no me extrañó lo más mínimo que hubiesen tomado la decisión de llevarnos allí de esa forma. Si tuviera a Morcant delante… no sabía hasta qué punto podría controlarme.

—Venga, joder —susurró Seren a mi derecha.

Siempre era igual.

Las cenizas se reunían en silencio, flotando en el aire. Primero trazaban líneas, luego siluetas, hasta que de ellas brotaban manos, pies, un torso, un rostro. Poco a poco, el polvo apagado volvía a latir y el cuerpo tomaba forma, devolviendo a la vida lo que parecía perdido.

Pero nunca lo estaba. Siempre volvíamos, pasara lo que pasara.

Cuando el polvo terminó de formar los cuerpos de mis hermanas, yo sentía que iba a vomitar. Necesitaba comprobar que todo estaba bien, que todo seguía igual.

Hasta que Morgana abrió los ojos.

—Estoy viva —dijo en alto.

—Lo estás —respondí.

Su cuerpo desnudo temblaba mientras buscaba si el principio de unas alas había aparecido en su espalda, las demás le ayudamos a comprobar que todo seguía normal. O eso parecía.

—Aria, ¿cómo te sientes?

Ella sonrió con dificultad mientras abría los ojos despacio. Estaba bien también.

Todas ayudamos a Morgana y a Aria a vestirse y a que comprobaran que su cuerpo estaba en las mismas condiciones. Afortunadamente así era, no obstante, mi mirada descansaba sobre el cuerpo, ya formado pero inconsciente, de Gwenna.

No abría los ojos y no respondía a los estímulos.

Ninguna dijo nada mientras esperábamos a que Gwenna tardara solo unos minutos más en despertarse y unirse a nosotras.

Pero nada de eso pasaba. Su rostro continuaba dormido.

O más bien muerto.

—¿Erya?

—¿Sí? —respondí a Lili, que había apoyado ambas manos sobre mis hombros mientras yo tocaba la cara de Gwenna con delicadeza.

—¿Crees que despertará?

—Somos inmortales —respondí por inercia, sin pensármelo dos veces—. Claro que despertará.

No dijo nada más en los siguientes minutos, pero su pregunta flotó por mi mente más tiempo de la cuenta. ¿Despertaría? ¿Sería como siempre? ¿Debería alegrarme si no despertaba jamás?

Era lo que todas queríamos, pero… ¿Por qué no sentía alegría al verla muerta sobre la mesa de piedra?

—Joder, Gwenna… —susurré. Tenía el rostro relajado—. ¿Qué te ocurre?

Su cuerpo estaba perfectamente formado, como el de las demás. El proceso parecía haberse desarrollado como de costumbre, salvo porque no recuperaba la consciencia por muchos minutos que pasaran.

Eso no debía estar pasando, no…

La mano de Gwenna agarró con fuerza mi muñeca.

Una fuerza desmesurada.

La fuerza de una fénix.

—Gwenna —susurré, mirándola.

Sus ojos se habían abierto, pero parecían no ver. Tenía la mirada puesta en algún punto fijo del techo y la boca semiabierta; respiraba a bocanadas como si de pronto estuviera aprendiendo a hacerlo. La expresión firme y afable de Gwenna no aparecía por ningún lado, en su lugar, su rostro estaba bañado de terror y odio.

Y no dejaba de apretarme la muñeca.

—Me haces daño —dije con cariño. Si seguía apretando me la iba a partir.

Apoyé mi mano sobre la suya para intentar deshacerme de su agarre, pero lo único que provoqué en Gwenna fue que esa mirada repleta de desprecio descansara sobre mí en lugar de sobre el techo del templo.

Me estremecí.

—Joder, ¿qué le ocurre? —escuché susurrar a Seren en algún sitio detrás de mí.

—No lo sé —respondí sin apartar la vista de nuestra hermana—. Gwenna, tienes que soltarme la mano.

Pero ella continuaba apretándome, mirándome a los ojos con la mayor expresión de terror y desprecio que había visto en alguien. Parecía estar atrapada en su propio cuerpo, como si estuviera encadenada en una cárcel impenetrable.

Parecía paralizada. No podía gritar ni llorar.

Hasta que, de pronto, me soltó.

Me estremecí al notar el cambio de presión sobre mi muñeca y casi pierdo el equilibrio al intentar, en vano, alcanzar su mano para agarrarla.

Gwenna se incorporó sin pestañear y, de golpe, la expresión de miedo desapareció. Ya no había odio en sus ojos entreabiertos, no tenía dificultades para respirar a juzgar por la forma en la que había cerrado la boca y su pecho no se agitaba.

Se sentó, desnuda y con el rostro impasible, y fijó su mirada a algún punto del templo.

Sin mirar. Sin ver.

—¿Por qué no habla?

La hermana Kia, que raramente hablaba debido a su timidez, fue la primera en alzar la voz entre nosotras. Yo me había quedado

pasmada viéndola.

¿Qué le había pasado?

Habíamos observado todo tipo de reacciones *post mortem*. Lili, de hecho, era la que más había perdido y, probablemente por eso, permanecía junto a los barrotes de las ventanas mientras examinábamos a Gwenna.

Pero ninguna había vuelto de la muerte en este estado prácticamente catatónico; parecía estar muerta en vida.

No. Volvería. Será una consecuencia inmediata, no tenía sentido que se quedara así para siempre, ¿verdad?

—Gwenna.

Volví a decir su nombre como si eso fuera a hacer que respondiera, pero no lo hizo.

Ni ese preciso instante, ni durante el resto de las horas que transcurrieron en el día.

No habló, no miró. Ni siquiera cuando la vestimos entre todas, y la intentamos levantar para estar listas cuando un ondrari llegara. Nada. Solo respondía a nuestras indicaciones vacía, como si ni siquiera fuera ella la que movía su cuerpo.

Gwenna, nuestra hermana valiente y guerrera había muerto para siempre y, detrás de ese cuerpo en estado catatónico solo quedaba la energía de una bestia; de una fénix.

—Sabes que no es tu culpa, ¿verdad?

La voz de Seren irrumpió en mis pensamientos. Llevaba dos horas sentada junto a Gwenna, que miraba impasible a una pared del templo; el día había dado paso a la noche desde que había despertado y nadie había venido a por nosotras.

Yo le había trenzado el pelo.

—Seren —susurré—, lo es. Yo di la orden.

—Erya…

—No. —Negué con la cabeza—. Tengo que asumir las consecuencias de mi mala decisión. Hice lo que creí conveniente para ahorrarnos sufrimiento y eso ha hecho que nuestra hermana haya muerto para siempre.

—No está muerta.

—¿Está viva?

Seren negó con la cabeza. Claro que no. A lo mejor nos escuchaba y, por eso mismo, iba a encargarme personalmente de cuidarla e intentar que el resto de su existencia fuera lo más agradable posible; pero no miraba, no gesticulaba. Nada.

—Tengo que afrontar mis decisiones. Fue mi culpa y es lo que hay, Seren. Pero no lloraré, no… —Negué con la cabeza otra vez—. Ni una maldita lágrima más. No será hoy, ni mañana, probablemente tampoco en los próximos cien años porque seguiremos atrapadas aquí entre estas cuatro paredes, pero llegará un día en el que estén menos atentos, se confíen o, quién sabe, los soles alumbren Teryon. Cuando ese día llegue, actuaré. Mataré a todos y cada uno de los ondrari que han orquestado esto. Torturaré con mis propias manos a quienes han hecho que sufráis en algún momento de vuestra existencia. —Miré a Seren—. Y desde este preciso momento, mi razón de ser acaba de cobrar sentido. Agradezco la inmortalidad por primera vez en ochocientos años, porque por Kaol juro que no descansaré hasta que todos estén muertos.

Por Kaol y por quien hiciera falta. Me dio igual pronunciar su nombre en alto porque no existía peor castigo en el mundo que ver a mi hermana Gwenna en ese estado.

Los mataré.

Pensaba mientras veía a los ondrari entrar en el templo repentinamente.

Los mataré.

Pensé también cuando nos informaban de que el pueblo había sido convocado para celebrar el aumento de flujo de magia del Ibrax por las muertes de mis hermanas.

Los mataré.

Volví a repetirme mientras me acercaba hacia Morcant con decisión.

—Morcant —alcé la voz, con las manos a la espalda y lo más erguida que pude—. Mis hermanas y yo solicitamos saber a qué se debió el altercado de hace unas horas.

Sus ojos casi felinos, afilados, me miraron con desdén, como si no diera crédito a que le estuviera planteando esa pregunta.

—¿Te he dado permiso para hablar, querida Erya?

Su palma golpeó mi rostro tan rápido que ni siquiera me dio tiempo para asustarme.

Exhalé con fuerza.

Todavía con el rostro girado, alcé la voz de nuevo.

—Ha sido algo excepcional, creo que…

De nuevo, otro golpe. Mi cara giró hacia el lado contrario y escuché la respiración alterada de mis hermanas detrás de mí.

—¿No te está quedando claro que hasta que yo no quiera, no te explicaré nada?

Callé. No dije nada.

No obtendría explicaciones por ahora, pero no pasaba nada.

Lo mataré.

Volví a repetirme.

Y esta vez, el rostro del que fue un extraño en aquella taberna apareció por mi cabeza.

«¿Crees que puedes ser libre?».

No lo creía, pero si lo fuera… Joder. Si lo fuera podría matarlos. ¿El guardián supremo creía en esa posibilidad? ¿Nathaniel podría

ofrecerme esa libertad?

—Lo ocurrido con los necros fue ni más ni menos que una prueba más de que sin nuestras armas, sin el poder de Teryon… estáis indefensas. Sois débiles. No sois nada —dijo de pronto. Hablaba como si nuestra magia hubiera sido un regalo suyo—. ¿Qué pasaría si os dejáramos a la intemperie sin las armas que os prestamos? Pues que moriríais.

Podría creerme todas las patrañas que aquel inútil soltaba por la boca, pero esa, desde luego, no era una de ellas. Si con intemperie se refería a rodeadas de necros en un espacio de veinte metros cuadrados, claro que moriríamos.

Como cualquiera.

Pero él sabía lo buenas guerreras que éramos y el talento que todas poseíamos para el combate cuerpo a cuerpo. ¿Por qué pretendía humillarnos de esa forma?

—Tenéis que salir al balcón en breve. El pueblo ya está viniendo y desea agradecer las muertes que nos habéis regalado una vez más. —De pronto Morcant alzó la voz con una tranquilidad que erizaría la piel a cualquiera—. Sentíos orgullosas de haber muerto por Teryon.

¿Haber muerto por Teryon?, repetí esas palabras en mi cabeza.

Nos habían tendido una trampa de la que era imposible escapar y por eso habían muerto. ¿Cómo íbamos a estar orgullosas de aquello? Pero solo vivíamos para morir, ¿verdad?

Y cuando salí a ver a los ciudadanos que gritaban eufóricos por el auge de flujo de magia en el Ibrax, me lo repetí otra vez.

Los mataré.

Miré a los ojos de Gwenna, que ya no veían a nada ni nadie.

Los mataré.

A los ondrari y a cualquiera que se interpusiera en mi camino.

Al fin y al cabo, mi razón de ser siempre estuvo teñida de muerte. Nadie sospechó que el propósito sería convertirme en su verdugo.

A todo y a todos; por ellas.

13

> El nacimiento de las fénix representa el inicio de la rebelión de Kaol contra el reino de Teryon que solo pudo ser controlada forzando su descanso semieterno y tomando el control absoluto de sus engendros.
>
> *Códice de Teryon*, vol. 6,
> «De las bestias malditas»

¿El guardián supremo conocía el secreto de nuestra libertad?

Esa era la pregunta que había rondado mi cabeza los siguientes días mientras hacía cualquier otra cosa. Ni siquiera los latigazos lograron que esa frase se disipara de mi mente.

Era el primer pensamiento que no me había atrevido a compartir con mis hermanas. Fui yo la que, hace cientos de años, prometió que jamás hablaríamos de la posibilidad de ser libres para ahorrarnos sufrimiento, y sería yo la primera en romper la promesa. No iba a cometer la crueldad de darles falsas esperanzas.

¿Cómo podíamos ser libres cuando la magia del reino dependía de nuestras muertes? El Ibrax latía más cuantas más veces moríamos, no veía forma de desvincularme de nuestro destino aciago.

Pero el odio bullía por mis venas cada vez con mayor intensidad, y se crecía con cada mirada que dedicaba a Gwenna y que ella no

me devolvía. La echaba de menos tantísimo, que estaba convencida de que ni vengando su *muerte* lograría calmar mi corazón. Tenía que ir más allá.

E ir más allá implicaba buscar a Nathaniel.

La noche cayó de nuevo y la niebla bañaba Teryon como de costumbre, como si la oscuridad de las almas que la habitaban se materializara en forma de bruma. Yo me fundí con ella bajo mi capa color negro y montada en Haze, que cabalgó a más velocidad que de costumbre. Nunca pensé que me entendía cuando hablaba, pero había algo en su trote que me hacía pensar que estaba tan inquieto y curioso con la misión como yo.

Ni siquiera Alastor me puso ningún tipo de problema para cruzar. Aunque creo que lo que le convenció del todo fueron las joyas que robé y que tanta ilusión le hicieron.

Todo parecía ir sobre ruedas, la furia que me impulsaba parecía estar siendo un motor más que eficiente para poder llegar a La Grieta y buscar al guardián. Ahí es donde comenzaría la parte difícil de la misión.

Nada me garantizaba que aquella noche hubiera ido a la taberna y mucho menos que accediera a escucharme de nuevo. Tal vez ni siquiera tenía sentido aquello que quisiera contarme.

Haze dejó de trotar tan pronto como comenzamos a adentrarnos en Rhyen e íbamos dejando atrás todos esos mercados que habían cerrado sus toldos horas antes. De madrugada apenas quedaban negocios abiertos y mucho menos criaturas deambulando por allí; hacía mucho que Rhyen había dejado de ser un lugar habitable por la noche.

Los conflictos habían aumentado y, aunque la vigilancia también lo hiciera, el miedo a los necros era tal que pequeñas bandas cometían altercados por la noche. O bien indignados con el Gobierno

ondrari y sus dudosas normas que beneficiaban solo a los ciudadanos de Ignath, o bien simples rebeldes que deseaban ocasionar problemas.

El cartel luminoso de La Grieta se distinguía desde lejos, e iluminaba levemente una silueta al lado de la puerta de la taberna.

Me erguí en el caballo y comprobé como la figura alzaba la cabeza al verme. Era Nathaniel.

—Llevo mucho esperándote. Has tardado en volver.

Vacilé antes de responder. Llevaba ropa más holgada, una simple camisa blanca y unos pantalones de cuero negros en los que no parecía haber un cinturón que portara ningún tipo de arma. Tal vez no las necesitaba.

—¿Cómo sabías que vendría? —me limité a responder, todavía subida en el caballo y escondida bajo la capucha—. ¿Por qué esperabas?

—Responderé las preguntas de una en una.

—No sabía que había que pedir turno para preguntarte algo —respondí con desgana.

—No tienes que pedir turno para decirme nada, fénix.

—Joder, Nathaniel —alcé la voz—. Me retiraré a palacio si no…

—¿Y renunciar a las respuestas que buscas? —El cartel solo iluminaba parte de su cuerpo y generaba sombras en la otra mitad, no podía ver del todo su expresión, pero por su tono sabía que comenzaba a esbozar una sonrisa de soberbia. Ya me estaba arrepintiendo de tratar hablar con él.

Por ellas, Erya, me repetí a mí misma. Debía tener paciencia.

—No te equivocas, pero no te la juegues demasiado porque tienes las de perder. ¿Qué pensarían si supieran que el guardián…?

—Entendido —interrumpió, alzando los brazos—. Creo que tenemos muchas cosas que debatir y sin duda un buen Humo Rojo

podrá ayudarnos con ello, ¿no crees?

Tardé en responder, era verdaderamente insoportable.

Instantes después me vi con un Humo Rojo gigantesco en una taberna abarrotada de borrachos y con el guardián supremo mirándome fijamente, como si pudiera atravesar la capucha bajo la que me escondía.

—¿No te la vas a quitar? —preguntó, apoyando su cabeza sobre sus dos manos entrelazadas.

—Me reconocerían. No puedo.

—¿Por tu cabello color rojo como el fuego? Se te escapan mechones de vez en cuando.

—Qué perspicaz —respondí, volviendo a colocarme la capucha y asegurándome de que nada se había escapado esta vez. Obviamente durante la pelea de hace unos días no pude tener tanto cuidado, pero no era un error que estuviera dispuesta a cometer de nuevo.

—Pero no estamos aquí para hablar de tu pelo, ¿o sí?

—Desde luego que no —tomé un trago de Humo Rojo.

Pasaron unos segundos hasta que fui capaz de poner en palabras toda la información que pasaba por mi cabeza y me atreví a enfrentarme al guardián supremo de la forma más vulnerable a la que me había enfrentado a nadie jamás. Con la débil llama de la esperanza como única guía en la oscuridad.

—El otro día me preguntaste si creía en la posibilidad de ser libre.

—Así es.

—No creo que exista esa posibilidad y jamás lo he hecho. Me resulta inhumano imaginar una realidad en la que pueda ser libre y

no estar permanentemente atada a Teryon y a su magia. Pero me da la sensación de que para ti la libertad es una posibilidad real. —Tragué saliva—. He venido a La Grieta a que me convenzas de que tienes razón.

No dijo nada. Tan solo agarró su vaso de Humo Rojo y bebió hasta vaciarlo. Lo depositó en la mesa de madera y me miró como si pudiera ver mis ojos escondidos en la oscuridad de la capucha.

—Mi labor ha consistido, históricamente, en proteger con mi vida el Ibrax. Y eso he hecho. Día tras día me han entrenado con un solo objetivo: que el corazón mágico del reino nunca deje de latir. Viviré tantos años como lo haga el Ibrax y hasta entonces estoy condenado a una vida de servidumbre en la que la única paz que puedo encontrar ocurre cuando la noche inunda Teryon. —Negó con la cabeza—. Y ni aun así, si algo o alguien importuna los terrenos cercanos al Ibrax, lo notaré aquí. —Se puso la mano derecha en el pecho—. Mi corazón late a la vez que el suyo y cuando se pone en peligro, se me acelera tan rápido que siento que va a explotar.

Asentí, esperando averiguar pronto a cuento de qué me estaba contando su historia. No me importaba lo más mínimo, había aprendido que indagar sobre ciertos puntos de la historia que eran considerados… más mito que realidad, no siempre merecía la pena.

Recordé mi lucha pasada por investigar sobre mi origen y el de mis hermanas. Pero no tardé en descubrir que cuando encuentras información que reafirma tus más dolorosos pensamientos intrusivos, quizá sea mejor vivir en la ignorancia.

—Entreno hasta que me hormiguean los miembros, deambulo por los alrededores de Ibrax y espero a que haya una alerta a la que responder con la seguridad de que si caigo yo… este reino caerá.

—¿Sin magia caería?

—Lo único que tiene de especial este reino es que, hace poco

más de un milenio, a nuestro dios Nerón se le ocurrió la magnífica idea de usar el corazón de la diosa Kaol para alimentarlo de magia. Somos producto de la avaricia de los dioses, fuimos creados a su imagen y semejanza, simplemente porque los primoris no fueron suficiente poder para ellos.

Llevaba siglos sin escuchar a nadie hablar del origen de nuestros tiempos, mucho menos de los primoris. Aquellas bestias legendarias habían pasado a ser un mito para muchos.

Agarré con fuerza el vaso de Humo Rojo que tenía delante antes de dar un nuevo trago. Algo dentro de mí sentía que los conocimientos del hombre que tenía delante eran inmensos y que su cabeza guardaba las respuestas a decenas de preguntas que me he planteado siempre.

Supuse que por eso me latía tan rápido el corazón.

—Pero tú y yo tenemos algo en común, Erya —dijo, bajando la voz. Ahí fue cuando me di cuenta de que él, en realidad, siempre había sabido mi nombre.

Los clientes de la taberna hablaban tan alto que por un instante temí no escuchar lo que estaba a punto de contarme.

—Ya lo sabes, ¿no?

—Supongo que sí —respondí—. Ambos fuimos creados para propósitos nacidos de esa avaricia que comentabas. Yo fui creada para acabar con todo —susurré— y tú para proteger lo que debía destruir.

—Pero ambos estamos atrapados en la misma cárcel.

Tragué Humo Rojo hasta terminarme la copa. Nací para destruirlo todo y por eso mi castigo eterno era morir por Teryon y alimentarlo con mi muerte.

Irónico.

—Todavía no has respondido a mi pregunta —declaré.

—No seas ansiosa, Erya.

—No tengo toda la noche.

—De hecho, sí. ¿O quieres volver ya a palacio con los queridísimos ondrari que tanto cariño te guardan? —dijo, echando su cuerpo hacia delante y clavando sus ojos color verde bosque en mí. Detecté el matiz dorado de sus ojos, el brillo del guardián supremo —. Haré lo que me plazca, Nathaniel. —Me resultaba extraño pronunciar su nombre desde que supe su verdadera identidad—. Mi tiempo no es ningún juego.

—Es infinito.

—Infinito y lo dedicaré a lo que a mí me plazca, te repito. —Esta vez yo me eché hacia delante. Sabía que me arriesgaba a que alguno de mis mechones viera la luz, pero no me importó—. Si has venido a La Grieta a tomarme el pelo, puedo retirarme a palacio sin problema.

—Jamás te tomaría el pelo, ¿por quién me tomas?

Puse los ojos en blanco, era insoportable.

—La libertad es posible para mí, Erya —dijo de repente—. No me creo que seamos simples creaciones sin capacidad de decisión sobre su futuro.

—Lo somos.

—No. —Negó con la cabeza. Parecía como si de pronto toda esa coraza de egocentrismo se hubiera resquebrajado un poco—. Me refiero a que no me creo eso que nos venden de que no tenemos más opciones, como si físicamente no pudiéramos hacer nada más que esto… —continuó, con la vista fija en las manos—. Como si nuestra naturaleza fuera esta.

—Mi naturaleza es esta, Nathaniel —dije. No pretendía dar pena, ni mucho menos, pero era una realidad—. Mi fin es el que es, la razón de que exista es la que es…

—Pero piensas y sientes como cualquier otra criatura. La única diferencia es que quien te creó quería que siguieras otro camino, ¿o no es así?

Dudé antes de responder. Sin duda su discurso era utópico y objetivamente inalcanzable. No era cuestión de que quien me creó quisiera otro camino para mí, es que mi ser estaba hecho para eso.

Soy muerte y soy fuego, me repetí.

Sabía que no nos merecíamos el trato que recibíamos, pero también temía que, si no nos controlaba alguien, nuestro instinto nos conduciría a la violencia, a la destrucción de Teryon.

¿Me importaba acaso querer destruir Teryon?

No lo supe en ese momento ni tampoco me importaba. Era un pensamiento por el que transitaría más tarde cuando tuviera fuerzas.

—No es así —respondí—. No es cuestión de querer, es cuestión de ser. Mi ser por naturaleza busca la destrucción de estas tierras y eso implica que debo tener cuidado. —Tragué saliva—. Yo solo quiero no sufrir en el camino. Si me quieren controlar… que lo hagan, pero no puedo con más dolor y más muerte. No puedo soportar ver a mis hermanas sufrir de esa forma un mísero día más.

Nunca había dicho aquello en alto a alguien que no fueran mis hermanas; y hacía siglos desde que me atreví a pronunciar esas palabras por última vez. Todavía me temblaban los labios.

—Pues llámame loco, pero yo no me puedo creer que seamos seres tan deleznables como para merecer esto. No somos monstruos.

—Nunca dije que fuese un monstruo. —Negué con la cabeza—. Soy una bestia.

Nathaniel se echó para atrás y se cruzó de brazos. Me observó durante unos segundos antes de alzar la voz para pedirle a Ed que nos acercara un par de copas más y, después, volver a dirigir su

mirada hacia mí.

—¿No querías que te convenciera de que podemos ser libres?

—No soy fácil de convencer.

—¿Y si confías, aunque no estés convencida?

—No puedo confiar en quien no conozco y, además…, no estás proponiendo ninguna solución.

—No me has dado tiempo. —Sonrió—. Verás, Erya. Todavía no me has preguntado por qué llevo días viniendo a La Grieta esperando encontrarte.

—¿Por qué?

—Conocerte a ti fue como conocer la llave para mi libertad —reconoció— y supe que yo soy una llave para ti, al mismo tiempo. Verás, llevo tiempo investigando y… estoy bastante seguro de que existen formas de que un alma se desvincule de la del Ibrax. Lo he intentado por mi cuenta, al final, yo estoy unido al Ibrax por un ritual por lo que debería existir alguna forma de volver para atrás, ¿cierto?

—Continúa.

—Pero ninguna forma de las que he probado ha servido porque siento que… el corazón no me escucha. Estoy unido a él, sí, pero el Ibrax no deja de ser el corazón de una diosa que vivió hace muchísimos años.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Que la diosa de la que hablo da la casualidad de que es tu antecesora. ¿Quién hay más cercano a ella que tú? O una de tus hermanas, claro —argumentó. Movía las manos como si estuviera narrándome una historia—. ¿Qué hay más cercano a la diosa que quien surgió de su sangre?

Nathaniel bajó la voz, casi en un susurro.

—Ya lo decía el *Códice de Teryon* en el sexto de sus volúmenes:

«Cuando Nerón le arrancó el corazón a Kaol, su sangre tocó la tierra y el fuego despertó —recitó, como si recordara una plegaria prohibida—. De aquella herida nacieron las fénix, hijas del ardor y de la pérdida».

Me ardían las mejillas al escucharle pronunciar las palabras que describían mi origen como si fuera un rezo y no un cántico hereje que había permanecido oculto durante siglos. Una vez intenté leer «De las bestias malditas», el volumen del *Códice* que hablaba sobre nosotras y nuestro origen, pero fue confiscado antes de que pudiéramos empaparnos de toda la información. Creo que la mayoría de los ejemplares de ese volumen fueron confiscados en todo el reino.

Lo desconocido se teme más. Esa fue la clave siempre.

—Siento que si una fénix me ayuda a intentar que el Ibrax se desvincule de mí, podré ser libre para siempre.

—Repito: ¿y eso qué tiene que ver conmigo? —pregunté justo después de acabar el vaso de Humo Rojo y decidir que ya era suficiente por esa noche.

—En que tú puedes romper aquello que me ata… Que nos ata —corrigió.

—¿Romperlo? ¿Cómo?

—Hay formas seguras… otras que no lo son tanto.

Me sostuvo la mirada un segundo más y luego la apartó.

—Si la primera opción nos falla… siempre quedará la segunda. —Hizo una última pausa y luego tragó saliva—. Dejar que el fuego consuma el fuego.

Al principio no entendí lo que quería decir, pero por la forma en la que su mirada se congeló tras las sombras… se me heló la sangre.

—Que el fuego consuma al portador y, así mismo, al Ibrax —susurró de nuevo—. Eres fuego y eres ceniza al mismo tiempo, Erya.

Recuérdalo siempre.

«Si se rompen las cadenas de algo, todo lo que esté sujeto a ellas se libera también», recité en mi cabeza. Juraría haber leído eso en algún punto del *Códice*.

Apoyé la mano derecha en la daga del muslo. Intenté no sonreír.

—Me estás diciendo que… si tú mueres, el Ibrax es liberado…, por lo tanto, probablemente, yo sería libre —susurré—. ¿Correcto?

Él asintió despacio, sin miedo.

Qué torpe, qué imprudente, pensé. Acababa de entregarme su debilidad envuelta en palabras sagradas.

Ahora sabía que mi libertad tenía nombre.

Apreté la empuñadura de la daga. Muy pronto, ese nombre dejaría de respirar.

14

> Existen tres tipos de pactos: los sellados con palabra, los sellados con alma y los sellados con sangre. Los primeros dependen de la lengua que los pronuncia; los segundos, de la pureza del alma que los sostiene. Los últimos, involucran cuerpo, alma y destino; por eso los dioses los consideran inquebrantables.
>
> *Códice de los tres dioses*, v. 8

Alcé mi daga, tan rápida como el agua extingue al fuego.

Como un rayo cae del cielo y se fusiona con la tierra.

Tan veloz como una sombra que huye de la luz.

Pero eso no bastó para frenar al guardián.

Pensé que no iba a verlo venir, pero tan pronto como mi muñeca se elevó por encima de la mesa para apuñalarlo en el corazón, él ya me había frenado con su mano. Noté cómo mi respiración se agitaba presa de la sorpresa que me había provocado que aquel hombre detuviera mi ataque letal.

Letal para todos, pero para él no lo fue.

Aun así, no me rendí.

—Erya…

Alcé la otra mano que ya empuñaba otra de mis dagas y la dirigí con velocidad a su pecho. Nunca fallaba. Era imposible que…

Me sujetó con la otra mano sin siquiera despeinarse. No le notaba agitado o nervioso, había frenado aquellos ataques como si pudiera predecir mis movimientos.

—¿Me consideras tan ingenuo como para revelarte esta información creyendo que eres capaz de matarme? —Sus dos manos apretaban con fuerza mis muñecas, pero yo no solté las dagas. No pensaba irme de esa taberna sin acabar con él—. Solo me matarás si yo dejo que lo hagas.

—¿Cómo eres tan ingenuo de pensar que no puedo matarte? ¿Eres idiota?

—Intenta matarme si puedes, claro. Pero te estarás esforzando en vano, Erya. De verdad que simplemente podemos trabajar juntos y ya.

—Trabajar juntos cuando la vía rápida para conseguir lo que quiero es matarte… —Negué con la cabeza—. Lo siento, pero no suena bien.

Todavía no me había soltado las muñecas y comenzaban a arderme. Sus ojos pasaron por mi cabeza, por mis hombros…

—¿Qué coño miras?

—Debo decir que tu idea de matarme en esta taberna llena de druvaris y con la capucha echada hacia atrás no es precisamente brillante.

Joder.

Intenté soltarme de su agarre para volver a subirme la capucha de nuevo. Todos me reconocerían, a la mitad los habría entrenado y si me descubrían…

—Suéltame.

—Has intentado matarme, no debería.

—No vengas con gilipolleces —escupí—. Suéltame.

—Pídemelo por favor. —Esbozó una sonrisa y yo quise

arrancársela con la daga—. Venga, Erya.

—¡Qué me sueltes! —gruñí.

—Solo si me prometes que vas a escuchar el plan A antes de intentar matarme de nuevo. Al menos, asegúrame que escucharás la otra opción.

Me liberó del agarre tan pronto como asentí sin tener del todo claro si de verdad iba a cumplir lo que me había pedido, pero pude colocarme la capucha de nuevo y eso era lo que me importaba en ese momento.

Él me observó mientras yo me colocaba el pelo y seguía con la mirada cada mechón que desaparecía bajo la capucha.

—Venga, cuál es tu plan A. —Me crucé de brazos como él.

—Es muy sencillo. Necesito que intentemos romper todas las barreras que rodean al Ibrax. Creo que nuestra magia unida podría rebelarnos por qué el corazón de este reino tiene las barreras que tiene y, sobre todo, podremos intentar romper ambos pactos con él.

—Pero esto es muy ambiguo. ¿Por dónde empezaríamos? Y repito: ¿por qué no puedo matarte y ya? No entiendo qué saco yo de todo esto.

Se inclinó hacia delante, y apoyó ambas manos sobre la mesa.

—Porque, aunque quisieras, no podrías matarme —añadió con arrogancia—. Y aunque lo hicieras, te quedarías sin nada. Si el vínculo puede romperse sin destruir el corazón, matarme solo borraría cualquier posibilidad de conseguirlo. Solo yo sé dónde está el Ibrax.

Si no era cierto lo de que me liberaría con su muerte, la libertad se esfumaría de mis ojos para siempre. Jamás nos dijeron la ubicación exacta del Ibrax y empezaba a entender el porqué.

Nunca les interesó que tuviéramos la libertad al alcance de nuestras manos.

—Pero te lo cuento para que tengas ese plan B en mente —concluyó—. ¿Qué me dices?

Si existiera la forma de tener la certeza absoluta de que matándole sería libre… sería idóneo. Pero hasta que ese momento llegara, si me arriesgaba y perdía todos sus conocimientos…, lo perdería todo.

No me quedaba otra opción que aceptar, pero se me ocurrió una forma de garantizar mi éxito.

—Tengo una contrapropuesta.

—Adelante —dijo él.

—Acepto trabajar contigo e intentar descubrir la forma de liberarnos del Ibrax con una condición. —Apoyé ambas manos en la mesa—. Que, si fracasamos, te batas en duelo conmigo. A muerte.

—¿Por qué aceptaría eso?

—Porque me necesitas y porque estoy siendo extremadamente generosa dándote la opción de prepararte un duelo contra mí. Si me propongo matarte sin que estés preparado, hazme caso Nathaniel, no sobrevivirás. No hay nada en el mundo que tenga más claro que eso.

Enarcó una ceja y, por la forma en la que sonreía, sabía que no creía esa afirmación lo más mínimo. Pero me daba absolutamente igual, no necesitaba que un hombre reconociera lo letal que era para saber que lo era.

Unos segundos después, Nathaniel respondió:

—Acepto tu benevolencia entonces, querida. —Extendió la mano hacia mí—. Espera. —Retiró la mano un instante—. En ese duelo, ¿ambos estaremos armados?

—Tengo suficiente honor como para no batirme en un duelo con alguien desarmado. —Era mentira, lo haría sin problema. Pero eso no debía saberlo todavía—. ¿Te da miedo?

—En absoluto. Lo decía por ti. —Volvió a extender la mano—. De acuerdo pues, acepto tu benevolencia al ofrecerme este justo duelo y estoy dispuesto a pactar esta alianza.

Extendí la mano para agarrar la suya, pero él se me adelantó con otro movimiento. Cogió una de mis dagas, que había caído sobre la mesa, y rajó la palma de su mano con decisión.

Gotas de sangre comenzaron a caer sobre la mesa.

—Pactemos esto con sangre. Solo así los dioses escucharán este acuerdo.

Dudé.

Un pacto de sangre no era cualquier cosa… Ambos estaríamos obligados a cumplir con lo pactado o de lo contrario moriríamos. Pero vi en aquella mirada altiva la escapatoria de mis hermanas, así que cogí la otra daga que había dejado en la mesa e imité el corte sin dudar.

No me dolió.

Todavía con la herida goteando sobre la mesa, agarré la mano de Nathaniel y lo miré a los ojos mientras susurraba:

—Que Nerón nos observe, que Yara escuche y que Kaol arda en mi pecho mientras pronuncio estas palabras. —Tragué saliva—. Que ni la muerte ni el tiempo disuelvan este juramento.

15

> La furia de una fénix se manifiesta con mayor frecuencia en noches de luna roja. Es entonces, cuando su piel se baña de luz carmesí, cuando deberás huir del reino si deseas conservar la cabeza.
>
> *Códice de los tres dioses*, v. 56

La densidad de la neblina era palpable y cubría los matorrales de los jardines de palacio, serpenteaba entre ellos y convertía los alrededores del palacio en un paisaje aterrador para cualquiera que no estuviera acostumbrado a ellos.

O cualquiera que no se sintiera cómodo entre tanta oscuridad.

Había estatuas de mármol que brillaban y goteaban por la humedad del ambiente; estatuas de héroes de Teryon o del mismísimo Nerón representado de diferentes formas. Mientras paseaba esa noche junto a ellas, me planteé rozar con los dedos a todas esas presentaciones de la divinidad que decoraban el jardín; pero no llegué a atreverme del todo. Sabiendo que oficialmente estaba a punto de convertirme en una traidora para la corona…, cualquiera en su sano juicio retiraría la mano antes de rozarlas.

Era consciente de que jamás tendría a las divinidades de mi lado por el simple hecho de ser descendiente de la principal enemiga del reino, pero ahora que estaba a punto de iniciar un plan para acabar

con todo lo que da sustento mágico al reino…

Maldita sea, rezaría a los tres dioses todos los días de mi vida si algo me asegurara que no iban a rebanarme el cuello ellos mismos por semejante traición.

Todavía no había amanecido y esperaba pacientemente al cambio de turno de los guardianes para escabullirme de nuevo a mi habitación y fingir normalidad con mis hermanas.

Mientras tanto, me dedicaba a deambular entre los oscuros caminos laberínticos que escondía el jardín trasero del palacio y que ningún druvari se atrevía a custodiar; las leyendas hablaban de criaturas peligrosas que te arrancarían la cabeza si caminabas por ahí de noche.

En esas leyendas, las criaturas peligrosas solíamos ser nosotras, así que no tenía nada que temer.

«Cuando la luna se teñía de rojo, las fénix descendían a los jardines en busca de corazones que aún ardieran. Ningún alma regresaba con el amanecer».

La luna de Teryon jamás se tiñó de rojo y ni siquiera de día podía verse mucho bajo ese cielo eternamente encapotado, pero la superstición de la gente era más poderosa que los hechos.

—Idiotas —susurré mientras rozaba con mis dedos una hoja de adelfa algo mustia. Era venenosa, pero pasar los dedos por ella me hacía sentir poderosa. La humedad azotaba con fuerza, y de aquella adelfa caían gotas que se acumulaban entre sus pétalos—. ¿Qué pasaría si…?

Si cogiera algo de esta planta, lo triturase y consiguiera introducirlo en la comida de alguno de esos cerdos ondrari… ¿Cuánto tardarían en morir? Tengo un arma poderosa justo a mi lado, un arma que puedo usar cuando me plazca y que podría ser tremendamente efectiva, pensé.

Me temblaron las manos mientras apretaba con la yema de los dedos uno de los pétalos. Tal vez podría usarlo, podría escapar y…

Negué con la cabeza y aparté las manos del pétalo. Si mataba a alguien con aquello sabrían que había sido una de nosotras. Y ahora mi misión era otra.

Una misión de la que aún no sabía casi nada.

Y yo me había unido a él con un pacto de sangre.

Joder, ¿tan desesperada estaba?

—Evidentemente sí —pronuncié en voz alta. Seguía dando vueltas por aquellos jardines y sabía que nadie me escuchaba—. Evidentemente eres una idiota desesperada, joder.

Minutos después, escuché los pasos de alguien apresurado entre los jardines: el druvari que empezaría el nuevo turno. Pronto vendrían los demás guardianes y debía darme prisa antes de que me descubrieran.

A veces me sorprendía lo fácil que me resultaba salir y entrar del palacio sin que nadie me viera.

—¿Erya?

El término *nadie*, al parecer, no abarcaba a mi hermana Seren.

Una luz fría y azulada bañaba la habitación de mis hermanas; como si el amanecer hubiese perdido color intentando atravesar los muros del palacio. Seren se encontraba de pie, en medio de las literas donde las demás descansaban, con el uniforme ya puesto.

—¿Qué haces despierta?

—No he podido dormir —reconoció ella entre susurros—. Te escuché irte hace horas y me preocupé. —No sonó como un reproche, más bien como una inquietud genuina.

—Lo siento —dije—. No era mi intención despertarte.

Me adentré en la habitación y cerré la puerta tras de mí.

—Son las seis ya, ¿verdad? —pregunté, sabiendo que mi

hermana no me quitaba el ojo mientras yo me apoyaba en una mesa de madera para despojarme de las armas y poder devolverlas en unas horas a la armería.

—¿No me vas a contar dónde has ido?

—No es necesario.

—¿Has vuelto a La Grieta?

Jamás mentía a mis hermanas, mucho menos a Seren. No veía el sentido de trabajar individualmente cuando las tenía a ellas y podía contar con su apoyo.

Pero esto era distinto.

Una cosa era compartir que me había escapado a una taberna a beber, y otra muy distinta era que había hecho un pacto de sangre con el guardián supremo y que planeaba destruir el Ibrax.

No entraba en mis planes ponerlas en peligro de tal forma. Sería estúpido y egoísta.

—Sí —dije—. Pero solo a tomarme un Humo Rojo. Estoy cansada estos días.

—Ah. —Alzó los hombros y me miró de esa forma tan característica suya.

No me creía. Claro que no.

Solo esperaba que no insistiera más.

—¿Cuánto queda para que se despierten las demás? —pregunté con la intención de valorar si podía tumbarme un rato antes de que sonaran las campanadas del santuario de Nerón que marcarían nuestro despertar.

Tardaron en sonar unos veinte minutos y yo caí rendida en mi cama, mi último pensamiento fue la sangre de la mano de Nathaniel goteando sobre la mesa de la taberna.

Dos noches después de mi último encuentro con Nathaniel, me encontraba en la puerta de la armería golpeando el suelo con la punta del zapato y marcando un compás impaciente. Insistí en que iría a buscarle a la frontera con Rhyen para evitar que lo descubrieran, pero me respondió con arrogancia:

—¿Me ves incapaz de burlar la seguridad del palacio, fénix?

Así que dejé que cometiera semejante estupidez y le di indicaciones para que supiera cómo llegar a la armería.

Si es que conseguía cruzar el puente sin ser visto.

O el precipicio que rodeaba la muralla.

Nada, era misión imposible. Ni siquiera habíamos comenzado a trabajar juntos y aquel idiota ya iba a morir. Maldito arrog…

Agudicé la vista y comprobé que una silueta oscura se deslizaba al ras de la repisa mínima pegada al borde del precipicio. Se movía con las manos y si no hubiera sido por el quejido que emitió al casi deslizarse y caer en picado hacia las rocas, no le habría visto.

—No me lo puedo creer —susurré entre dientes. Estaba loco.

Aquel precipicio tenía una caída de decenas de metros que desembocaba en unas rocas afiladas y puntiagudas que se convertirían en la muerte segura de cualquiera. Y aquel hombre estaba arrastrándose por la superficie en lugar de ir por el otro camino que yo le había explicado.

—Algo me decía que no me ibas a hacer caso. —Seguía arrastrándose y alzó la cabeza a mirarme—. Si lo hubieras hecho, habrías bordeado el precipicio por la zona norte donde el terreno desciende en pendiente. Pero en lugar de eso has decidido reptar por el precipicio como una cucaracha suicida.

—Había que añadirle emoción, ¿no? —gruñó mientras se esforzaba por alcanzar la plataforma en la que me encontraba, había un salto de unos centímetros que, agachado de brazos y piernas, era

más difícil de superar—. ¿Vas a ayudarme o vas a seguir quejándote de mis métodos?

No me moví y él terminó de reptar el resto del camino para llegar hasta a mí.

—Ayudarte habría sido recompensar tu estupidez.

—Eres un encanto, Erya.

Ignoré su comentario y me ajusté la capucha. No debíamos tardar demasiado en entrar por la armería. Aunque estuviéramos a oscuras, desde el otro lado del puente podría vislumbrarse el movimiento de dos siluetas y no debíamos arriesgarnos.

—¿Sabes dónde está la biblioteca?

—Pues claro —susurré.

La puerta de la armería chirrió de forma sutil, aunque a mí me alarmó igualmente. ¿Qué pasaría si descubrieran al guardián supremo y a la líder de las fénix merodeando por el palacio? ¿Cuál sería nuestro castigo?

Ya no tendría nada que perder, así que me aseguré de cargar bien mis dagas en sus fundas antes de continuar. Le cedí una de las espadas a Nathaniel por lo que pudiera pasar.

—¿Todas estas armas son vuestras?

—Sí. Es nuestra armería privada.

Nathaniel se colocó la espada en la funda que atravesaba su espalda y entonces me di cuenta de que no llevaba la armadura típica de guardián supremo que yo había visto en ilustraciones. En su lugar, llevaba una camisa holgada y una capa de color negro.

—No la llevo casi nunca, solo cuando rodeo las instalaciones del Ibrax para ejercer de guardián —respondió, como si leyera mis pensamientos—. ¿Tú tienes que llevarla siempre?

—No tengo más ropa.

No di más explicaciones y Nathaniel tampoco indagó más.

—Sígueme en silencio y pegado a mi espalda. Tú eres intocable, pero a mí me matarían por quinta vez y no queremos eso, ¿de acuerdo?

—A sus órdenes —respondió irónicamente.

Salimos de la armería sin encender una sola antorcha. El aire nocturno nos envolvió como un manto húmedo; olía a piedra vieja. Las luces del pasillo principal se habían apagado hacía horas, y solo quedaban algunas brasas en los candelabros más lejanos, titilando como si respiraran.

Nathaniel avanzaba detrás de mí, tan sigiloso que apenas oía sus pasos. De vez en cuando, me giraba a comprobar que seguía ahí y observé cómo su capa negra se confundía con la oscuridad; parecía que me estuviera siguiendo su sombra en lugar de un hombre.

Giramos por un pasillo estrecho que bordeaba los patios interiores del palacio. El mármol del suelo reflejaba un tenue resplandor azulado procedente de los sellos mágicos grabados en las paredes.

Un mecanismo mágico que ya me tenía más que memorizado.

—No pises las líneas —susurré sin girarme—. Son trampas.

—Lo sé —murmuró.

Avanzamos bordeando columnas, estatuas y tapices que parecían observarnos a su paso. Cada crujido, cada respiración, se sentía como un ruido ensordecedor en medio del silencio que inundaba el castillo. En la galería norte, las puertas estaban selladas con cadenas, así que nos desviamos por un corredor lateral que olía a polvo y madera envejecida. Era una zona poco transitada, donde los sirvientes apenas se aventuraban; el lugar perfecto para moverse sin ser vistos.

Me detuve al final del pasillo y alcé la mano en señal de silencio. Desde más allá del arco de piedra se oía el rumor de dos guardias

conversando.

—Por aquí —susurré, dirigiéndome a una puerta oculta tras un tapiz.

Abrí la puerta con un leve chirrido y entramos en una escalera de caracol que descendía hacia el nivel inferior. El aire se volvió más frío y la humedad se pegó a mi piel. El sonido de los guardias se desvaneció tras nosotros.

—¿Dónde lleva esto? —preguntó en voz baja.

—A los corredores subterráneos del ala este. Desde ahí, accedemos a la biblioteca sin pasar por los pasillos principales.

—Por lo que veo, tú no eres una cucaracha suicida —respondió divertido entre susurros.

Las escaleras desembocaban en un corredor apenas iluminado por grietas en el muro que filtraban la luz de la luna. Las sombras se alargaban y se retorcían en el suelo como si cobraran vida. A cada paso, el silencio se hacía más denso. Solo se oía el roce de nuestras capas y el latido irregular que me martilleaba el pecho.

Finalmente, al doblar la última esquina, apareció ante nosotros una gran puerta de madera tallada, vigilada por inscripciones antiguas que parecían inactivas.

BIBLIOTECA REAL DE IGNATH

—Hemos llegado —murmuré, apoyando la mano sobre el pomo.

Las runas grabadas en la madera se encendieron con un resplandor tenue, reconociéndome. Ese era uno de los pocos privilegios que tenía en este palacio, que su propia magia me reconocía y casi ninguna runa se me resistía.

Y por un instante, antes de que la puerta cediera, tuve la extraña sensación de que algo dentro de esas paredes estaba despierto, esperando.

16

> La biblioteca de Ignath guarda tantas almas como tomos; almas de quienes se obsesionaron con el poder de aprender o de quienes cayeron en sus trampas mágicas. ¿Qué hay más peligroso que la ignorancia?, pensaba yo. Aunque un conocimiento engañoso puede ser igual de aterrador.
>
> Bohan Franagan, *Del saber y la locura*

Con ambas manos empujé las puertas, que se abrieron con un grave rugido, como si la madera despertara tras siglos dormida. Un hilo de aire frío salió del interior, denso, cargado de polvo.

—Joder —escuché susurrar a Nathaniel detrás de mí—. ¿Habías estado aquí antes?

—Por supuesto. Pero solo podemos entrar acompañadas de los ondrari para que revisen qué libros podemos leer y cuáles no —expliqué.

—Es… inmensa.

Inmensa es desde luego un adjetivo que la describía a la perfección.

Las estanterías se alzaban más allá de lo que alcanzaba la vista, tan altas que las últimas baldas se perdían en la penumbra del techo abovedado. Algunas estaban torcidas, otras selladas con cadenas

que tintineaban al menor movimiento de aire.

Avanzamos sintiéndonos más pequeños que nunca y sin saber exactamente a dónde nos dirigíamos, pero algo dentro de mí me decía que la biblioteca podría guiarnos si nos perdíamos.

Era el lugar con mayor pulso de magia del reino, después del propio Ibrax.

Velas flotaban suspendidas entre los pasillos, su luz apenas era suficiente para revelar los lomos agrietados de miles de volúmenes. Cada vez que una mecha parpadeaba, las sombras parecían inclinarse hacia nosotros, curiosas.

Noté cómo se erizaba mi piel a medida que nos adentrábamos.

Agaché la vista. El suelo estaba cubierto de símbolos desgastados, marcas que recordaban a runas, como si hubieran probado de borrarlas sin conseguirlo. El olor era una mezcla de cera vieja, cuero y algo más metálico… como sangre seca. Y mi olor favorito en el mundo, pergamino viejo.

Nadie habló en un buen rato.

Había una sensación casi angustiante en el aire, una presión leve sobre el pecho, como si los libros nos miraran y esperaran algo a cambio antes de permitirnos avanzar.

Nathaniel se acercó a una de las mesas. Pasó los dedos por la superficie, dejando un surco limpio entre el polvo.

—No me la esperaba tan… —musitó— aterradora.

No era aterradora, era… arcana, solemne. Era un lugar sagrado.

Toda esa oscuridad, esas sombras que seguían a las velas titilantes… sentía que me abrazaban y me daban una bienvenida silenciosa de una forma u otra. El aire estaba cargado de melancolía y daba la impresión de que algo había sido aprendido allí a un precio demasiado alto.

Supuse que por eso me sentía tan cómoda.

—Debemos empezar a buscar algo —susurré—. No conozco los mecanismos de protección de este lugar, pero da por hecho que alguno habrá.

—Podrías haber empezado por ahí —recriminó, yo levanté la cabeza para mirarlo, pero me encontré de nuevo con un rostro escondido en una capucha—. ¿Qué hacemos?

—¿No tienes un plan? —susurré más alto de lo que debería—. Prácticamente me obligaste a hacer este pacto de sangre y…

—Calma, Erya, calma —respondió burlón—. Era una broma. Creo que empezar por el *Códice de Teryon* será la opción más inteligente.

El Códice de Teryon era una lectura obligatoria en las escuelas y se consideraba un texto sagrado para todo Teryon. Yo, sin embargo, nunca había tenido acceso a todo el *Códice* y mucho menos al volumen ך.

El volumen que trataba sobre nuestro origen.

—No creo que leer información que esté al alcance de todo el mundo sea la solución para acabar con el Ibrax —comenté—. ¿No crees que no tiene sentido?

—Precisamente, si yo tuviera que esconder información, lo haría en el lugar más obvio porque nadie lo esperaría —susurró.

Seguía pensando que no tenía sentido, pero tampoco teníamos mucho más tiempo que perder.

—Venga, vamos.

Seguimos caminando entre los pasillos hasta que el aire cambió. No sabría explicarlo, pero el silencio aquí era distinto, más lleno.

Delante de nosotros se extendía una galería circular, rodeada por estanterías de piedra oscura que parecían formar un anillo perfecto. Sobre los lomos dorados, grabados con tinta oscura, pude leer el mismo título una y otra vez: *Códice de Teryon*.

Nathaniel se detuvo en seco.

—Pensaba que estaban bajo llave —susurró.

—Las primeras ediciones supongo que sí —respondí, avanzando un paso—. Estos deben de ser copias. Para los estudiosos.

Cada volumen tenía un sello distinto, como si respirara su propio tipo de magia. Algunos desprendían un leve resplandor rojizo; otros, estaban recubiertos por una fina capa.

Había bancas de mármol con inscripciones apenas legibles y velas flotando en el aire, todas con la misma llama blanca que no proyectaba sombra, a diferencia de las del resto de la biblioteca.

Toqué el borde de uno de los volúmenes. El cuero estaba frío, pero al rozarlo sentí algo latir por debajo, como si el libro recordara quién lo había abierto por última vez.

—¿De verdad crees que aquí está todo lo que se escribió sobre el Ibrax? —pregunté.

Nathaniel no respondió.

Solo observó los tomos, uno tras otro, con admiración.

—Si está escrito, apuesto a que esté aquí.

—Aquí no hay nada. —Resopló resignado y llevándose las manos a la cabeza.

No quería decirlo, pero…

—Te lo dije.

Estos tomos los habían estudiado los eruditos de Teryon durante siglos, analizando cada palabra en busca de los mensajes que los dioses hubiesen podido esconder entre sus líneas. No tenía sentido que una información tan poderosa estuviera al alcance de cualquiera.

Habíamos pasado tantas horas sentados en aquella mesa revisando los volúmenes que temía que comenzara a amanecer y no

pudiésemos escapar. No habíamos leído los libros en profundidad, pero sí los habíamos revisado y ninguno contenía información sobre cómo podría apagarse el Ibrax para siempre.

En el volumen 6 tal vez habría algo, pero no habíamos encontrado ni un solo tomo.

—¿Tienes otras ideas?

—Ya desde luego que no. Está a punto de amanecer —respondí, mirando con preocupación a la bóveda que teníamos encima de nosotros que ya dejaba pasar algo de luz fría y oscura—. Déjame pensar.

Me levanté con cuidado y observé a mi alrededor.

Las velas eran lo que más me llamaba la atención, carecían de sombra.

El ambiente lleno, cargado de algo que no sabría reconocer.

Las motas de polvo flotaban como si nadaran sobre aceite.

Este espacio circular escondía una energía mágica distinta y, al agachar la cabeza, me percaté de que las runas del suelo se habían borrado por completo o puede que nunca hubieran existido.

Como si este lugar no necesitara protección.

—Una magia debe ser muy intensa y poderosa para que no necesite runas para canalizarla.

—Bueno, yo todavía no he visto magia activa aquí.

—Ya, pero porque estará debilitada. —Caminé hacia el pasillo que conectaba este anillo perfecto con el resto de la biblioteca. Allí, pasé los dedos por una runa con forma geométrica que casi se había borrado de la madera—. Pero están, míralas.

—Ya las he visto.

—¿Por qué en este anillo no hay? —Me giré hacia Nathaniel y me encontré con su rostro por primera vez sin la capucha.

—Tengo calor —musitó, pasándose una mano por la nuca—. No

sé si te lo han dicho alguna vez, pero emites el calor de una brasa, por eso de ser una fénix. Llevo toda la noche sudando.

—Vale, haz lo que quieras. —Aparté la vista de él antes de que mi mirada se quedara más de la cuenta—. Hay algo en este anillo que es distinto al resto de la biblioteca. Es sutil.

—¿Eso qué tiene que ver con el hecho de que no hayamos encontrado nada después de revisar 8 tomos del maldito *Códice*? —Se secó el sudor de la frente. Yo estaba helada.

Eso era cierto.

No sabía cuál, pero sentía que había una correlación.

El ambiente de toda la biblioteca era mágico, pero este carecía de esa aura de melancolía que inundaba el resto de los pasillos.

Tal vez…

Caminé con rapidez hacia la mesa donde teníamos los tomos abiertos. Abrí la primera página y comprobé la edición que estábamos leyendo.

«Quinta edición».

—¿Has cogido la quinta edición por algo?

—No, creo que ni siquiera sean todos de la misma edición. No lo he comprobado —respondió acercándose a la mesa—. ¿Crees que es importante?

—No lo sé…

Pero temía que la biblioteca viera la luz del día antes de que hubiéramos podido escapar. Era demasiado arriesgado quedarnos más tiempo aquí.

—Vámonos. Cogeré otra edición de cualquiera de los tomos y lo compararé, a ver si hay diferencias entre ellas.

—¿Podrás leerlo? Yo estoy fuera del palacio, tengo menos posibilidades de que me pillen —comentó con serenidad.

—Prefiero hacerlo yo.

Me fiaba más de mí misma.

—Joder. —Exhaló una risa—. ¿Sabes que no soy idiota?

—Nadie lo diría —respondí sin mirarlo y dirigiéndome a paso rápido hacia el pasillo que separaba el…

Todas las velas se apagaron a la vez.

Agaché la cabeza con brusquedad. Mis pies rozaban el inicio de una de las runas prácticamente borradas del pasillo.

—No te muevas —advertí al guardián supremo.

Algo terrible estaba ocurriendo. Lo presentía.

Noté algo caliente en mis dedos, abrasador. Busqué con la mirada y me dejé llevar por la tímida luz gélida que salía de la bóveda del techo.

La tinta de los libros comenzaba a caer por mis dedos, como si se estuviera derritiendo.

—Nathaniel… —susurré.

—Da un paso atrás —escuché que me decía.

Pero entonces el aire se quebró.

Y la biblioteca entera pareció exhalar.

17

Hay puertas que se abren con llaves; otras, con obediencia. El velo de los copistas exige lo segundo.

Códice de Teryon, vol. 7,
«Del equilibrio de la magia»

—Estamos jodidos —dijo Nathaniel.

Aquel círculo que conservaba los códices del reino comenzó a respirar. Sí, literalmente, a respirar.

Las estanterías empezaron a moverse de dentro a fuera, como si inhalaran y exhalaran a un ritmo demasiado rápido. Las velas, apagadas, comenzaron a temblar frenéticamente.

—Desenfunda la espada —advertí.

Comencé a moverme por la sala intentando no caerme. La esperanza de que no nos descubrieran ya había desaparecido.

Era imposible. Con semejante estruendo, no tardarían en llegar los guardias.

¿Cuáles serían las consecuencias?

¿Cómo me matarían esta vez?

—¡Mierda! —grité.

—Ven, huyamos. —Nathaniel se colocó delante de mí, extendiendo su mano—. Hay que salir de aquí.

No había terminado de pronunciar la última palabra cuando el

estruendo se multiplicó y se convirtió en un ruido ensordecedor. Todo temblaba con esa respiración artificial y nerviosa; las estanterías no dejaban de balancearse hacia delante y hacia atrás como si unas cuerdas invisibles tiraran de ellas.

Era como una pesadilla de la que debíamos escapar.

Desenvainé las dagas y las empuñé con firmeza, justo antes de fijarme en que Nathaniel alzaba su espalda de la misma forma.

Pero ya no vi a Nathaniel a mi lado, vi al guardián supremo.

Hombros erguidos, mentón alto y piernas firmes pese al temblor de la sala. Incluso la mirada cargada de ironía había desaparecido, reemplazada por una de pura fiereza.

Movió el cuello hacia los lados, como preparándose para la batalla. Pero ¿a qué se suponía que nos enfrentábamos?

—¡Vamos!

Antes de seguirlo, guardé una de mis dagas y usé el otro brazo para sujetar los libros que había dejado en el suelo. La tinta estaba prácticamente borrada, pero tal vez podría intentar deducir algo del texto si…

—Mierda.

En cuanto pisé de nuevo aquella runa, los libros que llevaba sujetos en el brazo salieron disparados hacia los lados.

No podía salir del semicírculo con ellos.

—Parece que sí que está protegido este sitio. —Escuché decir a Nathaniel—. Da igual, Erya. Huyamos antes de que nos vean.

Tenía razón, no merecía la pena arriesgar la confidencialidad de esta misión por unos libros que podíamos volver a leer si regresábamos a la biblioteca. Si estaban protegidos, era por algo.

—¡Vamos, Erya!

Nathaniel echó a correr primero y yo lo seguí. El aire olía a polvo y a magia despierta. El pasillo que conducía al ala principal de la

biblioteca se estremecía bajo nuestros pies; los mosaicos del suelo se agrietaban, levantándose a nuestro paso. Ahí fue cuando me di cuenta de que las runas en las que antes nos habíamos detenido se encendían como si comenzaran a arder.

Habíamos activado el mecanismo de defensa de la biblioteca.

Las sombras de las velas que dejábamos atrás se movían como si estuvieran vivas. Las estanterías bailaban a un ritmo frenético. Era un caos absoluto.

—¡A la izquierda! —gritó Nathaniel.

Nos desviamos justo antes de que una estantería completa se desplomara detrás de nosotros, levantando una nube de polvo que me cegó.

Tosí sin detenerme.

El ruido era ensordecedor: madera astillándose, el repicar de cadenas, el estruendo de la magia de las runas desbordada. A cada paso, el aire se volvía más denso. Los tomos se abrían solos y sus páginas se arrancaban, girando en espirales a nuestro alrededor. El olor a yeso y a papel quemado se intensificó tanto que sentía que no iba a poder oler algo distinto nunca más.

Una página se me pegó a la mejilla, húmeda por el sudor. La arranqué de un manotazo sin detenerme.

—¡Más rápido! —Su voz sonaba entrecortada, pero firme.

El suelo tembló. Vi cómo las columnas de mármol se agrietaban, cayendo una tras otra. Un arco cayó a pocos metros, y la explosión de polvo nos obligó a cubrirnos la cara. Corrimos a ciegas, confiando en encontrar la salida por pura memoria muscular.

A lo lejos, los portones brillaban débilmente, apenas sostenidos por un puñado de runas que se apagaban una a una y de las que no nos habíamos percatado hasta ese instante.

—¡Corre, joder! —grité, mientras me giraba para comprobar que

toda la biblioteca se destruía a mis espaldas

No podríamos volver aquí y todos estarían fuera esperando a ver quiénes eran los intrusos que habían sido atrapados por la magia de la biblioteca de Ignath. Estábamos condenados.

El corazón me martilleaba en los oídos justo antes de tocar la espalda de Nathaniel con la mano y empujarlo hacia la puerta, para que la cruzara cuanto antes.

Silencio.

Nos desplomamos en el pasillo exterior. Tras nosotros, la puerta se selló con un chasquido y una grieta azul recorrió el marco, extinguiendo toda luz del interior.

Durante un segundo solo escuché mi respiración.

La luz gélida del inicio del amanecer bañó nuestras siluetas en aquel espacio vacío. Nadie nos estaba esperando.

Todavía fatigada, pegué la oreja a la superficie de madera de la puerta. Debía de tener algún hechizo mágico que insonorizara su interior, pero no tenía sentido. ¿Para qué existirían esas runas protectoras si permitían al intruso escapar sin ser descubierto?

—No se escucha nada —dije en alto.

Nathaniel soltó una risa seca.

—Supongo que esto cuenta como éxito parcial.

Me despedí de Nathaniel pocos minutos después de que la biblioteca estuviera a punto de aplastarnos. En dos noches volveríamos a vernos en el mismo sitio, siempre y cuando yo recibiera la confirmación de que nadie se había enterado de lo ocurrido.

Si tardaba más de treinta minutos en aparecer a las puertas de la armería, significaría que me habían descubierto y no podía salir.

Yo, en lo personal, ya había asumido la derrota.

—Buenos días —susurré al ver a Seren desvelada de nuevo, una noche más. No decirle nada iba a ser lo más difícil de la misión, pero no podía arriesgarme a implicarla.

Si me pillaban, me torturarían hasta suplicar que me mataran para siempre. Ese era un precio demasiado arriesgado como para que yo estuviera dispuesta a que ella lo pagara.

—Buenos días —respondió ella reacia. Esa media sonrisa que acostumbraba a ver en su rostro no estaba; en su lugar, me examinaba con desconfianza mientras yo me preocupaba por meterme en la cama y no hacer ruido para no despertar a las demás —. ¿Cuándo nos vas a contar lo que haces por las noches?

Tardé unos segundos en responder.

—No tienes nada de lo que preocuparte —dije, ya desvestida y con el cuerpo metido debajo de la sábana. Tal vez podría dormir una hora—. No estoy en peligro, puedes quitarte el uniforme.

—Cualquiera lo diría. Nunca te comportas así.

—Así, ¿cómo?

—Distante —susurró.

Tenía razón, pero ¿cómo justificarme?

—Solo te pido que confíes en mí como has hecho siempre. Es por un buen motivo.

—Lo sé, Erya. —Se sentó sobre su cama y comenzó a quitarse la armadura—. Solo quiero que no te pongas en peligro como haces siempre.

—No me…

—Sí lo haces, constantemente. Por todas, evidentemente, porque por tu propia vida no moverías un dedo.

Cualquiera diría que esas palabras gélidas como el hielo habrían salido de la dulce Seren, pero así era ella. Oportuna y con un pico capaz de hacerte reflexionar incluso cuando no quieres.

Por eso me limité a darme la vuelta en la cama y a rezar a los dioses antes de dormirme para que la misión de hoy no la hubiera escuchado nadie. Si pudiera descansar unos minutos…

—Qué barbaridad.

No sé si sonó antes la queja de Morgana o las campanas del santuario de Nerón, pero en el estado de relajación en el que me encontraba no fui capaz de distinguirlo.

Le siguieron las quejas de varias de mis hermanas por haber dormido poco o por no querer levantarse.

Yo no tuve fuerzas ni para lamentarme. Mucho menos después de escuchar decenas de pasos apresurados al otro lado de la puerta.

—¿Vienen tan pronto? —Aria se quitaba las legañas con la mano derecha, sin apartar la vista de la puerta de nuestra habitación.

Nunca venían a estas horas a por nosotras, no antes de entrenar. Eso solo podía significar una cosa.

—¿Erya? —Escuché la voz de Dwua, preocupada.

—Preparaos.

Solo me dio tiempo a decir esa palabra antes que una decena de guardianes y ondrari irrumpieran en la habitación.

Iban todos armados.

Mierda.

—Erya Kaol.

Solo una voz en todo el reino de Teryon podría pronunciar mi nombre con ese desprecio y provocar que yo tragara saliva antes de desenfundar.

El ondrari Morcant entró a paso rápido en la habitación, rodeado por todos esos guardianes que mantenían sus espadas en alto. Pude percibir el temblor mágico de alguno de ellos en sus manos; estaban reprimiendo su poder, completamente alerta por si atacábamos.

¿A qué se debía tanto escándalo a las seis de la mañana?

Pero yo ya sabía la respuesta. Mi condena había llegado.

—Erya Kaol… —repitió, esta vez dijo mi nombre como si estuviera pensando lo que iba a decir a continuación—. Buenos días.

—Buenos días —respondí, levantándome de la cama y usando la cortesía como un arma nueva.

—¿Has descansado?

¿A dónde se dirigía esto?

—Lo suficiente —respondí con el mentón alto.

—Me alegra oírlo —dijo, y en el brillo de sus ojos había algo que no era alegría—. Porque a ciertas horas de la madrugada, mientras tú… descansabas, alguien ha tenido la brillante idea de arrancar el corazón de la biblioteca real y destruirlo. Pasillos derruidos, estantes desplomados, tinta de libros sagrados hirviendo sobre los suelos. Eso cuentan. ¿Has oído algo…, bestia?

Luché por que todo mi cuerpo no temblara de forma evidente. Abrí la boca para mentir con cuidado, pero otra voz cruzó la habitación antes que la mía.

—No ha habido ningún desastre. ¿Lo habéis comprobado?

Morgana se levantó junto a mí.

—Morcant, lo que describes —continuó, antes de que Morcant respondiera— es un velo de copistas. La biblioteca lo activa si un intruso pisa una runa de semicírculo con material sensible en las manos. Hace ruido. Finge grietas. Te lanza los libros. Es teatro para espantar a los intrusos, nada más.

El más joven de los guardianes parpadeó; Morcant no.

—Qué interesante —dijo él—. ¿Y desde cuándo las fénix sois bibliotecarias?

—No somos bibliotecarias, pero soy una ávida lectora y siempre que me habéis permitido bajar a la biblioteca me he encargado de aprender todo lo que nos concierne sobre ella. —Morgana sonrió sin

mostrar los dientes, yo estaba paralizada—. Podéis mandarme a comprobarlo ahora mismo: si hubiera un derrumbe real, olería todo el castillo a yeso y papel quemado, pero nada de eso.

Ese detalle, el olor a yeso y papel quemado… me atravesó: era exactamente el aroma que había creído oler en la sala… ¿o lo había imaginado?

Morcant me miró a mí, no a ella.

—Entonces, bestia —siempre igual—, ¿no tienes nada que contarme de la biblioteca? ¿Ninguna de vosotras habéis irrumpido esta noche en ella?

Morgana se adelantó un paso, colocándose entre su sombra y la mía con un gesto casual, como quien cambia de pie.

—Lo único que hay que contar es que alguien sin permiso puso el pie donde no debía y la biblioteca hizo lo que siempre hace: asustar —dijo—. Y vosotros habréis recibido el aviso con algún sistema que desconozco porque, normalmente, el intruso debería haber quedado atrapado en la ilusión, ¿me equivoco? —Morcant parecía haberse quedado sin palabras, como yo. Jamás había visto a Morgana comportarse de esa forma—. Pero vosotros ya sabíais esto.

Esa soberbia… por mucho menos nos habían torturado y Morgana jamás se había comportado de forma tan altiva.

Morcant apretó la mandíbula, calibrando qué le salía más rentable: insistir o marcharse con la semilla de la duda plantada.

—Claro que ya lo sabíamos —cedió al fin—. Nadie abandonará el ala este hasta que verifiquemos quiénes han sido los intrusos. Y vosotras, fénix, mantened las manos lejos de los libros que no os pertenecen.

Se giró. Al pasar junto a Morgana, bajó la voz lo justo:

—Ah, y si tan bien conoces los trucos de la biblioteca, estarás encantada de enseñármelos cuando regrese.

—Será un placer —replicó Morgana y yo temblé de miedo al pensar en lo que podían hacerle.

Los pasos se alejaron. El silencio se cerró como una tapa.

—Me has… —comencé.

—Te he evitado una acusación directa —dijo ella, bajito—. Y te he dado la versión oficial con la que todos van a quedarse. Debe ser que el sistema se activó y les llegó la información a los ondrari, pero al no ver al intruso atrapado dentro de la biblioteca preso de la ilusión… asumiría que hemos sido una de nosotras. Solo nosotras podríamos huir de algo así.

Nosotras y el guardián supremo, pensé.

—¿Cómo sabías que yo era la intrusa?

Morgana estalló en carcajadas.

—Erya, te conozco desde hace más de ochocientos años. No sabes disimular tan bien como te piensas —dijo—. En cuanto Morcant ha empezado a acusarte, lo supe.

—Mierda —susurré. En ese caso, debía aprender a hacerlo—. Si no hubieras sabido que era una ilusión, tal vez me habría pillado.

—Claro, por eso lo hacen —comentó—. Conozco la existencia de esas runas desde hace años, sabéis que siempre nos ha gustado hurgar en libros que no debíamos leer —continuó, mirando a la hermana Aria que parecía haber visto un fantasma—. Y sabía que era cuestión de tiempo que Morcant lo usara para intentar descubrir a un intruso. Si te muestras asustada, si buscas marcas o heridas que ocultar… revelaría que puedes ser quien buscan.

—Pero, joder, Morgana. Fue muy real.

—¿Nadie va a preguntarle qué hacía en la biblioteca por la noche? —Escuché murmurar a Lili a unos pasos de mí, pero nadie respondió.

Menos mal. No quería mentirles.

—No lo fue —respondió Morgana a mi pregunta, sin pestañear—. Si lo hubiera sido, estarías cubierta de polvo y tendrías cortes. No los tienes. —Comprobé que no existían esos cortes, juraría que…—. Además, cuando el velo se activa, la sala suena a piedra rota, pero no vibra con peso real. Es todo parte de la ilusión.

—¿Cómo sabías lo de las runas? —pregunté.

—Porque algunas aprendemos a entrar por la puerta correcta —musitó, exhalando una risa característica—. Y supe que eras tú simplemente porque te escuché volver y hablar con Seren.

—¿Me viste? —continuaba haciendo preguntas. No me vi capaz de nada más.

—Me has despertado —gruñó, pero rápidamente se formó una sonrisa en su rostro—. Ahora bien… Tenemos que entrenar por la mañana, ¿verdad?

—Como todas las malditas mañanas —respondió Seren.

Ninguna hizo ninguna pregunta al respecto. No me juzgaron, no indagaron de más…; asumieron que lo que fuera que tenía entre manos era bueno y confiaban en mí.

No me merecía unas hermanas así.

—Morgana…, gracias.

—No me des las gracias, la próxima vez suelta los libros que sea antes de saltar las runas —respondió, sosteniéndome la mirada un segundo más de lo necesario, y añadió—: y ya que estás, tráeme algo para leer.

18

> En los entrenamientos oficiales, los ondrari tienen permitido manipular la resonancia cardíaca de una fénix para evaluar la pureza de su fuego. El procedimiento, aunque doloroso, se considera indispensable para detectar alteraciones, intrusas o vínculos ilícitos.
>
> *Registro Militar de Teryon*, t. 2

El sonido de cuerno cortó el aire frío, marcaba el inicio de nuestro entrenamiento antes de que la noche abandonara el reino por completo. El barro había salpicado mis pantorrillas en el primer impacto y con unos pocos pasos había dejado de sentir las puntas de los dedos.

Pero eso había pasado hacía cinco horas.

Llevábamos cinco horas corriendo sin parar, bajo el cielo nublado de un reino que, una mañana más, no llegó a encenderse.

Tenía las manos torpes y rojas, aferradas a la nada mientras bombeaban a los lados de mi cuerpo como si no fueran mías. De vez en cuando, intentaba zarandearlas para ver si conseguía que esa sensación de hormigueo se redujera, pero era en vano.

Detrás de mí, escuchaba las zancadas constantes de mis hermanas. De vez en cuando alzaba la voz para desearles ánimo y fuerza, pero cada vez recibía menos respuestas que me

convencieran. Morcant había decidido que, ante las sospechas de que alguna de nosotras fuéramos la intrusa que anoche atacó la biblioteca, una buena forma de llamarnos la atención era comenzar con este entrenamiento.

Pero ya llevábamos horas luchando por mantener un pie detrás del otro sin desmayarnos. Una vuelta más. Otra. Hacía mucho que había perdido la cuenta.

A mi derecha, más allá de la pista embarrada, la verja de hierro negro acompañaba nuestra carrera como una sombra. Las puntas afiladas se alzaban hacia el cielo, y al otro lado, inmóvil bajo la llovizna, se extendía la necrópolis del dios Nerón. Filas y filas de estelas de piedra con nombres de centenas de ondraris caídos a lo largo de todos estos años de conflicto con los necros.

Muchos señalaban a Rharven, el reino fronterizo, y sus supuestas maniobras encubiertas como origen de la mayoría de estas muertes. Yo, sin embargo, sabía que los verdugos eran siempre los mismos. Las bestias devoramagia habían arrebatado tantas vidas en el reino, que el odio que despertaban en mí a veces se confundía con el que reservaba para quienes nos obligaban a exterminarlas como esclavas. Pero, en el fondo, sabía que el rencor que guardaba para los ondrari siempre sería más grande que cualquier otra cosa.

Mientras tanto, la lluvia se volvía aún más densa, se transformaba poco a poco en agujas heladas que me apuñalaban el rostro. Sentía los muslos arder y, al mismo tiempo, que mis piernas ya no eran mías; solo arrastraba un pie detrás de otro por inercia. Inspirar dolía, una quemadura fría que me raspaba la garganta.

—No aflojes, Seren —gritó una voz a pocos metros de nosotras. Era el ondrari encargado de supervisar nuestro entrenamiento esta mañana, cuyo nombre desconocía.

No podía parar. No cuando sentía, pegada a mi costado derecho,

la presencia muda de quienes habían muerto a manos de quien yo debía matar. El odio me subía por la garganta. Odiaba a los necros por cada nombre inocente grabado en la piedra, por cada vida que no tuvo oportunidad de elegir. Pero también sabía que muchos de esos muertos habían sido ondrari que elegirían formar parte del mismo sistema que nos tenía encadenadas. Y ahí era donde el odio se mezclaba con algo peor: envidia. Ellos podían matar a quienes nos esclavizaban; yo ni siquiera podía negarme a servirles.

Ojalá pudiera matarlos, como ellos habían hecho. Los necros eran malvados y perseguidos…, pero eran libres.

Nada me gustaría más que eso.

—Gwenna, querida. —La voz de Morcant nos sobresaltó a todas, que seguimos corriendo mientras buscábamos con la mirada al ondrari. Equipado con su uniforme de invierno, señaló a Gwenna con las manos enfundadas en guantes de cuero—. Acércate.

Observé como mi hermana rompía filas y se dirigía a paso rápido hacia Morcant, bajo la lluvia que ahora caía más fina pero igual de helada. Él, cruzado de brazos, la miraba como si fuera una presa a la que acababa de cazar.

Apreté los puños hinchados mientras me forzaba a no apartar la mirada.

—Estás empeorando tu marca —comentó lo suficientemente alto para que todas escucháramos su espectáculo cruel—. Tu fuego se apaga cada vez más.

No era la primera vez que nos decía algo así cuando no respondíamos a su gusto. Decía que nuestra magia, nuestro «fuego», se apagaba cada vez más y que nuestro deber era evitar que eso ocurriera a toda costa.

Entonces, Morcant alzó la mano y la colocó delante del pecho de Gwenna. Mientras pasaba corriendo a su lado, pude ver cómo se

tensaba la mandíbula de Gwenna, apenas un gesto imperceptible justo cuando Morcant cerró los dedos en el aire justo delante de su corazón.

Su magia respondió. Siempre lo hacía.

Un resplandor anaranjado resplandeció debajo de su piel.

Yo frené en seco y mis hermanas hicieron lo mismo.

—¡¿Acaso he dicho que dejéis de correr?! —exclamó el ondrari sin siquiera mirarnos.

Hacernos daño con nuestra propia magia era lo peor que había experimentado jamás. No podía seguir corriendo y dejar a Gwenna sola, no…

—Erya Kaol —rugió, esta vez giró su cabeza hacia mí y hacia la necrópolis que tenía a mis espaldas—. Más te vale que tú y tus hermanas sigáis con el entrenamiento si no queréis que os arranque, una por una, hasta la última chispa de magia que esconden esos corazones enfermos… y que vuestro descanso termine siendo ahí detrás.

—Jamás —musité. Morcant abrió los ojos, sorprendido de que me hubiese atrevido a responder—. Jamás acabaríamos ahí detrás por la condena en la que estamos atrapadas.

Estalló en carcajadas. El resplandor anaranjado de Gwenna seguía latiendo y ella no se inmutaba porque su parte humana hacía días que no estaba ahí. Pero la risa de Morcant se nos clavaba a todas, rebotando entre la verja y las lápidas. La lluvia aumentó, y las esquirlas heladas de agua apenas me dejaban abrir los ojos.

—Ay, querida… —comenzó a relajarse, como si acabara de contar el chiste más divertido de todo Teryon—. Sabes de sobra que hay destinos peores que la muerte y, si no seguís corriendo, os los haré ver. Después, cuando por fin muráis, me encargaré de esparcir con mis propias manos los restos de vuestras cenizas por todo el

reino, para que al maldito engendro al que este reino decidió llamar diosa le resulte más difícil recomponeros.

Debía responder, debía invocar al fuego y matar a aquel desgraciado y hacerle pagar por toda esta vida de sufrimiento. Si era rápida podría hacerlo, todo este sitio ardería en llamas antes de que pudieran darse cuenta…

—La lluvia —susurró Seren detrás de mí.

Cierto. Estando tan mojadas sería imposible invocar el fuego suficiente para incinerar un palacio entero. Y a quién quería engañar, estábamos rodeadas de ondraris armados en un espacio amplio donde podría entrar otro centenar de guardianes en cuanto dieran la orden.

—¡Vamos! —gritó Morcant de nuevo.

Obedecí. Con los puños apretados y lágrimas que se mezclaban con la lluvia que caía del cielo, pero obedecí una vez más. Todas continuaron corriendo tras de mí, pero estaba segura de que el sentimiento de rabia por dejar a Gwenna atrás junto a Morcant era compartido.

—Recordad —exclamó Morcant a nuestras espaldas, con voz ronca—: tu fuego, vuestro fuego… no es vuestro. Es de Teryon. Es mío.

Un pie detrás de otro, solo importaba eso. Si me concentraba en continuar corriendo, tal vez todo acabaría rápido, debía centrarme en la lluvia, en los muertos que descansaban a mi derecha…

El resplandor se apagó de golpe. Lo supe por el grito que recorrió el patio. No pude evitar girarme, sin dejar de correr.

Gwenna se dobló sobre sí misma, apoyando una rodilla en el barro. Nadie se movió para ayudarla. Ni siquiera yo, porque era una maldita cobarde. Ella gritó de nuevo y yo aparté la mirada.

—¡Joder! —grité presa de rabia mientras continuaba avanzando

por el barro. Gwenna gritó otra vez, pero yo ya no miraba hacia donde ella se retorcía en el barro.

Horas después, cuando por fin nos dieron la orden de retirarnos, mis hermanas caminaron en silencio hacia los barracones, llevando a Gwenna en brazos. Después de que Morcant hubiera usado su poder para retorcer la magia de su corazón, no tenía fuerzas.

Yo me desvié del camino en cuanto pude, con la excusa de «limpiarme las heridas» y «recuperar el aliento». No era verdad.

Volvería a la biblioteca. Sola.

No podía esperar dos noches para volver a ver a Nathaniel, era demasiado.

No la ayudé. Ni a Gwenna ni a ninguna. Tragué mi culpa como si fuera agua helada y seguí caminando.

Algún día, cuando por fin supiera cómo destruirlos, iba a compensarlo haciéndoles a ellos arrodillarse en nuestro lugar. Todos morirían.

19

> El llamado velo de los copistas es un mecanismo de defensa que se activa cuando un lector intenta sacar un texto del círculo de lectura o comparar pasajes prohibidos. Su propósito no es proteger los libros de daño físico, sino impedir que se descubran las discrepancias entre versiones.
>
> *Glosario de Encantamientos Bibliográficos*
> (Biblioteca de Ignath)

Respiré hondo antes de empujar ambas puertas con las manos y dejar que el aire denso de la biblioteca me bañara por completo. Era un ambiente empalagoso, tuve prácticamente la misma sensación de embriaguez que la primera vez que entré aquí con Nathaniel.

Pero ahora estaba sola, con mi capucha negra tapándome la cabeza y un candelabro diminuto cuya llama comenzó a titilar al ritmo de las sombras de la biblioteca de Ignath. Debía estar atenta, fijarme en las runas del suelo y asegurarme de que ninguna reaccionaba a mi presencia.

Tenía una oportunidad. Si el velo de los copistas volvía a activarse, serían más rápidos. Probablemente estarían alerta y el riesgo era infinitamente mayor que la noche anterior.

Alcé la cabeza para dejarme deleitar por el techo abovedado de

la biblioteca. Era majestuoso, me dejaba sin habla la forma en la que las estanterías alcanzaban el cielo. Sin embargo, no pude evitar fijarme en el movimiento de las velas, que bailaban más despacio que la última noche, como si hubieran detectado mi presencia, pero quisieran dejarme espacio para investigar.

La última vez, en cuanto nos acercamos, las sombras se agitaron, se alargaron como brazos y las velas estallaron a nuestro alrededor, casi como si la propia biblioteca nos hubiera reconocido o rechazado.

Tragué saliva y di otro paso hacia uno de los pasillos.

No hubo ráfaga de viento helado, ni chasquido de llamas alzándose de golpe. Las runas solo parpadearon una vez, como si abrieran un ojo somnoliento, y luego regresaron a su brillo constante.

—Ayúdame —dije en alto, sin saber muy bien con quién hablaba, pero esperaba que quien fuera que se escondiera tras la magia de este sitio, me dejara investigar—. Ayúdame, por favor.

El aire olía al mismo polvo antiguo, a tinta seca, a cera gastada. Pero tampoco era exactamente igual. Las velas que flotaban a diferentes alturas sobre la sala principal ardían más suave, con llamas pequeñas, recogidas. La última vez bailaban como locas, doblándose y retorciéndose cuando cruzamos el umbral, ahora solo titilaban como respiraciones pausadas, regulares.

Hasta las sombras parecían cansadas. No se inclinaban hacia pasillos específicos ni se estiraban sobre mis pies. Se limitaban a ocupar su sitio al pie de las estanterías, pegadas a los lomos de los libros, obedientes.

Cerré la puerta detrás de mí. No sonó ese golpe seco que casi nos revienta los tímpanos a los dos. El marco encajó con un clic discreto, apenas un murmullo.

—Estás tranquila… —murmuré.

Avancé por el pasillo central. Cada paso arrancaba un leve eco, nada más. Tampoco hubo ningún rugido silencioso de magia, pero una presión incómoda en el pecho crecía a cada paso que daba. Como si mi corazón se acelerara mientras la biblioteca latía más despacio.

Me detuve delante de la mesa que habíamos usado horas antes. Los tomos ya no estaban abiertos donde los dejamos; alguien los habría colocado de vuelta en sus respectivas estanterías.

Alargué la mano y rocé el lomo de uno de los códices que se exponían en el estante.

Apenas un cosquilleo subió por mis dedos. Ningún chispazo, ningún tirón brusco en la magia del Ibrax. Era como si la biblioteca estuviera aceptando el contacto, tentándome a coger los libros.

Y cedí a la tentación.

Códice en mano, arrastré una silla y me senté. Escogí dos tomos del mismo volumen del *Códice*, pero distinta edición, y comencé a pasar páginas. De vez en cuando, mis ojos se iban hacia las runas luminosas que marcaban el semicírculo en el que me encontraba y a las velas que, como la última vez, carecían de sombra.

Si no sacaba los libros de aquel espacio, el velo no se activaría. Eso quería creer.

Pero, de pronto, algo cambió en el ambiente.

No podía explicar por qué, pero una corazonada me hizo levantar la cabeza del libro, alerta. Rápidamente, miré hacia los lados y comprobé que la tenue iluminación no había cambiado, las velas sin sombra mantenían su llama lo suficientemente erguidas como para pensar que…

Espera.

Mi intuición jamás me había fallado y, por la forma en la que me

latía el corazón, debía obedecerla de nuevo.

Había alguien más en la biblioteca. No escuchaba pasos, ni siquiera detectaba ningún sonido de las hojas al deslizarse… nada.

Pero no podía dejar de observar hacia donde la oscuridad se cernía un poco más sobre las estanterías y, de pronto, esas sombras que habían permanecido quietas a mi llegada se inclinaban nerviosas. Agarré la empuñadura de una de mis dagas.

La intuición arrolladora taladrándome el pecho de nuevo.

—Me sorprende que hayas sido capaz de entrar en la biblioteca sin mi ayuda —dije en alto—. Con la tendencia que tienes a buscar la ruta más peligrosa…

Fueron segundos de silencio, nada más.

Después, una risa grave y profunda se perdió entre los estantes más oscuros de la biblioteca. No reaccioné, sabía bien a quién pertenecía esa risa tan arrogante.

—¿Cómo lo has sabido?

Señalé con la cabeza a las velas de la entrada al semicírculo; sus sombras se movían nerviosas como si detectaran su presencia. La del guardián supremo.

—Las sombras —dijo él, mientras salía de entre la oscuridad y aparecía en el semicírculo en el que me encontraba yo—. Qué astuta.

De nuevo, llevaba ropa que distaba mucho de ser lo que yo me imaginaba como un uniforme de guardián supremo; supuse que era para evitar sospechas. Pero lo que más me llamó la atención fue la ausencia de capucha para ocultar su rostro visiblemente cansado; respiraba agitado mientras caminaba hacia mí, como si llevara corriendo horas. Sus ojos verde oscuro no brillaban como otros días.

—Para ser el guardián supremo te noto en baja forma.

—Uno ya no entrena como antes —se limitó a responder, alzando

los hombros—. ¿Qué haces aquí?

—¿Qué haces tú aquí? —Apoyé las manos en la mesa de madera a mis espaldas—. Yo vivo en este palacio.

—Dijimos que hasta mañana no nos veríamos aquí.

—Pues los dos hemos incumplido una promesa —comenté—. No sé por qué, pero no me sorprende.

Negó con la cabeza mientras esbozaba una sonrisa. No me inmuté.

—¿Por qué has venido solo? ¿Por qué no esperar a mañana?

—Pensé que tal vez estarías traicionándome y habías encontrado información en los tomos que no querías mostrarme. —No me esperaba una confesión tan sincera—. Así que decidí venir antes a comprobarlo.

—¿No te fías de mí? Tú fuiste el que inició este pacto.

—Claro que no me fío. ¿Te fías tú de mí acaso? —dijo, guiñando un ojo; gesto que hizo que pusiera los ojos en blanco—. El pacto fue por… supervivencia.

—Por supuesto que no me fío de ti, Nathaniel. Sería tonta si lo hiciera.

—Ahora que lo pienso… —Se apoyó en la mesa, a mi lado. Giré la cabeza para mirarlo y por inercia pensé en coger mi daga, pero relajé la mano—. Ya que los dos nos hemos traicionado el uno al otro, podríamos aprovechar y cambiar el encuentro de mañana a hoy y así trabajar cuanto antes.

—O podríamos vernos mañana también.

—¿Tienes ganar de verme más días?

—¿Eres idiota?

Estalló en carcajadas, pero por la velocidad a la que se tapó la boca con la mano supe que recordó el peligro.

—Nos pueden oír, ¿recuerdas eso?

—Soy una cucaracha suicida, no puedo evitarlo.

Él continuaba con ese tono tan jovial y ameno que, una vez más, me sacó de mis casillas. Mientras el corazón me latía a una velocidad desmedida por la posibilidad de que nos hubieran escuchado, rodeé la mesa para sentarme en una de las sillas y con la cabeza le indiqué a Nathaniel que se sentara a mi lado.

—A sus órdenes —respondió él, todavía con la mueca divertida decorando su rostro.

Intentaba no mirarlo demasiado a los ojos; me resultaba imponente en el peor de los sentidos, casi desagradable. Era obvio que, para cualquier persona en sus cabales, Nathaniel resultaría un hombre indudablemente atractivo. Yo misma había tenido encuentros íntimos con hombres de esas características en algunas ocasiones.

Una vida tan larga, al final, da para mucho.

Pero ese carisma, mezclado con la intensidad de sus ojos, me resultaba tan incómodo como intimidante; y eso derivaba en un sentimiento de desconfianza profunda que no quería que él detectase. Era poderoso, tenía presencia, y me miraba a los ojos como si supiera todos mis secretos y cada detalle de mí… No me gustaba. Odiaba sentir que alguien creyera saberlo todo sobre mí.

Sus palabras cargaban un sarcasmo notorio, así que me giré hacia él para contestarle, pero ya se había colocado en la mesa delante de mí con un tomo en la mano.

Tan rápido que ni siquiera pude percibirle. Se me erizó la piel de nuevo.

—¿Qué? —preguntó él, al verme pasmada.

No respondí. Elogiarle no era algo que entrara en mis planes.

—A ver. —Apoyé ambas manos sobre la mesa, fijándome en los tomos que había sobre la mesa de madera—. Creo que debemos

revisar las diferentes ediciones de cada volumen y buscar discrepancias. Solo eso nos dirá si podemos considerar el *Códice* como algo fiable en lo que basarnos.

Decir aquellas palabras en voz alta me sobresaltó hasta a mí, era blasfemo dudar de la veracidad del *Códice de Teryon.*

Pero no me había equivocado.

El *Códice de Teryon*, la obra sobre la que se habían levantado templos, guerras y juramentos de sangre, se deshilachaba frente a nosotros línea a línea.

A la quinta hora, pasé una página más, con los dedos entumecidos por el frío y el sueño. El cuero crujió. Tenía cuatro tomos abiertos delante desde hacía varias horas: misma sección, mismo capítulo, distintas ediciones. El título se repetía en todos.

Del robo del corazón y la creación del Ibrax

—Mira esto —murmuré.

Nathaniel arrastró su silla hasta mi lado. El roce de la madera contra la piedra resonó demasiado fuerte en el silencio de la biblioteca. Llevábamos al menos tres horas en completo silencio y sin el valor suficiente para verbalizar las conclusiones que estábamos sacando.

—El versículo tercero. —Señalé la página del volumen más antiguo que habíamos encontrado—. Léelo.

Él obedeció, inclinándose hasta que la luz de la vela le bañó el rostro.

— «Y Nerón, cegado por el miedo a perder más vidas, hundió su mano en el pecho de Kaol y arrancó su corazón encendido, atándolo para siempre a su propia voluntad».

Las palabras quedaron flotando entre nosotros. Tragué saliva.

—Ahora el siguiente —dije.

Deslicé el dedo hasta el segundo tomo, una edición posterior, con los márgenes llenos de florituras doradas.

Nathaniel frunció el ceño mientras releía la misma línea.

—«Y Nerón, guiado por la necesidad de proteger al mundo, tomó el corazón de Kaol y lo guardó en su pecho, para que su poder no se volviera contra la creación».

—Ya no lo «arranca», ahora lo «toma» —susurré—. Y ya no está cegado, está «guiado».

Pasé al tercer volumen, uno de Vaeral, apenas unas décadas más recientes. Este tenía unas letras rojas inmensas en el centro que indicaban que estaba descatalogado.

—Otra vez.

—«Entonces Kaol, consumida por la envidia, robó el corazón puro de Nerón y huyó con él hacia la oscuridad, traicionando el Pacto de los Tres».

Se me heló la nuca.

—Lo han invertido —dije, sin aire—. En uno, Nerón «arranca» el corazón de Kaol. En otro, lo «guarda». Y en este… ella se lo roba a él. Y este volumen está descatalogado.

Nathaniel apretó los labios, pero sus ojos no se apartaron de la página.

—Podría ser una traducción distinta, una reinterpretación del mito —murmuró—. Sabes que los sacerdotes de Nerón…

—Calla y mira el cuarto.

Abrí el volumen más reciente, uno de tapas azules impecables, con el sello del Consejo de Ondraris grabado en plata. Busqué el versículo con los dedos, casi de memoria, hasta encontrarlo.

—«Entonces el corazón de aquella deidad corrompida fue arrebatado por el poder y la bondad del dios Nerón, y su sacrificio nos salvó del caos».

—Ya ni siquiera se nombra a Kaol. Nerón es el héroe y ella una deidad corrompida.

Nathaniel acercó más la vela. La cera líquida resbaló un poco por el lateral.

—Misma escena, cuatro culpables distintos por la forma en la que se narra —resumió, con un tono que intentaba sonar analítico y solo conseguía sonar agotado—. En una, él agrede. En otra, se justifica. En la tercera, ella es la ladrona. Y en la última, él es un mártir que nos ahorró una desgracia —comenté—. Es importante mencionar que el tercero está descatalogado.

El silencio que siguió mis palabras inundó la sala.

—Si el *Códice* fuera palabra directa de los dioses —susurré—, ¿por qué iban a contradecirse sobre quién arrancó el maldito corazón?

—Solo el tercero discrepa de quién fue. Los otros tomos indican que fue Nerón.

—Sí, pero la intención es muy distinta. Vamos, ¿no lo ves? —Alcé los brazos—. La intencionalidad de algo es muy importante cuando el pueblo se lo va a tomar al pie de la letra. Pero ¿por qué los dioses se contradecirían de esta forma?

No me paré a responder mi propia pregunta. Estaba demasiado ocupada observando algo que antes se me había pasado por alto.

En el margen del tomo más antiguo, justo al lado del versículo, había una mancha oscura, como si alguien hubiera intentado borrar una nota y solo hubiera conseguido emborronarla. Acerqué la cara, entornando los ojos.

—Acerca otra vela —pedí.

Nathaniel obedeció. Bajo la luz temblorosa, el borrón empezó a deshacerse en trazos más pálidos. Letras diminutas, casi arañadas sobre el papel.

Cuatro palabras.

—«No debe quedar así» —leyó él en voz baja.

Sentí cómo se me erizaba la piel de los brazos.

—No habla del dios —dije—. Habla del texto. De la frase.

En la segunda edición, en el margen, alguien había añadido una nota más extensa, escrita en una caligrafía angulosa.

—«Atenuar el verbo. Nerón no puede mostrarse cruel; hacerlo protector» —traduje para Nathaniel, estaba escrito en teryano antiguo—. «Recordar título: Kaol, la Usurpadora».

La bilis me subió a la garganta.

—Están dando instrucciones —escupí—, no preservando un mensaje divino, sino editándolo.

Fue entonces cuando lo vi: no en letras humanas, sino en los símbolos diminutos que se escondían entre las florituras del borde inferior. Pequeñas marcas curvas y rectas encadenadas en un patrón familiar.

—Nathaniel —susurré, con la voz tensa—. Eso no lo ha escrito un sacerdote. No es teryano común.

Él siguió mi mirada. Al reconocer la caligrafía, se le endureció la expresión.

—Son códigos internos del Consejo de Ondraris. Con ese tipo de códigos se escribió el pacto al que estoy atado para ser guardián —explicó—. El Pacto de Sangre y Raíces tenía las mismas curvaturas en las líneas, los mismos giros ocultos entre símbolos. Me dijeron que jamás se usarían en textos sagrados oficiales, mucho menos en el *Códice*. Los ondrari no están autorizados a intervenir en ellos.

—¿Puedes leerlo?

Conocía tanto el teryano antiguo como la versión común con la que los ciudadanos ahora hablaban, pero en palacio no me habían enseñado ningún otro idioma.

Nathaniel se humedeció los labios, incómodo.

—«Revisado por la Tercera Cámara. Invertir el culpable: ella debe ser la ladrona» —tradujo, palabra por palabra—. «Suprimir toda mención a la súplica de Kaol».

Se me cortó la respiración.

—¿La súplica? —repetí con la voz más áspera de lo que pretendía—. ¿Qué súplica?

Ya no miraba el texto central. Me lancé sobre las otras pilas que habíamos repasado durante horas. Abría tomos al azar, siempre por el capítulo del Corazón, buscando en márgenes, en esquinas, bajo sellos y adornos. La biblioteca entera se redujo a eso: a un puñado de líneas reescritas y los rastros de quienes habían decidido hacerlo.

Las anotaciones empezaron a aparecer de todas partes.

Eliminar: "Kaol suplicó que la dejaran guardar su propia llama".
Cambiar: "desesperación de Nerón" por "firmeza".
No conviene mostrar al dios temiendo a la oscuridad;
la oscuridad es ella.

En un tomo antiguo de Rhyen, la frase original se adivinaba bajo una capa de tinta más reciente. Apenas un susurro de letras, pero suficiente.

— «Y Kaol, con las manos sujetando su pecho vacío, maldijo el día en que su hermano tomó lo que no le pertenecía» —leí en voz baja.

En la edición moderna, la misma línea decía:

—«Y Kaol, con las manos manchadas por el corazón robado, maldijo el día en que Nerón se lo negó».

Era la misma escena, pero girada como un cuchillo.

Nathaniel cerró ese volumen de golpe, como si le quemara entre

los dedos.

—No son errores de copia —dijo—. Es una narrativa planificada. Una versión en la que Nerón nunca pierde el control ni comete una crueldad gratuita. En la que Kaol nunca es víctima, solo traidora.

—Y los ondrari son quienes se aseguran de que todo encaje —añadí, señalando otra serie de símbolos en el margen—. Llevan siglos asegurándose de que la historia se cuente de la forma correcta.

—De la forma útil —me corrigió él con un tono amargo.

Las velas que teníamos alrededor parecían arder más despacio, como si hasta el fuego se hubiera quedado escuchando. De algún punto alto de la biblioteca llegó un crujido de madera, un suspiro de hojas agitadas por una corriente inexistente.

La biblioteca de Ignath estaba viva.

Y nos estaba dejando mirar demasiado.

Pasé la mano por la superficie de la mesa, llena de libros abiertos que ya no podía ver como sagrados. Solo como pruebas.

—El *Códice* no cuenta lo que pasó. Cuenta lo que Nerón y los suyos querían que creyéramos que pasó —me atreví a decir en voz alta—. ¿Cómo fue en realidad mi creadora?

Nathaniel dejó escapar una carcajada seca, sin rastro de humor.

—Ondrari, sacerdotes… —enumeró—. Todos metiendo las manos en el mismo relato hasta convertirlo en una herramienta.

Me quedé mirando una anotación en concreto, casi escondida, escrita en una esquina inferior con letra rápida:

No firmar. La autoría ha de ser divina.

—¿Ves? —Señalé la frase con el dedo—. Ni siquiera se permiten poner su propio nombre. Pero deciden qué dios es culpable, quién

arranca el corazón a quién, quién es la llama caída.

Nathaniel guardó silencio durante unos segundos. Sus ojos, enrojecidos por las horas y la falta de sueño, brillaban con una lucidez que me dio miedo.

—Si esto sale a la luz —dijo al fin, en un murmullo—, no solo se tambalean los templos. Se tambalea la idea misma de quién es el monstruo de esta historia.

Bajé la mirada a la línea original, apenas visible, donde Nerón era quien hundía la mano en el pecho de su hermana.

¿El héroe que le robaba el corazón a su hermana?

—Quizá el monstruo no sea tu antecesora —dijo lo que yo misma estaba pensando, pero no me atrevía a pronunciar—. Quizá el monstruo sea quien escribió el *Códice*. O quienes lo reescribieron.

—De eso no hay duda, pero… —Negué con la cabeza—. Sean cuales sean las intenciones del dios Nerón al arrancarle el corazón de Kaol…, todavía no hemos visto ninguna incongruencia que demuestre que las intenciones de Kaol fueran amistosas. Quería destruir el reino, Nathaniel. Por mucho que suplicara o por mucho que quisiera defenderse de Nerón… las intenciones fueron esas.

Cerré el libro.

El sonido resonó por las estanterías como un golpe de martillo. Las sombras se agitaron en lo alto, tensas, expectantes.

Y supe, con una claridad desbordante, que el *Códice de Teryon* no era la voz de los dioses.

Era la coartada perfecta de algo que todavía desconocíamos.

Y presentía que, si salía a la luz, no solo se agrietarían los templos; se agrietaría la fe de todos los que habían creído en ellos.

20

> El volumen 7, «Del corazón consagrado y la llama que sostiene el reino», es el más citado en templos y proclamas reales. De su interpretación dependen las leyes sobre reparto de magia, privilegios ondrari y castigos a la desobediencia.
>
> *Compendio de legislación mágica de Teryon*

Por la forma en la que Nathaniel no apartaba la mirada de mí, supe que no sabía qué responderme.

El descubrimiento de que el *Códice de Teryon* no solo estaba manipulado, sino que lo habían reescrito los ondrari, cambiaría el curso político del reino drásticamente.

Sin embargo, esto nos generaba más dudas que respuestas, porque…

—¿Cuál es la versión real? ¿Qué volumen explica lo que ocurrió en realidad? —dije.

Nathaniel negó con la cabeza antes de responder, no sin antes frotarse los ojos, ya cansados.

—Diría que la edición más antigua es la más verdadera —comentó—. Pero yo apuesto a que ninguno dice la verdad del todo. ¿Cómo podemos fiarnos de cualquiera de ellos? Nada nos asegura que por mucho que la información respecto a algo coincida en varias

ediciones, sea verdadera. ¿Hasta qué punto lo habrán reescrito? —Planteaba preguntas en alto, mirando a la bóveda de la biblioteca como si esta fuera a darle las respuestas. Yo, mientras, lo miraba pasmada—. ¿Hasta qué punto lo que creemos saber de este reino es cierto? Joder…

—A ver —interrumpí—. Creo que nos estamos precipitando.

Nathaniel se inclinó hacia delante en la mesa y alzó el dedo índice delante de mí.

—¿Eres consciente de lo que implica este descubrimiento, Erya? ¿Eres consciente de lo que supone habernos enterado de que el texto más sagrado del reino no dice más que patrañas?

—Nathaniel…

Me erizaba la piel escucharle blasfemar así.

—Mentiras y más mentiras. Tú misma lo has leído.

Eso era cierto, pero todo se sustentaba en aquel *Códice*. Todo lo que sabíamos sobre los dioses, sobre la magia del Ibrax… Todo lo que aquellos volúmenes contaban se suponía que resumía todo lo que conocíamos. No sabía si era demasiado pronto para asumir que todo lo que contenía era mentira.

—¿Sigues pensando que debemos continuar fiándonos del sagrado *Códice*?

Su pregunta estaba cargada de ironía y recelo. Alcé la mirada que llevaba clavada en la mesa unos instantes para observarlo. Continuaba inclinado hacia delante, tan cerca que pude reparar de nuevo en las ramas doradas que salían de sus pupilas, cargadas de un brillo muy característico.

—Está claro que no —concluí—. No debemos fiarnos del todo. Tiene que haber alguna forma de saber cuánto de lo que hay escrito es cierto y cuánto es falso.

—Supongo que…. —Se echó hacia atrás de nuevo y se mesuró la

barba incipiente, pensativo—. La edición con menos anotaciones debe de ser la menos modificada.

—¿Todas están firmadas por los dioses?

—Todas.

—Por lo tanto, hasta que se demuestre lo contrario, podemos asumir que verdaderamente los dioses escribieron estos códices, pero que fueron modificados por los ondrari —dije, clavando la mirada en los tomos que teníamos delante.

La cantidad de mentiras que se podían haber difundido a lo largo de la historia me erizaba la piel. Con cada minuto que pasaba, las ganas de leer distintas ediciones del volumen 6 aumentaban.

De las bestias malditas

Ese volumen del *Códice* había sido históricamente el más descatalogado y del que menos impresiones se hicieron; por no hablar de la prohibición directa que teníamos todas nosotras de acceder a ellos. No debíamos leer sobre nuestra historia.

Tal vez también estaba modificada. Tal vez fuimos más malvadas de lo que la historia ha dejado ver.

—Creo que los dos estamos pensando lo mismo —dijo de pronto Nathaniel.

El guardián supremo se cruzó de brazos justo después de cerrar de golpe un libro que tenía abierto.

—¿Puedes especificar, por favor?

—Que estamos jodidos —exhaló una risa grave e irónica—. Muy jodidos.

—Ah. —Abrí los ojos fingiendo sorpresa—. Por supuesto.

No me reí, no pude responder con ironía.

Una profunda rabia y tristeza me inundó tan rápido que por un segundo temí desmayarme. Noté como el fuego de mi magia me

quemaba por dentro, luchaba por salir por las puntas de mis dedos y destruirlo todo.

A todos.

Por mentirosos. Por ruines.

—¿Qué te pasa?

Índice, mediano, anular, meñique…

Índice, mediano, anular, meñique…

—¿No te enfurece todo esto? —susurré, me temblaban los labios —. El texto sagrado que guía nuestras vidas…

—Es una completa basura, sí —respondió, con bastante más tranquilidad que yo—. Y estamos profundamente perdidos y sin el *Códice* como base no sé cómo lo vamos a hacer. Pero no pasa nada.

No pasa nada.

—¿No pasa nada? —Abrí mucho los ojos mientras me inclinaba hacia delante y notaba como la capucha que cubría mi cabeza caía hacia atrás—. ¿Eres consciente de lo que nos estamos jugando?

—Erya —musitó—. No me ha sorprendido lo más mínimo descubrir esto. ¿Confiabas en ellos acaso?

Los odiaba, quería acabar con todos ellos, pero… confiaba de alguna manera en su discurso. Era lo único que conocía, además de a mis hermanas, dudar de ello significaba dar un paso hacia el abismo.

El silencio después de su pregunta fue suficiente para responderle. No quería decir nada más.

—Respecto al volumen que habla del Ibrax… ¿Tú crees que nos han mentido también? ¿Crees que habrá diferencias? —me atreví a preguntar.

—Creo que nos equivocamos revisándolo —dijo, volviendo a apoyarse sobre la mesa—. Creo que es un error, porque lo único que va a hacer es plantarnos más semillas de duda en la cabeza. No hay

forma de saber cuál de las versiones será la verdadera o si alguna siquiera lo es.

—Debemos asegurarnos de que miente respecto a todo. De que el *Códice* está reescrito en todos sus volúmenes.

Nathaniel dudó. Apretó los labios mientras miraba de nuevo hacia la bóveda y tintineaba con la yema de los dedos en la mesa de madera. Entendía por qué le daba miedo continuar leyendo, pero, tal y como él mismo había dicho…, si era un puñado de mentiras y de patrañas, debíamos asegurarnos de que no era una excepción que se limitaba al volumen 3 del *Códice*.

De pronto, se levantó ante mi atenta mirada y se dirigió a uno de los estantes. Noté cierto nerviosismo en la punta de sus dedos, como si el simple acto de rozar el cuero de aquellos libros le supusiera más de lo que quería reconocer. Todavía con la vista fija en los tomos, depositó cuatro ejemplares del volumen 6 delante de mí.

—Revisa lo que creas conveniente, pero ya sabes lo que vas a encontrar.

Fue lo último que me dijo antes de que abriera los ejemplares y comenzara a revisarlos. Tuve que tragarme las ganas de empujar los libros al suelo y fingir que nada de aquello estaba pasando.

Abrí el primer ejemplar por el índice hasta dar con el capítulo dedicado al Ibrax. «Del corazón consagrado y la llama que sostiene el reino». Mis dedos encontraron el versículo que conocía de memoria, el que nos repetían hasta la saciedad en los templos.

«El Ibrax se derrama por igual sobre todo rincón del reino».

Por igual.

Pasé al segundo tomo. Mismo capítulo, mismo versículo… palabras distintas.

«El Ibrax reparte su magia según las medidas de la fe y la

obediencia de sus hijos».

Sentí un ligero mareo. Bajé la vista, releí ambas líneas una y otra vez. O por igual o según fe y obediencia. No podían ser las dos cosas.

Aparté la mano como si el papel quemara.

No eran matices. Eran contradicciones directas sobre el corazón que nos mantenía vivos. Sobre la fuente de la magia que circulaba por mis venas. Por las de mis hermanas.

Tragué saliva, podía notar cómo el fuego dentro de mí se revolvía, inquieto, como si también reconociera la mentira.

Si el *Códice* no se ponía de acuerdo ni en cómo latía el Ibrax…, ¿qué demonios sabía yo, en realidad, sobre lo que era? ¿Sobre lo que era yo?

Cerré el volumen con más fuerza de la necesaria. No quería ni leer las otras ediciones, sabía lo que iba a encontrarme.

Mentiras, discrepancias.

No tenía ninguna respuesta nueva y, mucho menos, podía asumir que cualquiera de los volúmenes dijera la verdad.

—Probablemente la verdad no esté ni escrita. Solo ellos la sabrán —me atreví a decir un rato después de haber observado el segundo tomo cerrado delante de mí—. Nathaniel…

—No me acostumbro a que me llames por mi nombre.

Me quedé mirándolo un segundo, desconcertada. Había una sinceridad en su mirada poco propia de él.

Bajé la vista.

—En serio. —Apoyé ambas manos en la mesa y lo miré a los ojos. Sabía que no tenía la capucha puesta pero no me importaba, nos iríamos de aquí en breves instantes y debía aprender a confiar en que él viera mi apariencia al completo—. No tenemos nada. No tenemos ni idea de cómo liberar la magia del Ibrax ni destruirlo. Está

claro que en el *Códice* no encontraremos nada porque todo son mentiras así que…

—¿Qué sugieres? —Notaba que su miraba bailaba por mi pelo. Yo lo ignoré.

—Sugiero que vayamos al Ibrax.

Lo que iba a ser una risa de Nathaniel se transformó en una tos seca inmediata, con los ojos muy abiertos como si no diera crédito a lo que acababa de escuchar. Yo continué mirándolo mientras esperaba a que se recuperase.

—Creo que definitivamente te estás volviendo loca.

—¿Por qué? —Me levanté sin apartar la mirada del guardián—. Sabes dónde está, evidentemente. ¿Y quién mejor que el guardián supremo para intentar superar todas sus protecciones?

—Sé superar todas las protecciones. Soy su guardián. Solo la última, no sé… —Tragó saliva—. No sé cómo acceder, ni qué hacer. Por eso pedí tu ayuda para liberarlo.

—Mejor me lo pones. —Me detuve delante de él, él estiró el cuello para mirarme desde su asiento—. Si no podemos fiarnos de lo que se dice del Ibrax, mejor comprobarlo por nosotros mismos, ¿no crees?

—Llevo yendo allí siglos, jamás he visto ninguna discrepancia llamativa.

—Pero yo nunca he estado allí. Tal vez yo pueda ver algo diferente, algo en lo que tú no te hayas fijado.

Nathaniel no respondió de inmediato.

Seguía sentado, con los antebrazos apoyados en la mesa y ligeramente inclinado hacia mí. Durante unos segundos, demasiado largos, se limitó a observarme.

No a la mesa. No a los tomos.

A mí.

Sentí como el calor alcanzaba mis mejillas antes incluso de ser consciente de ello. Me crucé de brazos por pura inercia, como si así pudiera cubrirme algo más, como si la túnica no fuera ya lo bastante opaca.

—¿Qué? —solté, incómoda—. Estás mirándome como si me hubiera salido una segunda cabeza.

Una sonrisa lenta le curvó los labios.

—Solo estoy… procesando —dijo al fin—. No todos los días una fénix inmortal te propone colarte en el corazón de una diosa para comprobar si tu fe de siglos es mentira.

Puse los ojos en blanco.

—Puedes procesar mientras caminamos. No pienso quedarme aquí a discutirlo rodeada de mentiras.

Me aparté de la mesa y comencé a recoger algunos de los tomos, cerrándolos con más brusquedad de la necesaria y asegurándome de que ninguno sobrepasara las runas para no activar el velo de los copistas. Él se levantó por fin, la silla chirrió contra la piedra.

El silencio de la biblioteca se hizo más denso, como una exhalación contenida.

—¿Estás segura? —preguntó, ya a mi lado. Su voz sonó más baja, casi seria—. Una vez vayamos al Ibrax, no habrá marcha atrás si nos pillan. Investigar en la sombra es arriesgado, pero no tanto como investigar en el punto más protegido del reino.

—Tenemos la suerte de que eres lo que hace que el Ibrax sea el punto más protegido del reino —respondí, girándome hacia la puerta sin mirarlo—. Es una gran ventaja.

Sentí su mirada clavarse un segundo más en mi nuca. Otra vez esa sensación de estar demasiado expuesta, como si él viera más de lo que yo quería mostrar.

Eché a andar entre las estanterías, con las sombras alargándose a nuestro paso. Nathaniel me alcanzó en apenas dos zancadas y, sin decir nada más, abrió la pesada puerta de la biblioteca.

Cruzamos el umbral juntos. El aire frío del pasillo me erizó la piel, aún caliente por la rabia. Estiré una mano hacia la capucha por puro reflejo, pero antes de subirla Nathaniel habló:

—No te la pongas.

Me giré con el ceño fruncido.

—¿Perdona?

Se encogió de hombros, como si no le diera importancia, aunque sus ojos se quedaron fijos en mi pelo.

—Solo digo que es más fácil leerte cuando no te escondes. Y sería una pena que algo así quedara tapado.

Así. Sin más. Como si no acabáramos de descubrir que todo el reino vivía una mentira.

Arqueé una ceja.

—Si vuelves a opinar sobre mi pelo, prenderé fuego al tuyo.

—Perfecto —respondió sin perder la media sonrisa—. Así tendré más excusa para seguir mirando el tuyo.

Le sostuve la mirada un segundo, hasta que noté como el corazón se me aceleraba sin permiso. Negué con la cabeza.

—Te lo digo en serio, Nathaniel. Flirtear conmigo no es la vía para conseguir que haga locuras por ti.

Me di la vuelta antes de que pudiera contestar y caminé por el pasillo. Escuché el eco de sus pasos a mi espalda.

Cuando nos pusimos a la altura de la siguiente curva, no aguanté y miré de reojo.

Seguía sonriendo. Como si colarnos en el corazón de una diosa fuera la idea más divertida que había oído en siglos.

21

> En Ignath, la noche no es ausencia de luz, sino un velo que recuerda que los más sigilosos pueden estar observándote en la oscuridad.
>
> *Canciones del fuego*

Debíamos esperar a que la noche se cerniera sobre Teryon de nuevo. Solo entonces tendríamos más posibilidades de poder colarnos en la estancia mágica más importante del reino; esa sería nuestra única oportunidad.

Aunque el día pasó entre entrenamientos a nuevos druvaris, carreras alrededor de la Necrópolis y conversaciones con mis hermanas, tratando de que no sospecharan de mí.

Mis pensamientos solo bailaban alrededor de nuestra misión y de Nathaniel. De cómo Nathaniel iba a ayudarme a conseguir mis objetivos, claro.

Por eso, cuando todas se tumbaron en sus camas y se quedaron dormidas, me vestí y comencé a dirigirme hacia la armería. Allí había quedado con Nathaniel y sería donde empezaríamos nuestra travesía hacia el Ibrax.

Travesía a ciegas, porque, a decir verdad, no tenía la menor idea de dónde se encontraba. Se suponía que estaba dentro del anillo interno de Ignath, pero tras convivir entre estos muros durante siglos nunca había reparado en su posición exacta.

Era un lugar tan mágico como oculto; y las personas como yo, las fénix, no teníamos cabida allí más que para reactivarlo con nuestras muertes.

—Qué raro —mi susurro rompió el silencio sepulcral de la armería. El corazón me dio un vuelco cuando me encontré con mis cuatro dagas fuera de sus respectivos estantes; cada una tirada sobre la superficie de una mesa donde había alguna que otra espada.

Me giré sobre mí misma para revisar que no había nadie; algo que debería haber hecho nada más entrar. Pero salvo decenas y decenas de armas de diferentes tamaños y calibres, nada más parecía llenar esta estancia algo más fría de lo normal.

Con cuidado, coloqué las cuatro dagas en sus respectivas vainas.

Si no se había retrasado o caído por el precipicio por no hacerme caso, Nathaniel debería estar ya fuera de la sala esperándome. Aun así, me detuve un momento antes de decidir comenzar la misión junto a él.

Mi armería. Mis dagas.

Era un lugar tan hostil como seguro para mí, un espacio en el que mis hermanas y yo siempre habíamos respirado hondo antes de embarcarnos en las misiones suicida que los ondrari nos habían encargado. Una especie de pausa antes de estar dispuestas a morir por el reino, nuestro lugar para concentrarnos y recordar lo que debíamos hacer antes de llevarlo a cabo.

Con los ojos cerrados y una mano en el pecho, inhalé hondo. Quería estar segura de lo que iba a hacer, de que ese era el camino correcto.

—Si necesitas más tiempo para arrepentirte, puedo darte cinco minutos.

Me giré con el corazón desbocado, lista para alcanzar cualquiera

de mis dagas y lanzársela a quien fuera que hubiera hablado.

Pero tuve que frenar mi ataque cuando reparé en el idiota que me estaba observando.

—¿Pretendías provocarme un infarto? —dije acelerada entre susurros.

Nathaniel estaba apoyado en una de las columnas de piedra, a medio paso de la penumbra, como si llevara allí más tiempo del que pretendía admitir. Pero no fue su postura tranquila lo que me hizo olvidar cómo se respiraba durante unos segundos.

Fue la armadura.

La había visto antes, de lejos, en ceremonias y desfiles, siempre al servicio de los ondrari. Pero nunca tan cerca.

Nunca así.

Las hombreras y las placas oscuras del peto se ajustaban a sus hombros y pecho con una precisión milimétrica, bordes rematados en filigranas doradas que parecían ramas encendidas trepando por el metal. En el centro del peto, sobre el esternón, brillaba el emblema del guardián supremo: un círculo atravesado por raíces y llamas estilizadas, también doradas. Bajo la armadura, la cota de malla negra le ceñía la cintura y los brazos, dejando ver la fuerza que solía ocultarse tras sus bromas.

Incluso el cuello de la pieza tenía grabados pequeños símbolos que reconocí como los mismos que había visto en sus pupilas: esas ramas doradas que salían de su iris y que ahora parecían responder al brillo de la armadura.

Tragué saliva, muy poco digna.

—Nos habíamos citado fuera de la armería —dije—. ¿Te cuesta tanto seguir las instrucciones sencillas?

Una sombra de sonrisa le cruzó el rostro.

—Entré y vi tus dagas. Decidí quedarme a comprobar si te daba

un infarto cuando las vieras fuera de sitio.

Le lancé una mirada asesina.

—Ha estado cerca —mascullé—. La próxima vez, las clavo en tu armadura.

—Por eso me la he puesto —replicó, dando un paso al frente—. Por si decides estrenar las dagas conmigo.

Se detuvo a pocos pasos, lo bastante cerca como para que pudiera apreciar los detalles: las marcas en el metal, el desgaste en los bordes, como si no fuera una pieza ceremonial, sino algo que realmente había visto batalla.

—Mola, ¿eh? —comentó al notar dónde se me iba la mirada.

Bufé.

—Solo pensaba que vas demasiado llamativo para colarte en el lugar más protegido del reino —respondí, alzando una ceja—. ¿No tienes una versión más… discreta?

—Sí, pero considero que si nos descubren tendrá más sentido que vean que soy el guardián supremo, ¿no? Literalmente soy la única persona del reino que puede acceder ahí —dijo, como si fuera la cosa más obvia del mundo—. Y si vamos a presentarnos ante el corazón de una diosa, prefiero ir vestido para la ocasión.

Rodé los ojos, pero no pude evitar que una parte de mí se sintiera extrañamente más tranquila. Más real. Como si verlo así, con todo el peso del título sobre los hombros, hiciera que la locura que íbamos a cometer dejara de ser una idea vaga y se convirtiera en una misión real.

—¿Lista? —preguntó, mientras me tendía la mano para ayudarme a saltar la hilera de lanzas que alguien había dejado apoyadas contra el banco central.

La ignoré y rodeé las armas por un lado.

—Lo estaré cuando dejemos de perder el tiempo —contesté al

pasar a su lado.

Noté cómo me seguía con la mirada mientras caminábamos hacia la salida de la armería. El eco de sus pasos metálicos se mezclaba con el golpeteo acelerado de mi propio corazón.

—¿Y tu caballo?

—No he venido a caballo —respondió, encogiendo los hombros.

Este hombre iba a acabar conmigo.

—¿Y cómo esperabas que fuéramos a llegar entonces al Ibrax? ¿Reptando, Nathaniel?

—Yo veo ahí a un caballo enorme para los dos.

Señaló a Haze, que nos miró como si no entendiera nada en absoluto.

—No. Ese es mi caballo.

—¿Voy reptando?

—Deberías haberte traído un caballo como habíamos hablado —increpé.

—Lo hablarías con tu imaginación porque conmigo…

—Joder, Nathaniel. Vale, sí, no te dije nada. Lo daba por hecho. —Me llevé las manos a la cabeza, nerviosa—. Montaremos juntos. Pero es la primera y la última vez.

—A sus órdenes —respondió divertido.

Nathaniel fue directo hacia Haze que, en cuanto se acercó, le bufó de mala gana. Me sentí tremendamente orgullosa.

—¿Dónde vas tan rápido? Tú vas detrás de mí —dije, colocándome en el flanco izquierdo del caballo y desajustando la silla de montar. No tenía para dos.

Con agilidad, me impulsé hacia arriba y, guardando el equilibrio, coloqué ambos pies en los lazos de cuerda a modo de estribos. Sin la silla de montar iba a ser más incómodo, pero me agarré de las riendas con decisión para no deslizarme.

—Venga.

Nathaniel me miraba pasmado, desde abajo. Noté que tardó unos segundos más de la cuenta en impulsarse como lo había hecho yo; tal vez no estaba acostumbrado a montar.

—¿No sabes subir?

—Estoy pensando dónde colocar las manos una vez suba —respondió tajante—. ¿Quieres que te agarre de la cintura, Erya?

Debía ser una broma.

Ni siquiera respondí de inmediato, lo miré lo más seria que pude y negué con la cabeza al tiempo que él esbozaba una leve sonrisa que me puso aún más incómoda.

—Puedes agarrarte a las crines de Haze —me limité a responder, con la vista fija al frente—. Salvo que quieras que te corte la mano.

—No falla —exhaló, colocando su pie izquierdo en uno de los lazos—. Si no hay amenaza al final, no es una frase tuya.

Negué con la cabeza y luché con la necesidad imperiosa de marcharme con el caballo sin él e iniciar esta misión tranquila y sola.

Pero no me lo podía permitir, no tenía la menor idea de dónde se encontraba el dichoso Ibrax.

—¿Dónde está? —pregunté, una vez sentí que Nathaniel estaba sentado detrás de mí.

—Te lo indicaré cuando lleguemos.

—Sabes que si no me dices dónde es, no sabré guiar al caballo, ¿verdad?

—Claro que lo sé, pero te iré indicando mientras avanzamos —respondió él, sereno.

Decidí no insistir, armarme de toda la paciencia que a Kaol se le olvidó concederme e instar a Haze a que avanzara con un sutil golpecito con los talones. Nathaniel no se atrevió a agarrarse de mi cintura y llevaba el cuerpo inclinado hacia delante para aferrarse a

las crines. Notaba su pecho de vez en cuando rozar mi espalda cuando el caballo daba algún salto inesperado, o su aliento cálido en el cuello a medida que nos alejábamos de palacio.

—Cruza el puente —susurró Nathaniel.

Lo daba por hecho, no cruzarlo habría significado que el Ibrax se encontraba dentro de palacio y yo me había dado cuenta de aquello. Aun así, no respondí y me limité a obedecer, mientras rezaba a los tres dioses para no levantar demasiadas sospechas, pese a ser dos figuras encapuchadas saliendo del recinto del palacio.

Cuando el trote de Haze se detuvo, esperé unos segundos a que Nathaniel diera otra indicación. No me atrevía a hablar, mucho menos a gritarle una orden.

Si nos descubrían, estábamos perdidos.

Y aquella noche, Ignath parecía dormir más profundo de la cuenta; ni un alma se movía entre la oscuridad aparte de nosotros. Todas las ventanas estaban cerradas, tan solo el ruido de las hojas revoloteando por el suelo y el repiqueteo de los cascos de Haze animaban la noche. Ignath parecía estar conteniendo la respiración.

—Nathaniel —susurré, rompiendo el silencio bajo mi capucha tan oscura como el cielo de Teryon.

No me respondía, pero notaba su pecho en mi espalda, más agitado de lo normal. ¿Estaría nervioso por revelarme una información tan importante para Teryon?

—Dirígete al templo de Nerón —dijo por fin.

Tardé unos instantes en responder. ¿El Ibrax estaba cerca del templo de Nerón? Era imposible. Había cubierto el templo de Nerón infinidad de veces, protegiendo el contenido sagrado que albergaba el cuerpo del dios.

Llevaba miles de años en este descanso eterno, con su cuerpo protegido por magia ancestral en una lápida que cubría su cuerpo,

pero que dejaba el rostro a la vista de los más creyentes en su magia. Decenas de personas visitaban el templo a diario… no tenía sentido que algo tan sagrado estuviera entre sus puertas.

Sin embargo, no respondí. Preferí no arriesgarme a emitir más ruido en público y me limité a indicar a Haze la dirección por la que tenía que continuar su camino.

El templo de Nerón no estaba muy lejos, tan solo a unos pocos kilómetros rodeando al límite del anillo interno de Ignath, pero hacía tanto frío…

Cada trote me sacudía el cuerpo entero y hacía que el frío se colara por todas las rendijas de la ropa. El lomo del caballo tampoco me calentaba, el balanceo de mi cuerpo sobre el suyo era doloroso. Sabía que Nathaniel estaba igual de helado, por la forma en la que escuchaba sus dientes castañetear.

Minutos después, vislumbré el templo de Nerón.

Una estructura majestuosa e imponente, tan grande que hasta un mismísimo drakien se vería diminuto a su lado. Las columnas, rodeadas de figuras que imitaban a las olas del mar, se alzaban ominosas hacia la gigantesca bóveda color azul del templo. Era un azul celeste que deslumbraba en la oscuridad, no era extraño quedarse embobado mirándolo. Parecía estar iluminado por las mismas estrellas que faltaban en el oscuro cielo de Teryon.

Y, como cada una de las veces que lo había visitado, el nudo en el estómago fue inevitable.

Sería por su majestuosidad, por su grandeza e importancia religiosa… o por la relación directa que tenía con los ondrari. Idolatraban al dios Nerón, era el centro de su religión y de su ideología… y, aun así, ellos eran malvados y deplorables.

¿Era posible que un dios fuera justo y quienes lo servían corruptos?

Sumida en estos pensamientos por los que me merecía la peor de las muertes, me percaté de que Haze llevaba parado delante del templo un largo rato y Nathaniel me esperaba pasmado junto a su lomo.

—¿Qué se supone que haces? —murmuró con cierta diversión.

Negué con la cabeza antes de bajarme con agilidad del caballo; no era momento de compartir mis pensamientos tan oscuros con prácticamente un desconocido.

—¿Dónde están los druvaris que lo protegen? —pregunté, mientras observaba la puerta marmolada.

En el centro habían grabado la que sin duda era la figura del dios Nerón, sujetando con una de sus manos el corazón del reino y, con la otra, su oleaje.

—Querida, aquí no hay druvaris. —Nathaniel apoyó su mano en la silueta del dios, que vibró emitiendo una luz azul incandescente al instante—. Estamos solos.

—Es la figura más importante del reino. Debe haber alguien custodiándolo —respondí, detrás de él.

—Bueno, te recuerdo que soy el guardián supremo, una leyenda hecha hombre y…

—Lo he pillado.

En cuanto terminé la frase, Nathaniel hizo un gesto con la mano que no reconocí y empujó los portones, que se abrieron sin dejar de emitir esa luz que surgió tras su toque.

Así sin más.

Como si dentro no se guardara toda la magia del reino.

—No entiendo por qué no comprueban que estés vigilando adecuadamente el templo —susurré—. Es demasiado fácil para ti traicionar a la corona.

Nathaniel no respondió, tan solo avanzó por el interior sin mirar

atrás. Y, aunque conocía bien la estancia, dudé unos instantes antes de dar el primer paso; estaba sumido en la penumbra.

La última vez que vine era de día y, aun así, había una multitud de antorchas situadas en las paredes de la estancia. ¿A quién en su sano juicio se le ocurriría apagar las antorchas de noche? Justo cuando más se necesitan…

Además, Nathaniel tenía que vigilar este lugar cada noche sin excepción. ¿Siempre lo hacía a oscuras?

Di el primer paso sin estar muy segura de lo que iba a hacer, hasta que vi a Nathaniel salir de la penumbra y acercarse a mí.

—¿Qué haces? Entra, es peligroso que te vean fuera —susurró—. Dentro nadie te va a descubrir. Solo puedo entrar yo.

Dudé de nuevo.

No había ni un solo druvari protegiendo la estancia… de día había decenas y yo, de hecho, jamás lo había visto a él proteger el templo de Nerón.

Dirigí una de mis manos a la daga de mi muslo derecho.

Mierda.

Por eso se lo había pensado tanto a la hora de comunicarme el lugar; estaba pensando cómo mentirme. Tal vez ni siquiera era el guardián supremo, tal vez… Pero matarme supondría romper el pacto de sangre que habíamos hecho; no podía ser tan estúpido de creer que podía esquivar a la muerte.

Nadie engaña a los dioses, ni siquiera yo.

—Nathaniel —murmuré.

Me aseguré de colocar la daga en la mano derecha de forma que se escondiera debajo de la capa.

Maldito traidor.

—Entra, joder. ¿Qué haces? —susurró.

Pero fui tan rápida que cuando me sumí en la oscuridad del

templo, lo hice con la daga sobre su garganta.

—Traidor, hijo de puta —susurré.

Con el brazo izquierdo le sujeté la cabeza, para que al más mínimo movimiento de defensa yo presionara con más fuerza y acabara con toda posibilidad de respirar; con la mano derecha, presionaba mi daga sobre su yugular con tanta precisión que pude sentí cómo tragaba saliva.

—Si querías acercarte a mí, solo tenías que pedírmelo.

—No me vengas con gilipolleces, Nathaniel —susurré, noté su espalda clavarse en mi pecho—. ¿Con quién coño trabajas? ¿Es Morcant?

—No tengo ni idea de quién es ese tal Morcant —respondió. Estaba demasiado tranquilo; cualquiera diría que estaba a un movimiento de acabar con él para siempre.

Pero sabía que no podía matarlo, por eso no estaba nervioso.

El maldito pacto de sangre.

—¿Con quién trabajas entonces? ¿Por qué me has traído aquí? —murmuré—. Y no me vaciles lo más mínimo, Nathaniel. No puedo matarte, pero puedo hacer que desees estar muerto.

—Joder, Erya —exhaló. Mierda, podría asegurar que estaba sonriendo—.¿Por quién me tomas? ¿De verdad crees que te estoy traicionando?

—No lo creo, lo sé.

—Pues tienes que repasar las cosas que sabes seguro en la vida, porque…

—¡Que no me vaciles! —Aumenté la fuerza de mi brazo izquierdo, notaba su cuello agitarse.

—Vale, vale. Perdón —dijo, con la voz distorsionada por la falta de oxígeno—. ¿Por qué piensas que soy un traidor?

—He venido a este templo decenas de veces y siempre está

repleto de druvaris. Justo hoy no hay ni uno —susurré sin mover ni un solo centímetro de la daga que todavía amenazaba con rebanarle el cuello. No iba a arriesgarme a soltarlo—. Además, siempre que he venido está iluminado y señalizado, no convertido en una maldita cripta. —Tragué saliva—. Por no mencionar que jamás te he visto aquí y, si esto alberga de verdad el Ibrax, debería de haberlo hecho. Bueno —continué—, en caso de que de verdad seas el guardián supremo, porque llegados a este punto, la verdad, que no sé quién coño te habrá entrenado para que tengas esa facilidad para luchar y…

—¿Te gusta cómo lucho?

—¿Tú de verdad no eres consciente de que tienes una daga a punto de rajarte la garganta? —dije, él movió su espalda contra mi pecho algo nervioso.

—¿Tienes algo más que decir? —preguntó directamente.

—¿Quieres defenderte? —continué yo de vuelta.

—Por supuesto. Pero me gustaría que fuera sin estar en esta posición, me está empezando a molestar la daga.

—Ni lo sueñes.

—Déjame enseñarte una cosa —murmuró.

Nathaniel alzó la mano a mi derecha… Presioné con más fuerza la daga.

—Joder, joder —murmuró—. Erya.

—No muevas un solo músculo.

—No estoy armado.

—Me da igual. Haz lo que tengas que hacer con las manos pegadas a tu cuerpo.

Como si acabara de recitar un hechizo, las antorchas del templo se prendieron.

Me costó acostumbrarme a la luz, por muy tenue que fuera.

Tanto que, sin pretenderlo, aflojé mi agarre sobre el cuello de Nathaniel y antes de que me pudiera dar cuenta ya se había liberado de mí. Y agarraba mi daga con firmeza.

—Dámela —insistí, mirándole a los ojos.

—No. Intentarás matarme otra vez.

—Tengo tres más. Podría hacerlo en cualquier momento.

Agarré con decisión la daga de mi muslo izquierdo, lista para usarla. Ese cabrón iba a atacarme en cualquier momento.

Sin soltar la daga de su mano derecha, me sostuvo la mirada. ¿Qué iba a hacer?

Nos sumimos en la oscuridad y lo último que vi fue aquel movimiento de manos que hizo al entrar en el templo.

—Apago y enciendo las antorchas con la mano. Mira.

De nuevo, se hizo la luz. Y Nathaniel se había colocado más cerca de mí.

—Ten. —Dio la vuelta a la daga y me tendió el mango.

Yo me había quedado sin habla.

Se suponía que las únicas criaturas capaces de manipular el fuego eran los herederos de la diosa Kaol, ya fueran sus *vinculum*, los inferis, o sus *primoris*, los drakien, criaturas extintas desde hace miles de años.

O, por supuesto, las fénix. Pero yo nunca había aprendido a controlar tanto el fuego de mi corazón como para encender solo unas antorchas.

—¿Cómo has hecho eso? Eres un druvari. Los *vinculum* de la diosa Yara no tenéis la capacidad de manipular el fuego.

—Soy el guardián supremo, además de druvari. Por eso puedo manejar diferentes… variaciones de la magia —comentó, dando un paso atrás una vez cogí mi daga—. Apagué la luz antes de entrar porque lo que viste desde fuera, la bóveda azul celeste… no es más

que un efecto óptico que se produce cuando hay luz dentro. El techo está diseñado para que, si la estancia está iluminada, brille con ese azul tan impactante —continuó—. Además, no hay druvaris porque, por la noche, el templo se protege con algo mucho más fuerte y poderoso que uno de esos guardianes… magia protectora. Para nosotros ha sido sencillo entrar porque estabas conmigo, Erya. —Hizo una pequeña pausa—. Soy la llave del Ibrax y de este templo. Ninguna otra criatura podría entrar jamás aquí si yo no le diera permiso.

No respondí, al menos durante unos instantes.

Eso cuadraba… si me decía la verdad, claro.

—¿Cómo sé que no mientes? —con sutileza coloqué las piernas en posición de combate, por si acaso.

—¿Ves a alguien más aquí?

—Tampoco veo el Ibrax.

—No me has dejado enseñártelo.

Tragué saliva. A lo mejor me había precipitado.

—Además, no te puedo matar… todavía. Hicimos un pacto para batirnos en duelo a muerte después de luchar por esta alianza. Solo si fracasábamos trabajando juntos —continuó—. ¿Me crees tan valiente como para intentar trucar un pacto de sangre?

—Valiente no. Incauto, más bien —murmuré. Ahora que ya me había acostumbrado a la luz, me percaté de cómo el ardor de las antorchas se reflejaba sobre la armadura del guardián de esa forma tan majestuosa.

—Confía en mí.

—Me cuesta.

—Entiendo que todas las personas que conoces te hayan intentado traicionar en algún momento… —murmuró, sin darse cuenta de que acababa de decir algo tan doloroso para mí como

acertado—. Yo no te voy a traicionar. No quiero hacerlo y los dioses tampoco me lo permitirían.

Tragué saliva, luchando contra la tentación de huir por la vergüenza que me daba haberlo acusado de traición sin apenas tener pruebas para ello. Me había dejado llevar por el miedo y la certeza de que me traicionaría.

Como todos los hombres que he conocido.

—Ven. —Me tendió la mano—. Déjame que te enseñe el Ibrax.

Caminé hasta colocarme a su lado. Él cerró el puño al ver que no me agarraba a él.

—Bueno, algo es algo —murmuró—. Ya querrás darme la mano.

—Ni lo sueñes.

22

> Toda magia antigua exige un precio. Cuanto más cerca se está del corazón de un poder sagrado, más profunda es la huella que deja en quienes se atreven a rozarlo.
>
> *Tratado sobre pactos y sacrificio*

Cuando habíamos bajado el quinto tramo de escaleras empecé a preguntarme si el dichoso Ibrax estaría escondido en el inframundo. Entonces, Nathaniel abrió con su brillo iridiscente una puerta secreta junto a una estatua de Nerón, y lo que parecía ser un solo tramo de escaleras hacia la oscuridad se mostró ante nosotros.

Continuamos bajándolas en silencio y casi en la más completa oscuridad; solo nos iluminaba una vela cuya llama hubiera jurado que titilaba al ritmo del latido de mi corazón. Una y otra vez, otro escalón hacia la oscuridad con la supuesta certeza de que en algún momento llegaríamos a nuestro destino.

Y llegamos, pero no de la forma en la que esperaba.

Al final de otro tramo de escaleras, Nathaniel giró a la derecha y se detuvo delante de una puerta de madera de reducido tamaño, en lugar de ante una puerta majestuosa repleta de simbología arcaica y luces llameantes.

—¿Por aquí se accede al Ibrax?

—Espera —susurró.

Coloqué uno de mis pies en el escalón más bajo, para darle espacio a Nathaniel para lo que fuera a hacer. Acerqué por inercia la vela hacia él, que hacía relucir más que nunca su impresionante armadura.

El guardián supremo pegó la frente a la puerta de madera e inhaló y exhaló con fuerza tres veces. Yo hice las respiraciones con él como si eso fuera a ayudarle, alimentándome del poco oxígeno que ese pequeño espacio bajo tierra me brindaba.

Me quedé sin habla.

Alzó ambas manos por encima de su cabeza y las pegó en lo alto de la madera. Su cuerpo cubría casi por completo el ancho de la puerta; hasta ese instante no me había percatado de lo grande que era Nathaniel. Aún tenía la vista clavada en su armadura cuando, entre susurros, escuché una plegaria que nadie más podría pronunciar.

—«Ibrax, corazón consagrado de la llama caída, por la voluntad de Nerón y el pacto de sangre y raíces, deja oír tu pulso y ábrenos tu camino».

Aguanté la respiración, como si no fuera consciente de lo que acababa de escuchar.

Clic.

No fue más que un leve golpe, un sonido apenas perceptible que, sin duda, no estaba a la altura de lo soberbia que era la escena que mis ojos estaban viendo.

De las esquinas de la puerta, brotaron raíces doradas. Rápidas y firmes deslumbraron toda la estancia a su paso, con un brillo que no había visto en nada más antes.

O sí. Sí había visto algo así antes.

En los ojos de Nathaniel.

Las raíces doradas se adhirieron a las esquinas de la diminuta

sala en la que nos encontrábamos y, a su vez, surgieron otras raíces más pequeñas que viajaron por la pared a la misma velocidad. Me aparté por inercia. Me daba miedo tocar una magia así.

Y es que estaba tan centrada en observar el recorrido de esas raíces que ni siquiera me había dado cuenta de que la diminuta puerta de madera que teníamos delante ya no era como la recordaba. En su lugar, había una imponente puerta dorada que ocupaba todo el largo de la habitación.

Parecía bañada en oro.

Dejé la vela, ya innecesaria, en el suelo. La llama seguía latiendo al ritmo de mi corazón, pero no merecía más mi atención. No cuando al otro lado de esa puerta estaba el corazón de mi antecesora y la llave para mi libertad.

Nathaniel, como si estuviera acostumbrado a ese imponente espectáculo de luces, agarró con decisión el pomo de la puerta y lo giró.

—¿Lista?

No.

—Por supuesto —susurré en cambio.

—Vas a tener que darme la mano esta vez, Erya. El Ibrax no deja entrar a nadie más que a mí, y espero que el contacto físico baste para concederte la entrada.

El guardián supremo giró el rostro hacia mí y las ramas de sus ojos brillaban más que nunca; como si al volver a su casa, la magia dentro de él se hubiera activado. Tendió una mano hacia mí, con amabilidad. Y yo se la cogí. Tenía que poder entrar.

Su tacto me sorprendió. Tenía las manos callosas, fruto de años y años de lucha con su espada…, pero sentía esa temperatura imposible de los cadáveres recientes. Su piel era tan fría que prácticamente quemaba.

—Joder. Estás ardiendo —murmuró, agachando su mirada hacia la mano que me había tendido—. Me vas a quemar.

—Estás… —Miré nuestras manos juntas—. Helado.

Un hilo de vapor se alzó desde donde nuestras pieles se tocaban, fino y casi transparente, como si el aire se estuviera derritiendo entre los dos.

—Nuestra magia reacciona así, al parecer —continué—. Como cuando el hielo toca al fuego.

Yo fui creada para acabar con todo… y tú para proteger todo lo que naturalmente debía destruir.

Recordé mis palabras cuando hice el pacto de sangre. Nathaniel y yo teníamos magias gemelas en fuerza, enemigas en todo lo demás.

—Vamos —continuó.

Agarraba mi mano de forma consciente, firme. Tiró de mí con esa misma decisión hacia dentro de la sala y, sin saber por qué, cerré los ojos. Era demasiado; demasiado poder y magia en un mismo lugar.

Era abrumador.

Al otro lado de la puerta, abrí los ojos solo cuando dejé de sentir el tacto de Nathaniel.

—No me lo esperaba así —dije sincera y todavía pestañeando para acostumbrarme a la luz de la estancia.

Ni siquiera sentía que aquello fuera real; parecía una ensoñación imposible, un delirio febril.

Nathaniel caminó de frente con una seguridad pasmosa, demostrándome que era cierto que había estado allí en tantísimas ocasiones. Ninguna criatura en un sano juicio se atrevería a caminar libremente en una habitación con tanta carga mágica como la de aquella.

De hecho, sentía cómo mi corazón respondía latiendo aún más rápido de lo normal.

—¿Qué te imaginabas?

—Me imaginaba un sitio más… —dudé— hostil.

—Hostil —repitió Nathaniel, colocándose de espaldas a mí y con los brazos cruzados hacia la habitación—. Curioso.

Mi cabeza viajó con rapidez hacia todo lo que teníamos que hacer. La misión, la libertad de mis hermanas…, el pacto. Todo pasó como un relámpago fugaz y molesto que amenazaba con hacer que mi ansiedad volviera.

Sin embargo, me permití observar la estancia un minuto más antes de preocuparme por todo lo que se venía.

Un minuto nada más.

El salón circular bañado en oro y mármol blanco estaba coronado por una luz, que debía ser divina, porque estábamos bajo tierra. Y estaba rodeado de las columnas gigantescas decoradas con delicadas filigranas doradas.

Eran impresionantes.

La sala entera parecía un santuario pulido en oro, no el espacio donde se aguardaba el corazón de una diosa corrupta como lo fue Kaol. Incluso los arcos del techo brillaban con ese mismo dorado que reflejaba la luz divina de forma solemne. Me esperaba un templo oscuro, hundido en la oscuridad como el resto de Teryon.

Había asumido que el espacio donde se creaba la magia de este reino era tan oscuro como el corazón que albergaba, pero cuantísimo me equivocaba.

—¿Dónde está el Ibrax? —susurré, consciente de que Nathaniel llevaba un buen rato mirándome.

—¿Ves esa estructura de ahí?

Nathaniel señaló hacia el centro de la sala, donde había un altar

marmóreo con figuras llameantes que ascendían por su estructura.

—¿Eso es?

—¿Qué te esperabas? ¿Un corazón gigante? ¿El suelo lleno de lava?

Tardé un poco en responder porque, a decir verdad, sí que me imaginaba exactamente eso.

—No, a ver, pero…

—Te imaginabas un corazón gigante y luego me tratas de idiota a mí. —Rio Nathaniel, y por poco casi lo imito. —Erya, Erya…

—Las leyendas hablaban de algo más majestuoso, más… no sé. Más temible —reconocí—. ¿Me estás diciendo que cada vez que muero, lo que sea que haya en ese altar genera magia más rápido? —Anduve hacia delante y me topé con el brazo de Nathaniel frenando mi paso.

—Espera. —No movió su brazo aún—. Dentro del altar está el corazón de Kaol, si logramos superar los velos de protección del Ibrax podemos verlo. Pero antes debemos superarlos.

Inspiré hondo al escuchar las tres palabras que estaba comenzando a detestar: «velos de protección».

Otros malditos velos de protección, como los de la biblioteca.

—¿Qué son los velos de protección del Ibrax? —repetí aquella frase como si se tratara de un maleficio que no había tenido el don de aprender—. ¿No hemos entrado y ya?

Nathaniel estalló en carcajadas como si acabara de soltar el chiste más divertido del mundo. Se llevó las manos a la cabeza y se despeinó la melena con naturalidad.

Yo continuaba mirándolo, sin saber qué le resultaba tan divertido.

—Querida, por algo este lugar es lo más mágico del reino —comentó—. ¿Ves ese símbolo horizontal del suelo? ¿Justo ahí? —

Señaló hacia una figura—. Ahí comienza el primer velo. Los velos son hechizos protectores creados por el mismísimo dios Nerón hace cientos de años.

—899 años, entiendo.

El Ibrax se creó cuando yo nací, y teníamos la misma edad.

—Joder, sí que eres mayor —comentó, yo entorné los ojos—. Estos velos estaban destinados para que solo él o la diosa Yara pudieran acceder al Ibrax, pero cuando se realizó el ritual que me convirtió a mí en guardián supremo hace exactamente 292 años…

—Qué crío.

—Voy a ignorar lo que me acabas de decir. —Se cruzó de brazos, divertido—. Cuando me hicieron guardián supremo, la diosa Yara me dio el don de poder acceder a estos velos, pero con una condición; cada vez que cruzara, debía pagar un precio.

—¿Como una especie de castigo?

—Algo así, yo normalmente no cruzo los velos porque para estar aquí pasmado y proteger al Ibrax cuando nadie jamás ha intentado cruzar, puedo ahorrarme el sufrimiento.

Observé con detenimiento la sala una vez más. Parecía imposible que en un lugar tan etéreo se escondieran retos peligrosos.

—¿Y de dónde viene la luz?

—No lo sé, la verdad. —Se encogió de hombros con desgana—. Supongo que es fruto de Nerón también, para que su queridísimo corazón siempre esté iluminado.

El dios se había tomado muchas molestias en cerciorarse de que la sala del Ibrax fuera tan delicada y hermosa como su templo. Además, siendo el lugar con más magia del reino…, ¿cómo era posible que los demás *vinculum* no hubiesen querido entrar antes?

Decidí plantear este dilema en voz alta.

—Otra pregunta…

—Tienes muchas dudas.

—Como para no tenerlas —respondí, ignorando la ironía que emanaba—. En 292 años, ¿algún intruso ha tenido que enfrentarse a estos velos?

—Jamás.

Respondió tajante mientras se dejaba caer en una columna.

—¿Y siempre estás aquí? ¿Esperando a que alguien entre?

—Ajá.

—¿No sales nunca?

—A ver, a ver. —Rio y miró hacia los lados como si alguien nos fuera a escuchar—. Siempre estoy aquí, sí. Tengo una habitación aquí, dentro del Ibrax, donde hago vida y los druvari me bajan la comida hasta la puerta de madera. Espero por si alguien se atreve a entrar hasta aquí, pero ningún ciudadano es lo suficientemente valiente cuando se habla de mí como si fuera una maldita bestia asesina —murmuró—. El Ibrax está escondido dentro del templo y la gente que viene solo quiere venerar a Nerón… nunca entrarían aquí porque no lo encontrarían; no tienen la magia necesaria y porque, aunque la tuvieran, nadie en su sano juicio querría luchar contra mí —concluyó—. Bueno, nadie, salvo una fénix suicida que ha decidido pactar conmigo con sangre un duelo a muerte. Evidentemente, ella no está cuerda, pero eso es un caso aparte.

Por mucho que la última broma de su discurso estuviera cerca de hacerme reír, me quedé pensando en todo lo que me había relatado antes.

Estaba encerrado, como yo.

Cuando se hablaba del guardián supremo siempre era desde una perspectiva mística y solemne; era la figura que todos admiraban, el elegido por los dioses para proteger la magia del reino. Los niños deseaban ser como él y los mayores contaban hazañas,

probablemente ficticias, en las que el guardián acababa con drakiens, nyxtherias… Pero nadie jamás me había contado una historia en la que se dejara ver la monotonía que escondía su vida.

—He cruzado los tres primeros velos alguna vez —continuó, al darse cuenta de que mi única respuesta fue no apartarle la mirada —, pero el último nunca he podido cruzarlo. Es imposible. —Bajó la voz, como si fuera a contarme un secreto—. Pero sospecho que tú podrías ayudarme.

—No hemos investigado nada al respecto.

—¿Te estás echando atrás?

—Jamás —respondí tajante—. Solo digo que tal vez es un poco absurdo, sabiendo todo lo de los velos, arriesgarnos a cruzar sin saber nada. Es una información clave que tal vez podrías haber compartido antes.

—Tal vez. Pero no habría impedido que quisieras bajar, ¿me equivoco?

En absoluto, pensé.

Negué con la cabeza sutilmente y caminé alrededor de la simbología dorada que nos separaba del primer velo. Si Nathaniel no me hubiera avisado, habría ido directa al altar y los velos habrían acabado conmigo.

Pero a la vez me causaba tanta curiosidad…

—¿Cómo se cruza un velo?

—Yo puedo cruzarlos —añadió—. Tú no. Si quisieras cruzar este tramo de filigrana dorada, la protección mágica acabaría contigo. Los velos reconocen un patrón de magia, no personas individuales. Puedo cruzarlos solo porque mi magia lleva la firma de guardián. Creo que, si tú me tocas, tu magia se mezcla con la mía y el velo lee un único flujo mágico, no dos… —Hizo una pequeña pausa—. Como en la puerta.

—Básicamente…, ¿si te doy la mano la magia del velo va a reconocernos como uno solo?

—Exacto. —Asintió—. Bueno, eso creo.

—Eso crees… —repetí, masticando su teoría en mi cabeza.

No conocía hasta qué punto un velo creado por el dios Nerón podía ser cruel; pero había conocido el velo de los copistas, en la biblioteca, y podía llegar a imaginarme el tipo de castigo que caería sobre nosotros.

—Las otras veces que cruzaste… ¿Qué te pasó?

Nathaniel se dio la vuelta y, cruzado de brazos, observó de lejos el altar donde estaba el corazón. Pasaron unos segundos hasta que el guardián me respondió, con los ojos brillantes y una sonrisa muy leve en la boca.

—Que el dolor que sentí fue tan insoportable que no he vuelto a cruzar en estos últimos cien años —reconoció—. No pasó nada como tal, tampoco tuve visiones. Simplemente… un dolor emocional y físico demasiado intenso estuvo a punto de acabar conmigo.

No estaba segura de si quería seguir preguntando para no tener que enfrentarme a las respuestas. Tal vez era mejor idea embarcarme en la misión sin saber lo que me esperaba del todo; ignorar el miedo que apremiaba en mi corazón mientras Nathaniel estiraba los brazos, como si estuviera a punto de iniciar una pelea.

—¿Lista?

Me tendió la mano, con la mirada brillante y fija en la mía, algo asustada.

—Por supuesto.

Había liderado batallas, asesinado necros y aguantado torturas que apostaría que eran infinitamente peores que este castigo.

—A ver qué nos tiene preparado Nerón. —Me agarró la mano con firmeza y caminó un par de pasos hasta el límite con la primera

filigrana dorada.

—Que se prepare él.

Ya no me daba miedo desafiar a los dioses.

23

> Los dioses jamás preguntan quién se aproxima a su poder, sino cuánto peso es capaz de cargar sin quebrarse.
>
> *Crónicas del culto antiguo*

El primer paso fue inseguro, tembloroso.

Miré a mi alrededor en cuanto nuestros pies sobrepasaron la primera filigrana dorada, pero no pasó nada.

Al menos, al principio.

—Pensaba que…

Una intensa luz azul atravesó el límite del primer velo, dibujando su silueta y obligándonos a colocar el segundo pie al otro lado de la filigrana.

Es una luz inofensiva, pensé. No debería preocuparme.

Pero en el preciso instante en el que la luz azul tocó el falso cielo, noté como el aire comenzaba a espesarse. Era una sensación incómoda, casi artificial. Extendí la mano que tenía libre hacia delante como si eso me permitiera palpar el aire que nos estaba asfixiando; pero todo mi ser se centró en lo que tenía delante.

La habitación ya no era como recordaba. Delante de mí el suelo marmolado se extendía decenas de metros, sin llegar a observar el fin. Se hizo más lejano, convirtiendo mis pasos en algo pesado y cansado, como si caminar costara el triple.

Entonces, cuando mi cabeza estaba abrumada por el cambio del entorno y la sensación de asfixia que me acompañaba, la mano de Nathaniel tiró de mí hacia abajo.

Estaba en el suelo, de rodillas y con la cabeza gacha.

Joder, todo su cuerpo temblaba.

Me incliné hacia él, todavía dándole la mano; pero su agarre había cambiado. Ya no me agarraba con firmeza, ahora parecía aferrarse a mí como si yo fuera lo único sólido en la habitación.

El suelo marmóreo eterno.

Las paredes más lejanas que nunca.

Parecía un sueño vívido, no algo que estuviera experimentando en la vida real.

—¿Estás bien? —murmuré, agachándome junto a él—. Joder, Nathaniel…

En cuanto hinqué la rodilla en el suelo y pude verle el rostro, me pude imaginar la tortura que estaba experimentando. Le temblaban los labios, tenía la mirada perdida y su rostro había palidecido dramáticamente.

—Joder, respira.

No sabía qué hacer ni qué decir; no sentía nada más que su dramático agarre y la realidad distorsionada.

—No sé qué hacer —chillé, frustrada.

El guardián no dejaba de temblar e hiperventilar tirado en el suelo, como si toda la grandeza que relucía fuera de esa maldita filigrana dorada hubiera desaparecido. Pero no podía soltarme la mano, supondría mi muerte y me arriesgaba a ser descubierta.

Resucitar ahora en el templo de Kaol sería tremendamente incriminatorio. No podía morir.

Miré hacia los lados en busca de respuestas. El espacio seguía distorsionado, no parecía el mismo templo en el que habíamos

entrado hace unos minutos, pero no vi nada que pudiese servirme de ayuda.

—Camina.

Su voz fue débil y agónica, tanto que hasta que no vi que había levantado su cabeza hacia mí no reconocí el tono de su voz.

—Camina —repitió.

Apreté su mano con más fuerza, como si eso fuera a hacer que se levantara del suelo y continuara a mi lado con normalidad; pero comencé a caminar como me dijo.

Sin rumbo y sin la certeza de que hubiera un final al otro lado de ese suelo blanquecino eterno, tiré del brazo de Nathaniel y comencé a caminar con él a rastras.

Pesaba muchísimo, y aunque él intentara gatear a mi lado para facilitarme el trabajo mover su cuerpo me costaba gritos de fuerza y rabia.

—Vamos, joder.

Nathaniel gritaba, sollozaba. Estaba pasando por algo que yo no podía comprender, aferrado a mi mano entre aspavientos de dolor y tortura.

—Queda menos —exhalé asfixiada.

Agarré con la otra mano el brazo de Nathaniel del que ya tiraba, buscando encontrar más fuerza para avanzar más rápido.

Pero no avanzábamos.

El fondo de la habitación seguía sin aparecer. Era como arrastrar un cuerpo a ciegas, sin saber cuándo iba a terminar la tortura.

—No puedo más —exhaló Nathaniel.

—Sí que puedes, joder —respondí, mientras sacaba todas las fuerzas que me quedaban para arrastrar su cuerpo un poco más y lograr avanzar otros pocos metros.

Era agotador y al mismo tiempo sentía que inútil.

Los músculos de mi espalda protestaban cada vez más, y el agarre de Nathaniel era más flojo. Notaba que se quedaba sin fuerzas para sujetarme y mucho menos para gatear a mi lado.

Estábamos perdidos.

Si descansara al menos unos instantes, si consiguiera recuperar el aliento y tener más fuerza para continuar…

—No. —Nathaniel me miró. Tenía los ojos rojos y la mirada perdida—. Sigue —logró decir.

Pero quería dejarme caer de rodillas, descansar lo suficiente para poder seguir arrastrándole un poquito más y…

El aire chasqueó.

Miles de cristales azules cayeron sobre nosotros.

Era el velo que habíamos cruzado, la magia que estaba hilada a la filigrana dorada.

Me dejé caer al suelo, junto a Nathaniel.

Él no me soltó, pero noté que sus dedos se relajaban. Todo había pasado y escuché cómo sus jadeos se calmaban poco a poco.

—¿Qué coño ha sido eso? —fui capaz de decir.

Podía respirar con normalidad. Esa sensación de asfixia había pasado y supe que para él también, aunque tardara en responderme.

Miré hacia delante de nuevo, esperando encontrarme esa habitación eterna sin final que me desesperaba tanto hace unos instantes. Pero ya no había nada de eso.

Habíamos regresado a la sala. Las columnas estaban en su sitio y la filigrana dorada que habíamos cruzado estaba detrás de nosotros.

—Te dije que el velo era doloroso.

—A mí no me ha dolido, pero debía tirar de ti —respondí, todavía de rodillas y volviendo la vista hacia el suelo.

—Entonces ha funcionado perfecto —exhaló entre risas, pero se quedó en un lamento—. Nerón quiere dejarme claro que el Ibrax no me pertenece, que este espacio es suyo y que a mí solo me dieron la llave de entrada hace cientos de años. Este dolor que he sentido, esta agonía… —murmuró— era para dejarme claro el peso que cargo con este puesto. Cuanto más dolor, más peso sobre mis hombros. Y tú no has sentido nada porque, traiga a quien traiga, quiere dejarme claro que la responsabilidad recae únicamente sobre mí.

—¿Cómo hemos superado el velo?

—No sé si hay una ciencia al respecto… Creo que Nerón siempre está observando y ha considerado que esta vez ya era suficiente —continuó, frotándose los ojos—. Quiere que sea capaz de caminar con todo ese peso sobre mis hombros, que sea capaz de sobrellevarlo sin problema. Por eso, esta vez, tú has tenido que tirar de mí… en lugar de tener que arrastrarme yo solo como me pasó la otra vez.

—¿Gateaste solo?

—Durante horas. Esta vez Nerón ha sido misericordioso.

Era cierto que no me había planteado cuantísimas responsabilidades podía traer un título así, jamás había pensado que un puesto lleno de privilegios podría desencadenar una vida infeliz como la suya.

Nathaniel había gritado, llorado y agonizado ante mis ojos hacía unos segundos. ¿Tanto había pasado? ¿Tanto dolor le había supuesto el haberse sometido a ese ritual?

—Debemos ir a por el segundo velo.

—¿Será igual de doloroso? —musité.

—Depende. No lo sé —comentó, poniéndose de pie a mi lado, sin soltarme la mano todavía humeante por el choque de

temperaturas—. A lo mejor esta vez el segundo velo se manifiesta de otra forma.

Tal vez el segundo velo iba a cargar contra mí y mi magia; pero había aguantado cosas peores de mano de los ondrari. Apreté con fuerza la mano de Nathaniel, a la que ya me había acostumbrado.

—No me sueltes bajo ningún concepto. Si muero y resucito en el templo de Kaol ahora mismo… me delataría —añadí, todavía presionando su mano con fiereza—. Te mataré.

—No pensaba soltarte nunca, a decir verdad.

Su respuesta rezumaba una melancolía a la que no quise prestar atención. No era momento ni creía que nunca lo fuera a ser.

En su lugar, volví a fijar la vista en la filigrana dorada a la que ahora nos tendríamos que enfrentar. Era igual de grande que la anterior y brillaba con el mismo brillo que ya sabía que era aterrador.

Miré a Nathaniel antes de dar un paso al frente. Todavía tenía los ojos algo rojos y volvió a sonreírme como si aquel plan fuera lo más divertido del mundo. Yo asentí, con decisión.

Y dimos un paso al frente.

De nuevo, nada.

Pero esta vez estábamos prevenidos, sabiendo que en cualquier momento algo nos impediría continuar avanzando.

Lo que sentí no vino de fuera. No fue un estruendo, un cambio en la conformación de la sala ni un atacante de cualquier tipo.

Fue algo distinto, algo que hizo que mis piernas temblaran y amenazaran con desplomarse al suelo. Era abrumador, tanto que noté cómo mis dedos presionaban la mano de Nathaniel con fuerza.

Mi corazón comenzaba a sentir cosas horribles.

Noté una angustia distinta a la mía, una culpabilidad por cosas desconocidas que sin duda yo no había hecho. Sentí un cansancio abrumador, una vergüenza que jamás había transitado por mi

cabeza.

Tantas emociones asfixiantes que no me pertenecían, pero que, en ese instante, me estaban carcomiendo por dentro.

La culpa me devoraba y la soledad amenazó con hacerme llorar. Una frustración densa y sofocante me llenó el pecho y provocó que cayera al suelo.

Y me aferré a la mano de Nathaniel con mi vida.

¿Qué había hecho? ¿Por qué me sentía tan sola? ¿Qué me estaba pasando?

Grité hasta arañarme la garganta con ese dolor distinto al que había sentido en estos novecientos años, golpeé el suelo con esa culpabilidad que me carcomía.

—No son tuyos, Erya. —Escuché susurrar a Nathaniel mientras mi cabeza me gritaba—. Son míos. Aguanta.

No podía aguantar. Era demasiado.

—Aguanta. —Nathaniel ya no estaba de pie, se arrodilló a mi lado—. Es difícil, pero pasará.

Yo no sentía todo eso y de ser así lo habría digerido poco a poco, a mi manera… Esas emociones ajenas agolpadas en mi corazón amenazaban con destrozarme.

—Vamos, Erya —susurró Nathaniel de nuevo a mi lado. Mi cerebro comenzaba a dejar de gritarme—. Solo tú sabes lo que sientes en realidad. No dejes que controlen tus emociones. Respira y desenrédalas: sepáralas poco a poco. ¿Es tu miedo o el mío? ¿Tu vergüenza o la mía?

La voz de Nathaniel me rodeó, dejé de discernir sus palabras, solo escuchaba el tono, el ritmo de su voz. Una salmodia suave que me arrullaba y me separaba de lo que estaba sintiendo.

Cristales azules cayeron de nuevo sobre mi cabeza.

Pestañeé como pude, quitándome las lágrimas que ni yo misma

me había dado cuenta de que había derramado. Ahí fui consciente de la situación. Noté cómo los brazos fuertes y calmados de Nathaniel rodeaban mi cuerpo, que hasta hace unos instantes temblaba con fuerza.

—Ya está —traté de decir, pero salió un quejido incómodo—. Ya está —repetí con la voz lo más serena que pude.

Mi primer impulso fue apartar todo contacto físico que tuviera con Nathaniel en ese momento, pero nuestras manos debían seguir enlazadas a toda costa. Aun así, gateé hacia un lado para zafarme de sus brazos y continué mirando a la baldosa marmolada unos instantes.

—Todo lo que he sentido… Son sentimientos que tú transitas… —susurré, sin dar crédito a lo que acababa de vivir.

Índice, mediano, anular, meñique…

Índice, mediano, anular, meñique…

—… ¿verdad? —pregunté, al no escuchar su respuesta.

—Así es.

—Ha sido horrible. ¿Cómo eres capaz de convivir con todo eso en tu cabeza?

Lo miré por primera vez en varios instantes. Continuaba agachado en el suelo, junto a mí, y tenía la vista fija en la mano que todavía nos agarrábamos. Parecía sereno, como si él no hubiera sufrido en absoluto en ese último velo.

—La diferencia es que yo he tenido siglos para aprender a llevar esto encima, a guardarlo en cajones distintos para que no escape. —Seguía mirando nuestras manos—. Si todo eso se abre de golpe en otra persona, la destroza como te ha destrozado a ti.

Eran emociones horribles, de esas con las que podría haberme identificado si hubieran llegado una a una. Pero aquella mezcla, todas juntas y a la vez, era otra cosa. Cada sentimiento pertenecía a

un momento distinto, a unos retos distintos; y todos habían pesado sobre mí a la vez.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

Nathaniel me miró curioso. Una leve sonrisa adornó su mirada casi vacía.

—Creo que es de las primeras veces que me hablas sin parecer enfadada con el mundo —comentó—. Sí, puedes.

—Tengo derecho a estar enfadada con un mundo en el que se me ha tratado mal, Nathaniel —respondí, aflojando mi agarre.

Él alzó los hombros como si no supiera qué decirme y volvió a apretarme la mano. Mientras tanto, yo notaba como una pregunta incómoda se me atascaba en la garganta.

—A ti… —Recordé la emoción que más daño me había hecho en esos momentos previos—. ¿Qué es lo que te hace sentir tanta culpabilidad?

Me miró pensativo, como si ni él mismo supiera que esa era la emoción que predominaba dentro de él. Nathaniel pestañeó despacio, repasando su respuesta.

¿Qué podría hacer sentir culpable a un hombre tan soberbio como él?

—Que sigo aquí gracias a una magia que no tenía por qué ser mía —respondió al fin, con una calma distinta a lo que suelo ver en él—. Que hubo otros que se apagaron para que yo pudiera seguir de pie, sosteniendo un corazón que tampoco entiendo del todo.

—¿Qué poder tenías antes de ser guardián? ¿No destacabas en nada?

Ya sabía que era un druvari por la insignia de su espada y al simple hecho de que el ritual con el que una criatura se convierte en guardián supremo es propio de la diosa Yara. Aun así, me costaba entender qué tenía para haber sido galardonado con un don de ese

calibre.

Y es que, por lo general, los druvaris eran poderosos tras un entrenamiento duro y años de experiencia, pero carecían de virtudes destacables. Todos poseían poderes menores relacionados con la tierra, algunos incluso lograban generar raíces con sus manos sin necesidad de manipular las ya existentes de los árboles, pero ningún poder se acercaba a lo imponente que él resultaba.

—Supongo que elegiste ser un guardián —comenté antes de que me respondiera. Los druvaris custodios no requerían de entrenamiento físico—. ¿O eres un custodio rebelde?

—Soy un guardián, efectivamente —respondió, mirándome a los ojos—. Y no, no destacaba en nada. Era la criatura más corriente y común que te puedas imaginar. —Cambió su mirada hacia la filigrana dorada que nos esperaba—. Pero podemos hablar de esto luego, en La Grieta, ¿no crees?

Negué con la cabeza.

—No creo que sea necesario —me limité a responder, él chascó la lengua—.¿Qué?

—Nada. —Me sonrió y yo aparté la mirada—. Antes de cruzar el último velo, necesitas saber algo.

Por la urgencia que había en sus palabras, se me aceleró el corazón.

—¿Qué pasa?

—El último velo es sencillo, pero muy estricto. Lo apodaron el velo de la verdad —bajó la voz—. Nerón y Yara eran, como intuirás, muy cercanos. Ambos se contaban secretos que solo el otro podría saber, intimidades que nadie más en Teryon podía conocer. Para cruzar este velo, ambos tenían que decirle al otro un secreto que solo el otro dios supiera para cerciorarse de que no era ningún intruso suplantando su identidad. —Miró al frente, hacia el Ibrax,

que cada vez teníamos más cerca—. Yo en cambio tengo que decir un secreto que solo haya dedicado a los dioses, una plegaria que les haya pedido o cualquier cosa que solo haya sido escuchada mediante un rezo.

Noté como se me iba la sangre del cuerpo.

Yo nunca rezaba, ni siquiera a Kaol.

—Y es estricto —continuó—, porque debe ser la verdad más absoluta o, de lo contrario, moriríamos al instante. Entiendo que al ser dos los que pasamos, por mucho que nuestra magia se unifique… deberían ser dos secretos.

Por primera vez, lamenté no haberles pedido nunca nada.

—Algo que hayas dicho solo a los dioses y que solo ellos sepan que lo sientes, Erya —repitió, debía ser que había percibido mi pánico—. Algo habrás dicho a los dioses, ¿verdad?

Hacía tiempo que no sentía tanto miedo.

No por morir, ni mucho menos, iba a resucitar en segundos en el templo de Kaol.

Pero ese era el problema.

No haber rezado nunca iba a hacer que me delataran, que descubrieran que tenía algo entre manos… y ese sería mi verdadero final. Morcant no se andaría con tonterías para castigarme.

—Piensa, joder —murmuré para mis adentros.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Parece que vayas a desmayarte.

Nathaniel se había colocado delante de mí y me miraba enarcando una ceja, curioso. Me conocía lo suficiente a mí misma como para saber que la palidez de mi rostro se acercaría bastante al del mármol del templo.

—Todo bien.

Clavé la mirada en la filigrana dorada que tenía a apenas un metro de distancia. Un mecanismo mágico arcaico no me impediría comprobar con mis propios ojos la magia del Ibrax.

—Vamos —insistí.

Mientras observaba a Nathaniel colocar un pie justo por delante del ornamento pensé en que sí que había rezado a los dioses una sola vez. Había compartido mi deseo más oscuro, lo que más anhelaba en secreto mientras todo el mundo descansaba.

Nathaniel clavó los ojos en mí, aunque yo continuara con la mirada al frente; algo me decía que lo que fuera que él iba a compartir iba a impactarme. Apretó mi mano, avisándome de que íbamos a cruzar el siguiente velo y me sorprendí a mí misma habiéndome acostumbrado a su tacto, ya no sentía esa diferencia de temperatura como algo incómodo o artificial, sino agradable.

Y cruzamos el último velo.

Nada de habitaciones inmensas o emociones imposibles de manejar. En su lugar, el templo lucía exactamente igual, pero en cuanto nos paramos ante la filigrana dorada, una voz grave y profunda habló en mi cabeza.

Di la única verdad. Aquella que solo nosotros conozcamos.

Supe que Nathaniel también había escuchado esa voz por la forma en la que se sobresaltó y estiró sus hombros. Nos buscamos con la mirada, sabiendo a lo que estábamos a punto de enfrentarnos; confesar nuestro mayor secreto delante de un desconocido.

Pero no me tembló la voz cuando, sin previo aviso, dije:

—Solo he rezado una vez en mi vida. No lo dije en voz alta. Ni siquiera Gwenna lo sabe. —Tragué saliva—. Os pedí que me dejarais morir, ser mortal. Que mi vida tuviera un final de verdad, aunque fuera dentro de cien años —bajé la voz por inercia, aunque noté la

mirada de Nathaniel clavarse en mí—. Que no me condenarais a seguir existiendo solo porque les resulto útil.

La emoción de vivir, aunque supiera que iba a tener un fin, eso era lo que más anhelaba.

Disfrutar de lo fugaz, de envejecer… Hubiese dado lo que fuera con poder ver arrugas en mi rostro que representasen lo feliz que había sido. Por notar mi cuerpo más cansado con el paso de los años, sentir nostalgia al recordar las experiencias que había vivido juntos a mis hermanas.

—Te toca —continué, sin mirar a Nathaniel que parecía haberse quedado petrificado—. Vamos.

Carraspeó y se frotó los ojos como si estuviera desperezándose; ya me había percatado de cómo había aflojado su agarre tras haber escuchado mi verdad.

—Yo sí he rezado más de una vez —dijo Nathaniel, bajando la mirada—. Pero hay una plegaria que nunca he confesado. —Tragó saliva—. Les pedí que arrancaran de mí la magia que llevo dentro y que me hace un ser completamente dependiente. Que la devolvieran a los muertos, a donde pertenece.

Nathaniel hizo una pequeña pausa y, de pronto, la habitación pareció llenarse con una energía espesa y pesada. Aun así, abrió los labios y pronunció una frase que me demostró que no éramos tan diferentes:

—Y si tienen que acabar conmigo para que eso ocurra, que así sea.

24

Todo lo creado por los dioses está equilibrado. Incluso ellos.

Códice fragmentado de Yara

Había escuchado cientos de plegarias de teryanos suplicando no morir, envidiando la inmortalidad que yo acarreaba a las espaldas y que tanto sufrimiento conllevaba. Fueron también decenas de veces las que escuché a los ondrari hablar de magias que permitieran obtener una juventud y vida eternas.

Discursos vacíos que a mí me ponían enferma.

Pero Nathaniel miró al frente y, sin titubear, dejó claro que no era la muerte lo que le inquietaba, sino la condena de seguir siendo el engranaje de un ritual que lo mantiene atado al Ibrax. No buscaba dejar de existir; buscaba dejar de ser algo que nunca eligió.

Y eso, en parte, hizo que mi corazón y el suyo se entendieran de una forma que no esperaba. Al fin y al cabo, no éramos tan distintos como yo pensaba.

—Creo que ya está —exhaló de pronto él—. Creo que podemos caminar al siguiente velo.

No parecía estar dispuesto a hacerme ninguna pregunta y yo tampoco pensaba devolvérsela; acabábamos de confesar en voz alta nuestra plegaria más profunda y, por muchas similitudes que hubiera en ellas, no iba a indagar más de la cuenta.

Sin embargo, Nathaniel parecía relajado, como si aquello no tuviera importancia para él. Noté su mirada clavada en mí, mientras yo luchaba por recomponerme y asimilar las plegarias dichas en voz alta.

—¿Estás bien?

—Sí. Queda el cuarto velo.

Respiré hondo, después de notar cómo la mano que continuaba agarrada a él comenzaba a sudar de los nervios; ni el frío de su piel estaba logrando calmarlo.

—Este nunca has logrado superarlo, ¿verdad? —dije, fijándome en la filigrana dorada que tenía delante.

—Así es. —Él continuaba mirándome, pero no me giré para mirarlo de vuelta.

—¿En qué ha consistido en otras ocasiones?

—En nada —confesó bajando la voz—. Ese es el problema: nunca he sabido qué hacer. El velo azul aparece delante de mí y simplemente… me bloquea. No sé si es imposible de cruzar o si me falta algo, pero cuesta creer que una magia creada pueda no tener una forma de ser vencida.

Aquello era cierto: toda magia, por antigua que sea, tiene un contrapeso, una fuerza capaz de oponérsele. Nada creado por los dioses es perfecto ni eterno, pero aquel velo parecía serlo.

¿Acaso el dios Nerón había creado una barrera infranqueable?

—No sé si mi magia es lo suficientemente poderosa para…

—Tu magia es lo suficientemente poderosa para cualquier cosa, Erya. No sé si eres consciente del poder que atesoras y mucho menos de lo sublime que es.

Dijo aquella frase como si llevara tiempo pensándola y decirla en voz alto le hubiera servido para desahogarse. Respiró hondo y, apartando sus ojos de mí, volvió a mirar la filigrana dorada.

—Vamos —dijo y tiró de mi mano con suavidad.

Pisé el detalle dorado con seguridad, cerciorándome de que Nathaniel lo hacía al mismo tiempo. Él me apretó la mano para darme tranquilidad y esperamos a lo que fuera que iba a aparecerse delante de nosotros.

Pero como en todos los anteriores velos, la magia tardó en aparecer.

Segundos de duda en los que solo se escuchaba nuestra respiración agitada y, después, un chasquido tan fuerte como para que ambos nos sobresaltáramos.

El manto azul apareció delante de nosotros.

Era translúcido y se había colocado justo delante del altar en el que se encontraba el corazón de Kaol; lo suficientemente cerca de él como para protegerlo, pero también lejos para que no alcanzáramos a verlo.

Extendí la mano para tocarlo aun suponiendo que iba a frenarme y así fue. Aunque su apariencia era nebulosa, su textura era como la del ladrillo, era inquebrantable. Con más fe que lógica, alcé la mano que tenía aferrada a la de Nathaniel para comprobar si con ambas magias unidas el velo se podría romper.

Pero nada cambió.

—Te lo dije. Es inquebrantable.

Pero toda magia debía tener algo con lo que contratacar.

Levanté la mirada para observarlo mejor.

El velo azulado rodeaba el altar como un anillo perfecto, una frontera suspendida en el aire que seguía exactamente la forma concéntrica del templo. Era como si alguien hubiese trazado un círculo invisible y luego lo hubiera alzado hacia arriba, convirtiéndolo en una pared vertical de luz azulada que ascendía hasta perderse en la bóveda dorada. También descendía hasta el suelo, hundiéndose

en el mármol como si lo atravesara, de forma que no quedaba ni un solo resquicio sin cubrir.

Ni una sola rendija por resquebrajar, ningún espacio por el que poder atravesarlo.

Pero, de pronto, como un latido que se acelera de forma casual, noté un cosquilleo en la punta de los dedos.

Ese cosquilleo fue tan llamativo que, sin pretenderlo, fijé la vista en la parte del velo que tenía justo a la altura de mis ojos, como si supiera que el propio muro me estaba provocando esa sensación tan incómoda.

—¿También lo sientes?

Nathaniel movió los dedos, nervioso, alrededor de mi mano justo después de decir esa frase. El cosquilleo no era algo que solo notara yo.

¿Pero por qué tenía tan claro que un simple picor en la punta de mis dedos era de origen mágico?

—Sí. Es incómodo —murmuré—. Es como si el velo estuviera despertando algo.

Resumí en aquella frase la certeza de que la llama de mi poder parecía estar respondiendo al velo. Era algo instintivo, como un pulso silencioso que se manifestaba con un leve picor en la punta de los dedos; pero algo estaba ocurriendo y nuestros cuerpos estaban reaccionando.

Cerré los ojos para concentrarme e intentar averiguar de dónde provenía esta magia, tal vez si investigaba dentro de mí misma…

Nathaniel apretó con fuerza mi mano y suspiró lentamente.

—Erya. Abre los ojos.

Obedecí, con el latido de mi corazón aún más acelerado y mis dedos tamborileando sobre el dorso de su mano.

—Joder —exhalé.

Tuve que pestañear varias veces para cerciorarme de que lo que estaba viendo no era una alucinación y que de verdad estaba ante mis ojos.

Grabado sobre el velo, como si no fuera una estructura translúcida y nebulosa, leí la siguiente frase:

NO HAY DISTANCIA CON TU PROPIO FUEGO.
KAOL NO ESCUCHA SÚPLICAS, SOLO COMPASIÓN.

—Nunca había aparecido esto —confesó Nathaniel.

La letra aparecía en el velo a la altura de nuestros ojos y parecía estar tallada con el propio fuego, como si el velo azulado de Nerón se hubiera quemado y resquebrajado con esas palabras.

Palabras que no entendía en absoluto.

—No estamos suplicando nada —murmuré—. ¿Nuestro propio fuego? ¿De qué coño me habla?

El templo tembló.

Una advertencia.

—Joder —susurré.

—Creo que lo ideal es que no faltes el respeto a los dioses aquí. Nos están observando —comentó él, también con la vista fija en las letras serpenteantes.

NO HAY DISTANCIA CON TU PROPIO FUEGO.
KAOL NO ESCUCHA SÚPLICAS, SOLO COMPASIÓN.

Volví a leer aquella especie de advertencia que se había dibujado sobre el velo. Cuantos más segundos pasaba observándola, más carecía de sentido.

¿Una maldita adivinanza? ¿Debía descubrir algo?

—Compasión… —susurré—. Compasión es que nos liberen de

este infierno —gruñí, notaba la rabia crecer en mi pecho—. Eso sí que es compasión.

El templo tembló de nuevo. Los dioses escuchaban.

Y nos estaban respondiendo.

—Erya…

—No me dan miedo los dioses, Nathaniel. —Lo miré a los ojos, las ramas que rodeaban su iris brillaban cada vez más—. Hace tiempo que dejé de temerlos.

Era tremendamente injusto.

Hablaban de compasión y enigmas cuando fueron dos de ellos los que nos llevaron a vivir la agonía en la que estábamos inmersos. Era indignante y agotador.

Permanecimos allí varias horas. Intentando resolver el enigma que se nos planteaba, pero era evidente que estábamos perdiendo el tiempo: no teníamos la menor idea de cómo romper ese velo.

Nathaniel incluso había perdido las ganas de hacer más bromas al respecto y, al final, asumimos la derrota y caminamos con la cabeza gacha hasta la puerta interior del templo; hombro con hombro y con nuestras manos todavía entrelazadas al no haber salido de la primera filigrana dorada.

Pero sabía que en breves instantes dejaría de ser necesaria esa unión y me sorprendí a mí misma no encontrándome preparada para ello.

Sus manos heladas habían dejado de enfriarme y solo me aportaban un extraño sosiego que hacía mucho que no sentía; nos habíamos apoyado durante estos velos y la mera idea de soltar su agarre me ponía nerviosa.

Por eso mismo, en cuanto pisé la primera filigrana dorada, solté su mano de golpe.

No por deseo, sino por desconcierto.

Me asusté al encontrarme anhelante de un tacto que hacía unas horas repudiaba, y decidí romperlo en cuanto pude.

Observé como él mantuvo los dedos de su mano suspendidos en el aire mientras se acercaba a la puerta de salida del Ibrax. Después, cerró la mano con suavidad y la dejó caer en el costado.

—Ah —dijo simplemente.

Yo seguí caminando a su lado, ignorando que el soltarle de esa forma no había sido por practicidad, sino por negarme a analizar una reacción corporal absurda. Ni siquiera me giré a mirarlo, asustada por si me encontraba con unos ojos que habían sentido la misma necesidad de un calor que no era el suyo.

Joder, pensé.

—Erya, ¿te puedo hacer una pregunta?

Era ridículo, pero noté cómo el corazón trastabillaba más de la cuenta.

—¿Qué ocurre? —respondí, forzando un desdén que no sentía.

—Si pudieras vivir sabiendo que un día acabarás para siempre… ¿Qué te gustaría hacer? No a la fénix. A ti.

Él no lo sabía, pero acababa de sacudirme por dentro casi con la misma violencia que su tacto.

No tuve el valor de responder, mucho menos de mirarlo a los ojos. Caminamos en silencio hasta el exterior del templo de Nerón, mientras yo repasaba en mi cabeza la pregunta que más me había removido en toda mi vida. No se me ocurría nada, ni siquiera había considerado la posibilidad de que eso fuera a ocurrir porque era un deseo imposible.

Llegamos hasta Haze, nos cercioramos de que nadie nos miraba y subimos al caballo en silencio. Fue arriba cuando Nathaniel habló de nuevo.

—Cuando tengas una respuesta, espero que la compartas

conmigo.

Asentí y golpeé levemente con el talón al caballo para avanzar y…

—Tengo otra pregunta.

Frené en seco.

—¿Te puedo invitar a un Humo Rojo en La Grieta? —Apoyó la cabeza en mi espalda y yo la moví para deshacerme de él—. Vamos, para celebrar nuestra misión fallida. De nuevo.

25

> La llama de una fénix no se agota: lo que se agota es el cuerpo que la contiene. Por eso, toda infusión requiere tiempo, vigilancia y disciplina.
>
> *Códice de Teryon*, vol. 6,
> «De las bestias malditas (Fénix)»

Pocas cosas en la vida me han costado tanta fuerza de voluntad como tener que guardar el secreto de mi misión con mis hermanas.

Había vuelto sigilosa, con la cabeza bailando entre la frustración de la misión fallida y la propuesta de Nathaniel invitándome a una copa.

Propuesta que claramente rechacé.

Fue por eso por lo que, sin haber dormido y teniendo tantas cosas en la cabeza, esquivar las preguntas de mis hermanas que empezaban a despertarse fue una misión difícil. Tenía tanto sueño y me dolía tanto la cabeza que resistirme fue la opción complicada de escoger.

—¿Algún día nos contarás algo?

Morgana se quitaba las legañas de los ojos mientras yo la observaba con envidia. Ojalá hubiera podido dormir un poco, al menos una hora…

—Yo creo que se está viendo con algún hombre en secreto. ¿Es

un ondrari? —La voz de Aria salió en un intento fallido de no sonar ronca—. ¿O un druvari de esos que entrenamos?

—Dime que no es un ondrari, Erya.

—No me estoy viendo con nadie, tranquilidad —exhalé, echándome para atrás en la cama y apoyándome sobre los codos—. No hay nada de lo que preocuparse.

—Si fuera un druvari no te juzgaríamos —continuó Aria—. Mientras no sea un ondrari…

—Esos nos dan asco.

—A mí también —respondí a Morgana—. Podéis estar tranquilas.

No me estaba viendo con ningún hombre. Al menos, no como ellas entendían «verse». El problema que Nathaniel y yo teníamos entre manos era mucho más complicado que un encuentro sexual como el que ellas se imaginaban.

Yo ya había cruzado ese umbral antes; no como un capricho, ni como un romance, sino como se dan ciertos tratos cuando el mundo te exige pagar por respirar. Cuerpo y silencios a cambio de favores y protección. Nunca hubo amor ni había conocido el romanticismo del que se hablaba, pero tampoco lo había buscado.

Me daba igual.

Con Nathaniel, en cambio, no eran los cuerpos los que nos unían. Era todo lo demás. El deseo común de libertad, la mortalidad, acuerdos con dioses que debíamos deshacer. Eso pesaba mucho más que cualquier encuentro y lo convertía en algo mucho más peligroso e inquietante.

Sobre todo, cuando, al final del camino, deberíamos batirnos en un duelo a muerte.

Eso no se me podía olvidar.

—¿Ni siquiera nos puedes dar alguna pista al menos?

Seren intervino, acercándose hacia mi cama entre las demás

literas de la habitación. Ella ya estaba vestida con el uniforme y tenía una mueca de preocupación, a diferencia de las demás. Sus ojeras estaban más pronunciadas que de costumbre y llevaba el cabello recogido en una coleta algo deshecha, como si tuviera demasiadas preocupaciones como para preocuparse por su aspecto.

—No puedo, Seren —respondí, incorporándome para poder mirarla a los ojos—. ¿Lo entiendes?

Asintió con la cabeza y se dio la vuelta.

No lo entendía y no podía culparla por ello. Era lógico, teniendo en cuenta que llevaba días ausente y levantándome sigilosamente por las noches sin dar media explicación.

—¿Hay alguna misión hoy? ¿Algún entrenamiento?

Mi pregunta se quedó en el aire.

Las puertas se abrieron de par en par y Lili entró a paso rápido, junto a Gwenna. Ambas agitadas, aunque la segunda seguía con esa expresión vacía que ellos le habían causado.

—¿Qué pasa? —pregunté, levantándome.

—Tenemos que irnos —dijo Lili en alto—. Vestíos. Ya. —Me buscó con la mirada—. ¿Erya?

—¿Qué ha pasado? —Las palabras salieron de mis labios atropelladamente, preocupada—. ¿Estáis bien?

—Nosotras sí, pero ha pasado algo.

Me levanté rápido para acercarme a ellas, no sin antes girarme hacia mis hermanas:

—Uniformaos y preparaos para bajar a la armería —ordené.

De inmediato, todas se movieron con agilidad hacia los armarios donde estaban nuestras armaduras. La habitación pasó a ser un caos controlado, como siempre que teníamos una misión.

—Infórmame. ¿Qué ha pasado? —pregunté. Gwenna continuaba con la mirada perdida, pero Lili no dejaba de balancearse hacia

delante y atrás con los talones—. ¿Han sido los ondrari?

—Masacre en Imris —espetó Lili, mirándome a los ojos—. No se sabe si hay supervivientes.

El anuncio quedó en el aire y tardé unos instantes en procesar lo que aquello significaba.

—Han venido a buscarte, pero no estabas en la habitación, así que he ido yo en tu lugar —continuó Lili. Gwenna me miraba impasible—. Les dije que saliste a entrenar antes de que amaneciera.

Tantas cosas pasaron por mi cabeza en aquel instante que, por un momento, temí desmayarme. La coartada que me había dado Lili no iba a servirme en absoluto, pero por ahora no me castigarían.

No cuando una misión tan grave apremiaba.

—¿De cuántos muertos hablamos? —continué, mientras repasaba mentalmente la última vez que estuve en Imris—. ¿Cuántos necros?

—Cientos de víctimas que necesitan ser infusionadas de nuevo. —Escuché cómo le temblaba la voz—. El número de necros no se ha estimado todavía. Pero ha acabado con un pueblo entero de Imris, Erya. Deben de ser decenas.

Mierda.

La mayoría de las misiones que nos encomendaban nacían de la avaricia ondrari, pero algo como aquello… Niños, víctimas inocentes, el miedo a perder tu propia magia. Los necros eran bestias desalmadas que anhelaban la magia y todo *vinculum* estaba en peligro si había alguno cerca.

Solo en esos momentos me alegraba servir en la Primera Guardia de Teryon: para poder acabar con ellos.

—Nos esperan en la armería para salir —anunció Lili, mientras yo me disponía a alcanzar mi uniforme.

Armería. Mierda. Nathaniel.

Tras rechazar su interesante oferta de beber junto a él en La Grieta, nos citamos en dos noches en la armería para continuar con nuestra misión encubierta. Pero en dos noches seguiría de camino a Imris. No había forma de avisarle y, si aparecía en la armería cuando yo no estaba, le descubrirían.

Pero ahora no tenía tiempo para pensarlo.

—¿Estáis listas? —pregunté cuando ya había logrado abrocharme la parte trasera de la casaca.

Varios sonoros síes respondieron al unísono.

—¿Todo en orden?

Seren se colocó a mi derecha mientras comenzábamos nuestro recorrido hacia la armería, custodiadas por dos ondrari a los lados.

—Tranquila, Seren. Estoy perfectamente.

—Lo sé. Pero me preocupa que… —Bajó la voz, aunque nuestras armaduras chocaban y hacían ruido metálico no quería arriesgarse a que nadie nos descubriera—. Que todo lo que estés tramando tenga consecuencias. ¿Te estás viendo con el hombre que me contaste?

Barajé durante unos segundos qué responder.

—No podemos hablarlo ahora.

No me vi con fuerzas de mentirle y, cuando llegamos a la armería, confiaba en que ambas pudiéramos centrarnos en la misión sin importar la conversación pendiente.

—¿Dónde está el general al mando que nos acompañará? —pregunté a un ondrari debilucho que se encontraba de pie junto a la armería.

—Están fuera con los caballos. Guiarán vuestro camino hacia Imris.

Mientras Morcant no venga con nosotras…

Aquel espacio convertido en un desorden metódico se fundió en

un silencio casi sepulcral, tan solo aliviado por nuestras respiraciones nerviosas. Lo notaba en la mirada de cada una de mis hermanas; ya no éramos nosotras, éramos las fénix. Y notaba como esa necesidad de matar a los necros crecía en mi pecho cada vez más.

—¿¿¿Todas listas??? —pregunté en alto, mientras observaba a Gwenna y me cercioraba de que se había armado correctamente.

No nos veía de verdad, pero sí que parecía mirarnos de vez en cuando. Y aunque supiera que su parte instintiva seguía ahí, me preocupaba que ese lado de su cerebro se desconectara y fuera peligroso para ella.

Mis cuatro dagas en su sitio y, como siempre, respiré hondo.

Pero sola no. Nunca lo hacía sola.

Apoyándonos las unas en las otras, en una especie de círculo mal formado, dedicamos unos segundos de nuestra existencia a respirar y recordar por qué hacíamos lo que hacíamos.

Obligación, sí. Pero, dentro de todas las obligaciones, salvar a unas vidas inocentes de aquellas bestias era lo más honorable que podíamos hacer.

Por eso, cuando abrí los ojos, noté el cambio al instante: la mente en blanco, el cuerpo listo. Cuando había una misión, no había espacio para mí.

Solo para la parte que sabía con exactitud cómo hacer que los necros no volvieran a tocar la magia de nadie.

—¡Vamos!

Qué asco.

Reaccioné al ver a Sevrin Kord subido encima de un caballo, equipado con una armadura y con esa sonrisa deleznable. Y es que cuando creía que no había nadie en el mundo al que detestara más que a Morcant, me sorprendía a mí misma sintiendo un odio profundo por aquel hombre.

Famoso en la corte tanto por su fortuna extraoficial como por su lengua afilada con tendencia a la humillación. Habían sido varias las veces que nos había insultado o ridiculizado en público y, sin duda, era uno de los nombres que pensaba matar cuando tuviera la oportunidad.

—¡Vamos, inútiles! —exclamó, disimulando una sonrisa—. Partimos ya a Imris.

Si no parábamos mucho, en unos siete u ocho días llegaríamos a Valderan, el pueblo de Imris que había sido afectado. No me importaba cabalgar tanto tiempo con tal de llegar a tiempo para rescatar a las víctimas de los necros, pero no dejaba de preguntarme por qué nos habían avisado tan tarde.

¿O es que la masacre había sido tan rápida que no habían tenido tiempo? ¿Tan pronto se quedaron sin supervivientes?

Infusionar a las víctimas ocho días después del ataque reducía mucho la probabilidad de salvarlas. Inyectar parte de nuestra magia para que ellas pudieran volver a la vida requería inmediatez.

Algo que, esta vez, no iba a poder ser.

Los primeros días de viaje, Ignath se iba viendo cada vez más pequeño a nuestras espaldas mientras nos aventurábamos en Rhyen de camino a Valderan. Se encontraba algo alejado de la frontera del anillo externo y situado entre las montañas de Imris, por lo que el viaje duraría al menos una semana.

Las calzadas se convirtieron en caminos, los caminos en senderos marcados por ruedas antiguas y herraduras recientes. La Venta de los Dos Robles fue el albergue de Imris que nos alojó la primera noche, con olor a leña pegado en el pelo y murmullos de viajeros que se dirigían a donde solo los dioses sabían, curiosos. A la mañana siguiente, el mundo fue otra vez lo mismo: campos abiertos, cielos sorprendentemente despejados y la sensación de que en

cualquier momento nos informarían de que habían acabado con todos los pueblos de alrededor.

Fue a partir del Puente de Ceniza cuando el ambiente se tornó en algo más oscuro y lóbrego, cuando el río helado bajaba sinuoso por debajo de esa madera que tembló al ser pisada por nuestros caballos. Montes elevados, pinos y robles que bañaban prados inmensos y un viento helado que ya no era el de las llanuras.

Cuanto más ascendíamos y las horas pasaban, más se percibía el notable cansancio de Haze. Nos faltaba, al menos, la mitad de los días y ni siquiera Valderan se asomaba todavía entre las sombras de la montaña.

Los últimos días, el paisaje se estrechó aún más. Pliegues verdes, prados más recogidos y bosques aún más espesos. No fue hasta el Collado del Silencio cuando fuimos conscientes de que estábamos cerca de Valderan.

—Sois tan poco divertidas… —se quejaba Sevrin al quinto día—. Este es el viaje más largo de mi vida.

Al séptimo día, mientras descendimos el valle en el que toda palabra parecía sobrar, el aire dejó de oler a limpio y a hojas húmedas, y las laderas de las montañas se erigieron como si guardaran un secreto.

El fuego.

El miedo.

Podía olerlo.

Las columnas de humo y el terror que se respiraba en la montaña advertían de que ya estábamos frente a Valderan. Exhaustas y con apenas horas de sueño a las espadas, decidí olvidar todo lo que había viajado por mi mente esos días de misión y centrarme en ser la bestia que ellos habían creado.

—Sevrin —pronuncié en voz alta.

El joven ondrari de pelo largo y negro se giró desde su caballo, colocado justo delante de mí en el sendero. Estábamos a unos doscientos metros del pueblo y no se escuchaba un mísero susurro.

—¿Tienes algo más que contarnos? —pregunté.

Los últimos días habían consistido en luchar con el sueño y sobrepensar acerca de la misión que estaba llevando a cabo con Nathaniel, pero, también, en intentar que Sevrin nos contara algo de la masacre que había sufrido Valderan.

No sabíamos la cantidad real de muertos por daño físico o muertos por ausencia de magia, tampoco sabíamos dónde había sido el último avistamiento de un necros ni si seguían por las montañas. Por no hablar de la ausencia de un mapa real del pueblo; no teníamos ni idea de rutas seguras o rápidas, diferentes accesos además del que habíamos tomado nosotras, puntos de refugio…

—Necesitamos saber qué buscamos —añadió Lili. Llevaba días callada, pero la rabia crecía en su interior—. Muertos o gente a la que salvar. Y cómo no, cuántos necros debemos matar.

—¿Os lo tenemos que dar todo masticado?

Esa había sido la única respuesta de aquel cerdo que, cómo no, a pocos metros de llegar al pueblo nos repitió.

Apreté los puños y miré al cielo encapotado y triste.

—¿Se sabe si ha habido gente que haya huido? —pregunté de nuevo, sabía que nos habían comunicado que no había supervivientes, pero por cerciorarme.

—Madre mía. —Sevrin se giró de vuelta hacia el pueblo—. Id. Yo os espero aquí hasta que hayáis acabado.

Respiré hondo para no asfixiarlo con mis propias manos y cambiar de misión principal. Los inocentes, las víctimas, esa debía ser mi prioridad.

Dejando atrás al joven cobarde y a nuestros caballos,

comenzamos a caminar por el sendero hacia el pueblo.

A primera vista, no veíamos a ningún necros revolotear por la zona. El atardecer dorado bañaba las montañas y cubría a Valderan con una oscuridad bajo la que sería difícil actuar.

Me detuve unos instantes para observar el entorno y decidir qué era lo que íbamos a hacer exactamente. En una zona así… no podía haber margen de error.

—Escuchad —murmuré.

Todas se detuvieron, yo hice un gesto para que me rodearan. Me miraban serias, dispuestas a obedecer las órdenes.

—No tenemos ninguna información contrastada, así que aquí va a haber cosas que debamos asumir —comencé—. Asumiremos que quedan necros a los que eliminar y que, si no los vemos nosotras, no significa que ellos no nos están viendo. Recordad que son sigilosos y se esconden en las sombras. Por lo tanto, armas fuera desde ya. —Escuché el repique del metal al instante—. Ojos arriba a los tejados, a los templos…, no es un pueblo grande, pero apuesto a que tendrá campanario. Estad atentas a todas esas zonas. —Tragué saliva y dirigí una mirada rápida a Gwenna, parecía estar entendiéndome—. Ya lo sabéis, pero buscad señales recientes: humo, agua corriendo, huellas…

—Lo de siempre —murmuró Aria.

—Reconoceremos primero el perímetro y luego nos iremos moviendo al centro. Formación abierta de cinco en cinco, en dos grupos. Siguiendo este orden… —Las miré de una en una—: Seren y Morgana, iréis en vanguardia conmigo, en retaguardia iréis Gwenna y Kaelis. —Ellas asintieron, comprobé que Gwenna entendía su orden—. Lili tu liderarás el segundo escuadrón junto a Dwua en vanguardia, Aria tu irás detrás y te comunicarás conmigo, ¿de acuerdo? Las demás no alcéis la voz. Yvainne y Branneth iréis en

retaguardia cubriendo a ese equipo.

—Entendido —comentó Lili.

—Nuestra prioridad absoluta es evacuar a los supervivientes, encontrar alguna zona de cobijo y protegerlos allí —informé—. Debemos ser rápidas, pero eficaces, podemos estar hablando de cientos de muertos. Además, importante: si alguna dona magia lo hace de uno en uno y se asegura de que el resto del escuadrón la cubre. —Todas asintieron—. Que no nos debiliten a todas de golpe. ¿Entendido?

—Sí. —Fueron varias las que asintieron.

—Si las personas que necesitan magia llevan aquí abandonadas días… no podemos esperar a tener a todo el pueblo a cubierto. A quien no necesite magia, se le llevará a una zona de protección y quien la necesite, se le dará de inmediato.

—¿No tenemos fijado dónde será el cobijo verdad?

—No —reconocí a Seren—. No conocemos el terreno. Vamos a ciegas, chicas.

—¿Esta gente lleva abandonada días?

La pregunta de Lili resonó en el aire unos segundos. Si la masacre había sido tan rápida… ¿Por qué el mensaje olía a viejo?

—Eso parece. Los druvaris se retiraron a nuestra llamada. Llevan días sin asistencia de ningún tipo.

Siempre era así. Frente a los necros, los druvaris se retiraban y esperaban a que llegáramos. Por eso, las zonas más lejanas de la capital eran las que mayor peligro corrían; no teníamos forma de transportarnos más rápido que a caballo y sus guardianes no se arriesgaban a perder su magia frente a los necros.

Éramos la única salvación de esta gente.

—¿Todo entendido? ¿Alguna duda?

El silencio que hubo por respuesta me dio a entender que todo

parecía estar más o menos claro, al menos, por ahora.

—La vanguardia lee el camino, el centro sostiene al grupo y la retaguardia evita que el camino te muerda por la espalda —concluí —. Vamos.

Las montañas ya habían escondido a Valderan en la penumbra absoluta, mientras caminábamos en posición y con los ojos bien atentos a cualquier movimiento.

Agudicé mis sentidos para dar la primera orden.

Con un par de gestos con la mano derecha, indiqué a Aria y, por ende, a su escuadrón, que se adentraran en el pueblo rodeando las casas de la izquierda; nosotras iríamos por la derecha.

Pasos silenciosos y mirada en los tejados; pero todo continuaba sumido en un silencio antinatural que era peor que cualquier grito de terror. Ya teníamos la primera casa a apenas unos metros de distancia y podía jurar que el aire se volvió más frío a medida que iba avanzando, como si la montaña contuviera el aliento.

Seren alzó la mano.

La señal para que nos detuviéramos.

Agudicé la vista e indiqué con otro gesto a Gwenna y Kaelis que se detuvieran detrás de mí.

Joder. Había alguien.

—Calma —murmuré a Morgana que tenía la intención de acelerar para socorrer a quien fuera que estuviera en la calle.

Pero estaba muy quieto. Demasiado.

Estaba sentado sobre el poyete de una casa de madera, miraba al frente y juraría que…

Joder.

—Es un niño —susurré—. Vamos.

A paso rápido nos adentramos en el pueblo, dejándonos inundar por el hedor a hierro y humo que poco a poco se iba haciendo

insoportable. Sabía que la vanguardia revisaba los tejados mientras nos movíamos, pero mis ojos se habían clavado en aquella figura diminuta que cada vez teníamos más cerca.

Las otras cuatro mujeres de mi escuadrón se situaron en torno a mí; no hacía falta hablar para que nos entendiéramos; había que infundir magia con urgencia a ese niño si es que la necesitaba.

Y no nos equivocábamos.

Mis ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad y pude distinguir a la perfección el color grisáceo de su cuerpo. Pequeño, sentado con los pies colgando del tablón de madera y la mirada hacia el cielo.

Pero respiraba.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté entre susurros.

No respondía.

—Pequeño… —Lo toqué con ambas manos y, joder, estaba helado. Sus delicadas facciones tenían una expresión de miedo arrolladora y continuaba sin reaccionar.

—Date prisa. —Escuché murmurar detrás de mí a Seren, preocupada—. Algo no va bien.

El pueblo continuaba extrañamente callado y parecía no haber nadie más aparte del niño; pero conocía lo suficientemente bien a los necros como para saber que eso significaba que nos estaban observando.

Habrían olido nuestra magia.

Agarré con toda la delicadeza que pude la cara del niño y la coloqué con el cuello recto, hacia el frente.

Sus ojos en blanco. La piel grisácea y la boca medio abierta ahogando un grito… Pero el pecho subía y bajaba lentamente. Le habían arrancado la magia, pero seguía con vida.

—Voy a infundirle magia, cubridme —susurré, intentando

mantener la mente fría mirando los ojos del niño—. ¿Alguna idea de dónde podemos llevarlo mientras seguimos buscando por el pueblo?

—Me parece ver un granero, allí. —Me giré a seguir la voz de Morgana, de pie detrás de mí con la vista al frente, vigilando—. Parece que tiene una sola entrada y está cerca.

Asentí una vez.

—Kaelis, te lo llevas en cuanto termine. Gwenna contigo. —Las dos se movieron sin discutir—. Seren y Morgana: conmigo. Voy a avisar a Aria.

Cerré el puño y apreté hasta que la llama de mi magia se reunió en mi pecho como un latido ajeno. No había tiempo para palabras: solo intención. Empujé el mensaje por la red invisible que nos unía.

Granero. Supervivientes. Ya.

Sentí, a lo lejos, un pulso de vuelta. Recibido.

Y entonces me agaché frente al niño, porque después de eso mi magia ya no me pertenecería entera.

—A lo mejor te duele un poco —murmuré, recolocando con cuidado mis dos manos en el rostro del pequeño.

Fiereza y concentración.

Condensé toda mi magia en mis manos, cediendo parte de mi chispa a este pequeño que la necesitaba para vivir. Si cerraba fuerte los ojos y visualizaba la llama de mi pecho como algo real y no etéreo… fluiría más rápido.

Y así fue.

Con unos sesenta latidos bastarían, máximo un minuto de cesión de magia.

Mis manos comenzaron a arder; pero sabía que ese calor no molestaba, era algo placentero para quien estaba desesperado. La llama fluyó por mis dedos hacia el rostro congelado del niño que, poco a poco, perdió el tono grisáceo hasta convertirse en un blanco

más saludable.

Con el corazón taladrándome el pecho y los ojos cada vez más pesados, me concentré más aún para ser rápida y que no me debilitara demasiado. Comenzaba a tener la visión borrosa y a notar ese vacío justo detrás del esternón.

Supe que ya había llegado al minuto cuando escuché a mi hermana Seren detrás de mí:

—Erya, cuidado. Te necesitamos en pie.

Lo decía con tanto cariño y preocupación como podía esperar de ella: era el corazón y soporte de todas nosotras, la que mantenía la humanidad incluso en misiones así.

Y tenía razón, pero aquel niño necesitaba mucha magia y la mía se recuperaría al instante, a diferencia de la suya.

Este era otro de los privilegios de mi especie: nuestra magia era ilimitada, como si no dependiéramos en absoluto del Ibrax ni de su flujo, a diferencia del resto de *vinculum* del reino.

Ilimitada, pero pagábamos un precio físico, por supuesto.

Sin embargo, los necros le habían quitado tanta magia de su propio cuerpo a todas esas personas que se habían vuelto completamente inútiles, la necesitaban para caminar, incluso. Ni siquiera tenían la suficiente como para alimentarse de las fuentes de magia que tenían cerca.

Notaba salir la magia de dentro de mí como si tiraran de un hilo y, a medida que se cumplían los dos minutos, empezó a dolerme el pecho y a temblarme los dedos. Me costaría un rato recuperarme de aquello.

Aparté las manos del niño cuando comprobé que sus ojos me veían de verdad. Estaba asustado.

—Hemos venido a salvaros, cariño —murmuré—. Vete con mis hermanas, ellas te protegerán.

Con los ojos muy abiertos, el pequeño dejó caer una lágrima por su mejilla y asintió. Estaba demasiado asustado y confundido para hablar.

—Gwenna, Kaelis, cubrid el granero. Atentas a mis pulsos de magia, me comunicaré con vosotros más adelante. Kaelis. —Ella me miró a los ojos y yo bajé un poco la voz—. Cuida de Gwenna, por favor.

Me partía el alma ver cómo obedecía sin sentir ni padecer, como si solo quedara dentro de ella la bestia que en realidad todas éramos.

—Dalo por sentado.

Kaelis agarró de la mano al niño que continuaba con la boca en forma de puchero y Gwenna los cubrió mientras se dirigían al granero y los perdíamos de vista.

—Hay que seguir. —Me levanté, aunque me temblaron las rodillas al hacerlo—. Triángulo, chicas. Solo quedamos tres.

Obedecieron al instante y pegaron sus espaldas a la mía, formando un triángulo que nos permitiría avanzar sin perder ni un solo detalle de lo que nos rodeaba.

Morgana revisaba los tejados. Seren miraba hacia atrás, fijándose en el camino que dejábamos a nuestras espaldas. Y yo mantenía la vista al frente, decidiendo por dónde avanzar y cómo movernos. Pero seguía sin notar nada. Hasta que Morgana levantó dos dedos.

Arriba.

Bastó con ese gesto y el suspiro premonitorio de mi hermana para saber que debíamos abrir posiciones y prepararnos para hacer lo que mejor se nos daba. Matar.

La teja crujió. Una sombra se despegó del tejado y voló hacia nosotras con las fauces abiertas… y ninguna gritó.

La primera daga de Morgana obligó a que la bestia cambiara su rumbo y, con un chillido agudo, nos rodeó. Seren lanzó otra de sus dagas con un movimiento rápido, forzándolo a girar de nuevo y que su dirección fuera perpendicular a mí.

Yo entré en el hueco que dejaron y lo rematé sin permitirle un sonido.

La bestia cayó inerte una vez mi daga la atravesó. Pero no me relajé y corrí a extraerle el arma.

Los necros se movían en grupos, los demás no andarían lejos.

—¿Bien? —susurré.

Noté el pulso de magia de una de mis hermanas del otro escuadrón.

Aria.

Ataque. ¿Vivas?

Canalicé el poder de mi pecho para transmitirle mi magia a través de la red que me conectaba con mis hermanas.

Sí. Tranquila.

—Hay más cerca. Seguro —añadió Morgana—. Qué bien, ¿no?

Miré a los ojos de mi hermana, pese a su habitual humor afilado, tenía una mirada de preocupación que supe que encontraría en todas. Aquel pueblo era muy raro, parecía estar muerto en vida.

Entonces, desde una casa, se oyó un golpe débil.

Uno. Dos.

Las tres nos giramos al unísono, siguiendo los tímidos golpes. Con paso rápido y sin pensárnoslo mucho, nos acercamos a la casa. Indiqué a ambas con un movimiento con los dedos que me cubrieran las espaldas, al tiempo que yo subía al porche color ceniza.

Todo había ardido. Estaba prácticamente derruida.

Abrimos la puerta despacio, con la daga en la mano derecha cubriéndome…, y el olor a encierro nos golpeó.

—Joder —susurré.

Había gente dentro.

Gris. Viva.

Mirándonos como si ya no supieran cómo pedir ayuda.

Algunos por el suelo, arrastrándose hasta la puerta… otros tantos con mejor aspecto, pero resguardados en las esquinas de la habitación con terror en la mirada. Jóvenes, ancianos… Druvaris, inferis…

Ciudadanos de Teryon de todas las especies a los que se les había arrebatado la magia.

—Ayudadnos.

Una mujer de mediana edad con la piel tan gris como el cielo de Teryon me miraba con los ojos muy abiertos, tirada en el suelo. Ambas manos hacia delante y la boca medio abierta, como si pronunciar aquella palabra le hubiera costado su último aliento.

—¿Sois las fénix? ¿Venís a salvarnos?

Había, a su lado, una niña pequeña con la piel en un color más saludable; no le habrían quitado mucha magia, había tenido suerte.

—Hemos venido a salvaros —murmuré, sin dejar de pasear la mirada por el resto de las personas de la habitación, al menos unos cincuenta—. Intentaremos daros toda la magia que podamos.

No debería haber dicho aquella frase porque, en cuanto terminé de hablar, mi cerebro hizo el cálculo. Aquello no era una sala con meros supervivientes, era el refugio del pueblo. Una caja llena de pieles color grisáceo y los ojos en blanco.

Cincuenta. Quizá más.

Demasiadas bocas abiertas en silencio. Demasiados cuerpos a los que sustentar de magia y solo tres fénix.

Si les cedíamos la magia que necesitaban ellos, nosotras no tendríamos tiempo para recuperarnos… moriríamos.

—Erya… —susurró Morgana a mi izquierda.

No era una simple llamada. Era una advertencia.

Me giré apenas lo suficiente para ver su mandíbula tensa, la daga firme y los ojos fijos en la ventana de la izquierda. Seren, a su lado, apuntaba su daga en la misma dirección.

Entonces, ocurrió.

Un estruendo seco, de madera rompiéndose y piedra rodando por la calle. Después otro. Instantes después, otro estallido nos sobresaltó. El silencio de afuera se había corrompido, pero no con gritos humanos, sino con el sonido húmedo y ensordecedor que provocaban los necros cuando salían a cazar.

Corrí hacia la ventana y aparté lo justo de la cortina chamuscada.

La calle bañada en la oscuridad estaba repleta de figuras oscuras que arrasaban todo a su paso.

Vi a Aria retroceder con la daga en alto, girando sobre sí misma para no darles la espalda. A Lili clavarse en medio de dos necros como una estaca, fría, perfecta, demasiado tranquila para alguien rodeada. Y vi, también, lo que lo cambió todo: no eran uno ni dos.

Eran muchos.

—No… —Se me quedó la palabra atragantada.

Una horda inmensa arrasaba un pueblo entero solo para obtener magia.

Los mataría a todos.

—Órdenes, Erya. —El susurro de Morgana sonó a aviso.

Me permití cinco segundos para pensar. Lo máximo que podía permitirme en una situación así en la que la muerte era inminente.

Toda esta gente estaba esperando ser atendida, mientras mis hermanas sufrían fuera.

—Órdenes —insistió Seren.

Noté la presión de mis hermanas. La de los supervivientes que me miraban con desesperación… La de Nathaniel, que no estaba aquí, pero esperaría de mí una orden precisa.

Bajé la barbilla, la mano en la empuñadura.

Cuando alcé la mirada, ya no era cansancio lo que me recorría el cuerpo: era determinación.

—Escuchadme bien. —Mi voz salió baja, pero cortó el aire como acero.

Primero señalé a Seren.

—Seren: triaje. Ahora. —Alcé dos dedos—. Los que puedan caminar, al fondo, pegados a la pared. Los que no, contra la izquierda. Silencio absoluto. —Miré a los supervivientes, y me forcé a bajar la voz para no asustarlos—. Si alguien grita, nos matan a todos.

Seren asintió sin perder un segundo. Ya estaba moviéndose, ya se estaba organizando, ya estaba siendo el ancla de aquellos cuerpos vacíos.

Miré a Morgana.

—Morgana: puerta y ventanas. Barricada rápida. —Hice un gesto seco hacia las tablas quemadas—. Intenta proteger este refugio el máximo tiempo posible.

Morgana se colocó sin responder, daga firme, ojos en el exterior.

Volví a los supervivientes, dejando que me vieran la cara. Que supieran que no estaba dudando.

—Los que tengáis fuerzas en las manos: moved muebles. Pegadlos a la puerta. —Mi mirada atravesó la sala—. Los que podáis sostener a alguien: sostenedlo. Si no podéis hacer nada porque os han quitado demasiada magia… respirad sin ruido. Enseguida os daremos magia.

Tragué saliva. Una sola decisión y el pueblo entero pagaría el

precio.

—No voy a infundir magia aquí dentro salvo a los que estén muriéndose ya. —Mi voz se endureció—. Si os doy chispa a todos, los necros vendrán como si olieran sangre y nosotras perderemos la fuerza para luchar.

La niña pequeña me sonrió.

Un estruendo más fuerte sacudió la calle. El sonido húmedo. El de la caza.

Me volví hacia la ventana otra vez. Aria y Lili aún estaban afuera.

—Morgana —dije, sin apartar la vista del exterior—, dadles magia a los que Seren catalogue como más graves, en cuanto yo salga, tú mandas aquí si Seren está ocupada. No discutas.

—Erya… —intentó Seren, arrastrando el cuerpo gris de un hombre. Pero la corté con una mirada.

—No veo a las demás y Aria y Lili no se van a quedar solas.

Apreté el puño una sola vez, como si ese gesto pudiera ordenar el caos.

—Voy a salir —repetí—. Pero debéis estar atentas. Cuando grite «extracción», todos los que puedan moverse salen en fila y corren al granero sin mirar atrás. Seren los guía. Morgana cubre. —Mi voz bajó aún más—. Y si no grito…, esta puerta no se va a abrir. ¿Entendido?

Silencio.

Las dos entendieron lo que significaba.

Me acerqué al marco quemado, apoyé la palma un segundo en la madera y, despacio, la abrí.

El aire estaba helado y las figuras de la calle parecían animales hambrientos y desesperados por comer. Cabezas desorganizadas que se giraron hacia mí tan pronto como percibieron el pulso de una magia tan fuerte cerca.

No vi a Aria ni a Lili. No vi a nadie.

Saqué dos dagas y caminé despacio hacia las bestias, que gritaron al verme. Una tras otra, levantaron las cabezas desacompasadas, otras tantas se quedaron quietas o se movían a ciegas guiadas por ese impulso instintivo.

Veía hambre en sus miradas. Necesidad.

Respiré hondo, eran muchos. Demasiados, diría yo… y más sin mis hermanas.

Me alejé de la puerta para guiar a las bestias a otro lado que no fuera el de los supervivientes; y ellas gruñían hacia mí. En cualquier momento correrían a por mí y sería demasiado tarde.

Piernas abiertas. Dagas en posición.

Los necros abrían sus fauces al olerme, se retorcían como animales desesperados ante mi presencia. Yo no me moví, me limité a analizar el número de necros y cuántas posibilidades tenía de sobrevivir.

Uno de ellos dio un paso, demasiado cerca. Otros se movieron a su ritmo.

Entonces, el silencio se rompió como aquel sonido húmedo de caza.

—Extrac…

La orden se me partió en la lengua cuando una sombra saltó desde el tejado y el resto respondió, como si mi pecho hubiese encendido una señal.

Me tiraron al suelo. Sentí uñas, olía a sangre.

Y entonces apareció el brillo: una espada de mango dorado atravesó la oscuridad como un rayo, decapitando al necros que me aplastaba. El cuerpo se deshizo en una sacudida convulsa y el aire se llenó de ceniza.

La espada volvió a alzarse… y con ella, una figura.

Esa forma de moverse la conocía muy bien.

26

Ceder magia es encender una antorcha en mitad de la noche: salva a quien tiembla y guía a quien caza.

Manual de campo druvari:
Sobre necros y hambre

—¿Te has quedado embobada mirándome?

Tantas emociones pasaron por mi mente en ese momento que me quedé sin palabras.

Me incorporé rápido mientras alcanzaba la daga que había dañado en vano al necros y corrí a colocarme en posición de nuevo. Pasé al lado del cuerpo del necros muerto… y de Nathaniel, que me miraba con la ceja enarcada.

—Un gracias estaría bien.

Luché por no apuntarle con el arma y preguntarle en qué estaba pensando al venir hasta Imris. Obviamente habrían notado su ausencia y eso supondría que nos investigaran y nos descubrieran. Desde luego, este acto heroico de aparecer en un pueblo a ocho días de viaje no había hecho más que jodernos la misión…

—Ya hablaremos —me limité a decir, mordiéndome el labio y esquivando a una bestia que corría hacia mí—. Ya que estás aquí… cubre la casa. —Miré al guardián un instante.

No debía plantearme qué hacia allí más de la cuenta, porque

tanta distracción terminaría en mi muerte.

Mente fría.

Corrí hacia un grupo de necros que permanecía retraído junto a una casa, retorciéndose presos del hambre que les controlaba. Sin pensármelo más, corté sus cuerpos sin dejar de comprobar que mi retaguardia estaba cubierta.

Y lo estaba.

El mango dorado de la espada brillaba de un lado a otro mientras Nathaniel me cubría matando a los necros que corrían a por mí.

—¡Cubre la casa! —insistí—. ¡Hay supervivientes!

Había cinco necros muertos delante de mí y escuché un gruñido detrás. Uno de ellos, algo más grande de lo normal, salió disparado hacia mí dejando un reguero de un líquido negro a sus espaldas.

—¡Que cubras la casa, joder! —Volví a gritar, al ver que Nathaniel se colocaba a mi lado y apuntaba con su espada a esa bestia—. ¡Es una orden!

—Te sorprendería saber que, aunque te respeto profundamente, no sigo tus órdenes, Erya.

Lancé una de mis dagas al pecho de la bestia, que logró evitarla. Me agaché para esquivar su garra, justo en el momento en el que Nathaniel le propinó otro corte.

Pero no fue suficiente.

Alcancé la tercera daga que ya había guardado en su vaina y giré para apuñalarlo. Cayó al suelo muerto.

—En esta misión mando yo. —Bajé la voz mientras sacaba la daga y el necros se deshilachaba en el suelo—. Mi escuadrón es el único que está sosteniendo a este pueblo y son mis hermanas las que están protegiendo más de cincuenta vidas. Si no vas a acatar mis órdenes, estorbas… Y, en el campo de batalla, lo que estorba se

trata como amenaza.

Pasaron segundos hasta que alzó la voz.

—Perfecto. —Inhaló, y la palabra le salió más áspera de lo normal.

Observé cómo se giraba hacia la casa en unos segundos que se me hicieron demasiado largos. Luego volvió a mirarme y busqué un brillo en su mirada que no encontré.

—Pero… no te demores. —Terminó por decir.

Y se giró a la casa, como si obedecer le costara más de lo que quería admitir.

Yo sujeté mis dagas con fuerza y aparté la mirada de aquel hombre. Apenas habíamos acabado con cinco necros y…

—¡Mierda!

Rodé por el suelo cuando una bestia cayó desde el tejado y amenazó con rebanarme el cuello con sus garras. Clavé mi daga con la mano derecha para impulsarme de nuevo y utilicé la otra daga para rajarle el cuello.

El olor a hierro y a humo aumentaba a medida que los cuerpos de las bestias se derretían en el suelo, dejando manchas negras allá donde pisaban.

Escuché tejas cayendo desde arriba. Respiré hondo antes de saltar y convertir una matanza en una coreografía; no me quedaba otra opción para sobrevivir. El números de muertos aumentaba mientras yo corría por aquel espacio usando mi don de letalidad como mayor arma: veloz y firme, sin dudar.

Un necros más pequeño, pero más rápido que al que acababa de liquidar, voló hacia mí, dejándome avistar sus huesudas alas antes de acabar con él también.

Poco a poco iba limpiando la zona, quería asegurarme de que todo estuviera lo más despejado posible cuando diera la orden. Pero

vendrían más, podía sentir la ausencia de magia a mi alrededor, como una sombra acechante.

—¡Detrás!

Escuché el grito de Nathaniel justo a tiempo para girar a mi izquierda y saltar hacia la bestia que amenazaba con acabar conmigo. Su magia quemada apestaba y aquel aliento putrefacto me estremeció al tiempo que quité la daga de su cuerpo.

Se volvían locos ante nuestra presencia, detectaban la ingente cantidad de magia que latía en nuestro corazón. Si tan solo tuviera un instante para avisar a mis hermanas de que seguía con vida y cerciorarme de que el otro escuadrón también…

Pero no había tiempo.

Me quité sangre negra de los ojos y revisé los tejados. Parecía haber acabado con la horda que rodeaba la casa.

—¡Extracción! —grité.

Dos segundos después, la puerta de madera chamuscada de la casa se abrió despacio. Nathaniel se echó a un lado y por unos segundos me fijé en él; le costaba respirar y le empuñadura de la espada temblaba mientras él trataba de controlar el movimiento.

Parecía nervioso.

—¡Extracción! —repetí, nadie salía de detrás de la puerta chamuscada.

Dos rostros pálidos y lánguidos se asomaron. Seren y Morgana me miraron a los ojos con expresión cansada, abatida.

Habían dado demasiada magia.

—No deis absolutamente nada más en lo que queda de misión, ¿entendido? ¿Cómo están?

—Vivos, que es suficiente —respondió Seren, a duras penas.

Nathaniel se había pegado a la pared, en el porche; su camisa negra se ocultaba en la oscuridad.

—Cúbrelas. —Lo miré, dándole la orden. Él asintió—. Que lleguen todos sanos y salvos al granero. Voy a buscar a las demás.

Seren y Morgana me miraron dudosas al escucharme hablar hacia la oscuridad, pero no dejaron de caminar hacia delante. Entonces, el guardián salió de entre las sombras y mis hermanas descubrieron al nuevo compañero provisional del escuadrón.

—Ay, madre —susurró Morgana, su piel oscura había palidecido —. ¿Este es el hombre con el que…?

—¿Qué hace aquí? —preguntó Seren, mirándolo como si acabara de ver a un fantasma—. ¿Es él?

—Veo que hablas mucho de mí con tus hermanas.

—Cállate —respondí—. Hazme caso, por favor. Y chicas… —Las miré—. Yo tampoco sé qué hace aquí, pero vamos a usarlo a nuestro favor.

Ellas asintieron.

—Sigo aquí. —Alzó las manos, saludándonos—. Creo que se os ha olvidado.

—Cúbrelas —dije en cambio.

Seren salió, daga en mano, junto a los primeros supervivientes.

Caminaban y tenían mejor aspecto. Respiré tranquila.

—¿Queda gente dentro?

—Hay varios que no pueden andar. Tendremos que sacarlos en brazos —comentó Morgana desde dentro de la casa.

—Yo me encargo de eso —añadió Nathaniel.

—Bien. Voy a por las demás —asentí—. Nos reuniremos en el granero en un rato.

Antes de dirigirme hacia donde fuera que mi instinto me indicara que estaba el resto de mis hermanas, limpié mis dagas. Respiré hondo y empecé a correr, dejando atrás a los demás.

Con un trote ligero, recorrí las calles anchas y oscuras de

Valderan. El silencio era antinatural, como si el aire tuviera miedo a las bestias que acechaban en la oscuridad. El silencio después de la catástrofe.

Pasé la mirada por los tejados vencidos, revisé las marcas de garras en la madera de algunas casas, pero ni un alma parecía habitar allí. Cuando atravesé una plaza con la estatua del dios Nerón en medio, majestuosa, me topé con unas casas de techos más bajos y maderas más endebles, como si no hubiera vivido nadie allí en mucho tiempo. Rodeé las estancias con la esperanza de encontrar alguna pista, pero todo seguía siendo igual de estremecedor.

Antorchas apagadas y clavadas en el suelo como cruces, sábanas con manchas negras colgadas como banderas rendidas, nada más que la viva imagen de un pueblo que había sido destripado.

Y no podía localizar a las otras siete hermanas que no encontraba.

No podía gritar, porque me escucharían.

Lanzar un pulso de magia era demasiado peligroso, lo detectarían.

Pero ¿qué más podía hacer?

—Joder… —Me apoyé en lo que parecía ser un pequeño templo bañado en la oscuridad y con un torreón parcialmente derruido—. Joder… —repetí, llevándome las manos a la cabeza.

¿Y si habían muerto todas? ¿Cómo despertarían tras aquello?

Mi vista se detuvo en una muñeca de trapo deshilachada en medio de la vía. En una cuchara tirada junto a un cuenco volcado, en un zapato pequeño al lado de un poste desatornillado.

El pueblo parecía una oración interrumpida. Todo a medio hacer, como si el desastre hubiera llegado en mitad de la cena.

Necesitaba a mis hermanas. Sin ellas no podríamos sustentar de magia a toda esta gente y ya habían pasado varias horas desde que

llegamos.

El pulso de magia tal vez me condenaría, pero debía arriesgarme a entregarlo.

Volví a observar las sombras que me rodeaban; en lo alto de los tejados, en el campanario del templo y en el interior de los hogares que tenía delante. Podría haber un necros ahí reprimiendo su deseo de matarme para arrebatarme la magia y yo estaba a punto de despertarlo emitiendo este latido.

—Aria… —Concentré mi magia en el pecho mientras susurraba su nombre. Noté un ligero hormigueo en los dedos—. Aria… —repetí.

La magia salió por aquella red invisible como un latido débil pero lo suficientemente firme como para que me sintiera.

Ubicación. ¿Vivas?

Esperaba que aquel latido fuera suficiente y que lo hubiera recibido, así que agarré la daga con firmeza y la desenvainé de nuevo. Los necros lo habrían sentido también.

Escuché la madera de una teja balancearse, rompiendo el silencio fúnebre de Valderan.

—Aria, joder… —susurré.

No sentía nada. Ningún latido de vuelta.

Si seguía viva debería haberme respondido ya, era su rol en la misión. No podía arriesgarme a emitir otro pulso.

Un leve gruñido me sobresaltó entre las sombras. Arriba, en el campanario.

—Por los dioses… —murmuré, esta vez con ambas dagas en la mano. Me pegué todo lo que pude a la pared del templo.

Estaba sola y aquellas malditas bestias iban a aprovecharlo, estaba condenada.

Hasta que sentí un leve latido a través de la red.

Lejano, como el susurro de un corazón que apenas podía latir, pero lo suficientemente mágico como para hacérmelo sentir.

Vivas. Río. Supervivientes.

El mensaje de Aria llegó tan débil como confuso. ¿Qué se suponía que significaba eso?

Al menos estaban vivas. Pero ¿habían encontrado supervivientes en un río? ¿Ellas estaban en el río con más necros?

No tenía ni idea de dónde estaba aquel río, pero estaban vivas y con eso debería bastarme. Pero que no estuviéramos reunidas derivaba en que probablemente nosotras tres fuéramos insuficientes para devolver la magia a tanta gente.

Necesitábamos refuerzos. Druvaris que nos ayudaran a controlar la zona, todo esto se nos estaba yendo de las manos.

Algo gruñó encima de mi cabeza. Más cerca, más hambriento.

—Lo que me faltaba —murmuré.

Revisé mis opciones de huida antes de salir de mi escondite. Hacia la derecha creía llegar a la plaza y podría volver a la casa de los supervivientes y al granero.

Si el pueblo aguantaba la respiración como hasta entonces, podría gestionarlo. Conté mentalmente:

Uno…

Dos…

Tres.

Entonces, salí corriendo con los pulmones ardiendo y la sensación de que el suelo se tragaba mis pasos.

El gruñido de la bestia detrás de mí me hizo acelerar.

—¡Mierda! —grité.

Bastó con un instante para divisar a los cuatro necros que se arrastraban hacia mi pulso mágico, destruyendo todo a su paso. Chocaban entre ellos para alcanzarme primero, moviéndose como si

algo invisible los tirara del pecho.

Y a mí solo me quedaba correr.

—Joder, joder… —murmuré, mientras saltaba un carro volcado y lo usaba un instante para resguardarme.

De nada sirvió, los necros me alcanzaron de nuevo.

Postes quemados, madera crujiendo bajo mis botas, la persecución no era más que un desfile desesperado por obtener mi magia y acabar conmigo.

Giré esquinas, recorrí casas y más casas, mientras no dejaba de correr ya fatigada y observaba como las bestias no se cansaban. Por ahora era más rápida que ellos, pero no tardaría en cansarme y ellos en agruparse más aún; quién sabe cuántos más quedarían en el pueblo.

No podía seguir huyendo.

Giré en seco y observé a las seis o siete bestias que corrían hacia mí, hambrientas y descoordinadas. Eché a correr un par de pasos para separarlas del camino en el que me encontraba y, cuando las tenía entre dos casas derruidas que estrechaban la calle, frené de golpe.

La primera daga salió directa al pecho del que venía delante y lo obligó a desviarse del rumbo; el segundo se estampó contra él y ahí gané el hueco. Me agaché para esquivar una garra, clavé la hoja y la saqué sin detenerme.

Otro intentó rodearme, pero la pared le cortó el ángulo, así que giré sobre mí misma, le hundí la daga y lo dejé caer. Letal.

Retrocedí otra vez, respirando fuerte, para conseguir que los demás se lanzaran en fila. Cuando el tercero dio el salto, lo recibí con un corte rápido y seco; al cuarto le atravesé la garganta y al quinto lo rematé antes de que pudiera girarse. El último dudó un segundo, como si su instinto le gritara que aquello era mala idea,

pero el hambre pudo más: corrió hacia mí y lo tumbé igual. Cuando terminó, solo quedaban cuerpos deshaciéndose en el suelo y yo respiraba con violencia.

Aun así, no podía parar.

Era una victoria que duraría poco si me quedaba ahí quieta y esperaba a que llegaran los demás. Solo me permití quitarme la sangre de los ojos antes de seguir corriendo.

Recorrí varias calles más sin mirar atrás ni revisar un solo tejado. Si venía un necros hacia mí, que intentaba alcanzarme, era prioritario ponerme a cubierto.

Juro que cuando vi aquella puerta de metal casi me derrumbo.

Me froté los ojos para quitarme más sangre de los necros de encima y corrí por aquel descampado para llegar al granero.

Ya quedaba poco, ya…

—¡Erya!

Frené en seco y seguí la voz de Lili con la mirada.

No puede ser real.

Allá, donde el camino se abría hacia el río y la ladera se hundía entre pinos, vi a mis hermanas aparecer como flechas: las sombras corrían a toda velocidad, el barro salpicaba bajo las botas, tenían el cabello pegado a la cara y la respiración convertida en un jadeo desesperado. Y detrás de ellas… una horda de necros.

No eran dos ni diez. Era un bloque oscuro que bajaba por la pendiente chocando entre sí, cayendo y levantándose sin dejar de avanzar, guiados por la misma hambre ciega. El sonido grotesco de la caza se tragó el valle.

—¡Voy! —rugí, echando el cuerpo hacia delante, lista para correr hacia ellas.

Debía ayudarlas. Moriríamos juntas, al menos.

—¡No! —La voz de Aria me atravesó desde lejos, rota—. ¡Huye!

No podía huir.

Corrí hacia delante.

—¡Erya! —gritó Aria, sin frenar ni un segundo—. ¡Vete de aquí! ¡Huye!

Todo me daba vueltas, pero no tenía tiempo para el mareo: estaban a punto de alcanzarnos.

Bajaban corriendo por la ladera del mismo costado, un poco apartadas de la senda por la que habíamos llegado, como si hubieran entrado al valle por otra boca cercana. Aun así, el granero se veía a simple vista desde allí, recortado en mitad de la penumbra, y ellas venían directas hacia él. Se me clavó una idea helada en la nuca, Sevrin también debía estar oyéndolo. Estaría cerca. Escuchándonos.

Pero las bestias solo venían a por nosotras.

—¡Vete de aquí, joder! —exclamó Lili.

Ya estaban cerca.

Se me rompió algo por dentro, pero obedecí. Corrí hacia la puerta del granero con las piernas ardiendo y la garganta llena de ceniza.

—¡Venid aquí! ¡Al granero! —les grité, rezando porque me escucharan.

Cuando estuve lo bastante cerca para que me escucharan los de dentro, grité con todo el aire que me quedaba:

—¡¡¡Nathaniel!!! —Mi voz rebotó contra la madera—. ¡¡¡Abre!!! ¡¡¡Ahora!!!

Durante un segundo no pasó nada.

Luego el cerrojo se movió.

La puerta se abrió lo justo.

Y mis hermanas estaban a punto de llegar…

27

> El primoris sobrevive sin magia. El vinculum aprende a hacerlo con migajas. El necro, en cambio, no puede permitirse desperdiciar su alimento.
>
> *Compendio de entidades del Ibrax*, vol. 2, «Clasificación de dependencias» (Archivo de Ignath)

Caí de rodillas en cuanto me adentré en el granero.

Las demás cayeron a mi espalda, golpeándose con todo lo que tenían delante una vez consiguieron alcanzar el interior y Nathaniel cerró detrás de nosotras. Pegué la frente al suelo por un instante, como si no me creyera que lo hubiéramos logrado.

Golpes fuera.

El granero se tambaleaba ligeramente.

—¿Estamos todas? —pregunté, colocando la mano en mi pecho, como si eso fuera a calmar el latido de mi corazón.

—Sí —respondió Dwua.

Un nuevo temblor en el granero.

—Saben que estamos dentro —susurré, antes de levantarme y comprobar que todas lo habíamos logrado—. No tardarán en intentar tirarlo abajo.

Nathaniel tenía la espalda apoyada contra la puerta que acababa

de cerrar y respiraba fatigado, más de lo normal. Me fijé en los surcos que formaban sus ojeras, en el tono violáceo de sus labios.

Tenía mal aspecto, en comparación a otras veces. Esta misión parecía haberle jugado una mala pasada.

—Gracias. —Miré hacia el guardián, dándome cuenta de que él también había estado mirándome todo este tiempo—. ¿Informe? ¿Cómo van los supervivientes? Hay que empezar a tomar decisiones… —Eché un vistazo hacia las decenas de personas que, calladas, nos observaban ya con mejor aspecto—. ¿Dónde está Seren?

—Aquí.

Seren estaba agachada junto a un hombre de mediana edad, con sus manos en el rostro. Ella tenía muy mal aspecto, me había desobedecido.

—Joder, Seren —murmuré, echando mi cuerpo hacia delante para frenarla—. Te dije que no…

—Con todo el respeto del mundo. —La mano de Lili me frenó—. Creo que antes de continuar, deberíamos saber quién es el nuevo miembro de nuestro escuadrón.

—Es el…

—Soy un druvari que se negó a abandonar a este pueblo antes de que vinierais vosotras. —Me interrumpió Nathaniel.

Lo miré extrañada y, a juzgar por la forma en la que parecía suplicarme que no revelara su verdadera identidad, entendía que no era buena idea informar de que el guardián supremo estaba a ocho días de viaje de la capital luchando hombro con hombro con las fénix.

Y tenía razón. Pero no quería mentirles a ellas.

—Así es —respondí al fin, fallando a mis principios—. Es el hombre del que os hablé.

Sentí la mirada de Seren desde el otro lado de la sala. Sabía quién era en realidad, al igual que Morgana.

Pero había demasiados supervivientes, demasiadas personas que podrían dar un chivatazo y no podíamos arriesgarnos a revelar su verdadera identidad.

—Os pido que confiéis —continué, adelantándome a lo que esas miradas de sospecha parecían expresar. Todas estaban de pie, dudosas—. Ya os explicaré más adelante. Es de confianza.

—Así es —continuó Nathaniel.

Lili se giró a observarle, como si unas palabras de afecto no bastaran para que depositara su confianza en un hombre y no las juzgaba. Yo no había sido capaz hasta hacía muy poco tiempo y seguía sin tenerlas todas.

—Confiad en mí. No será un problema. —Asentí a Lili, ella me devolvió el gesto.

—Obedece a la jefa. —Lili se limpió la negrura del pómulo con el dorso de la mano—. Hoy ya he tenido suficiente porquería pegada a la cara.

—Dalo por sentado —dijo él—. Me gustaría seguir respirando.

Lo soltó con ese humor suyo, pero con un respeto hacia mí y mis hermanas que no le había visto antes. Aquí no era él quien daba las órdenes. Y por un segundo pensé en lo fácil que sería matarlo dándole una orden equivocada, si no fuera por el pacto de sangre, claro.

Aun así, cuando agachó la cabeza, algo en mi pecho se aflojó. Aquí, al menos, podía confiar en que no iba a desafiarme.

—Bueno. —Me aparté de la entrada y decidí ignorar los golpes del exterior, al menos un instante—. Informadme. Vosotras primero. —Señalé con la cabeza al escuadrón de Aria.

Ellas se apartaron de la puerta también, fue ahí cuando me fijé

en el estado de todas; bañadas en lo que parecía una mezcla de agua y sangre negra.

—Cuando nos adentramos en el pueblo, nos dimos cuenta de que una horda de necros venía desde la ladera de la montaña. No los vimos aparecer, no sé de dónde salían… —Tragó saliva—. Pero eran demasiados y venían hacia el pueblo. Había que tomar decisiones rápidas y lo que se me ocurrió fue conducirlos hacia las afueras y enfrentarnos a ellos en el río.

—Si les llevábamos lo suficientemente lejos de Valderan, podríamos acabar con ellos y, sobre todo, ganar tiempo para que sacarais a los supervivientes —explicó Lili.

—Eran muchísimos, joder… —Yvainne, que era quien había dedicado más tiempo a estudiar a los necros, se llevó las manos a la cabeza—. Hasta ahora, las hordas que habíamos visto no eran tan numerosas, estamos hablando de veinte o treinta necros, mínimo.

—Habrían acabado con los supervivientes que traíais. —Dwua se miró las manos—. Y no habríamos podido salvarlos a tiempo.

—Está bien —respondí. Me parecía una buena decisión—. ¿Y qué pasó?

Aria y Lili se miraron, frunciendo la boca.

—Aparecían más y más, todo el tiempo. Era como si surgieran de la nada, ni siquiera los veíamos venir… Aparecían sin más. Y de repente nos encontrábamos luchando contra unos cincuenta necros en un territorio desconocido. Huimos porque nos vimos sobrepasadas, no dejaban de aparecer, aunque los matáramos. Era un bucle infinito.

Se hizo el silencio en el granero.

Pude sentir la mirada de mis hermanas, de Nathaniel, de los supervivientes. Esperando a que dijera algo al respecto, que les diera respuestas que yo tampoco tenía.

—No sé de dónde salieron —terminé por decir—. Pero me alegro de que estéis vivas. Hicisteis bien.

Aria sostuvo mi mirada, tensa, como si la aprobación fuera lo único que la mantenía en pie. Así que crucé el espacio que nos separaba y le apoyé la mano en el hombro, firme. La negrura de la sangre se me quedó pegada en la palma.

—Me diste tiempo —dije, bajito, para que solo ella lo oyera—. Y eso aquí vale más que cualquier victoria.

Su pecho pareció recordar cómo se respiraba. En ese mismo instante, un golpe más fuerte hizo temblar la puerta del granero.

—Continuemos. —Me forcé a tranquilizarme e ignorar la urgencia inminente que nos amenazaba—. Kaelis, Gwenna… ¿Vosotras?

—Llevamos al niño sin problemas, no tuvimos incidentes —respondió Kaelis. Gwenna, a su lado, me miraba con esos ojos marrones vacíos—. Fuimos abriendo el granero a quienes ibais llegando.

—Perfecto. ¿Seren? ¿Morgana? ¿Nathaniel?

—El camino fue sencillo, Nathaniel llevó en brazos a todos los que no podían caminar. Se hizo varios viajes —comentó Seren, yo miré al guardián y le lancé una mirada de aprobación—. No teníamos pensado hacerlo, pero…

—Infundimos de magia a unos cuantos más —confesó Morgana.

Pasé la mirada por los supervivientes. La mayoría callados, otros hablando con susurros entre ellos. Tenían mejor aspecto.

Pero no me preocupaban ellos. Me preocupaba la forma en la que a Morgana le temblaban los dedos, su respiración laboriosa y el aspecto violáceo de sus labios resecos. Cómo mantenía los hombros rígidos y la media sonrisa para que nadie se diera cuenta de que estaba a punto de venirse abajo.

—¿Cuántos? —Intenté que mi voz sonara neutra.

Morgana apretó los labios.

—Los suficientes.

Otro golpe contra el granero. Nadie se movió, pero todos escuchamos la madera crujir.

Me acerqué aún más a Morgana sin apartar la vista de sus ojos.

—Morgana… —Apoyé la mano en su hombro—. Lo has hecho por ellos, lo sé. Pero no vuelvas a vaciarte así.

Ella frunció el ceño, defensiva.

—Si podía ganar tiempo teniendo más gente que pudiera caminar…

—Lo sé —interrumpí—. Pero esa no es la cuestión. —Le tomé la muñeca un instante, tenía el pulso más débil—. La cuestión es que tú eres un recurso finito. Y yo no pienso perderte cuando a esta gente todavía puedo defenderlos con mi espada.

Morgana tragó saliva.

—No quería que murieran.

—Yo tampoco —respondí, negando la cabeza—. Todas hemos venido aquí a salvarlos, pero si caes tú, caerán más después. Te necesito fuerte y lista en todo momento. —Aparté la mano de su muñeca y me eché hacia atrás—. Si alguien va a infundir que sea bajo mi mando, ¿de acuerdo?

Todas asintieron y Morgana me devolvió una sonrisa. Ellas me entendían.

Sin embargo, bastó un instante para percatarme de que los supervivientes no me miraban con la misma amabilidad. Muchos murmuraban con la vista clavada en mí, como si acabaran de descubrir quién era la verdadera amenaza en el pueblo. Otros ni siquiera disimulaban: me sostenían la mirada con un reproche mudo, incapaces de comprender que, a veces, sobrevivir exigía decisiones frías.

Dirigí la vista hacia Nathaniel, que me miraba como si acabara de percatarse de quién era yo y de cuál era mi rol entre las fénix. A juzgar por su mirada y la media sonrisa, parecía tan sorprendido como… ¿complacido?

—Bien. —Debía seguir—. ¿Cuántas personas quedan por infusionar?

—Al menos la mitad —respondió Seren—. Primero atendimos a los niños. Ellos están ya bien.

Recorrí todo el granero a paso rápido para observarlos, ellos continuaban mirándome como si yo fuera la enemiga, pero no me importaba. La gratitud era innecesaria, con que sobrevivieran me bastaba.

Cerré los ojos un instante, dándoles la espalda.

Tenía demasiadas cosas en mente.

Debíamos infundir a al menos a veinticinco, sino treinta personas para que pudieran sustentarse e ir a las fuentes de magia una vez nos fuéramos. Pero de nada serviría salvarlos si el terreno de fuera del granero era tan hostil, había que acabar con los necros.

Aria había comentado que los necros no dejaban de aparecer, tal vez nos vendría bien dedicar un tiempo de la misión a tratar de averiguar su origen. Probablemente habría un nido cerca.

Y Nathaniel. Debíamos impedir a toda costa que Sevrin le viera o al menos que reconociera cuál era su cargo. Por suerte, el muy idiota del guardián no se había traído su uniforme.

Cerré los ojos un instante.

Índice, mediano, anular, meñique…

—Escuchad.

Las vigas se tambalearon por otro golpe, que vino acompañado de unos chillidos guturales que me erizaron la piel.

Joder.

—¡Vamos a morir! —gritó una mujer anciana. Tenía buen aspecto—. ¡Vamos a morir!

—Calmaos. Aquí nadie va a morir —respondió Seren—. Erya…

Me buscó con la mirada sabiendo que la situación cada vez era más crítica.

Pero yo ya tenía un plan.

—Lo haremos así. —Alcé la voz y di la espalda a los supervivientes—. Tenemos tres prioridades absolutas: infundir magia a las personas restantes, matar a las bestias de fuera y… —Señalé con el dedo a Nathaniel, que abrió los ojos, sorprendido—. Evitar que Sevrin le descubra. No preguntéis, confiad.

Asintieron, pero Nathaniel se echó hacia delante y caminó dos pasos hacia mí, nervioso.

—Dwua, te quedas al mando del triaje y estabilizarás con tu magia a los más graves. Sabemos que tú eres la que más aguanta y voy a necesitarlo. —Ella asintió, caminó hacia los supervivientes con decisión—. Aria, Kaelis, también estaréis infundiendo dentro. Hacedlo por partes, no os vaciéis de golpe bajo ningún concepto, a lo mejor os necesito fuera para luchar.

—De acuerdo. —Aria tendió la mano a Kaelis y ambas caminaron hacia donde se encontraba Dwua.

—Branneth, Gwenna —decir el nombre de mi hermana me revolvía las tripas. Ella irguió los hombros y me miró fijamente—. También os quedaréis en el granero, pero no infundiréis magia. Estaréis controlando a los que no necesitan magia, os necesito con fuerza para luchar.

Branneth me sonrió, Gwenna simplemente agachó la cabeza, perdida.

—Seren, Morgana. Vosotras controlaréis la puerta del granero hasta que recuperéis la magia que os falta. Cuando así sea, os

informaré mediante la red de pulsos si necesito que salgáis. —Busqué con la mirada a las restantes—. Lili, te necesito fuera para luchar. Cuando dé la señal, saldremos a acabar con los necros que rodean el granero, ¿de acuerdo? Yvainne tú saldrás con nosotras, pero necesito que te concentres en buscar algún nido o guarida de necros cercana… Tal vez así podamos evitar que vengan más. Creo que luchando en llano y sin elementos externos naturales que nos dificulten la visión, podemos tener ventaja.

—Voy a necesitar otra espada —respondió Lili. Yo asentí.

—Nathaniel, tú… —dudé—. Tú te vas a quedar con Seren y Morgana dentro del granero. No saldrás.

—Debe ser una broma.

—¿Disculpa? —respondí.

—Vamos, Erya. —Avanzó hacia mí con las manos en alto—. Me has visto luchar, sabes que me necesitas fuera.

—Joder con el druvari —escuché comentar a Morgana.

—Tienes razón en que, si Sevrin me ve, nos hunde. —Nathaniel no se inmutó ante el comentario de Morgana, me miró solo a mí.

—Entonces entenderás que…

—Pero también… —Miró hacia la puerta y la señaló mientras inclinaba su cabeza—. Ahí fuera no te sobra nadie que pueda aguantar embestidas sin riesgo de morir y perder su humanidad.

Apreté los dientes.

—No lo necesito…

—Sí que lo necesitas. —No fue soberbia, fue cálculo—. Si salís las dos solas ante una horda de los dioses saben cuántos necros, por supuesto que podréis matarlos, pero os arriesgáis a morir y aparecer en el templo, dejando la misión a medias. Además, los supervivientes no me necesitan para nada, no podría infundirles magia si fuera necesario, vosotras sí.

Me ardió el estómago al darme cuenta de que tenía razón.

—No quiero que te descubran. —Salió como una confesión, y reculé—. Nos condenaría.

Notaba las miradas de mis hermanas clavarse en mí mientras intentaban averiguar de qué iba todo este secretismo.

—No pueden reconocerme si no llegan a verme —continuó—. Aquel ondrari, al parecer, lleva horas sin dar señales de vida, ¿cierto? Lucharé, pero estaré pendiente de apartarme de su punto de mira. No me verá, lo juro. —Se llevó una mano al pecho—. Y si lo hace, seguiré siendo un druvari más.

—¿De qué va esto? —intervino Lili.

—Ya te explicaré. —Aparté la vista un momento hacia Lili, pero mis ojos buscaron a Nathaniel de nuevo—. Estás pálido, tienes mal aspecto.

—Estoy vivo. —Sonrió—. Y me gustaría que tú lo siguieras estando.

Silencio.

Dudé.

—Erya… —Se acercó más, yo levanté la mano y marqué distancia.

Me puse nerviosa.

—No te estoy pidiendo permiso para lucirme. Estoy pidiendo permiso para cubrirte la espalda.

Silencio de nuevo.

Y… al final cedí.

No por él, ni por mí. Por el plan.

—Sales conmigo —dije—, pero bajo mis reglas. No te separas. Si digo «suelo», desapareces. Y si te descubren…

—Me lo mereceré. —Asintió.

Negué con la cabeza sin saber muy bien si la decisión que

acababa de tomar nos condenaría o, por lo contrario, era la clave para salvar vidas.

Pero no podía perder más tiempo con dudas.

—Venga. Empezamos.

Con esas dos palabras, todas se movieron hacia sus posiciones, preparadas para hacer lo que yo les había pedido. Esperaba no haberme equivocado.

—Lili. —Señalé a la guerrera, que me miraba con esa expresión imperturbable tan característica suya. Se llevó las manos al pelo negro para rehacerse la coleta—. Mata a todos los necros que puedas, irás con Yvainne mientras ella intenta buscar un nido o asentamiento… cúbrela lo mejor que puedas —continué—. Creo que antes en la colina no habéis podido acabar con ellos por la espontaneidad con la que aparecían.

—Teníamos los árboles, el río, poca libertad de movimiento —añadió Lili.

—Exacto. Ahora en terreno llano podremos ganarles, incluso aprovechar los tejados o las infraestructuras a nuestro favor. —Las dos asintieron—. Nathaniel, tú y yo nos concentraremos en los necros que rodean el granero. No nos alejaremos para no dejarlo desprotegido. ¿Entendido?

—Entendido.

Seguía sorprendida por la forma en la que había abandonado la soberbia por el respeto. No me desagradaba y me descubrí mirándolo con algo que podía parecerse al afecto.

—Pues vamos —concluí—. Usad magia si es necesario.

Noté la mirada de Lili clavarse en mí. Sabía que afirmar aquello siempre nos daba un poco de miedo porque en Ignath no teníamos permitido usarla, salvo que fuera extremadamente necesario.

Pero aquella situación lo era y ningún ondrari nos estaba

vigilando.

Los cuatro caminamos hacia la puerta y el granero entero pareció encogerse. Las vigas del granero temblaban por los golpes, los necros clavaban las uñas en la madera, demostrando el hambre y ansia que los impulsaba.

Estaba a punto de empezar la cacería.

Índice, mediano, anular, meñique…

Me concentré en el calor que comenzaba a latir dentro de mis manos, en cómo mi poder y mi fuego era más poderoso que cualquiera que latiera fuera. Esta vez no podía reprimirme, no si había tantas vidas en juego.

Seren y Morgana se colocaron a ambos lados del portón. Seren apretaba la mandíbula, Morgana negaba con la cabeza como si quisiera desprenderse de la idea de volver a tocar sangre negra.

A mi lado, Lili balanceaba la espada que le habían cedido, tanteando su peso. No decía nada, pero la conocía lo suficiente como para saber que su silencio delataba la masacre que estaba dispuesta a llevar a cabo. Yvainne jugueteaba con el arco de metálico, que usaba como arma principal, y lo hacía tintinear con los dedos, rompiendo el silencio en el que se había sumido el granero.

El guardián se detuvo a mi derecha firme. Notaba su respiración más estable que antes, pero todavía contenida y, por un segundo, odié a mi instinto que estuvo a punto de hacer que me girara a comprobar si estaba bien.

No sé en qué estaba pensando.

—Cerrad en cuanto salgamos —dije, sin elevar la voz, y aun así me escucharon. Tal vez porque todos sabían que, en cuanto abriéramos, el granero dejaría de ser un refugio y se convertiría en una trampa—. Y no abráis por nada. Os avisaré cuando hayamos despejado el perímetro.

Morgana asintió una sola vez. Seren me sostuvo la mirada, como si me diera permiso para ser fría. Lili me miraba fijamente.

Y, al otro lado de la puerta, un golpe más fuerte hizo caer polvo de las vigas.

Nathaniel inclinó apenas la cabeza hacia mí.

—Suelo —murmuró, como recordatorio, no como pregunta.

Apreté la empuñadura.

—Suelo —confirmé.

Respiré hondo, el aire olía a hierro y sangre como si se hubiera colado entre las vigas del granero.

Extendí la mano y, en el silencio que precede a la batalla, di la orden.

28

Un líder no elige lo bueno. Elige lo que deja a los suyos vivos.

Manual del comandante, vol. 4

Abrimos el portón y el granero dejó de ser refugio.

Afuera nos esperaba la guerra; barro, nieve sucia y una fila de necros escarbando la madera con sus garras. Cuando la puerta cedió, todo pareció contener la respiración y entonces el sonido gutural llegó, como si la oscuridad tuviera garganta.

Sentí a mis hermanas detrás. Sentí el miedo de los supervivientes, pegado a los tablones.

El pulso de magia que envié para distraerlos fue tan intenso que por poco mis piernas se tambalearon. Fugaz pero constante, un latido mágico con la potencia suficiente para que las bestias me detectaran y se alejaran abrumadas de la puerta del granero.

Sentí el calor en mis palmas, pero no me permití temblar.

—Cerrad. —No me giré—. ¡Ahora!

Seren y Morgana obedecieron en el acto. La puerta se cerró con un golpe seco, dejándonos fuera a solas con el hambre.

Nathaniel se colocó un paso por detrás de mí, cubriéndome el flanco. No era el guardián supremo; no aquí. Aquí era un druvari más, invisible.

—Lili con Yvainne. Por la izquierda —murmuré. Los necros ya se

habían girado hacia nosotros, olían nuestra magia—. Ya.

Las dos se deslizaron hacia la zona que indiqué con la cabeza, lo más rápidas y sigilosas que fueron capaces. Pero funcionó: las bestias no las siguieron y asomaron sus fauces hacia nosotros.

—A tu izquierda —murmuró de pronto Nathaniel.

Giré y corté.

—Bien —dije, secando la sangre negra de una de mis dagas en el muslo—, vamos a limpiar esto.

Que no toquen el granero. Que no lo tiren.

Comenzó una batalla limpia y sangrienta al mismo tiempo; instintiva y coordinada hasta un punto que incluso a mí me desconcertaba. Pero no disponía de tiempo para pensar en ello. Luchamos contra decenas de bestias, que podrían parecer demasiadas para dos criaturas que nunca habían peleado juntas, pero… joder… Ellas parecían temernos a nosotros.

Cortes, sangre negra. Yo abría frentes y él remataba por los ángulos ciegos, arrancándoles sonidos guturales a su paso. Caían y caían mientras él y yo nos coordinábamos de formas imposibles para que el granero no cayera. Estaba funcionando: aquella ola que desestabilizaba nuestro refugio empezaba a retroceder.

Cuando vi huir a mis hermanas de la horda supe que no era por la cantidad de necros. Quedaba demasiado al azar, había demasiados ángulos ciegos y sitios donde esconderse. En llano, el azar se acababa. Aquí podíamos ver venir todo y usarlo a nuestro favor.

—Mierda —susurré, cuando escuché a un necro correr a mi espalda.

Me giré y con un movimiento cruzado de ambas dagas le rebané la cabeza.

—Abajo —exhalé, cuando observé las alas negras de otra bestia

rodar por el suelo e intentar atacar a Nathaniel—. ¡Abajo!

Él saltó con agilidad y acabó con la bestia, sin rodeos.

Cada vez quedaban menos de esta horda, pero algo me decía que no el fin del sufrimiento de Valderan.

—Ahí. —Nathaniel me tocó el hombro con sutileza mientras yo mataba a otra de las bestias.

Señaló al lateral del granero. Quedaban varios golpeándolo, intentando entrar a toda costa.

—Sígueme.

Corrí hacia ellos. Uno era más grande de lo normal y sus dientes, podría jurar, también… No alcanzaría a cortarle la cabeza en un movimiento. Y no podía incendiar el pueblo. No tenía suficiente control.

Miré de reojo a Nathaniel. Corría a mi lado y asintió con la cabeza, decidido.

Supe exactamente qué era lo que tenía que hacer.

Corté el pecho de la bestia obligándola a retroceder. Nathaniel, con un movimiento ágil, pero seguro, rebanó el tendón de una de sus patas traseras, después una de sus alas. Chilló de dolor y cayó al suelo, rendida.

Aproveché que había disminuido de altura y le corté la cabeza.

—Bien. —Escuché a Nathaniel—. Vamos a por los siguientes.

Había demasiados pegados a las paredes exteriores del granero y eso nos dificultaba mucho la maniobra para matarlos; había asumido que al tenernos fuera se volverían locos con nuestra magia e intentarían arrebatárnosla, pero el interior seguía siendo demasiado atractivo para ellos.

—Voy a atraerlos, cúbreme.

Nathaniel corrió hacia el lado contrario, en el que se encontraban los tres necros que tenía como objetivo.

Me quedé sola ante las bestias.

Lancé mis tres dagas, una a la espalda de cada bestia y, joder, noté cómo me ardían las manos al sentirme desprotegida.

Pero no podía, no debía incendiar nada, no lo controlaba lo suficiente.

Se giraron, mirándome con esa hambre que caracteriza la necesidad más salvaje. Yo sonreí.

Iba a acabar con ellas.

—Venid a por mí —murmuré, mientras daba unos pasos hacia atrás.

Fui un cebo perfecto, porque corrieron hacia mí como si mi magia fuera el tesoro más preciado; como si arrebatarme todo mi ser fuera su único fin.

Y así era.

Me quedé quieta apenas un instante, el suficiente para que el aliento putrefacto de la bestia me rozara la cara.

Nathaniel apareció a mi espalda y, antes de que pudiera reaccionar, sus cortes fueron rápidos y precisos. Los necros cayeron a mis pies, recuperé las dagas sin perder un segundo y las limpié en el muslo.

—Quedan unos cuantos —dijo.

Me bastó un vistazo para darme cuenta de que ya tenía mejor aspecto: las facciones más firmes, el sudor le brillaba en la frente y oscurecía los mechones de su pelo, que se le pegaban a la piel. Como si la batalla, en vez de quebrarlo, le devolviera a sí mismo.

—No son muchos.

—Pero vienen más —murmuró él, señalando la colina.

Continuamos luchando, hasta el punto en el que dejé de sentir mis muñecas blandir las dagas, hasta el punto en el que mi cuerpo corría a recoger esas dagas sin plantearse las consecuencias. Sabía

que mi pelo rojo estaba bañado en sangre negra y que el motivo por el que me ardían los ojos era porque parte de esa sangre se había introducido en ellos.

Pero no podía parar.

Nathaniel me cubría como una sombra ágil y firme que apuñalaba en el punto exacto que yo le dejaba libre. Yo distraía a las bestias, les cortaba las partes que las debilitaban y él aparecía detrás de mí para acabar con ellas.

Sin hablar, como si lleváramos luchando años y nuestro idioma fuera la espada.

—Me podría acostumbrar a esto —espetó Nathaniel.

Arranqué la daga de otro necros a unos metros del granero. Ya quedaban menos y notaba como el cansancio empezaba a pasar factura.

—¿A qué? —pregunté, curiosa.

No respondió, en lugar de eso me indicó que me agachara y apuñaló a la bestia que tenía detrás.

Cayó sin siquiera entender qué la había matado.

Yo ya estaba girándome hacia la puerta del granero, donde otra bestia amenazaba con intentar destruirlo. Nathaniel la detuvo con un corte en la rodilla y yo la rematé antes de que pudiera arrastrarse.

Durante un breve instante el aire se quedó… quieto.

No porque asumiera que habíamos ganado, sino porque, por primera vez en mucho tiempo, no escuchaba las uñas rasgar la madera del granero.

Un silencio que me asustó casi tanto como lo que lo había precedido.

Respiré con fuerza, notando el ardor en los ojos y el temblor en las muñecas. Me limpié la sangre negra de la mejilla con el dorso de la mano y alcé la vista hacia la colina.

Allí, en la línea oscura del monte, algo se movía.

No era un necro aislado.

Eran más sombras, deslizándose hacia abajo como si la montaña las escupiera sin cansarse.

Un goteo constante. Infinito.

—Esto no se acaba —murmuré, más para mí que para él, pero señalé a la colina por inercia.

Nathaniel siguió mi mirada. Su expresión no cambió, pero su cuerpo sí: se tensó como una cuerda.

—Podría… —Concentré la magia en la palma de mis manos, pensé en mi fuego derritiéndose en las yemas como un flujo incansable de poder y…

—Erya, no.

Nathaniel agarró mi mano y su tacto helado me chocó.

Lo miré nerviosa. Como si el tacto de su mano fuera tan familiar y llevara todo este tiempo esperándolo de vuelta. El frío calmó mi fuego y frenó la magia que iba a salir por mis dedos al momento.

Noté que mi pecho se aceleraba y observé a Nathaniel exhalar, como si hubiera sentido esa parte de poder desvanecerse con el frío de sus dedos.

—Con las dagas es suficiente. Quemarás el pueblo —susurró—. Es demasiado poderoso.

Una parte de mí quiso no hacerle caso. Quería quemarlo todo. Quería demostrar que podía.

Pero el granero volvió a crujir detrás de nosotros y recordé qué era lo importante.

—Dentro. —Asentí—. Ya.

Nathaniel asintió sin discutir y yo me libré de su tacto.

Me provocaba demasiadas cosas en las que no tenía tiempo para pensar.

Retrocedimos hacia la puerta, acabando con un par de bestias que se cruzaron en nuestro camino y cerciorándonos de que no dejábamos ningún miembro de la horda libre cerca.

Llamé a la puerta con fuerza.

—¡Abrid!

El cerrojo se movió al instante. Seren y Morgana entreabrieron lo justo para que nos coláramos.

El granero nos tragó con su oscuridad y su olor a heno viejo y los susurros de los supervivientes se apagaron al vernos entrar bañados en sangre negra.

Nathaniel cerró de nuevo y yo me apoyé en el marco de la puerta sin permitirme caer. Me escocían los ojos por la sangre que había entrado.

—No podemos seguir así —dije, recuperando el aire.

Juraría que Morgana y Seren me habían hablado, pero en el momento en el que entré en el granero todo lo que había estado aguantando me azotó de golpe.

El cansancio, el miedo.

La incertidumbre.

Y un revoloteo en el estómago al mirar a Nathaniel en el que no quería pensar.

—¿Erya? Pero ¿qué ha pasado?

—Perdón. —Tragué saliva. Me enfoqué de nuevo en mis hermanas. Lili también se había levantado a vernos—. Hemos acabado con esta horda.

—Eran al menos cincuenta, sesenta…; no sé —respondió Nathaniel.

Observé a mis hermanas mirarlo sorprendidas, ofendidas e incrédulas a la vez, como si aceptar que un hombre hubiera hecho aquello sin su ayuda les raspara el orgullo.

—Necesito un informe —continué yo—. Necesito algo que… no sé. Es que eran muchos y por la colina vienen otros tantos.

—Los mataremos y, después, vendrán más —sentenció Nathaniel —. Esto no acaba.

—Y necesito a Yvainne de vuelta en cuanto encuentre lo que sea que los está soltando.

Mis hermanas continuaban incrédulas; Seren, boquiabierta, parecía lograr asumir que habíamos salido con vida, y los ojos de Morgana saltaban entre Nathaniel y yo con esa expresión en la mirada que solo unas pocas conocíamos.

Desconfianza.

Detrás del humor ácido de mi hermana, había una mujer que se preocupaba con toda el alma por nosotras y sabía que había algo de Nathaniel que no le gustaba.

Pero, en lugar de decirlo en voz alta, apretó los labios y sonrió hacia mí, diciendo:

—Estás hecha un asco. ¿Tenemos agua para limpiarte?

—Ya me lavaré cuando nos vayamos de este pueblo. —Negué con la cabeza—. Voy a preguntar cómo van las demás.

Me despegué de la puerta con mayor dificultad de la que esperaba.

Joder. Me dolía todo.

—Tú, eh… —murmuré, mirando a Nathaniel—. No hagas nada. Descansa. Has hecho un buen trabajo. —Reconocí.

Recorrí el granero a duras penas, siendo consciente por primera vez de la cantidad de cortes que mi armadura había recibido y de mi estado físico. La adrenalina había conseguido que lo ignorara hasta ahora.

Cuando llegué a la zona donde Dwua atendía a los supervivientes, me percaté de la forma en la que me miraban todos:

con un desprecio total y absoluto.

Respiré hondo y pregunté a mi hermana.

—Dwua —llamé su atención—, infórmame, por favor.

—Erya… —Se giró a mirarme y frunció el ceño con una lástima que no le permitía sentir en este momento. Mi aspecto debía ser lamentable—. ¿Cómo estás?

—Bien. Por favor, ¿cómo vais? ¿Queda algún herido grave?

Dwua miró a sus compañeras de triaje. Aria infundía magia a un hombre de mediana edad mientras Kaelis le sujetaba la mano.

—Quedan tres a los que no hemos sido capaces de reactivar del todo. Les sigue faltando magia y nosotras no podemos dar más.

Le temblaban los labios y mantenía las manos cruzadas en el pecho, como si quisiera ocultar que también le temblaban.

—Está bien, Dwua. Has salvado a mucha gente.

—Los demás están estables. Poco a poco, su magia irá adaptándose a la que les hemos cedido.

La infusión de magia solía traer estos problemas a menudo. Al final, el *vinculum*, fuera del tipo que fuera, podía subsistir sin magia, aunque estuviera al límite de la muerte… los *primoris*, ya extintos (o eso dicen) no dependían de magia externa para sobrevivir, a diferencia de estos. Fueras druvari, inferi u ondrari… si eras *vinculum*, eso te volvía, en parte, dependiente de la magia externa del Ibrax.

Porque la magia no es distinta según el portador. La fuente es la misma para todos: una única corriente, una única materia viva que atraviesa la realidad. Lo que cambia es el recipiente. El cuerpo la filtra, la moldea, la convierte en algo propio. Por eso una infusión no podía cambiar la naturaleza de nadie: solo devolvía el pulso. Cuando le infundes magia a un druvari, despiertas su naturaleza druvari, y de igual forma ocurría con las demás subespecies.

Y, aun así, el problema era siempre el mismo: la cantidad. Cuánto podías darle a alguien sin romperlo. Cuánto podías quitarte tú sin quedarte hueca.

—Muchas gracias —respondí, poniéndole una mano en el hombro—. ¿Aria y Kaelis sabes si están bien? No quiero interrumpir ahora.

—Están bien, solo algo cansadas.

—Voy a preguntar a ver qué tal las demás. Que ninguna infunda más magia. —Asentí hacia Dwua, ella me devolvió el gesto—. Os necesito con vida por si hay que luchar.

—¿Por qué prohíbes que nos salven?

El hombre al que Dwua estaba atendiendo parecía un inferi de avanzada edad, a juzgar por el ámbar de sus ojos y la ola de poder que sentía a su lado. Lo miré a los ojos, mostrándome tranquila con mis decisiones.

Porque realmente así era.

—Los estamos ayudando, caballero. Pero si dejan toda su magia no podrán defenderos cuando…

—Te he escuchado prohibírselo varias veces —masculló—. «No os vaciéis», «por tandas»… Como si hubiese elección cuando hay gente muriendo.

Tragué saliva, me agaché a su altura luchando por no mostrarme fría e indiferente.

—Se llama sobrevivir.

Él soltó una risa breve, sin humor.

—¿Y quién decide quién sobrevive? ¿Tú? —Sus ojos ámbar se clavaron en mí—. Porque aquí parece que os preocupa más vuestra gente que la nuestra.

—Me preocupa que sigáis vivos cuando esto acabe —murmuré—. Y para eso necesito a mis hermanas en pie.

—Ya… —susurró, bajando la mirada hacia Dwua. Ella se separó —. ¿Sabes qué pasa? Que, en este pueblo, la mayoría somos inferis. Somos los únicos *vinculum* que intentamos no trataros como escoria.

Compartíamos la misma antecesora, la diosa Kaol. Lo sabía perfectamente.

—Y lo agradezco —dije, sin cambiar el tono—. Pero no hemos venido a caeros bien.

Le sostuve la mirada, firme.

—Hemos venido a salvaros. Y para salvar a cincuenta, a veces hay que tomar decisiones que hacen que una parezca cruel. Le guste o no… es mi responsabilidad. Si quiere enfadarse conmigo, adelante. —Me incorporé—. Pero no vuelva a pedirme que las deje vaciarse hasta morir, porque entonces sí que no les salvará nadie.

El hombre no dijo nada y, mi hermana Dwua, me miró con los ojos muy abiertos y susurró.

—Lo estás haciendo bien, Erya.

—Avísame cuando Aria y Kaelis hayan terminado. Infundiré yo misma magia a los tres que siguen sin recuperarse —respondí—. Voy a ver a las demás.

Caminé con la cabeza alta, aunque las piernas me temblaran, hasta donde se encontraban el resto de mis hermanas. Me sentía lo suficientemente segura de las decisiones que tomaba para no dudar ante una acusación como aquella.

Genuinamente me daba igual. Tenía suficientes años de experiencia a mis espaldas, sabía bien lo que hacía.

Pero necesitaba el informe de Yvainne y Lili.

Me detuve delante de Gwenna. Parecía estar en posición de descanso militar constante, con la mandíbula tensa y la mirada buscando algo que nunca llegaba a encontrar.

A su lado, Branneth, charlaba con un superviviente que tenía

buen aspecto físico, parecía estar totalmente recuperado.

—¿Cómo vais? —pregunté a ambas.

La esperanza de que mi querida Gwenna respondiera a mi pregunta se desvaneció cuando comprobé que ni siquiera había parpadeado.

Sus ojos marrones seguían muy abiertos, fijos en un punto vacío del granero como si todo lo que ocurría a su alrededor fuera el rumor de un lugar ajeno. Tenía las manos cruzadas detrás de la espalda, los nudillos blanqueados por la presión.

Esa postura, esa disciplina tan mecánica era lo único que le quedaba de antes.

Branneth giró la cabeza hacia mí.

—Vamos —respondió—. Están estables. Pueden caminar.

Asentí, pero mi mirada continuó fija en Gwenna.

—Gwenna… —murmuré, sin saber por qué seguía intentándolo, como si pronunciar su nombre la trajera de vuelta.

Nada.

Ni un solo movimiento nuevo.

Un hombre se acercó caminando hacia Branneth.

—Gracias por salvarnos, muchacha —dijo, inseguro. Luego miró a Gwenna—. ¿Y… ella?

Su mirada no se paró en ella con curiosidad o simple deseo de conocerla. Era la mirada del juicio, la de asumir cosas que no eran y ridiculizar a mi hermana.

El hombre carraspeó, incómodo, y mirando a su alrededor susurró:

—¿Está… herida?

Sentí algo arderme bajo el esternón. No era fuego. Sabía que era peor.

—No —dije, y fui consciente de que mi voz sonó demasiado seca

—. Está viva. Está perfectamente.

El superviviente frunció el ceño, como si aquello no le convenciera como respuesta final.

—Pero… ¿por qué no hab…

No llegó a terminar la frase.

Nathaniel apareció a mi lado con una calma extraña, como si hubiera escuchado desde el otro extremo del granero toda la conversación. No miró al hombre con superioridad; lo miró como se mira a alguien que no sabe dónde está pisando.

—No es de su incumbencia —dijo, su tono no fue bajo. Resonó en el granero—. Y no tiene derecho a exigir explicaciones.

El hombre se removió, incómodo.

—Solo preguntaba.

—Yo solo respondo —dijo Nathaniel—. Las gracias, a ellas. Las preguntas, a su conciencia. Y el juicio… guárdeselo.

Branneth apretó los labios, como si agradeciera que alguien hubiera intervenido por fin, después de soportar desprecios y juicios innecesarios. El hombre se marchó murmurando entre dientes.

Y yo me quedé quieta, mirando a Nathaniel. Sorprendida por esa forma de defender a mi hermana sin levantar la voz. Por su forma de entender.

—No necesitabas… —empecé.

Nathaniel no apartó los ojos de Gwenna cuando habló.

—Sí. —Me interrumpió, suave—. Lo necesitaba ella, aunque no se dé cuenta. Y lo necesitabas tú.

Me ardió la garganta.

—No soporto verla así. Es superior a mí —admití, mis palabras apenas salieron como un susurro ridículo—. No soporto que la miren así… No tienen ni maldita idea de por qué no responde. No tienen ni idea de nada.

Nathaniel asintió una sola vez, y noté la mano de Branneth encima de mi hombro.

—Es muy injusto —dejó escapar ella entre sus labios.

—Lo sé —dijo Nathaniel, como si esa confesión fuera un idioma que él entendía muy bien.

Apreté los puños. El fuego me golpeaba las palmas, pero no tenía a dónde ir.

—Ignath…, los ondrari… —murmuré con rabia—. Les da igual.

—A muchos les da igual —corrigió él—. Otros lo provocan. Porque es más fácil tener a alguien controlado cuando está hecho pedazos.

Tragué saliva.

Me giré de nuevo hacia ella. Seguía mirando al vacío, rígida y perdida.

Nathaniel no intentó tocarla. No intentó arreglarla. La miró con comprensión; primero a ella y luego, aunque yo no quisiera, a mí.

Y, por primera vez en horas, me di cuenta de que necesitaba un respiro. Si abría la boca o gritaba, quemaría algo y todos arderían.

Me aparté antes de hacer cualquiera de las dos cosas, le hice un gesto breve a Nathaniel con la mano y atravesé el granero sin mirar a nadie. Esquivé cuerpos sentados, susurros y miradas que se clavaban en mi nuca, pero no tenía fuerzas para nada de eso.

Subí la escalera del pajar de dos en dos. Allí arriba el aire olía a heno viejo y polvo, y el ruido del mundo quedaba amortiguado, como si un muro transparente me hubiera separado del granero. Desde el altillo podía verlo todo sin que nadie me viera la cara.

Me senté sola, con los codos sobre las rodillas, obligándome a pensar en el siguiente paso.

—¿Pensando en cómo matar a aquel hombre? ¿Huyendo a secas?

La cabeza de Nathaniel asomó entre la escalera.

—Huyendo, sí —respondí, con la cabeza gacha entre los codos.

—¿Querías estar sola?

Sí.

Quería estar sola. Huir de todos por unos minutos y pensar el siguiente paso antes de volver a bajar al granero y aguantar el peso del mando.

Pero me sorprendí a mí misma no deseando que se fuera. Como si mi cuerpo hubiera tomado una decisión antes de que mi mente pudiera prohibírsela.

Sin embargo, no me atreví a comunicárselo en voz alta. Negué con la cabeza, esperando que eso bastara para que comprendiera mis verdaderos deseos.

¿Pero por qué demonios me sentía así? ¿Por qué era tan cobarde?

Alcé la cabeza para, al menos, mirarlo a los ojos.

Nathaniel subió los últimos escalones y la luz del granero le iluminó la cara. El pelo castaño, corto y revuelto, se le pegaba a la frente por el sudor y la sangre negra de las bestias; la mandíbula se le marcaba cuando apretaba los dientes, como si el cansancio no tuviera derecho a tocarlo. Era demasiado alto para aquel altillo, demasiada… presencia.

—Entiendo que te duela. Es tu hermana —continuó él.

—Es más que eso. —Tragué saliva—. Es mi vida entera, ellas lo son. No soporto haberla perdido y que sea por culpa de ellos. Ha perdido todo su ser, por su culpa, Nathaniel.

Él se acomodó a mi lado, notaba su mirada clavada en mí. Exhaló hondo antes de bajar la voz y susurrar:

—Son la lacra de este reino, Erya. Tratan la desgracia ajena como puro entretenimiento, las vidas de los demás como simples

consecuencias de lo que ellos llaman orden y método… Lo entiendo.

—Quiero matar a los ondraris, Nathaniel.

Decirlo en alto me llenó el pecho de la rabia que solía moverme.

—Quiero matarlos, es lo que más anhelo en el mundo, incluso más que…

—¿Incluso más que tu mortalidad?

Me giré para mirarlo. No sonreía, me miraba con esa compasión de la que antes había huido.

—Incluso más, sí —respondí, mirándolo a los ojos—. Incluso más que mi propia libertad.

—Vaya —murmuró, enarcando una ceja—. Entonces, estaba en lo cierto…

Se acercó a mí y, bajando el tono de voz lo suficiente como para que tan solo yo le escuchara, susurró:

—Que eres peligrosísima. Y que Ignath tiene muy mal gusto eligiendo a quién intenta domesticar.

Negué con la cabeza, a punto de esbozar una sonrisa.

—Lo han conseguido.

—Claro —dijo, y la ironía le duró un segundo—. Por eso estás aquí arriba, contando cuántas formas distintas hay de matarlos sin quemar el granero —murmuró—. ¿Una persona domesticada sería así, Erya? No subestimes tu capacidad de desobedecer, estoy seguro de Ignath no te la ha arrebatado del todo.

Apoyé la cabeza sobre los brazos, que descansaban sobre mis rodillas. Intenté que todo aquello me calara, que el mensaje no se quedara en la superficie de mi pecho y calara hasta mi alma.

Respiré hondo antes de ser capaz de gestionar todo aquello:

—¿Noticias de fuera? —pregunté.

Nathaniel tardó segundos en responder, estaba asumiendo que la conversación anterior había llegado a su fin y no íbamos a indagar

más en aquella parte de mí.

—No. —Negó con la cabeza—. Nada. Pero estarán bien.

—¿Por qué has subido aquí?

La pregunta le pilló por sorpresa, a juzgar por como abrió la boca para luego cerrarla despacio y quedarse sin nada que responder.

Fueron segundos los que transcurrieron hasta que obtuve una respuesta.

—Vigilar el granero —respondió—. Y… asegurarme de que sigues aquí cuando vuelva a mirar.

Giré la cabeza sin levantarla de los brazos.

—¿Para qué iba a irme? No puedo. Ya lo sabes. —Levanté la cabeza del todo y me fijé en mis hermanas abajo. Todas sentadas en diferentes puntos del granero, todas igual de agotadas—. Y tú tampoco.

—No he venido hasta aquí para irme, desde luego.

—¿Por qué lo has hecho? ¿Y cómo?

Se cruzó de brazos antes de responder.

—¿Por qué me preguntas todo el rato por qué hago las cosas?

El tono de su pregunta fue divertido. Pero había un motivo muy grande detrás de querer saber la intención de sus actos… y me decidí a no ocultárselo.

—Porque no puedo permitirme equivocarme contigo. Ni una sola vez. —Recordé el pacto de sangre que pasó por mi cabeza como un relámpago fugaz.

Trabajar juntos hasta encontrar una salida y, si no…, nos batiríamos en duelo hasta la muerte. Solo uno de los dos podría sobrevivir bajo la mirada de los dioses.

Si lo mato, seré libre, me recordé a mí misma.

—Y porque si vas a estar a mi lado… necesito saber qué parte de

ti estoy llevando al campo de batalla.

Nathaniel escuchó aquellas palabras y asintió, lento, como si acabara de aceptar una regla. Me miró, intentando leer mis ojos tanto como yo intentaba leer los suyos.

—La misma noche del día que nos despedimos —comenzó a hablar, con un tono de voz más firme de lo que esperaba—, volví a la armería. Bueno, no llegué a entrar. —Me giré para mirarlo y vi que él había agachado la cabeza—. Pero no percibí tu magia. Sabía que te habías ido.

Él también es muy sensible a la magia, como yo.

—Me bastó con investigar un poco para saber a dónde os dirigíais y por qué. No tuve otro remedio que seguiros, por supuesto.

—Pero…

El guardián no podía abandonar el Ibrax así como así. Mucho menos, durante tanto tiempo y tan alejado de casa.

—Los ondrari no te dejan alejarte del Ibrax. Ni siquiera puedes salir del templo de Nerón sin arriesgarte a que te pillen… —La desconfianza crecía en mi pecho como una masa opresora—. ¿Cómo lo has hecho?

Parecía que elegir una mala palabra pudiera delatarlo incluso allí arriba.

—Dejé un eco. No me fui sin más.

—¿Un eco? —repetí, sin saber si se estaba riendo de mí o no.

—Una huella de mi pulso mágico —explicó, llevándose los dedos al pecho—. La firma con la que el Ibrax me reconoce gracias al ritual. Una parte de mí que dejé anclada.

Negué con la cabeza, incrédula.

—Eso suena a truco barato.

—No es un truco, es un sacrificio. —Su voz se endureció—. La magia que me cedieron en el ritual para ser quien soy… la que

quedó anclada al Ibrax… es como un complemento. Forma parte de mí, sí, pero también es algo que me implantaron. Y de lo que me quiero deshacer, por eso hice el pacto contigo.

Me sostuvo la mirada.

—Y tantos años cargando con ella me han enseñado que tengo más control del que creía. Tú puedes infundir magia a quien la necesita…, yo puedo dejar un eco. Una réplica de mi pulso. Un latido falso.

—¿Y eso engaña a los ondrari?

—Engaña a los sellos —corrigió—. Los ondrari vigilan que los sellos que rodean el templo, esas runas doradas que vimos fuera de la supuesta puerta de madera, se puedan activar. Si están activos, significa que estoy dentro —explicó—. Engaña a quien lee magia. Para ellos sigo allí…, mientras el eco aguante.

Tragó saliva y, por primera vez, no intentó bromear.

—Pero no habla. No se mueve. Si alguien va a comprobarlo, se acabó. Y mantenerlo… me cuesta. Es como sentirme fragmentado, sentir que en ningún lugar tengo toda mi magia a mi disposición.

En ese momento entendí el mal estado que tenía al encontrarnos.

—Entonces… —musité, mirándolo de vuelta—. ¿Por qué?

Sonrió como si esa pregunta fuera lo más predecible del mundo.

—Ya te dije que fui a la armería y no…

—No —interrumpí, él se echó para atrás y se apoyó en un brazo —. Por qué has decidido venir, aun corriendo este riesgo. Por qué fragmentar tu magia cuando aquí no vamos a poder investigar ni avanzar con nada respecto a la misión… Y por qué has viajado ocho días por el monte, solo, cuando nos habíamos visto esa misma mañana.

Durante unos segundos me sentí más perdida que nunca.

Nathaniel me sostuvo la mirada como si mi pregunta hubiera dicho más de mí de lo que yo pretendía.

Y me sentí tan incómoda que tuve que apartar los ojos.

—Debía cerciorarme de que no te matabas por cabezota —dijo como si fuera la obviedad más grande del mundo—. Y… —Se le escapó una sonrisa.

Dejó que el silencio se alargara un segundo. Y, sin apartar los ojos de mí, murmuró.

—Porque, por desgracia, Erya, eres sorprendentemente difícil de ignorar.

No supe qué responder. Sentí el calor subirme a la cara y lo odié. Él pareció notarlo y no bromeó al respecto. Solo se quedó ahí, mirándome como si le hubiese sido revelado un secreto misterioso y sublime.

—No me mires así.

—Así, ¿cómo?

Sus ojos brillaban. Las ramas del Ibrax resplandecían más que nunca.

Yo me estremecí.

—Como si me vieras de verdad.

Nathaniel abrió la boca para decir algo y luego la cerró, nervioso. Tanto como yo.

Tragó saliva. Su mano se alzó, lenta, como si dudara de si tenía derecho. Sus dedos apenas rozaron mi mejilla para apartarme un hilo de sangre negra.

El contacto fue mínimo, debería haberme dado igual. No debería haberme ni inmutado.

Pero lo que sentí distaba mucho de la indiferencia. Y supe que me iba a maldecir a mí misma por ello.

Quieta, respirando el mismo aire que él, a un gesto de distancia

de cometer un error.

Entonces, abajo, en el granero, escuché la madera crujir y a alguien gritar mi nombre.

Me separé de golpe como si me hubiera quemado con su hielo.

—¡Informe! —exclamé, demasiado rápido.

Él asintió, pero no apartó la mirada.

29

> Valderan, en Imris, no se sostiene con espadas, sino con manos. Allí, donde la mayoría son inferis, el poder no se mide en magia ni en sangre, sino en oficio: herreros, tejedores, curtidores y tallistas que aprenden a sobrevivir con lo que el mundo les deja… y, aun así, lo convierten en algo digno.
>
> *Viajes por Rhyen: Cuaderno de Imris*, cap. 4

Con un gesto sutil, pero efectivo, indiqué a Nathaniel que se escondiera, que corría peligro. Él, al no reconocer la voz que hablaba desde abajo, me obedeció al instante.

Bajé las escaleras como si la presencia de aquel hombre en el granero fuera una sentencia de muerte para todos.

Y, joder, no me equivocaba tanto como hubiera deseado.

—Sevrin. —Alcé la voz, lo suficiente como para que tanto Nathaniel como todo el mundo en el granero estuviera informado—. ¿Qué ocurre?

—Veo que habéis acabado con la mayoría de necros de la zona —respondió.

Tenía buen aspecto. No supe cómo se había podido mantener ajeno a la batalla durante tantas horas, pero sin duda el estado tan pulcro y limpio de su atuendo demostraba que ni se había acercado

a un necro.

—Tienes mal aspecto —respondió—. Todas. Estáis asquerosas, joder. —Exhaló una risa como si las manchas no fueran de sangre, como si no fueran a costa de luchar a muerte—. ¿Queda alguno vivo?

Luché con todas mis fuerzas por no acabar con aquel ondrari ahí mismo.

Estaba solo, desprotegido.

Nadie se enteraría.

Apreté la daga de mi muslo sintiéndola como una tentación creciente.

—Quedan muchos vivos, Sevrin —respondí, apretando los dientes—. Hay mucho por hacer. Sigue habiendo heridos entre los supervivientes, necesitamos ayuda para limpiar la zona y…

—Venía a transmitiros malas noticias. —Interrumpió, con los brazos en alto—. Si podéis, acercaos.

Con chulería, aquel ondrari alzó el mentón y me miró a los ojos. Una mirada desafiante que desmentía el tono comedido de sus palabras. Me giré para comprobar si mis hermanas estaban cerca y, con una mirada de aprobación de Seren, comenzaron a acercarse a nosotros.

—Debéis volver a palacio —susurró.

Sus palabras resonaron en el aire unos instantes.

No debía de haberlo escuchado bien.

—¿Disculpa? —espeté.

—Lo que has oído, Erya Kaol —murmuró, balanceando los pies como si el granero le resultara aburrido. Pronunció mi nombre con nerviosismo—. Lleváis aquí doce horas.

Mencionó aquellas horas como si fuera demasiado tiempo que invertir en Valderan; como si se merecieran menos.

—Insuficientes, desde luego.

—En Ignath está habiendo… asaltos —continuó él. Parecía no escuchar mis respuestas—. Problemas que necesitan de vuestra ayuda y vuestra magia.

Noté la magia palpitar a través de mi pecho. No creía ni una sola palabra que saliera de la boca de un ondrari.

—¿Asaltos? ¿De qué tipo?

—Con necros. —Abrió mucho los ojos, como si especificar el origen del asalto fueran demasiadas explicaciones y le estuviera preguntando obviedades—. Están atacando la ciudad.

No me creía ni una sola palabra.

Y él lo sabía.

Tanto él como yo éramos conscientes de que todo aquello no eran más que excusas y mentiras. No tenía forma de haberse enterado de aquello, llevábamos días fuera de la ciudad, horas sin vernos y de repente debíamos abandonar la zona con urgencia para atender a quien de verdad les importaba.

La gente poderosa. Los ondrari.

Apretando los dientes, busqué la mirada de mis hermanas. Ninguna me devolvió la mirada, ninguna salvo Seren.

Ella, con su expresión dulce, parecía querer gritarme que estaba de acuerdo conmigo, que no eran más que mentiras.

Pero debíamos obedecer, como siempre.

¿O… no?

—Estás mintiendo.

Su mano cruzó mi cara tan rápido que ni siquiera me dio tiempo a reaccionar.

Respiré hondo. No quería matarlo, no debía…

«¿Una persona domesticada sería así, Erya? No subestimes tu capacidad de desobedecer, estoy seguro de que Ignath no te la ha

arrebatado del todo».

La frase de Nathaniel me atravesó como un rayo justo cuando más necesitaba oírla.

Era poderosa, y mi magia también.

Yo era la criatura más temida del reino. La sucesora de la diosa más cruel que había existido en Teryon.

Y, aun así, había agachado la cabeza después de que un ondrari me cruzara la cara. Lo había hecho tantas veces que ya era costumbre. No conocía otra forma de existir que no fuera desde la sumisión.

Era irónico, ¿no? Que la criatura más temida estuviera doblegada para que la reprimieran. Para reprimir mi maldad. La de mi madre.

Pero quizá…, quizá quería hacerlo todo mal por una maldita vez. No pensar en las consecuencias. Quizá Nathaniel tenía razón y no me lo habían arrebatado todo.

Quizá debía dejar que el fuego de mi poder me atravesara… y que el mundo aprendiera, por fin, a apartarse.

—Si vuelves a tocarme, te corto la mano.

Sevrin abrió los labios despacio, como si no diera crédito a lo que acababa de escuchar. Parecía que incluso mis hermanas habían contenido el aliento.

—¿Cómo osas amenazarme? —Tenía la mirada desorbitada, como un demente al que jamás han levantado la voz y no concebía tal posibilidad—. Te voy a…

—No es una amenaza. —Intentaba controlarme, pero mis manos ardían. Y no me daba miedo—. Es una sentencia. Y sabes, ondrari, que tienes todas las de perder aquí.

—¿Me vas a matar?

Dio un paso al frente, desafiándome. Pero pude ver ese temblor del labio inferior que lo delataba, esa rabia contenida de un ondrari

al cual nunca habían desafiado. Hasta Morcant parecía una persona más cuerda que aquel hombre.

Sabía que no podía acabar con su vida, que si volvíamos a palacio sin él todo se volvería en nuestra contra… y que jamás en ochocientos años habíamos retado a un ondrari de esa manera.

Por eso eran tan osados de mandar solo a uno de ellos con nosotras, porque confiaban en nuestra total sumisión y sabían que íbamos a doblegarnos.

Eso se pensaban ellos, y eso mismo pensaba yo.

—No puedes matarme. —Rio, sus dientes eran asquerosamente blancos e impolutos—. No vas a matarme, hereje.

Lili agarró mi brazo en el instante en el que aquel insulto salió de sus labios. Temía que prendiera fuego a todo, incluso con los supervivientes dentro.

No.

No arriesgaría vidas inocentes.

Podía matar de otras muchas formas.

—No me retes, Sevrin. Te aseguro que me da absolutamente igual las consecuencias.

Pareció hacerle más gracia mi comentario, porque, sin decir nada más al respecto, se dio la vuelta con chulería y anduvo hacia la puerta.

—Nos vamos.

—No nos vamos a ir a ningún lado —continué—. Necesitan asistencia. Los necros aún pueden volver.

Hablaba pausadamente, como si alzar la voz fuera a provocar que mi daga saliera disparada hacia su cuello.

—La capital os necesita más. —Bajó la voz y, girándose hacia mí, susurró—. Si no, lo pagarán ellas. Y a mí no me tiembla el pulso.

Tardé segundos en reaccionar.

Los suficientes para que todas las consecuencias posibles viajaran por mi cabeza y concluyera que, al final, me daban igual.

Había sido líder, y tomar decisiones de este calibre también era parte del rol. Pensar en lo que de verdad importaba y que, aun así, mis hermanas no sufrieran en el camino.

Solo había una forma.

—No vamos a ir a ningún lado —sentencié. De nuevo, no amenacé. No era necesario.

Sevrin volvió sobre sus pasos y, con desdén, agarró a Seren del brazo. Ella me miró a los ojos de una forma que solo ella y yo conocíamos.

Esperando mi orden.

Tiró del brazo de mi hermana y ella dio tres pasos torpes detrás de él, sin apartar la mirada de mí.

Decidí no ignorar más el fuego de mis manos y, con la voz firme, ordené.

—Seren. No te muevas.

Ella frenó en seco. Se detuvo con el mentón elevado y una media sonrisa delatadora.

—Muévete, sucia fénix —murmuró Sevrin, con los dientes apretados y volviendo a tirar de ella.

Seren no cedió.

—No respondo ante ti. Respondo ante mi comandante, Erya Kaol.

Hay ciertas cosas que jamás olvidaré si algún día descanso para siempre.

Y, sin duda, desde el momento en el que vi la mirada de desprecio de aquel hombre hacia mi hermana, supe que ese instante me perseguiría para siempre.

Él estalló a reír como si Seren fuera un parajillo herido que acaba

de salir de la jaula para intentar aprender a volar. Mostraba sus dientes inmaculados mientras estallaba a carcajadas, intentando humillarla por su acto de rebeldía para, después, tirar de su brazo de nuevo.

Ella no se movió.

Y yo actué.

Como líder.

Como fénix.

Pero, principalmente, como hermana.

Fue rápido. Sentí el cuero de la vaina de Dwua rozarme la palma, como si la espada me hubiera estado esperando desde siempre. El mundo alrededor siguió respirando, siguió mirando a Sevrin, siguió creyendo que el siguiente movimiento sería suyo.

Yo solo tracé una línea.

No fue un gesto amplio, ni un alarde. Un trazo corto, silencioso, tan rápido que ni siquiera el aire tuvo tiempo de quejarse.

Por un instante, nada cambió.

Sevrin seguía tirando. Su mano seguía mandando. Las palabras seguían en su boca. Y entonces los dedos se le abrieron, como si hubieran olvidado de repente para qué existían.

La mano cayó al suelo con un golpe sordo.

Sevrin parpadeó, desconcertado, y bajó la vista a su muñeca como si su cuerpo no hubiera tenido tiempo de sentir dolor y fuera el sonido del impacto lo que le alertó de lo que había pasado. Tardó un segundo en entender.

Yo ya tenía la espada abajo otra vez, quieta, como si nunca hubiera salido.

Pero con un rastro de sangre que me delataba.

—Erya. —Escuché detrás de mí. Creo que fue mi hermana Aria.

No sonó a reprimenda. Sonó a genuina sorpresa y no podía

culparla.

—Zorra… —Sevrin tartamudeó, al tiempo que levantaba el otro brazo y colocó la palma hacia arriba con intención de defenderse con magia.

No le dio tiempo.

Tiré al suelo la espada de Dwua y lancé una de las dagas de mi muslo al pecho de Sevrin. Él gritaba, me insultaba… A mí me daba igual.

Cuando sus rodillas tocaron el suelo y los ojos de la vergüenza y la rabia me miraron, susurré:

—Te dije que te cortaría la mano.

Una sonrisa llena de sangre se enmarcó en su rostro; los dientes níveos se habían manchado por algo que él mismo había provocado.

—No te he vuelto a tocar.

Reí por primera vez en cientos de años.

—Debería de haber especificado las condiciones.

Entonces, el filo pasó por su garganta.

Un segundo después la vida desapareció de sus ojos.

30

> Sevrin Kord (ondrari). Rango: capitán de cohorte bajo el mando directo del alto comandante Morcant Vaelcort. Función habitual: enlace, supervisión y cumplimiento de órdenes en desplazamientos de escuadrones fénix y druvari fuera de Ignath.
>
> *Registro de Cargos del Ejército Ondrari*

El granero entero pareció contener el aliento, como si la muerte de aquel hombre hubiera sido una ensoñación y no algo que acababa de ocurrir. Y me sentí plena. Casi feliz.

Me miré las manos justo después de cortarle el cuello. Sentía que no me pertenecían, que esa sangre que se me había metido en las uñas, esa forma de agarrar el puñal correspondía a las manos de un monstruo distinto al que era yo. Las manos de un monstruo valiente. Un monstruo que había aprendido a gritar basta.

Me giré en silencio hacia mis hermanas. Todas tenían los ojos fijos en mí: Seren, con una media sonrisa. Lili asentía, dejando clara su aprobación. Aria y Morgana parecían estar a punto de desternillarse de risa. Al final, iba a ser cierto que nos habíamos vuelto todas dementes.

Todas y cada una de ellas me analizaban esperando una explicación, una reacción al asesinato más liberador que mis manos

habían cometido. La primera vez en ochocientos noventa y nueve años que mataba por gusto, no por deber. Y no sentía una pizca de arrepentimiento al respecto.

—¿Qué hacemos?

La pregunta de Dwua cortó el aire como una cuchilla afilada.

—Lo he matado —dije en voz alta, como si ni yo misma creyera que acababa de matar a un ondrari—. Lo he matado, joder.

El agobio creció en mi pecho y ese agobio hizo espacio para la duda que amenazó con tirarme al suelo. No podía ignorar la pregunta de Dwua. ¿Qué íbamos a hacer? ¿Cómo íbamos a volver a palacio sin él?

—Menudo giro de los acontecimientos.

La voz grave de Nathaniel sonó en algún lado del granero, pero no me giré a mirarlo. Mis ojos se clavaron en el cuerpo muerto del ondrari. Realmente lo había matado. Había sido capaz de desobedecer.

—Los supervivientes se están asustando —murmuró Kaelis.

En ese momento fui consciente de que todo ese espectáculo lo habían visto al menos cincuenta personas más. Estábamos perdidas.

—Mierda —musitó Lili. Parecía que todas estábamos dándonos cuenta de lo mismo.

Notaba la boca seca de los nervios, las manos me dolían debido a la fuerza con la que había sujetado las dagas. Pero cuando me giré para observar las miradas curiosas que habían empezado a susurrar detrás de mí, no me encontré con el odio y el juicio de antes.

Varios se habían levantado y observaban el cuerpo del ondrari con recelo, otros comentaban entre ellos el altercado y otros tantos continuaban sentados para evitar la imagen sangrienta del hombre muerto. Pero todas y cada una de las miradas con las que me crucé gritaban alivio y esperanza. Gritaban gratitud.

Fue una mujer de pelo blanco y ojos ámbar como el fuego más virgen la que alzó la voz y rompió el hielo.

—Gracias.

Mastiqué aquella palabra con cuidado. No quería aceptarla todavía, no cuando aún no comprendía por qué aquellos inferis no querían matarme y comenzaban a sonreírme. Compartíamos la misma antecesora. La diosa Kaol. Tal vez no éramos tan distintos como pensaba.

—¿Qué hacemos? —repitió Dwua, alzando la voz y los brazos al mismo tiempo.

Abrí los ojos de par en par al escucharlo de nuevo, sentía que los últimos instantes tan solo habían sido parte de un buen sueño.

—¿Estáis de acuerdo con lo que he hecho? —pregunté, e hice un gesto a Dwua con el brazo para indicarle que esperase.

Ya no había vuelta atrás, la sangre ya se había derramado. Pero saber que todas remábamos en la misma dirección era bastante tranquilizador. Pedí a todas que me acompañaran a una esquina del granero, donde los supervivientes no pudieran escucharnos.

—Por supuesto —comentó Morgana—. He deseado que mataras a ese cabrón desde que lo vi subido en aquel caballito.

—Iba a suplicártelo —añadió Aria.

Las dos se miraron cómplices, esperaban una respuesta divertida por mi parte que nunca llegó. En su lugar, tragué saliva y les agradecí la comprensión.

—Has sido valiente —añadió Seren—. Solo tú podías hacerlo.

Asentí hacia ella, dejando que ese mensaje calara y me sorprendí a mí misma sintiéndome segura de mi acto de rebeldía.

Fue con esa seguridad con la que busqué la mirada al guardián. Parecía que él llevaba sonriéndome un buen rato. Sin embargo, no dijo nada. Lo agradecí. No quería más opiniones ni nadie que me

reafirmara que no era una mala persona, porque probablemente lo era, pero me daba igual.

Echó un paso atrás y, con las manos cruzadas detrás de la espalda, comenzó a hablar:

—Bueno, ¿qué hacemos, Erya?

Las miradas, de nuevo, clavadas en mí.

—Creo que llegados a este punto no estaría de más que nos contarais por qué él no es un simple druvari. —Lili señaló a Nathaniel con la cabeza—. Y qué es lo que tenéis entre manos. ¿Me equivoco si afirmo que nos incumbe a todas?

Mi hermana tenía toda la razón. No había querido comprometer a ninguna de ellas para no meterlas en algo que las ponía en peligro, pero lo que acababa de hacer marcaba un punto de no retorno, una decisión que nos delataría a todas.

—Tienes razón. —Miré a Nathaniel, esperando que, de alguna forma, a él también le pareciera bien. Me devolvió una gran sonrisa —. No iba a contároslo porque poneros en peligro era algo que sabía que me perseguiría toda la vida, pero esto…

Señalé con la cabeza al cadáver de Sevrin.

—Eso tenía que ocurrir tarde o temprano, Erya. —Seren alzó la voz—. Tarde o temprano alguna de nosotras debía dar el primer paso hacia una vida mejor y, maldita sea… —bajó la voz—, puede que ser fugitivas de Teryon sea una vida mejor que la que llevábamos.

—No me arrepiento —dije—. Pero es cierto que ahora estamos en peligro y, por eso, debo compartiros lo de este hombre. —Esta vez le señalé yo, él saludó divertido—. Es una consecuencia de mis propias decisiones.

Morgana anduvo un par de pasos hacia mí, me puso ambas manos sobre los hombros y con una media sonrisa añadió:

—Eres nuestra líder y confiamos en ti a ciegas desde muchos siglos antes de que siquiera existiera este inútil. —Señaló con la cabeza a Sevrin—. Si decides matarlo, lo apoyaremos. Si decides prender fuego a algo… joder, lo apoyaremos.

—Discrepo.

La frialdad de Lili cortó el aire y la sonrisa de Morgana como una espada afilada.

—¿Qué te preocupa, Lili? —preguntó Morgana.

Yo me quedé quieta, esperando que a través de los labios de Lili saliera algo que no me destrozara por completo. El amor que sentía hacia ella era inconmensurable, pero, después de tantas muertes, Kaol le había arrebatado la amabilidad que siempre tuvo y dejó a una fénix tan letal como fría.

—Que yo no quiero seguir hablando de las buenas decisiones que toma Erya hasta que sepamos exactamente el origen de este druvari. —Alzó la voz y se cruzó de brazos—. Vamos…, no podemos ignorar que tenemos a un hombre en nuestro escuadrón, joder. Un druvari como los que se ríen de nosotras en los entrenamientos, como los que nos temen… uno más. Y está aquí, con una de nuestras armas y una sonrisa de oreja a oreja.

Nathaniel no emitió ni un solo sonido y yo lo agradecí. Si quería conservar su cuello, más le valía no meterse con Lili.

—Tienes razón, Lili. Os debo más de una explicación.

Las demás me miraron expectantes mientras narraba los hechos y Nathaniel luchaba por no intervenir y añadir su punto de vista a la historia. Se lo conté todo: desde cuando nos conocimos en La Grieta hasta nuestra investigación fallida sobre el Ibrax. Asegurándome de que ninguno de los supervivientes alcanzara a escuchar nada de nuestra conversación; más me valía no comprometer aún más nuestra libertad.

Y, por supuesto, les hablé del pacto de sangre y de sus consecuencias. De cómo debía batirme en duelo con él, si no encontrábamos ninguna soluc…

—¡No!

Mi cuerpo se movió antes que mi cerebro, sin que yo le diera la orden. El brazo derecho arriba, el izquierdo con la palma de la mano extendida frenando el cuerpo que había ido a atacar.

No fue una decisión. Fue un reflejo.

Lili sujetaba su espada sin miramientos, apuntaba al pecho de Nathaniel al cual ni siquiera le había dado tiempo de defenderse. Yo me puse en medio sin saber muy bien por qué, con los ojos clavados en mi hermana y el pecho agitado como si mi propia vida corriera peligro.

—Me has parado. —Lili agudizó la vista hacia mí, masticó la frase como si quisiera encontrar un significado a mi acción.

Yo no respondí. Analicé mi posición de defensa con la piel de gallina, dándome cuenta de que me había lanzado a defender a Nathaniel contra mi hermana.

Sin importar las consecuencias. Y sin pensar en el motivo real de mis actos.

—Acabar con el guardián implicaría abrir la cerradura que nos encierra… y yo llevo siglos buscando la llave.

—Recuerda el pacto, Lili. —Le recordé ese mismo argumento—. Si lo matas antes de batirme a duelo con él, moriría yo también. Lo necesitamos vivo.

—Ya. —Lili no bajaba la espada.

—Es así, hermana —murmuré—. Baja tu espada. El pacto no es un adorno, es un ancla —continué—. No te mentiría con algo así.

No se movió. Nathaniel tampoco.

Confiaba en que yo no me iba a apartar.

—Es una orden —sentencié.

Lili movió ligeramente los brazos y dio un paso atrás. Había visto a la comandante, no a su hermana.

No podía juzgarla, al final, lo que había narrado contaba también la forma de ser libres al instante, si él moría.

—Bajo la espada, Erya, pero espero que no te equivoques —continuó—. No quiero verte defendiendo a un hombre por encima de nuestra libertad.

Tragué saliva y miré a Nathaniel, él me sonreía como siempre.

—Jamás.

Las dos volvimos a nuestras posiciones mientras el resto permanecían inmóviles. El granero entero había quedado suspendido en un silencio raro, tenso, como si hasta las vigas estuvieran escuchando.

Y no tardarían en volver a crujir cuando apareciera una nueva horda de necros.

Aria parpadeó varias veces, con la boca medio abierta. Morgana apretaba los labios como si quisiera contener una carcajada que no se atrevía a soltar, seguro que en su cabeza este duelo de hermanas había sido lo más divertido de los últimos cien años. Seren, sin embargo, me sostuvo la mirada firme, como si me diera permiso para seguir al mando, aunque se me hubiera notado la vacilación.

Dwua fue la primera en reaccionar.

Anduvo hacia el cadáver de Sevrin y con una rapidez casi mecánica, colocó un trozo de tela en el cuello del ondrari para tapar la sangre.

Nathaniel seguía donde estaba, sin pronunciar palabra, con el cuerpo quieto y la cabeza levemente inclinada. Ni desafío. Ni disculpas. Solo esa forma suya de no estorbar cuando el mando era de otra persona.

—Que nadie lo toque —dije, señalando al cadáver—. Ya sabéis las condiciones de nuestro pacto. —Miré a Nathaniel, esta vez—. Si él muere sin el duelo, me arrastra con él, así que… No vamos a discutir si nos gusta o no —continué, más dura—. Vamos a decidir qué hacemos antes de que alguien de fuera decida por nosotras.

Morgana alzó las manos, teatral, pero sin humor.

—¿Qué hacemos, comandante? ¿Volvemos a palacio con la cabeza de Sevrin y la sorteamos entre los demás ondraris?

Aria soltó una risa breve, que se murió al instante.

—O podemos ser fugitivas para siempre —murmuró—. De verdad.

No respondí de inmediato. Miré a los supervivientes que continuaban sumidos en sus susurros y comentarios, pero con una mirada común.

La de la esperanza.

Y ninguna mirada traía más responsabilidad que aquella.

—Valderan no se quedará sola —dije—. Pero tampoco vamos a entregarnos todas a los necros…

Lili dio un paso al frente.

—Entonces no volvemos todas a palacio, ¿no?

Esa fue la posibilidad que primero viajó por mi cabeza, pero la descarté en cuanto apareció. Mi acto de rebeldía estaba evolucionando hacia un destino que nos condenaría para siempre.

O que, por lo contrario, nos liberaría.

Decidí aferrarme a esa posibilidad y continuar con mi decisión por bandera. Ya no había marcha atrás.

—Todo acaba de cambiar —murmuré, y caminé al centro del grupo—. Siento que haya sido por mí, que haya sido una decisión unilateral… —Tragué saliva—. Pero creo que lo necesitábamos y aunque me asusta tantísimo que no puedo explicar, no me

arrepiento. Por primera vez en novecientos años, siento que hay algo de esperanza que mueve mi pecho y creo, de verdad, que lo que tenemos entre manos… —Señalé con la cabeza a Nathaniel—. Puede darnos todo lo que siempre hemos soñado.

—La mortalidad. —Completó Seren.

—Exacto. —Miré en su dirección—. Y el asesinato de este hombre ha sido el primer eslabón que nos permitirá romper nuestras cadenas.

La actitud general cambió. Ya no había tanta desconfianza y rechazo hacia Nathaniel, me encontré con miradas cargadas de algo parecido a la emoción y al miedo al mismo tiempo. Nada asusta tanto como la rebeldía de quien estaba adoctrinado.

Pero… Valderan no podía quedarse solo. No podíamos volver a palacio. Debíamos seguir investigando, saben los dioses dónde.

Teníamos demasiados frentes abiertos y no tantas posibilidades a nuestra disposición. O ¿sí?

—Deberíamos dividirnos —dije en voz alta—. Son demasiadas cosas las que hay que abarcar y, joder, no me gusta tener que separarnos, pero no veo otra opción.

—Luchamos mejor juntas —añadió Kaelis. Llevaba un tiempo callada.

—Lo sé, pero creo que debemos intentar aprovechar que somos diez… once. —Cambié de opinión al mirar a Nathaniel. Continuaba de brazos cruzados—. Debemos aprovechar esa baza.

Pasé los ojos por mis hermanas. No sabía cómo dividir la misión.

—Está claro que algunas de nosotras deberán quedarse aquí, con los supervivientes hasta que todo se estabilice —continué—. Otros deberíamos seguir investigando sobre el Ibrax y…

—Otros podríamos volver a palacio.

Lili se acercó a mí.

—No es ninguna tontería —añadió—. Al final, esperan nuestro regreso en unos diez días. Podríamos volver unas cuantas, al menos.

—Claro, y decimos a los ondrari que el resto de nuestras hermanas se han vuelto locas y han decidido huir —comentó Morgana.

—Eso es exactamente en lo que estaba pensando. Podemos volver unas cuantas, acusar a las demás de traición a la dinastía ondrari o algo así. Eso provocaría que…

—Que desviáramos el foco de atención —acabé la frase de Lili, ella asintió en mi dirección—. Algo así como unas falsas traidoras, ¿no?

—Exacto —afirmó Lili.

Barajé las opciones y, sin duda, aquella me resultó perfecta. Nos daba tiempo, nos daba margen de maniobra.

Solo había que decidir quiénes serían las elegidas.

—Así lo haremos —anuncié en voz alta—. ¿Cómo lo veis las demás?

—No sé si se creerán que somos capaces de algo así —opinó Seren.

—Exacto, saben que somos hermanas.

Me sorprendí a mí misma al sonreír al pensar en la maldad de aquellos hombres. Podría aprovecharme de ella.

—Los ondrari se lo creerán. La gente mala siempre piensa que el resto juega con sus mismas reglas —dije, mientras giraba sobre mis talones para mirarlas a todas—. No conciben otra cosa.

Aria y Seren asintieron. Mientras, busqué la aprobación de todas las demás y ninguna dijo nada en contra.

—Las que se queden en Valderan deberán asegurarse de que esta horda de necros ha quedado exterminada y acompañar a los supervivientes a sus hogares —comencé—. Las que vuelvan a

palacio me acusarán de traición a la dinastía ondrari. Diréis que maté a Sevrin en contra de vuestra voluntad y que el resto del grupo estuvo de acuerdo. Vosotras volvisteis a palacio horrorizadas por mis acciones. —Me dolió la tripa al decir aquello—. Me acusaréis de haber huido en una dirección, que será opuesta a la real.

—¿Dónde irás, Erya?

Dwua y sus preguntas tan oportunas que siempre quería evitar.

—No tengo la menor idea —respondí—. Pero iré contigo.

Cuando apunté con el dedo a Nathaniel él se irguió, sorprendido por haber sido incluido en la conversación.

¿Dónde quedó ese hombre soberbio que conocí en la taberna?

—Nos iremos a investigar, ¿dónde? No tengo la menor idea —reconocí—. Pero debemos ser nosotros los que terminemos esto que hemos empezado. Bien sea con nuestra libertad. —Lo miré a los ojos, él frunció la boca—. O con nuestra muerte.

Escuché unos pasos detrás de mí cuando terminé de hablar.

Con todo el nerviosismo que alguien de fuera del escuadrón podía tener, un inferi se acercó a paso ligero hacia nosotras. Pero no era cualquier inferi, era el que antes me había acusado de no desear el bien para el pueblo.

—Disculpadme la intromisión, pero sí sé dónde podéis dirigiros.

Noté como mis hermanas se giraban hacia ese hombre, curiosas.

—Debéis ir al lugar donde la ceniza no se enfría… Donde el fuego es el mayor sustento y se cobra las almas de los osados que logran atravesar sus volcanes.

Conocía esas palabras. No era una dirección, era una advertencia. Como esas que se transmiten en los cuentos para asustar a los niños o guiar a los desesperados.

Un sitio que nunca me había permitido considerar, porque nombrarlo era reconocer que existía y era accesible.

Tartamudeé al decir la palabra.

—Kaoral.

Alcé la mirada y, por primera vez desde que miré a Sevrin, sentí algo parecido a un rumbo.

—¿Dónde encontraréis la llave para abrir el corazón de Kaol si no es en su territorio?

31

> Kaoral no es una ciudad: es una boca hambrienta. Cuando el cielo se vuelve rojo, no grites tu nombre, porque la ceniza lo escucha y lo repite hasta aprendérselo. Por eso, las madres de Teryon soplan tres veces la lámpara antes de dormir y susurran: «Si sueñas con volcanes, no mires al sur».
>
> *La ciudad que respira ceniza*, p. 17

Kaoral.

Siempre que había oído hablar de aquel lugar, se trataba de una plegaria preventiva.

La ciudad de la ceniza y el fuego, ubicada entre sombríos volcanes cuya lava nunca descansa, protegida por los hechizos de la diosa Kaol que impiden la entrada. El sitio donde salir vivo es un premio y entrar es el mayor castigo al que puede someterse una persona.

Aunque discrepaba de eso, sabía que vivir en palacio con los ondrari era indudablemente peor. No existía peor destino que ese.

—He leído muchos cuentos sobre Kaoral.

La voz de Morgana me distrajo de mis pensamientos.

Morgana descansaba a mi lado, mirando el techo del granero.

—Todos los cuentos advierten de su peligro y de la maldad de la

diosa… —murmuró—. Es el único lugar en el que se sabe que quedan resquicios activos de su magia. El único sitio donde Nerón no ha logrado apagar su poder.

Pasé mi mano por la herida de la rodilla con cuidado, aunque apenas me escocía.

—¿Estás asustada? —continuó ella.

—No.

Me asustaba la idea de que no funcionara, no de ir. Me preocupaba tener que viajar hasta tan lejos siguiendo los consejos de un inferi que acababa de conocer y que todo resultara en vano.

Lo cual era altamente probable.

Era perseguir una leyenda, perseguir una vieja historieta que asustaba a los pequeños de Teryon.

—Partiremos cuando termine de amanecer —dije de nuevo.

Eché la cabeza hacia atrás junto a mi hermana y entendió que no quería hablar más del tema; ya tenía suficiente con los pensamientos terribles acerca de mi nefasta toma de decisiones.

Tras horas debatiendo sobre las estrategias que íbamos a seguir, concluimos que la idea inicial de dividir el grupo era lo que nos garantizaba más posibilidades de éxito.

Unas cuantas se quedarían en Valderan, ayudando al pueblo a terminar de salir adelante. Otro pequeño grupo iniciaría su viaje de vuelta a palacio para acusarnos de traición y de querer mermar al ejército ondrari.

Dirán que nos dirigimos hacia Vahdris, la ciudad emblemática de Nerón y sus queridas nyxterias, sus *primoris* prácticamente extintos. Esas serpientes acuáticas habitaban en el mar Neryx y en las instalaciones que los ondrari de Vahdris les habían preparado. Un ejército marino listo para sofocar cualquier altercado.

Era el destino perfecto para que asumieran que quería destruir la

dinastía, mandarles hacia donde yo misma iría a acabar con su ejército si pudiera.

Y estaba en la dirección contraria de nuestro objetivo real, por supuesto. Según aquel hombre, Kaoral hacía frontera al sureste con el reino más cercano, Kharvel.

Dedicamos muchas horas más a planificar nuestros siguientes pasos. Hablamos con los inferis y les arrancamos todo lo que sabían de Kaoral y de lo que nos esperaba allí.

Había llegado el momento. Y, sin embargo, ahora que nuestra marcha era inminente, me resistía a la idea de separarme de mis hermanas. Nunca me había ocurrido. ¿Quién era yo sin ellas?

A medida que el amanecer le robaba oscuridad a la noche, algunas nos sentamos en silencio, esperando la partida. Hasta que una voz lo rompió:

—¿Partimos?

Alcé los ojos para mirar a Nathaniel que, con una amable sonrisa, me tendía la mano. Sentía que dentro del granero había visto a un hombre distinto al que conocí, como si la muerte inminente hubiera despertado una faceta de sí mismo que ni él conocía.

—¿Tampoco has dormido nada? —le preguntó Morgana.

—Ni un solo minuto.

No me sorprendía. Después de lo ocurrido, él había pasado a ser un fugitivo.

Todo el maldito reino nos buscaría: la comandante de las fénix y el guardián supremo desaparecidos. No tardarían en darse cuenta de que aquel eco no era más que un resquicio de su magia y, por supuesto, asumirían nuestra alianza.

Sería un milagro llegar al siguiente pueblo con vida.

Nathaniel se dio la vuelta y se dirigió a algún punto del granero,

mientras lo hacía, noté la mirada de Morgana clavarse en mi perfil.

Y antes siquiera de girarme, supe qué tipo de mirada me iba a encontrar.

—No —murmuré.

—Venga. —No pudo disimular la sonrisa—. ¿No te gusta ni un poquito?

Negué con la cabeza clavando la mirada de nuevo en él. Se limpiaba las botas con un charco de agua que se había acumulado en el granero.

Era atractivo y tenía una serie de virtudes con las que hubiese logrado engatusar a muchas personas, pero en mi situación no podía aspirar a nada más que a una relación cordial.

Antes, incluso podría haber considerado algún encuentro espontáneo, conseguir algo a cambio o simplemente pasar el rato, pero era absurdo pensarlo ahora.

Aunque por la forma en la que comenzó a dolerme la tripa, temí que mis sentimientos no coincidieran con mis pensamientos.

—Ni un poquito —confirmé—. Solo me desconcentra a veces.

Morgana sonrió más y miró hacia él para luego volver a clavar sus ojos en mí.

—Eso es que te gusta al menos un poquito, sí.

Me giré con los ojos muy abiertos a mirar a mi hermana.

—Morgana. No.

—Erya. Sí. —Apoyó su cabeza en mi hombro—. Vamos, te conozco de hace novecientos años y jamás habías mirado así a un hombre.

Tragué saliva.

—¿Cómo?

—Con respeto y admiración.

No respondí, porque me encontré con una verdad que no estaba

preparada para escuchar. Tenía razón y no tenía las habilidades emocionales para gestionarlo. Pasamos unos instantes calladas hasta que ella, con sutileza, bajó la voz y susurró:

—Sé que lo que os ata es complicado y que es difícil ignorar que uno de los dos acabará muerto para siempre.

Guardó silencio unos segundos y recordar aquello fue como sentir un jarrón de agua fría que no quería recibir; aunque pretendiera que me daba igual.

—Pero solo te pido que, si vas a luchar por tu libertad, luches por tu libertad de verdad —murmuró—. No te pido que te enamores, Erya. Te pido que, si sientes algo, no lo frenes, exprímelo como si la vida fuera efímera y solo tuvieras una oportunidad de saborearlo.

Noté un nudo en la garganta. No supe qué responder.

—Con suerte, algún día tendrás esa vida fugaz para poder aprovecharla y te arrepentirás si no lo haces al máximo.

Me levanté del suelo, sacudiéndome el uniforme con ambas manos ante la atenta mirada de mi hermana.

—Gracias —me limité a responder.

Ella respondió con una sonrisa que supe que, si no huía rápido, derivaría en algún comentario obsceno al que no estaba dispuesta a prestar atención.

El pueblo de Valderan había sido extremadamente amable con nosotras. Escoltados por mis hermanas, sus habitantes habían ido a intentar conseguir algo de agua y comida para nosotras y nuestros respectivos viajes; no les quedaba mucho, pero lo poco que tenían decidieron compartirlo como señal de gratitud.

Me quedaba más tranquila al saber que el ataque de necros parecía haber cesado, pero no era una posibilidad dejarlos abandonados sin algo de protección, al menos, hasta que lograran volver a sus hogares con normalidad y tuvieran sustento suficiente

para abastecerse.

—Nos separamos.

Seren colocó la mano en mi hombro mientras yo observaba cómo la luz del amanecer se colaba entre las rendijas del pajar.

—Así es —murmuré, todavía con la vista fija en la tenue luz—. Pero nos irá bien.

Nunca me había separado de ella; era como una extensión de mí, mucho más que una amiga o una hermana. Con Seren cerca, sentía que incluso el odio y la rabia tenían límites; y me daba miedo no distinguir dónde empezaba yo y dónde terminaba la fénix cuando ella no estuviera cerca.

—Seguro que sí.

—Es la misión más importante de nuestras vidas.

Seren exhaló despacio, como si también le pesara el pecho.

—Vuelve. Como sea.

Di un paso hacia la puerta, la miré de reojo.

—¿Volver a dónde? ¿A palacio?

—A nosotras —corrigió.

La frase me dio en un sitio que no quería tener.

—A vosotras volveré siempre —murmuré—. Pero a ellos… a ellos jamás. Esa no es nuestra casa, Seren —murmuré—. Tú lo sabes.

—Lo sé —asintió—. Pero tampoco quiero perderte por fingir que no te importa.

Apreté los dientes.

—No me importa volver, me importa no volver a ser una esclava —dije—. Y todo esto es para que, cuando vuelva, todas seamos libres.

Seren me miró a los ojos.

—Que podamos elegir de una vez por todas.

No volvimos a hablar más.

Preparamos nuestras mochilas y formamos todos los grupos que iban a conformar la misión.

Dwua, Branneth, Kaelis, Gwenna e Yvainne se quedarían con los supervivientes de Valderan. Dwua se mantendría al mando, como líder de triaje y estabilización del resto de supervivientes. No quise que Gwenna se enfrentara a ninguna posible reprimenda de palacio, así que decidí dejarla con este equipo ayudando en lo que pudiera.

Las falsas traidoras serían las demás e irían con Lili al mando, por supuesto; solo su frialdad le permitiría fingir y aguantar los interrogatorios sin romperse. Morgana, Aria y Seren irían con ella.

Nathaniel y yo preparamos nuestras cosas sin hablar. Viajaríamos solos.

Coloqué la alforja en su sitio mientras él envolvía el pedernal en tela y metía algo de pan duro, lo suficiente para racionarlo para tantos días de viaje. Aun así, llevábamos lo justo, todo lo que no fuera absolutamente necesario era peso de más.

Alcé la mirada para observar mi alrededor.

El granero ya olía a heno húmedo y a despedidas.

Pero nadie lloraba, no nos lo habíamos permitido en novecientos años.

No hubo discurso.

No hubo miradas.

Dwua me asintió con más fiereza de la habitual, Morgana me apretó la mano con fuerza con esa ligera sonrisa suya asomando como siempre, y Seren… Seren me sonrió con esa seguridad que solo podía aportarme una amiga, una hermana. Lili ya estaba lista, erguida, con el papel de falsa traidora pegado a la piel como una segunda armadura, su grupo saldría primero hacia palacio.

Nathaniel y yo nos escabullimos cuando el sol terminó de asomar, montados en dos de los caballos que habíamos traído a

Valderan. Seríamos una inferi y un druvari que buscaban cobijo en el pueblo más cercano, nada más.

Él llevaba la capucha de tela sobre los hombros, yo había manchado mis botas de barro a propósito, además de mi capa. Era ridículo… y lo único que nos quedaba.

Cruzamos los primeros campos sin hablar, el frío apretaba a medida que nos entrometíamos entre las montañas, intentando que la naturaleza de Teryon nos cobijara mientras avanzábamos.

A ratos, el silencio entre los dos era cómodo. Otras veces lo sentía como una amenaza, una especie de tensión en la que ninguno de los dos se atrevía a romper el hielo.

Como si aquel acercamiento en la parte alta de granero hubiese supuesto un antes y un después entre los dos, algo en lo que no quería pensar.

—Ya ni siquiera vemos Valderan.

A mediodía, Nathaniel habló por primera vez. Delante de mí y marcando el rumbo, se giró hacia atrás y señaló unas montañas que habíamos dejado atrás hacía horas; las paredes del valle del pueblo. Por primera vez desde que maté a Sevrin, tuve la sensación real de que el mundo podía alcanzarnos.

Estábamos en mitad del ascenso de una montaña frondosa, apenas se veía el atardecer entre los árboles cuando Nathaniel se detuvo en seco.

Mi corazón trastabilló ante la idea de que él preguntara acerca de lo ocurrido en la parte alta del granero. De cómo rozó mi cara con delicadeza y se acercó a mí…

Y de cómo me alejé de él en cuanto tuve la oportunidad. No sabría qué responderle ni cómo afrontarlo.

—Ya se ha muerto mi eco.

Su frase resonó entre los árboles, rompiendo el silencio profundo

del bosque.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—Noto que esa magia se ha apagado. Se ha desgarrado una parte de mí que se regenerará, pero el eco que dejé en el Ibrax ya no es válido.

Tardé varios segundos en comprender qué significaba su comentario. Y por qué debía preocuparme. Agaché la cabeza cuando entendí.

—Ya saben que no estás, ¿verdad?

—Así es.

Continuó cabalgando despacio, mientras yo observaba pasmada como su espalda se alejaba de mí.

—Ya soy oficialmente un fugitivo para Teryon.

Descendimos la montaña con la noche cerniéndose sobre nosotros y la certeza de que los ondrari nos buscaban. Según el mapa improvisado que un inferi nos había dibujado, al llegar a la ladera pasaríamos un puente que derivaría en otra explanada idónea para acampar. Estábamos, al menos, a medio día de camino a pie de cualquier pueblo y parecía la mejor opción.

O eso pensábamos.

Todavía sumidos en aquel silencio agotador, vislumbré el puente.

Era un puente estrecho de piedra, de un solo arco, con los laterales bajos y resbaladizos por el musgo. Las losas del suelo no encajaban del todo, algunas estaban hundidas, otras levantadas, como dientes. Bajo la curva corría un hilo de agua fría, casi invisible entre la bruma.

Se me erizó la piel al sentir que el puente en sí mismo estaba hechizado, pero no era posible.

Solo nos costaría un par de minutos cruzar.

En eso pensaba mientras los cascos de los caballos golpeaban

las baldosas, provocando un sonido sordo y chirriante que me hacía estar alerta.

No. No era solo el sonido del caballo.

El corazón me trastabillaba más de lo normal, golpeándome las costillas con tanta fuerza que sentía que me ahogaba.

Algo estaba pasando.

Lo sentía.

—Nathaniel —susurré, rompiendo el silencio de la inminente noche.

Observé su caballo detenerse y como, sin mediar palabra, giró ligeramente su cuerpo para mirarme.

Conocía bien esa mirada y no supe bien por qué, pero tuve la certeza de que él también había detectado algo extraño.

No dudé.

Golpeé con los talones a Haze para que galopara más rápido; Nathaniel hizo lo mismo con su montura. Ya casi habíamos terminado de cruzar, tan solo unas piedras más nos separaban de tierra firme y…

Un paso.

Puede que más.

El sonido de una garganta carraspear, ligeramente. Lejos.

—Alerta.

Bastó con esa palabra para que tanto él como yo bajáramos del caballo a la vez. Cuando quise darme cuenta, su espalda y la mía se chocaban y ambos mirábamos hacia un lado del puente, con nuestras armas desplegadas hacia la niebla y la oscuridad.

Otro ruido.

Puede que fuera un animal. O puede que fuera un ondrari.

—Hay alguien —comentó Nathaniel entre susurros.

No fue la intuición esta vez. Fue la forma en la que el silencio se

rompió en más de un punto.

Primero, un chasquido a nuestra izquierda.

Luego, otro debajo del puente, demasiado sincronizados para ser animales.

Y entonces, desde la niebla, una figura se dejó ver, con una capa oscura pegada al cuerpo como si también estuviera hecha de la noche.

Tras él, surgieron más sombras. Dos. Tres. Cuatro… Dejé de contar cuando me vi rodeada en todas direcciones.

El musgo del puente brilló húmedo bajo sus pasos.

Vi el destello plateado de unas dagas, el brillo de una espada asomar en la vaina de otro… y el arco de madera de una de las siluetas que se había colocado sobre el borde del musgo.

—Vaya… —La voz de una de las sombras salió suave, casi educada.

Se me encogió el pecho. Nathaniel no respondió, pero sentí como su mano rozaba mi antebrazo con sutileza.

Una advertencia muda.

Giré la daga sobre mi muñeca izquierda. Bastó con observarlos unos segundos para saber a qué tipo de teryanos teníamos delante.

Esa forma de esconderse bajo las capas oscuras la conocía muy bien. El arco de madera, el filo de la espada con un mango humilde pero firme.

—No son campesinos —susurró Nathaniel.

—Lo sé.

Así era.

Y lamenté que hubieran osado a enfrentarse a nosotros porque no existía forma humana de que salieran con vida.

32

> En Teryon solo existe una moneda reconocida por ley: el áureo. Se acuña en Ignath bajo sello ondrari y circula en todas las comunidades, incluyendo los pueblos fronterizos con Kharvel. Todo lo demás —trueque, promesas, favores— es supervivencia.
>
> *Compendio de rutas y tributos del reino* (ed. XIV), «Moneda y Comercio»

Hice un cálculo rápido del número de guerreros que nos rodeaban.

Alcancé a ver al menos unos ocho. Sin duda serían más, quién sabe si escondidos entre los árboles o debajo del puente.

—No sabía que hubiera bandidos en estas montañas —habló Nathaniel primero.

La figura que había hablado antes caminó a través de la piedra musgosa del puente. Yo enseñé mi daga con sutileza para que no se atreviera a acercarse demasiado.

—Bandidos… —Masticó la palabra como si no le perteneciera—. ¿Así llamáis ahora la gente de bien a quienes nos buscamos nuestro pan?

Exhalé una risa antes de lanzar la primera daga y acabar con esto.

—¿Buscarse vuestro pan es atacar a dos extraños que viajaban en la noche? —respondí.

Otra figura encapuchada, colocada de cuclillas sobre el muro derecho del puente (el más cercano a donde nosotros estábamos) desenvainó una espada.

—¿A dónde os dirigíais?

Dudé.

Tal vez dar demasiadas explicaciones, aunque fueran falsas, no tenía sentido. Lo mejor sería acabar con todos antes de que supieran más de la cuenta… Probablemente los ondrari estarían ofreciendo una gran recompensa a cambio de atraparnos.

Matar o conversar. La eterna duda.

Aunque Nathaniel se me adelantó y le pisé el borde del talón para demostrarle mi inconformidad.

—Nos dirigíamos a Thalendir, al sureste de Imris —alzó la voz—. Allí tenemos a nuestras familias.

Luché por no preguntarle en voz alta si se había inventado el nombre del pueblo, pero me mantuve serena. Aún nos escondíamos bajo la capucha y, si nos veían el rostro, no tardarían en acusarnos de mentir. Verían sus ojos brillantes de magia y mi pupila color ámbar; nos delataríamos.

—No me suena —respondió el hombre encapuchado—. Lo que sí sé es que por esa espada me darán al menos cien áureos…, puede que incluso doscientos.

El hombre giraba el cuello y nos miraba como si estuviera observando a una presa. Ahí fue cuando decidí que llevábamos hablando demasiado tiempo y que aquello no iba a llegar a ningún lado.

—Apartaos de nuestro camino y os dejaremos con vida.

El bosque dejó de ser un lugar silencioso y se llenó con todas sus

risas prácticamente al unísono.

Pobres inocentes.

—Te cuento lo que va a pasar —dijo, yo me erguí aún más. Cuando terminara, le lanzaría mi daga—. Nos vais a dar vuestras armas, también vuestra comida y provisiones por las buenas. Os vamos a dejar los caballos para que podáis volver sobre vuestros pasos y aquí no ha pasado nada, ¿de acuerdo?

Apreté la daga. No podía permitirme más distracciones.

Y por la mirada de reojo que eché a Nathaniel, supe que él había leído mis intenciones.

Corrí rápida y sigilosa.

La figura encapuchada que nos había intentado dar órdenes, ni siquiera se movió. Yo tiré de su brazo izquierdo y giré su cuerpo a mi gusto, obligándolo a dar la vuelta de forma brusca y caer sobre el suelo, con la daga de mi mano derecha apuntando a su cuello.

No hubo resistencia, solo respiraciones nerviosas de sorpresa.

Y miedo. Mucho miedo.

Inmediatamente, sustituí el agarre de mi mano por mi propio pie y con la mano izquierda apunté al resto con otra de mis dagas. Quería observar su miedo, hacerles ver que meterse con nosotros había sido un pésimo error y que se arrepentirían antes de morir por ello.

Empujé con la punta de mi pie la daga, lo justo para rebanarle el cuello.

Pero un grito de lamento rompió el cielo. Me sobresaltó tanto que por poco pierdo el agarre.

—¡No! ¡No la mates por favor!

Era una voz joven, y provenía de una de las figuras que habían aparecido de entre los árboles.

—¡No la mates por favor! —gritó de nuevo.

Me agaché al momento sobre el cuerpo que sujetaba, que ni siquiera se defendía más que algún aspaviento descoordinado que demostraba su falta de experiencia en la lucha. Cambié el agarre de mi pie por el de mi mano derecha.

—Levanta —ordené.

La mujer encapuchada se levantó al momento, temblando.

—¿Qué eres?

—Cállate —interrumpí, y coloqué la daga de nuevo en su cuello.

Miré al frente y vi que Nathaniel sujetaba de igual forma a otro hombre.

Pero ya no llevaba capucha y sus ojos brillantes cargados de terror resplandecían en la oscuridad. Apenas era un adolescente, un hombre joven.

Joder.

Nathaniel me sostuvo la mirada como si me pidiera permiso, aunque la decisión ya le pesara en los ojos.

—No le hagas daño, por favor. —Esa voz femenina y joven volvió a gritar en la oscuridad. Incluso me tembló el maldito puñal al escuchar tal desesperación.

Barajé mis opciones.

Debía ser fría. Matar nunca me había costado.

Pero…

—Quitaos las capuchas —sentencié—. O le rajo al cuello.

La soberbia con la que nos habían amenazado en las sombras ya no estaba. Solo quedaron la obediencia y el terror de un grupo de personas que se quitaron las capuchas como si su vida dependiera de ello.

Y así era.

Me estremecí al ver aquellas caras. Adolescentes vestidos con ropajes que les quedaban grandes y armas que probablemente ni

siquiera podrían alzar; debajo de mi daga, la cara de una mujer más mayor cuyos labios no dejaban de tiritar como si su muerte supusiera una catástrofe para todas las personas que observaban.

—Son mis hijos —dijo ella—. No lo mates, por favor. —Miró a Nathaniel, el joven temblaba—. Mátame a mí.

Nos vieron atacar, y lo que antes era pura soberbia se había convertido en súplicas. Pero, joder…, aquellos no eran los bandidos que había imaginado.

—No tenemos otra forma de vivir. Nos lo han quitado todo —continuó ella. Yo apreté con más fuerza la daga sobre su cuello, sentí la magia latir en su cuello… eran inferis—. Los necros asolaron nuestro pueblo hace mucho, vivimos en los bosques y… no tenemos otra forma de conseguir dinero. Por favor.

Matar nunca me había costado. Sin embargo, aquella vez no empujé la daga.

Algo dentro de mí me frenó, como si mi propio subconsciente estuviera más seguro de la decisión de lo que mi raciocinio lo estaba.

Si quería luchar por ser libre, debía dejar de comportarme como la bestia que habían creado. Menos fénix, más Erya.

Asentí a Nathaniel, él entendió al momento mi orden y soltó al joven.

—No vamos a mataros. —Mi voz sonó tan fría como el río que cruzaba aquel puente—. A ninguno.

La mujer se tiró al suelo, de rodillas. El chico al que sujetaba Nathaniel salió corriendo hacia ella.

—Siempre y cuando no ataquéis de vuelta —continué.

—Pero… vos… —La mujer se giró hacia mí, observando mi rostro con perspicacia. Pude confirmar, al ver la tonalidad ceniza de su piel con mayor detalle, que se trataba de una inferi—. ¿Qué eres?

—Nadie —respondí tajante y caminé hacia donde estaba Nathaniel—. No somos nadie. No nos habéis visto y esto no ha pasado.

Coloqué ambas manos en el caballo, lista para subir de nuevo.

—¿Qué eres tú? —preguntó esta vez a Nathaniel, mirándolo a él. Se había vuelto a colocar la capucha—. ¿Qué demonios sois?

—Ciudadanos cansados de que el miedo os enseñe a apuntar en el lado equivocado.

Nada más pronunció aquellas palabras, escuché un sollozo ahogado entre alguno de ellos. Entonces, como si mi silencio les diera permiso, una de las muchachas jóvenes susurró entre temblores.

—La hereje de fuego.

Por la forma en la que lo dijo, supe que no quería insultarme. Aquello fue una plegaria.

Dijo aquellas palabras como si esa fuera la única forma de ahuyentarme, de que la furia de la diosa Kaol no cayera sobre ella y su familia. Me habían visto luchar y ahora temían que todo mi fuego les hiciera arder.

—Si me vais a llamar monstruo, al menos, sed inteligentes y no lo hagáis delante de mí.

Juré escuchar a Nathaniel contener una risotada, pero decidí no girarme a comprobarlo.

—No cometáis el error de temerme a mí.

Hace años no habría imaginado decir aquella afirmación, pero cada vez me la creía más. Tal vez era malvada…, pero me merecía más que esto.

El miedo debía apuntar a quienes tiraban de las cuerdas, no a quienes habían convertido en armas.

—¿Por qué hacéis esto? ¿Tenéis hambre? —preguntó Nathaniel.

—No vendemos nada. No… no queda nada que vender. Las cosechas… los impuestos… y los necros bajaron de noche y se quedaron lo poco que nos quedaba. Si no traemos comida… —La mujer miró hacia los chicos más jóvenes—. No llegan al invierno.

Ya no teníamos depredadores delante; tan solo niños disfrazados de hombres, con hierro que no debían portar en sus manos y a unos padres asustados por no poder alimentar a sus hijos.

¿El fin justificaba los medios? ¿O acaso yo no robaría si no tuviera dinero para comer?

Decidí no juzgar. Decidí no hacer de aquello una sentencia rápida y cómoda, como las que los ondrari dictaban desde sus torres sin mancharse las manos. Porque yo había sentido muchas cosas en tantos años… pero jamás hambre.

Y, sin embargo, el filo de un arma era el mismo. La intención podía cambiar muchas cosas, pero no el daño realizado.

Pero aquello no eran necros. No eran ondrari.

Eran lo que quedaba cuando un reino te empuja al borde y luego te escupe por caer.

—Os dejamos con vida —sentencié, subiéndome al caballo. Nathaniel me siguió—. Pero no confundáis esto como un permiso; no quiero volver a veros asaltar puentes —murmuré—. Quizá os crucéis con alguien peor que nosotros y no serán tan benévolos.

Benévola.

Esa palabra sabía a algo extraño viniendo de mí.

—Id al norte, dirigíos a Valderan. Allí… —Estuve a punto de decir mis hermanas, pero me mordí la lengua—. Allí habrá gente que os pueda ayudar. Sed buenos con ellos.

La mujer me miró como si quisiera creerme de verdad.

—Entonces…

Giré la cabeza, pendiente de sus palabras.

—No hemos visto a nadie. No sois nadie.

Dijo aquellas dos frases con un brillo de agradecimiento que me sirvió para darme la vuelta y comenzar a cruzar el puente.

No necesitaba nada más.

Entonces miré a Nathaniel; él me estaba mirando con esa expresión tan suya que ya había aprendido a leer: aprobación sin espectáculo, respeto y prudencia.

—Ahora sí, Erya.

Miré hacia la oscuridad del bosque y dejamos atrás el puente mientras le preguntaba:

—¿El qué?

Casi podía ver esa sonrisa formarse en su rostro, aunque no lo estuviera viendo en realidad.

—Ahora sí estás eligiendo de verdad tu libertad.

Noté un nudo en la garganta.

—No eres la bestia que Teryon te ha enseñado a ser.

Y, por primera vez, comencé a creerlo.

33

> Se llama pueblo de paso al asentamiento levantado junto a un puente o un cauce navegable, donde la gente vive del tránsito más que de la tierra. En estos lugares, el áureo rara vez se entrega a la vista: se cambia en patios, embarcaderos y posadas, porque el contrabando evita impuestos y persecuciones. La norma no escrita es común en todos ellos: el posadero ofrece techo sin preguntar, el viajero paga sin dar su nombre y nadie levanta una capucha salvo que busque pelea.
>
> *De las fronteras y sus costumbres*, p. 89

La primera noche pasó como un vendaval insoportable.

Hacía frío, mucho frío.

Descartamos la idea del campamento en la explanada de la ladera de la montaña después del encuentro con los bandidos. Al final, no habían resultado ser un peligro, pero debíamos tener claro que no solo los ondrari podrían suponer una carga para nuestro viaje: cualquier encuentro conllevaba el riesgo de que nos reconocieran.

Y no podíamos permitirnos más riesgos con, al menos, dos semanas de camino por delante; si la montaña o el hambre no nos

mataba antes.

—Ha sido una de las peores noches de mi vida —murmuró Nathaniel.

Apoyado en las raíces de un grueso tronco, se irguió como buenamente pudo. Tenía el rostro hinchado de dormir, las ojeras marcadas y no dejaba de frotarse los ojos como si eso fuera a ayudarle a desperezarse.

Alcé la cabeza para observar el rocío que goteaba del árbol que había sido nuestro cobijo aquella noche.

—Yo no he pegado ojo —declaré, incorporándome y aprovechando el agua fría del rocío para refrescarme la cara—. Debemos partir ya.

El silencio había dejado de ser cómodo, estaba cargado de una electricidad extraña. Antes del granero, ninguno de los dos tenía ningún problema en conversar con el otro y, mucho menos, discutir. Pero ahora parecía que las palabras faltaban y ninguno encontraba la forma de recuperar una comunicación normal. Como dos malditos niños pequeños.

—¿Has viajado antes por Teryon? —preguntó Nathaniel al cabo de los minutos.

Atravesábamos un bosque a paso ligero. Piedras de diferente altura delimitaban el camino cubierto de musgo húmedo. La niebla parecía un velo sobre el paisaje y solo dejaba ver algo de luz mañanera que se reflejaba en el suelo a modo de destellos.

Era casi mágico.

—No —respondí—. Solo viajamos para misiones. Suelen consistir en llegar, matar a los necros e irnos. —Salté una piedra de mayor altura—. No conozco el reino.

—Es una pena.

Parecía sincero. No aparentaba querer burlarse.

—¿Tú sí? —pregunté.

—Qué va —reconoció, cabalgaba despacio detrás de mí y escuché como frenaba sus pasos—. Nunca he salido de Ignath.

Giré hacia él. Agachado, sujetaba con ambas manos una flor lila que parecía reflejar la luz del sol, admiraba su belleza. Tocó sus pétalos con una delicadeza que me sorprendió.

—¿Jamás? ¿Cómo llegaste hasta Imris entonces?

Exhaló una risa y observé como un pequeño hoyuelo asomaba mientras levantaba la mirada de la flor, a mí.

—Con un mapa y mucha fe. —Sonrió—. Y siguiendo tu magia, por supuesto.

Él volvió a mirar la flor, pero yo no pude apartar la vista de él. Estaba completamente loco y eso era lo peligroso: que se permitiera serlo sin miedo.

—Siguiendo mi magia… —repetí, saboreando la frase como si pudiera quemarme.

Nathaniel sonrió, todavía agachado.

—¿Te molesta?

—Me inquieta —reconocí.

Él se incorporó y la flor lila brillaba como un pedazo de cielo caído. Nathaniel la sostuvo del tallo con cuidado sin llegar a arrancarla, como si temiera romperla.

—¿Vas a arrancarla? —pregunté sin saber por qué me importaba.

Él nunca llegó a responderme. Ni siquiera habló en las siguientes horas y entre los dos apareció una distancia nueva: la de las cosas que no nos decíamos. El consejo de mi hermana revoloteaba por mi cabeza mientras atravesábamos bosques en silencio, puentes y caminos que bordeaban pueblos que ni siquiera nos atrevíamos a mirar de frente.

Pasaron dos lunas antes de que Nathaniel pronunciara más

palabras de las necesarias. En ese momento, atravesábamos una ladera cubierta por diminutos helechos. Los soles de Teryon, que rara vez observábamos desde Ignath, comenzaban a cernirse sobre las montañas.

—Estás cansada.

Me giré para mirarlo, sorprendida por escuchar su voz de repente. Continuaba recorriendo el camino detrás de mí sin mediar palabra, como si nada. Era yo la que notaba su ausencia: el comentario que no hizo, la broma que no ingenió.

—Estoy bien —respondí.

—Ten.

Extendió su mano dándome algo de su agua, como llevaba haciendo días. No tenía la sensación de que estuviera castigándome, continuaba pendiente del camino, de la misión.

Y, por algún motivo, también de mí.

Pero era como si sus pensamientos lo hubieran consumido y me mirara con un dolor que me revolvía las tripas. Yo le había pedido ese silencio y esa profesionalidad cuando nos conocimos, y ahora lo echaba de menos de una forma que me avergonzaba. No me reconocía a mí misma.

—Voy bien, bebe tú.

Él asintió y me dejó ver una pequeña sonrisa que no había aparecido en días mientras daba un par de tragos a su botella.

—Podríamos dormir en el siguiente pueblo —comenzó a hablar. Parecía más relajado—. Estamos bastante cerca de la frontera de Imris con Vel'Dharan, a lo mejor la noticia de nuestra fuga no ha llegado allí.

Pasé mi mano por el lomo de Haze, también lo notaba cansado. Tal vez no era una mala idea descansar durante una noche, dormir sobre una cama mullida y reposar en condiciones para continuar.

—Puede ser buena idea —dije—, pero es arriesgado. —Alcé la cabeza al observar un ave color marrón revolotear encima de nosotros.

Nathaniel se pasó la mano por su revoltoso cabello y me buscó con la mirada. Yo continuaba observando el cielo nublado de Teryon cuando sentí sus ojos clavarse en mi perfil.

—Deberíamos comprobarlo —dijo, con calma—. Creo que ambos estamos agotados.

—¿Sabes dónde está el siguiente pueblo?

Echó un vistazo al mapa prestado que tenía sobre las piernas.

—Si no me equivoco, al atravesar la ladera, deberíamos girar por un camino a la derecha y accederíamos al pueblo.

Asentí.

—¿Nombre del pueblo?

—Lioran. Primer pueblo pasado Imris, en Vel'Dharan.

Llegar a aquella ciudad me inquietaba. Famosa por su contrabando de áureos y descontrol de magia, la ciudad estaba compuesta mayoritariamente por druvaris que no ejercían de guardianes y se dedicaban a labores de campo. No tenía muy buena fama en la corte.

Cuando nuestros caballos giraron la montaña que Nathaniel indicó, visualizamos a lo lejos Lioran y algo en mi pecho se activó, reconocí de inmediato la magia que allí habitaba. El pulso mágico era muy potente.

—Capa bien colocada —recordé—. Cabeza gacha en todo momento, no hables salvo que sea estrictamente necesario.

Nathaniel asintió en mi dirección y de nuevo esa media sonrisa apareció un breve instante.

—Tápate la melena bien, Erya —murmuró—. Llamas demasiado la atención.

No supe cómo tomarme aquel comentario, pero me cercioré de que mis mechones pelirrojos estaban bien escondidos debajo de la capa antes de comenzar a adentrarnos en Lioran.

Tragué saliva y di la orden de avanzar.

La bruma suave del atardecer daba al pueblo un ambiente etéreo que me desconcertó, como si sus calles respiraran vapor. Las casas de pizarra oscura, los tejados color miel, todo recubierto por un musgo espeso y brillante.

Olía a río. La madera mojada, la sensación de humedad que dificultaba la respiración, tuvimos que caminar unos metros entre casas hasta que llegamos a un río coloreado de un azul frío que formaba un canal central que se dividía en diferentes ramas.

—Curioso, cuando menos —susurró Nathaniel.

El pueblo en sí mismo se dividía en esos pequeños canales, dejando en las orillas un montón de casas de entramado de madera y piedra, apiñadas y ligeramente torcidas por el tiempo. Cruzamos alguna que otra vez el agua, pasando por pasarelas de madera que terminaban en embarcaderos estrechos.

Siempre buscando un lugar en el que dormir.

Estuve a punto de preguntarle a algún druvari que nos cruzamos, pero el riesgo de alzar la voz y que reconocieran nuestros rostros me revolvía demasiado las tripas. Aunque había algo en sus ciudadanos que me inquietó.

No paseaban, daba la sensación de que simplemente iban de un sitio a otro.

Siempre a paso rápido o con la intención de meterse en alguna de las casas. Las figuras no iban encapuchadas, pero sus expresiones denunciaban una inquietud llamativa, con las espaldas encorvadas, manos demasiado cerca de sus cinturones y miradas hacia sus espaldas para comprobar si alguien les observaba.

—Saqueadores —susurré a la espalda de Nathaniel cuando pasamos delante de un grupo de hombres que susurraban escondidos entre las sombras de las casas.

Toldos y lonas colgando, ropa tendida, redes de pesca, se notaba que Lioran era un pueblo activo. Pero, al caer la noche, daba la impresión de que lo que continuaba activo en sus calles no era la vida: era el negocio.

Ya tan solo nos alumbraba la luz ámbar de faroles que se reflejaba en el agua, cuando nos detuvimos junto a nuestros caballos delante de un local de mayor altura cubierto de enredaderas.

Posada La Orilla Serena

Leí el cartel mugroso, prácticamente cubierto de hiedras que parecían amenazar con derruir por completo la madera. Nadie entraba ni salía y, a nuestras espaldas, tan solo había una hilera de casas silenciosas. Además, justo en la entrada, había una pequeña zona para dejar a los caballos donde ya había alguno que otro.

—Aquí —declaré.

Nathaniel me miró de reojo a través de su capucha oscura y asintió.

Acaricié con delicadeza a Haze y lo dejé bien amarrado, dejándole un poco de agua fresca y forraje antes de abrir la puerta de la posada.

—Vamos —murmuró Nathaniel.

El olor a alcohol y sudor me dio de frente, sin esperármelo.

Hombres tirados por el suelo con jarras de madera en las manos, otros tantos que conversaban agitadamente mientras emitían un hedor tan insoportable que por poco hace que me dé la vuelta. Incluso el olor a chimenea estaba amortiguado por el del alcohol.

Conversaciones agitadas y un estruendo propio de una taberna transitada, que era exactamente lo que no deseaba que fuera aquella posada.

Eché de menos La Grieta.

—Podríamos darnos la vue…

Nathaniel cortó la frase a medio camino.

El volumen de la conversación bajó poco a poco, como si el ruido de la puerta al abrirse hubiese ahogado todos los demás. Las miradas de los pocos que quedaban despiertos se dirigieron rápidamente hacia nosotros.

Erguí la espalda, alerta.

Inmediatamente, Nathaniel apoyó una mano en mi cintura, empujándome con suavidad para que me adentrara en la posada.

—Naturalidad —susurró, con un volumen lo suficientemente alto como para que lo escuchara, pero imperceptible para los demás.

Que todos los clientes de aquella posada se hubieran percatado de nuestra presencia, no indicaba nada bueno.

—Buenas tardes —saludé con la cabeza.

Murmullos y miradas de desconfianza. Algunos nos observaban de arriba abajo con recelo, otros parecían luchar con el deseo de arrancarnos la capucha para poder descubrir nuestro rostro… Pero el volumen de voz volvió a bajar, como si observarnos entrar hubiera bastado para completar su análisis.

Respiré hondo.

La mayoría de las personas que charlaban eran hombres y mujeres de mediana edad, pronto dejaron de prestarnos atención.

Mantuve la cabeza gacha.

Actitud silenciosa.

Nada podía salir mal, ¿no?

Eso pensé, ilusa de mí. Hasta que con lo que alcanzaba a ver

mientras recorría la taberna hacia la barra, reparé en las botas de un grupo de comensales.

Tropecé con mi propio pie al darme cuenta, como si mi cuerpo quisiera frenar, pero mi cabeza me empujara a seguir la misión sin llamar la atención.

Se me secó la boca al momento.

Aquel maldito sello.

Mente fría.

No sabía cómo comunicarle a Nathaniel mi descubrimiento sin delatarme, así que seguí caminando con naturalidad antes de avisarle de nada. Cuando ya había rodeado por completo aquella larga mesa de al menos diez u once personas, el hedor a alcohol dejó de molestarme.

Podría acabar con ellos si fuera necesario de cualquiera de las formas, pero estando borrachos las probabilidades aumentaban.

El sello color azul que vi en la bota pasó por mi cabeza de nuevo cuando apoyé ambas manos en un pequeño mostrador. Nathaniel, detrás de mí, colocó su dedo índice en mi espalda y tapándose con su propio cuerpo marcó la silueta de una letra.

Así que él también había reconocido el símbolo. Asentí con disimulo.

Los dos éramos conscientes del peligro que corríamos allí dentro.

El fantasma de la letra «O» grabada sobre mi espalda hormigueaba como recordatorio del riesgo al que estábamos sometiéndonos.

Estábamos rodeados de ondraris.

—Buscamos alojamiento para una noche. Somos dos personas. —Luché por transmitir calma, pero la urgencia se dejó entrever entre las palabras—. Por favor.

No alcancé a verle la cara, por sus manos podría jurar que se

trataba de una inferi joven. Dedos delgados, ninguna arruga visible y restos de lo que parecía ceniza en las yemas de sus dedos.

Había usado magia hacía poco, probablemente para encender la chimenea que chisporroteaba en la entrada de la posada.

—Hay disponibilidad —dijo.

Pero por la forma en la que terminó la frase, supe que había una segunda parte.

—Aunque… —Tragué saliva cuando volvió a hablar—. Somos un pueblo digno, no como algunos otros de contrabandistas de Vel'Dharan. —Comenzó, yo no moví mi cabeza encapuchada.

Apostaría a que aquellos hombres negociando entre las sombras no eran precisamente legales. Pero no respondí.

—No aceptamos a bandoleros ni a saqueadores forasteros —matizó.

Ahí estaba el problema.

Sabía que no éramos del pueblo.

—Lioran tiene sus normas —murmuró—. ¿A qué venís?

Nathaniel trazó una «X» en mi espalda. Supe que quería que evacuáramos.

Mantuve la compostura e ignoré su petición.

—No somos saqueadores —comencé a susurrar—. Venimos de Imris, de un pueblo cercano a la capital. Los necros han asolado nuestras tierras y venimos para hacer negocio justo, algo con lo que poder contribuir y trabajar.

Pisé la punta del pie de Nathaniel para indicarle que apoyara mi discurso.

—Tenemos pocos áureos que ofreceros, pero es todo lo que nos queda.

La mujer de manos ceniza tintineó sobre el papel, parecía estar planteándoselo.

Si nos hacía quitarnos la capucha…

Índice, mediano, anular, meñique…

—¿Con quién habéis venido a negociar? —preguntó.

Ella dejó ambas palmas sobre la mesa, con un golpe sordo. Volvió a coger el cuaderno y pasó las páginas de forma desinteresada, como si no encontrara lo que estaba buscando.

Respiré hondo antes de continuar.

—No conocemos a nadie. Solo venimos en busca de una vida mejor y…

Se detuvo en una página en concreto y se agachó para escribir algo entre varias líneas.

—Planta dos. Habitación cuatro.

Escuchar aquella frase fue como volver a nacer.

Hice amago de girarme para avisar a Nathaniel de que debíamos ir a la habitación cuanto antes.

Cambié el peso entre mis piernas, me giré y…

—Venga, guapa —murmuró una voz detrás de mí—. Quítate esa capita para que te vea.

Me quedé paralizada.

Agaché aún más la cabeza como acto reflejo y mi mano se dirigió a la daga de mi muslo sin que me diera tiempo a frenarla.

La voz gangosa provenía de un ondrari, estaba segura.

Sentí el cuerpo de Nathaniel tensarse detrás de mí y cómo colocaba una mano en su espada.

—Caballero… —gruñó Nathaniel.

Con un sutil golpe con el codo le indiqué que lo dejara. Podía manejar sola la situación.

Pero su mano no se apartó de la espada y temí que el ondrari se diera cuenta.

—Buscamos una mujer pelirroja… —El ondrari ignoró al guardián

—. Exuberante…

Índice, mediano, anular, meñique…

Mierda.

Si me quitaba la capucha, si intentaba verme el rostro… No podía arriesgarme, de ser así tendría que matar a todos los de la posada. Dejar supervivientes que nos hubieran visto era demasiado arriesgado.

Pero tantas muertes…

—Venga… —El ondrari agarró mi capa por la espalda, lo suficiente como para que se escurriera ligeramente para atrás.

Noté el leve roce de unos mechones pelirrojos sobre mi mejilla.

Estaba perdida.

Pero como quien espera la señal de algún dios, tuve un pálpito.

Y lo seguí como quien solo tiene una oportunidad para sobrevivir.

Alcé la cabeza desesperada, sin saber muy bien lo que hacía.

Clavé mis ojos en la inferi, con la boca semiabierta fruto de la desesperación. Me encontré con un rostro joven de tez oscura, llevaba los labios coloreados de un carmín llamativo. Y, escondido entre unas pestañas espesas, observé ese color ámbar tan característico de quienes veníamos de la diosa Kaol.

Me miró con tranquilidad, reparando en la forma de mi rostro. Observé como sus ojos se detuvieron en los cabellos que me rozaban la mejilla y los abría con sorpresa.

Entonces sus ojos se afilaron y me sostuvo la mirada un segundo de más; noté el momento exacto en el que dejó de observar y comenzó a entender.

Recé por no estar equivocándome y que lo que nos unía sirviera para salvarnos.

La inferi abrió la boca despacio y la escuché tragar saliva. Por si acaso, coloqué la mano en la daga de mi muslo y…

—Dairk, aquí no se toca a los huéspedes.

Su voz me hizo temblar.

—Quítale la mano a la muchacha de encima. En mi mostrador no se levantan capuchas —continuó—. Y son huéspedes habituales cuyos negocios no os incumben, ¿de acuerdo?

La risa de aquel tal Dairk dejó un hedor a alcohol que me puso los pelos de punta.

—Qué antipática eres siempre —respondió—, preciosa.

—A trabajar fuera de mi negocio —continuó la inferi—. Aquí solo a beber.

Con un desdén esperable por parte de un ondrari, retiró la mano de mi capucha y escuché cómo retrocedía.

Oí a Nathaniel exhalar aliviado detrás de mí, aunque aún mantenía la espalda tensa.

—Grac…

—Os dejo una noche en mi posada. —Me interrumpió—. No quiero saber nada, no quiero líos.

Asentí con cuidado y volví a colocarme la capucha en su sitio, clavando la vista en mis propias botas.

Al final, compartir una antecesora malvada con alguien iba a terminar por salvarme.

—No sé a dónde os dirigís, pero Vel'Dharan no es un sitio seguro para vosotros —continuó—. Os están buscando por todo el territorio.

En tan solo un par de días la noticia había volado a todas las ciudades. Noté como la sensación de peligro inminente crecía en mi pecho.

—Entonces ningún lugar de Teryon es seguro para nosotros.

Juraría que la oí chasquear la lengua.

—Os quiero fuera mañana a primera hora —dijo—. Y dirigíos ya a vuestra habitación… No miréis atrás. Siguen mirando —bajó la voz.

—Gracias —susurramos ambos al unísono.

En cuanto cerré la puerta de madera a mis espaldas, sentí que el mundo se quedaba lejos.

La habitación olía a madera vieja y a jabón barato. Había una mesa coja, una palangana de agua y una cama bastante más grande de lo que esperaba en mitad de la estancia. No era un dormitorio grande, pero más que con lo que me había permitido soñar.

Sin siquiera quitarme la capa, me dejé caer en el colchón.

—Esa inferi nos ha reconocido.

Escuché la capa de Nathaniel caer al suelo y, después, sus pasos se quedaron quietos en algún punto de la habitación.

—Te ha reconocido —corrigió—. Y eso nos ha salvado.

Giré la cabeza para mirarlo. Tenía la vista fija en un punto indeterminado de la pared, como si le fuera más sencillo que mirarme a mí.

—Aquel maldito ondrari casi me arranca la capucha —murmuré, incorporándome y desatándome la capa. Sentí como mi cabello suelto abrigaba mi espalda—. Estaban tan ebrios que apenas se sostenían, de no ser así nos habrían detenido seguro.

—Así es.

De nuevo, sonaba escueto, demasiado neutro para el hombre que conocía. La Erya de hace unos meses probablemente se habría callado y habría agradecido su silencio, pero de alguna forma sentía que estaba cambiando.

Así que le pregunté.

—¿Por qué ese silencio todo el viaje?

Nathaniel me devolvió la mirada con esa serenidad y calma extrañas en él. Me dedicó una ligera sonrisa y comenzó a caminar por la habitación.

Dejó su capa en la mesa.

Se quitó las botas.

Pero sin responderme.

Tonta de mí que me quedé mirando el ancho de su espalda. ¿En qué estaría pensando?

—Te he hecho una pregunta. —Soné más dura de lo que pretendía, pero no soportaba que no me respondiera.

No era la primera vez que lo hacía.

—Estaba sumido en mis pensamientos —dijo de pronto, apoyando su trasero en la mesa que había enfrente de la cama—. ¿Te he tratado mal en algún momento?

Parecía una pregunta genuina.

—No —reconocí—. Es solo que… me extraña.

Me sentí estúpida diciendo todo aquello delante de él. Jamás había suplicado a un hombre atención y ahora no iba a ocurrir, pero había algo dentro de mí que necesitaba con todas sus fuerzas entender el motivo de su silencio.

Tal vez, porque, en el fondo, sabía que yo tenía algo que ver.

—Estoy concentrado en la misión —dijo, pero esta vez su mirada no se apartó—. Es eso.

—Ah. —Dejé escapar una pequeña risa sarcástica—. ¿Entonces cuando trabajábamos en la biblioteca no estabas concentrado?

—Erya…

Su voz se endureció, y yo me decidí a no hacer más el ridículo y dejar de rogar explicaciones de algo que, en el fondo, conocía. Tras ese encuentro en el granero su actitud había cambiado… y algo dentro de mí también.

Aunque estaba claro que de forma distinta.

Él dio un paso hacia mí y me miró con los labios apretados como si no le salieran las palabras para lo que quería decirme.

—Da igual —dije.

No era verdad, pero era lo que me quedaba.

Se había acercado a mí siendo de una forma y yo, aunque a mi manera, le había abierto las puertas. Si decidía volver a cerrarlas no podía retenerlo dentro.

Al final, estábamos aquí por la misión.

Y por un pacto de sangre que no se me podía olvidar.

—Erya —repitió, la forma en la que decía mi nombre sonaba distinta.

Acortó la distancia hasta que nuestras sombras en el suelo se hicieron una.

—No he dicho ni una sola palabra en varios días porque, si lo hago, me acercaré más a ti —murmuró; no pude evitar fijarme en que se mojaba los labios al mirarme.

El pecho se me aceleró de una forma que no pude controlar.

—Y si me acerco más…, haré cosas que no debo.

34

Ninguna autoridad invalida un pacto de sangre. Ninguna magia lo corrige. Ningún dios lo niega. Quien lo firma pierde el derecho a fingir que no lo hizo.

Archivo de consejo de Ignath,
«Nota para iniciados»

Sus palabras no me asustaron.

Me quedé erguida, con los ojos clavados en los suyos que brillaban con el dorado más deslumbrante que había visto jamás. Permanecí inmóvil porque, de alguna forma, desafiarle me hacía sentir más tranquila.

—¿Por qué dices eso? —Mi voz salió en apenas un susurro.

Él recortó aún más la distancia entre nosotros mientras se miraba las manos con cierto desdén… para luego dar otro paso atrás.

—Todo esto…, todo esto me supera.

Joder.

Hablaba con una desesperación, con una rabia contenida…

—Háblame claro —impuse.

—Esa forma tuya de dar órdenes… —Se dio la vuelta y algo de mi bajo vientre se revolvió—. Ese es uno de los problemas.

La rabia creció en mi interior. No podía soportar más esta

incertidumbre.

Me levanté de la cama dejando la capa caer a mis espaldas y me quedé quieta, delante de él.

—No sé de qué estás hablando.

—Esto. —Nos señaló a ambos. No sonaba enfadado, sonaba… triste—. Esto es un problema.

Ahí entendí que no debía insistir. Que, por la forma en la que se mordía el labio y se balanceaba sobre los talones, estaba a punto de decirme algo.

—Me muero por besarte, Erya —susurró—. Y créeme que llevo queriéndolo mucho tiempo. Tanto que…

Negó con la cabeza, como si le diera asco su propia debilidad.

Empezaron a sudarme las manos.

—Solo estás cansado, no… —Notaba el pulso en mi garganta.

—Joder, no puedo pensar en otra cosa —dijo con desesperación —. Llevo días intentando no imaginar mis dedos hundiéndose en tu pelo mientras te beso. —Dirigió la vista hacia mi melena—, días intentando no pensar en cómo me sentiría, cómo nos sentiríamos los dos…

La mirada habitual pícara del guardián se había sustituido por una hambrienta, desesperada. Noté como me temblaban los labios mientras él pasaba sus ojos por mi pelo, mi rostro…

—Estás confundido —recusé, sin saber qué era lo que estaba diciendo. Mi mano rozó la daga y luego la soltó, nerviosa.

—No estoy confundido en absoluto.

Sus ojos volvieron a los míos.

—En circunstancias normales, intentaría besarte. Te rozaría la cara de forma cobarde como hice en el maldito granero. —Miró al techo, como si recordara aquel momento—. Pero lo he pensado bien y besarte sería demasiado para mí. Para nosotros.

Antes de que pudiera evitarlo, una pregunta salió de mi garganta en un susurro. Desnudándome al completo.

—¿Por qué?

Él soltó una risa sin humor.

—Porque nos ata un pacto de sangre —dijo, agachando la mirada—. Y no quiero arriesgarme a besarte y luego perderlo todo.

Levantó la mirada hacia mí, despacio.

—Joder…, no puedo morirme sin haberte probado.

—No asumas que lograré matarte —susurré. Él negó con la cabeza sin quitar esa sonrisa amarga.

—Y no puedo dejar que se convierta en algo esporádico, algo sin ningún tipo de implicación emocional… —Se llevó la mano al pecho —. Porque te respeto y admiro demasiado. Acabaría sintiendo más por ti, Erya.

La cabeza me daba vueltas.

Esa declaración me dio de lleno en el pecho.

—No… —Me arrepentí al instante de sonar tan visceral—. No tienes derecho a…

—… a decirte esto. Puede ser.

Él dio un paso al frente, con el mentón elevado. Yo lo imité por inercia.

—¿Sabes qué? —comenzó a decir—. Nunca me ha gustado recibir órdenes.

Alzó la mirada.

—Hasta que llegaste tú.

—No sé por qué me estás diciendo todas estas cosas. —Me temblaban los labios.

—Solo te besaré si me lo ordenas, Erya —murmuró—. Me encuentro como un idiota sabiendo que seguiría tus órdenes con admiración siempre… así que, si me das permiso, si me lo ordenas…

Algún día lo haré. No porque sea impulso, es una elección que tengo clara desde hace bastante tiempo.

Dio un paso hacia atrás.

—No tienes derecho a decidir lo que me merezco o lo que no —dije—. No tienes derecho a asumir que te permitiría besarme.

—No asumo nada. Te doy el control.

Noté la mano yendo a mi daga. A mi sitio seguro.

—No… —murmuré—. No te voy a dar ninguna orden fuera de la misión.

—No lo llames orden. —Recortó la distancia entre nosotros, de nuevo—. Llámalo permiso. Permiso para caer en lo que deseo, si tú también lo deseas… Y aunque seamos idiotas porque uno de los dos va a morir, permiso para lanzarme al abismo, aunque duela.

Mis dedos se cerraron sobre el cuero de la daga.

No para atacarle. Para recordarme quién era.

35

> Sin una fuente, un vinculum se apaga. Esa es su dependencia del Ibrax: la necesidad de alimentarse de su magia. Cada criatura tiene ritmos distintos, y cada especie su forma de extraerla…, pero sin ese alimento los vinculum no mueren: quedan incapaces.
>
> *Códice de Teryon*, vol. 7,
> «Del equilibrio de la magia»

Lioran quedaba a nuestras espaldas mientras me ajustaba la capa al cuello.

Adentrarnos en Vel'Dharan suponía exponernos aún más a todo tipo de saqueadores, además de ondraris, y no podíamos correr ningún tipo de riesgo dejándonos ver.

La noche anterior, Nathaniel y yo no hablamos mucho más. Nos fuimos a dormir cada uno en un extremo de la cama de la posada y no nos dirigimos la palabra hasta que, la mañana siguiente, sus pasos dormidos yendo al baño me despertaron.

—Qué bien he dormido —susurró, frotándose los ojos.

Yo me quedé dormida pensando en nuestra conversación y en sus consecuencias. En cómo iba a ser capaz de continuar la misión sabiendo que me deseaba.

Y sabiendo que aquello me agradaba, aunque no supiera decidir

por qué.

—¿Has estado en alguna misión en Vel'Dharan?

Cada paso que daba se volvía más complicado a causa del frío, y a medida que ascendíamos la montaña la frondosidad de su vegetación se iba rindiendo; primero las hojas, luego los arbustos, hasta que el verde quedó atrás y una película blanca y fina apareció sobre la piedra.

El frío en Teryon no era una excepción, era la norma. Siempre hacía algo de frío, daba igual la estación. Sin esos tres soles dominando el cielo, la luz siempre aparecía débil… como si no tuviera forma de calentar el reino. Pero aquella montaña parecía ser especialmente gélida, como si la poca iluminación natural que tenía el reino se rompiera antes de llegar allí.

—Una vez. Pero nos marchamos pronto —comenté, mis botas se hundieron con fuerza en la nieve—. Nosotras solemos ir a por los necros, cuando hay altercados de otro tipo —comenté, refiriéndome a los saqueadores—, no solemos estar mucho tiempo. Los ondrari consideran que no es un problema que merezca la pena solventar.

—Porque no afecta a los de la capital, ¿cierto?

Nathaniel andaba detrás de mí, y no me hizo falta girarme a mirarlo para que él supiera que yo estaba de acuerdo.

Me alegré al darme cuenta de que éramos capaces de ser adultos y mantener una conversación normal pese a lo de ayer.

—Tú no has viajado nunca, pero… —Extendí la mano hacia el frente y comprobé que comenzaba a nevar de forma sutil—. ¿Cuáles son tus mejores recuerdos en el templo de Nerón?

Nathaniel rio en voz alta, como si mis palabras fuesen absurdas.

—¿Qué?

—No me esperaba que me preguntaras algo así.

Me detuve un instante para girarme, y el viento me golpeó de

frente. La nieve, fina y obstinada, me humedeció la punta de la nariz al caer.

—Me gusta que te hayas interesado en saber algo de mí —confesó él.

Me dio miedo lo íntima que había pasado a ser la conversación.

Di la vuelta y continué caminando. Podría jurar que le escuché reír de nuevo.

—Bueno, si insistes… —continuó Nathaniel—. En el templo no tengo recuerdos especialmente felices. No son recuerdos tristes, solo… no me despiertan ninguna emoción —reconoció—. Siempre me ha gustado escaparme a Rhyen. Llevo dejando ecos en el templo para poder huir alguna noche bastante tiempo, es lo que más he disfrutado siempre. ¿Y tú? ¿Qué te ha aportado felicidad?

Continué caminando con la vista fija en la forma en la que mis botas se hundían en la nieve.

Felicidad es una palabra con un significado demasiado poderoso como para poder sentirme identificada con ella.

La posibilidad de huir de Ignath, aunque fuese unas horas, de ser anónima y poder disfrutar de la oscuridad sin que nadie me exigiera nada había sido siempre mi fuente de disfrute.

El sentir que podía dejar de ser quien era unos instantes.

—Creo que como tú —reconocí—. Con no ser yo, me basta.

El silencio se alargó unos segundos de más.

—Pues yo opino que ser tú debe ser apasionante —murmuró, y noté cómo el corazón se aceleraba de nuevo—. Tú. No la bestia de Ignath.

Tal vez no era el monstruo que yo pensaba que era.

Pero… si no lo era, ¿qué era yo? ¿Qué quedaba de mí cuando nadie miraba?

Índice, mediano, anular, meñique…

—No sabes lo que es ser yo —murmuré—. No me conoces.

No pude evitar girarme a buscarle con la mirada, de una forma u otra esperaba su reacción.

—Créeme que ya nos conocemos más de lo que piensas —respondió él, y las ramas de sus pupilas volvieron a brillar.

Y aunque me enfurecía la forma en la que parecía leerme a la perfección… sonreí. No pude evitarlo, fue como un reflejo al brillo de sus pupilas. Fue sutil y delicado, algo que ni yo misma sabía que podía hacer con naturalidad.

Él abrió los ojos, sorprendido, y aguantó la mirada en mi rostro más tiempo del que debería; porque yo tampoco los aparté del suyo mientras nos abríamos paso en la montaña. Su mirada bajó a mis labios y, después, con sutileza la apartó.

«Solo te besaré si me lo ordenas, Erya».

Ahí recordé lo insultantemente atractivo que era Nathaniel; pero su físico no era ni de lejos el principal motivo. La forma en la que parecía reprimirse, en la que se contenía, como si el autocontrol le tensara la piel. La forma en la que parecía que me obedecía con devoción.

Joder.

Negué con la cabeza para deshacerme de ese pensamiento. En novecientos años la lujuria no me había servido para nada más que para conseguir tratos de favor.

Aquello distaba de ser simple apetito; decidí volverlo a ignorar.

Era experta en negación.

—La cumbre parece estar más nevada aún.

Mi drástica forma de cambiar de tema arrancó del guardián una risa nerviosa que se repitió durante las siguientes horas en numerosas ocasiones. Había veces que conversábamos sobre el tiempo, sobre nuestros mejores recuerdos como fénix y guardián… y

había ocasiones en las que el silencio de la montaña se apoderaba de nosotros.

Y ya no me molestaba. Me agradaba.

Cuando estábamos llegando a la cumbre de la montaña y el frío apremiaba cada vez más noté un pulso de magia tirar de mi pecho. Reconocí la intensidad, la forma en la que me llamaba.

—Hay una fuente de magia cerca —comenté.

Lo que empezó como una simple curiosidad se convirtió en una certeza incómoda: una fuente ahí arriba no podía significar nada bueno.

—¿Una fuente de magia?

La pregunta de Nathaniel quedó detrás de mí. Caminé a paso rápido siguiendo ese tirón que venía de mi corazón hasta encontrar la existencia de la fuente.

Debía ser un manantial salvaje difícil de localizar. Los restos de una fuente chapada que todavía burbujeaba algo de magia.

Aunque me tragué mis palabras al chocar con ese pozo de piedra inmenso en mitad de la cumbre. Una fuente… ¿menor?

—¿Qué hace una fuente menor aquí? —preguntó Nathaniel. Y sus palabras se perdieron con el viento que no hacía más que aumentar.

«Ningún asentamiento habitado debe quedar a más de medio día de marcha de una fuente menor», repasé en mi cabeza.

Las fuentes de alimentación mágica tenían un sistema de reparto específico según la ley ondrari y era algo que todo ciudadano debía conocer por su propia supervivencia. Las fuentes mayores existían tan solo en ciudades; eran pozos tan grandes como una casa y servían de alimentación para los pueblos que los rodeaban. Las menores, sin embargo, estaban cerca de barrios, puentes, mercados… Y apenas tenían el tamaño de un pozo.

Pero siempre, sin excepción, cerca de un asentamiento. Nunca en mitad de una montaña.

—No entiendo nada —murmuré—. No hay ningún pueblo cerca, ¿no?

Nathaniel recorrió con los dedos el pozo de magia y noté como su cuerpo temblaba por un escalofrío. Al mirarlo, observé las ramas de sus ojos resplandecer.

—Estamos a más de un día de camino del siguiente pueblo y… —Su voz tembló—. Está activo, pero hay mucha magia. Demasiada.

Pegué mis dedos a la piedra fría que rodeaba el muro y una descarga de poder me llenó cada centímetro del cuerpo. El Ibrax estaba aportando una cantidad de magia ingente a esta fuente que ni siquiera estaba siendo usada. ¿Cómo podía ser?

—Las fuentes de Lioran no nos llamaron de esta forma —comenté.

—Bueno. —Nathaniel quitó las manos de la piedra, como si se quemara. Escuché sus pasos dirigirse hacia atrás mientras su voz se alejaba poco a poco—. Ya sabes lo que leímos en la biblioteca. Tal vez la forma en la que se reparte magia en el Ibrax no es la que siempre hemos creído que era.

Podría ser, pero no tenía ningún sentido que el Ibrax transmitiera tanto flujo mágico a una fuente en desuso. Estaba claro que la información se había manipulado y probablemente ningún volumen del códice dijera la verdad, pero el problema no era ese. El problema era que la verdad a la que nos enfrentábamos no tenía ningún tipo de sentido.

—¡Erya! —Me llamó Nathaniel. No me había dado cuenta de que se había alejado tanto—. ¿No decías que debería haber un asentamiento cerca?

Seguí su voz con curiosidad, caminando por aquel paisaje

nevado bañado en una bruma densa que aumentaba a cada paso que daba.

—Ruinas —murmuró el guardián.

Nos habíamos centrado en la anomalía de la fuente y no nos habíamos parado a observar la apariencia de aquella cumbre. No era puntiaguda, ni daba una sensación de altura extrema que me erizara la piel, en su lugar, parecía que habían cortado la montaña a la mitad dando a su cumbre un aspecto de meseta incompleta.

Sin duda, algo aprovechado para construir lo que, a mis ojos, parecía un monasterio.

—La torre… —murmuré, señalando una columna de piedra cortada con dientes—. El arco partido. —Continué con mi dedo—. Joder. Parece un monasterio.

—Lo fue —continuó Nathaniel, caminando entre los ladrillos—. Los restos de un monasterio. ¿A Nerón? ¿O a Yara?

—O a Kaol —murmuré.

Parecía que nadie había estado aquí en cientos de años. Las ruinas se sostenían en pie con una firmeza que solo la naturaleza podía darle; la base de sus columnas se había congelado y lo que parecía ser una campana oxidada se había clavado en la piedra como si fuera una extensión de esta.

—Qué tétrico —continuó el guardián.

La bruma se espesaba y caminar entre aquellas ruinas se volvió un suplicio. Los ladrillos asomaban bajo la nieve como dientes rotos. Casi tropecé con unos escalones enterrados y, unos metros detrás, Nathaniel soltó una maldición al chocar con otra estructura.

—Y no han cerrado la fuente… —comenté para mis adentros.

La norma ondrari estipulaba que toda fuente en desuso debía cerrarse para que su magia no fuera desperdiciada y el Ibrax repartiera esa magia de forma equitativa entre las demás fuentes.

Así disponían todos de más recursos mágicos.

Pero esa fuente no estaba ni por asomo cerrada. Expulsaba más magia de la que muchas fuentes de pueblos más pequeños podrían siquiera soñar.

Escuché un golpe sordo detrás de mí.

—Erya.

No necesité girarme. Conocía bien la forma que tenía él de decir mi nombre… Y esa vez iba cargada de advertencia.

Coloqué ambas manos en las dagas.

Otro golpe sordo.

La respiración agitada de Nathaniel.

Y el tipo de gruñido que siempre me erizaba la piel.

—Necros. —Suspiré, no me hizo falta verlos con mis propios ojos —. ¡Necros!

Inspiré y espiré hondo…

No era la bestia que ellos decían, pero tantos años de entrenamiento debían seguir sirviéndome para algo.

Agarré las dagas, sentí el cuero como parte de mí. Me giré con ansia hacia Nathaniel y… centré mi objetivo.

—Ya hemos hecho esto más veces. —Nathaniel se apoyó en lo que quedaba de la torre, desenvainando su espada como si fuera a hacer algo divertido—. A ver si esta vez tardamos menos.

—Cuatro minutos —dije, alzando la vista al cielo y viendo cómo las bestias nos rodeaban. Al menos una decena; gruñían, se retorcían y se volvían locas por nuestra magia.

No tardarían en abalanzarse.

—O cinco —corregí, recordando las apuestas que hacíamos mis hermanas y yo.

—Que sean tres minutos. —Rio él.

Se me escapó una sonrisa, fuera de lugar, justo antes de la

masacre. Y me odié por ello…, pero no supe borrarla.

Se lanzaron hacia nosotros, hambrientos y desesperados por arrancarnos todo lo que nos hacía ser nosotros mismos. Con la mano izquierda me protegía el rostro de sus fauces y garras agresivas, con la derecha, apuñalaba su cuerpo sin ningún tipo de piedad.

Giré sobre mí misma para protegerme de otro. Eran más grandes que los de Valderan, pero ya había luchado contra bestias así… acabarían de alimentarse hace relativamente poco.

—Que lenta eres, ¿no? —dijo él muy soberbio.

Seguí con la mirada al guardián que corría hacia un necros para, con una agilidad que solo él tenía, saltar y degollarle el cuello.

Un necros me tiró al suelo, golpeándome contra lo que parecían los restos de unas escaleras.

Rodé por la nieve y me incorporé lo más rápido que pude. Observé el terreno abrupto y…

Basta de juegos y distracciones.

Noté la magia latir en mi cuerpo, poco a poco me iba haciendo presa de mi poder y se volvía más difícil de controlar. Era casi doloroso, las dagas comenzaron a temblarme, el pecho iba a estallar y yo…

Crucé miradas con Nathaniel mientras me levantaba. Como si me leyera la mente, asintió hacia mí. Demasiada lentitud para lo que era yo.

Demasiada para lo poderosa que era.

Dejé que el canal mágico que había heredado ardiese en todo su potencial, que la magia de mi pecho viajara hasta llegar a la punta de mis dedos y que, con cuidado, comenzara a chisporrotear. Aquí no había riesgo de incendiar nada, la nieve lo detendría a tiempo y nos ayudaría a acabar con ellos más rápido.

—Clava tu espada donde yo incendie —ordené. Nathaniel corrió hacia mí huyendo de una bestia—. ¡Ahora!

Extendí las manos con las palmas mirando hacia mi objetivo, disparé llamaradas de fuego. No me costaba, solo notaba algo de quemazón en la piel, pero de una forma placentera.

Sabía que no podía controlarlo del todo, que en cualquier momento vendría un impulso de fuego mayor que lo cambiaría… pero por ahora sentía que podía dominarlo.

Yo apuntaba y los necros ardían.

Agonizaban.

Y antes de que llegara a extinguirse el fuego por el contacto con la nieve, Nathaniel clavaba su espada y acababa con ellos de una forma impecable.

El paisaje blanco pronto se tiñó de manchas negras de sangre y de fuego extinguido, dejándonos a nosotros jadeantes.

Él con su espada de mango dorado.

Y yo con las manos respirando ceniza.

—Han sido tres o cuatro minutos al final —comentó. Yo me puse de cuclillas—. Increíble. Qué control del fuego tienes.

Lo miré desde el suelo.

—No tengo apenas —comenté—. Solo consigo apuntar y disparar, nada más. No suelo usarlo porque no sería la primera vez que incendio algo por culpa de ese descontrol. Además… —Me limpié el rostro con las mangas—. En palacio no podemos usar magia. Nos educaron para ser capaces de defender Ignath solo con nuestras armas.

Nathaniel comenzó a caminar alrededor de los cuerpos de las bestias. Largos, puntiagudos y con unas fauces terribles; eran bestias horrendas, como si lo más oscuro de la humanidad se hubiera hecho monstruo.

—Eso no tiene ningún tipo de sentido —comentó—. ¿No quieren usarte en tu máximo potencial?

Me incorporé del suelo, repasando con los ojos la cantidad de bestias muertas que había. Al menos diez.

—No sé. —Me limité a responder.

—Si te hubiesen enseñado a sacar todo el partido de tus poderes y algún día abrieses los ojos, lo usarías contra ellos —dijo, pasándose la mano por su barba incipiente—. Les compensa tenerte débil.

Me giré hacia él, sorprendida.

—¿Débil? —Señalé todas las bestias muertas—. ¿A esto lo llamas débil?

—Imagínate si usaras todo tu poder. Serías imparable.

Mientras descendíamos la montaña, su afirmación voló por mi cabeza unas cuantas veces. Nunca dudé de que usarme en mi máximo potencial era algo que querían evitar, pero lo que ocurriría si lo tuviera era algo que, hoy en día, me desconcertaba.

Tal vez mi verdadera maldad saldría a la luz, tal vez querría destruir el reino y a todos… La idea no me disgustaba. Y supe, en lo más profundo de mi alma, que aquel deseo no provenía de la bestia que habitaba dentro de mí.

Era Erya solo, la que quería matarlos a todos. Un día me lo juré y lo cumpliría, ya fuera con todo mi poder o con la mitad de él.

—¿Crees que mis hermanas habrán tenido problemas de algún tipo?

La pregunta salió de mí antes de que yo misma pudiera reflexionarla. La nieve seguía lo suficientemente alta como para que nos costara caminar y, al descender, la frondosidad de los árboles aumentaba dificultándonos aún más el trayecto.

Las piernas me pesaban y los dedos se me habían quedado

torpes, rígidos, como si el frío me los hubiera robado.

—No creo —contestó—. Aquella mujer, Lili… parecía tener bastante claro lo que hacer.

—Todas son así —respondí, saltando un tronco que había en el suelo—. El equipo que se quedó en Valderan, dará todo por esos ciudadanos. Y las que se fueron a palacio… —Tragué saliva—. Estoy segura de que habrán intentado ser lo más convincentes posible. Es solo que no me fío de ellos, joder.

Nathaniel se detuvo.

—¿De los ondrari?

Asentí con la cabeza.

—Existirán ondrari que vivan en ciudades que no causen problemas.

—No sabes cómo son —continué—. No sabes el nivel de maldad que pueden llegar a alcanzar. Son totalmente apáticos…, egoístas. No he conocido criaturas tan traidoras como ellos.

Él continuó caminando.

—Pero de quien no me fio en particular es de Morcant, el líder —comenté—. El general supremo de los guardianes —dije su título con cierta burla—. Es deleznable.

Por la forma en la que alargó el silencio, supe que comenzaba a no saber qué responderme al respecto.

—Y juré que algún día lo mataría —murmuré—. Es otro de mis deseos y aspiraciones. Matarlo y que sufra. Como nos ha hecho él a nosotras miles de veces.

Nathaniel comenzó a toser.

—Joder, Erya —musitó con algo de diversión—. Me has dado un poco de miedo.

Yo no me reí en absoluto. Él recuperó su mirada seria.

—Es verdad. Y sé que ese deseo se cumplirá, aunque deje un

reguero de muertes detrás.

Nada más terminé la frase, noté un tirón en mi pecho.

Un tirón mágico. Como si alguien tensara la cuerda que me conectaba a…

—Mis hermanas —dije de pronto.

Nathaniel frenó en seco y colocó su cuerpo delante del mío.

Alcé la cabeza para mirarlo.

—Noto algo —continué—. Espera.

Cerré los ojos, me concentré en conectarme con ese latido mágico que me ataba a mis hermanas, que nos convertía en única red y…

—Aria está intentando comunicarse conmigo.

El hilo volvió a tirar, urgente, insistente; como si me arrancaran el aire a pequeños golpes.

Algo grave estaba pasando.

36

> Se denomina pulso al envío de magia concentrada a través de una red vinculada. Todo pulso requiere una hebra continua y un punto de anclaje al flujo del Ibrax; sin él, la transmisión se fragmenta en tirones erráticos. Donde la hebra se fragmenta, la comunicación falla. Donde la comunicación falla, el riesgo aumenta.
>
> *Códice de Teryon*, vol. 6,
> «De las bestias malditas»

Tirones desiguales me arrancaban el aire por momentos. Cerraba los ojos intentando concentrarme, intentando que Aria me dijera aquello que le preocupaba. Pero nada servía.

Me senté en el suelo, intentado que mis manos dejaran de temblar y se concentraran en lo que de verdad importaba, pero…

—Aria, el pulso de magia a tanta distancia no creo que funcione. Pero si lo intentas… que sea para algo grave.

—No vuelvas bajo ningún concepto.

—Si me mandas un pulso mágico volveré. —Ella negó con la cabeza—. O, al menos, me daré más prisa. Pero prométeme que me llamarás si me necesitas.

—Te lo prometo.

… la conversación que tuve con mi hermana antes de partir pasó

por mi cabeza como una pesadilla. Ella no me llamaría si no fuera una urgencia.

Hilos que se cortaban sin llegar a su destino. Sentía magia en pulsos desacompasados, como si Aria no pudiera conectar su magia a mi red o estuviéramos muy lejos para entendernos…

Pero no llegaba a sentir nada más.

Sabía que era ella. Era su poder, estaba completamente segura.

Me coloqué las manos en el pecho, presa de la desesperación.

—Aria… —susurré. Notaba como mis manos, entrelazadas, temblaban al intentar unirse a mi pecho—. Aria…

Sentí el cuerpo de Nathaniel colocarse junto al mío.

—Nathaniel, no… —Cerré los ojos con fuerza—. No la entiendo. No me llega, no…

—Respira, Erya —murmuró—. Concéntrate en su magia.

Por un segundo el frío dejó de importarme. Todo dejó de importarme porque mis hermanas me necesitaban y yo no estaba ahí para ellas.

Los tirones continuaban erráticos de una forma que no podía entender. Pero sabía que Aria, allá donde estuviera, seguía luchando para poder transmitirme el mensaje.

Concentré mi magia en las manos y, con fuerza, presioné mi pecho. Tal vez si la magia del fuego tocaba mi corazón podría ayudarla.

—Lucha, Aria… —susurré. Me ardían los ojos—. Lucha…

Todo terminó en ese momento.

El hilo de magia se destruyó por completo. No recibí ningún mensaje y la fuerza de la magia desapareció sin avisar.

Los tirones se disiparon. Los intentos de Aria no volvieron a aparecer. Y yo sentí que todo el mundo se me derrumbaba encima.

—Ha parado. —Exhalé, apenas salió algo de voz de mi garganta.

Miré a Nathaniel, se había sentado a mi lado, abrazándose las rodillas con sus brazos.

—Ha parado. No he recibido ningún mensaje. Necesitaban mi ayuda y no he podido responder. Las he abandonado. Soy su líder. Su hermana. Y están luchando en una misión en la que ni siquiera querían participar. Todo esto…

—Erya, para.

Nathaniel me rodeó la espalda con el brazo. Yo me quedé quieta.

Intentaba inhalar y exhalar, pero no podía. El corazón comenzó a taladrar mis costillas como si fuera a romperlas y…

Índice…

Mediano…

Mis manos temblaban demasiado. Ni siquiera podía hacer eso.

Las había abandonado, repetí en mi cabeza. La culpabilidad había dado paso a un sentimiento de pánico incontrolable.

—Erya, por favor. Respira… —Su cuerpo, frío como la nieve que pisábamos, se pegó más a mí.

Yo, sentada, dejé que me abrazara.

Sentí una opresión en el pecho que comenzó a robarme más aún el aire. Estábamos a tantos kilómetros… y ellas no me llamarían si no hubiera pasado algo extremadamente grave.

Las he puesto en peligro. Y no podría perdonármelo jamás.

—Hay que volver. —Exhalé, sin aire apenas—. Hay que volver —repetí.

El pánico dio paso a la rabia, y de la rabia pasé a la acción.

Me eché hacia delante y coloqué las manos en la nieve que comenzó a derretirse al entrar en contacto conmigo y con mi magia. Empujé a Nathaniel hacia un lado, para que me soltara.

—Déjame.

Comencé a gatear, sin ver. Con el único objetivo de volver y ser

la comandante y hermana que merecían.

El contacto de mis rodillas con la nieve derretía el hielo a su paso, todo mi cuerpo la derretía y convertía el espacio en algo resbaladizo. Pero yo seguía sin ver, sin pensar.

Conseguí levantarme.

—Erya…, vamos a sentarnos.

No le hice caso. Caminé en dirección contraria.

—Debo volver.

La nieve se derretía a mi paso.

—Erya…

Noté unos brazos rodearme por detrás. Impidiéndome el movimiento.

No eran unos brazos cualesquiera, eran los de Nathaniel.

—Suéltame —gruñí.

—No. Te tienes que tranquilizar —contestó con serenidad.

La nieve a mi alrededor ardía.

Yo quemaba. Lo sentía. Notaba el vapor salir de mi piel como una bestia indomable y Nathaniel estaba eligiendo quemarse.

—¡Que me sueltes!

Las había traicionado.

Había abandonado a mis hermanas.

—Erya…, volver no tiene sentido ahora. Vamos a pensar —murmuró, yo luchaba por librarme de su agarre, de su abrazo—. Sentémonos y tracemos un plan. Te seguiré donde elijas.

Me fui quedando sin fuerzas.

Noté como algo humedecía mis mejillas.

—Pero, por favor, intenta respirar conmigo —murmuró—: índice, mediano, anular, meñique. Venga, ¿cómo es eso que haces?

Lo que mojaba mis mejillas cayó con más fuerza, sentía que las lágrimas me destrozaban. Me fui quedando quieta.

Completamente derrotada.

—Índice, mediano, anular, meñique —murmuró él—. He visto cómo lo haces mil veces, Erya. Puedes hacerlo una vez más. Céntrate en mi voz.

Estaba agotada. Todo me daba vueltas, pero seguí la voz del guardián.

—Índice, mediano… —Su voz, detrás de mi oído, sonaba serena, aunque yo hubiera intentado zafarme de él hacía un instante—. Vamos, Erya.

Miré mis manos que no dejaban de zarandearse de un lado a otro con recelo.

Las había abandonado.

Índice…

Mediano…

—Muy bien —susurró él.

—Anular… —susurré.

—Meñique, eso es —seguí sus palabras—. Hazlo las veces que necesites, Erya —susurró—. Pero todo va a ir bien. Van a estar bien.

Las piernas comenzaron a pesarme más que nunca. No podía más.

Me dejé caer y mi cuerpo comenzó a apagarse. Noté el fuego calmarse dentro de mí y mi trasero cayó sobre los restos acuosos de lo que antes era nieve.

Hice mi ritual tantas veces hasta que logré que mi respiración volviera a un ritmo normal. Cuando lo hizo, logré enfocar la vista y darme cuenta de que Nathaniel no me había soltado ni un solo instante.

Elegí quedarme.

Me quedé en esa seguridad unos segundos más. Permitiéndome disfrutar de algo que ansiaba sin siquiera saber que lo hacía.

Eché la cabeza hacia atrás. Él apoyó la barbilla en mi frente, con cuidado. Sabía que ya me había recuperado y que ese abrazo ya no estaba frenando ningún ataque de ansiedad. Pero se quedó.

Y yo no me moví.

Hasta que fui capaz de pensar con cabeza y, con todo el cariño que se pudiera sentir por quien acababa de apartarme del abismo, me separé de él. Observé su cuerpo en el suelo, rodeado por un círculo de agua que aún humeaba vapor.

—¿Cómo estás?

Nathaniel me miraba desde el suelo, con las piernas cruzadas.

—Estoy bien —susurré.

Él se levantó, calmado, sin comentar ni juzgar nada de lo que había pasado. Sin mencionar que acababa de llorar en sus brazos como una niña pequeña y que me había quedado recostada en su pecho completamente agotada.

No dijo nada. Sostenerme fue suficiente para él.

Y para mí… eso significó más de lo que quería admitir.

—Ahora, Erya. Cuéntame qué ha pasado.

Me sequé las mejillas con el dorso de la mano, furiosa conmigo misma.

Ajusté la capa al cuello hasta sentirla lo suficientemente prieta.

Volví a ser comandante antes que hermana.

—Aria y yo habíamos pactado que solo ante una urgencia extremadamente grave, debería mandarme un pulso de magia para avisarme. En la distancia no suele funcionar tanto, porque a medida que nos alejamos de la capital y nos alejamos del Ibrax el poder disminuye…, pero en momentos extremos, si nos concentramos bien, podemos llegar a hacerlo —expliqué—. Me ha llegado que Aria lo estaba intentando y no ha podido, Nathaniel.

Él me miraba pasmado.

—Debe de haber ocurrido algo terrible —continué.

Nathaniel se llevó las manos la cabeza y alzó la vista al cielo. Parecía estar buscando la explicación de lo que había ocurrido, pero, a juzgar por cómo se mordía el labio inferior, no lograba encontrarla.

—Tal vez ha sido un error.

Negué, seca.

—No podemos mandar pulsos mágicos por error —corregí—. Requieren de una gran concentración. De voluntad.

El guardián comenzó a pasear en círculos por el surco de nieve derretida que había dejado a mi alrededor.

—Ha tenido que hacerlo a conciencia —continué. El pecho se me aceleró de nuevo, pero logré calmarlo—. Y ha tenido que ser algo de gran importancia. La misma Aria me dijo que no me llamaría para cualquier cosa.

Centró sus ojos en mí, como si la última frase le hubiera dado alguna idea.

—Si Aria dice que no te llamaría, ¿no crees que también existe la posibilidad de que no sea Aria la que llame?

La idea me atravesó como una punzada.

—Conozco su magia. Era ella.

—Sí, puede ser ella…, pero puede estar siendo obligada.

Me froté la cara con la palma de las manos intentando no volver a entrar en pánico.

Mente fría.

—Bien. Supongamos que tienes razón. O supongamos que no —negué con la cabeza—. Da igual.

Nathaniel enarcó una ceja.

Todas las posibilidades viajaron rápidamente por mi cabeza.

—Da igual, porque ahora mismo no tenemos dónde ir —continué —. Volver a ciegas nos haría perder días. Y si esto es una urgencia

de verdad, llegaríamos tarde.

Se hizo un silencio duro.

Y yo noté cómo mi corazón se rompía en mil pedazos.

—Si es una trampa, llegaríamos tarde.

Enderecé la espalda. Notaba un nudo en el pecho que me dificultaba respirar; como si lo que estuviera diciendo distara mucho de lo que, en el fondo, quería hacer.

Pero no había tiempo para visceralidades.

—Entonces ¿qué propones?

Las había abandonado e iba a tomar la decisión que más me dolía.

—Seguimos. Pero a partir de ahora… no pienso parar ni, aunque los pobres soles se escondan —murmuré—. Llegaremos en pocos días a Kaoral y terminaremos con lo que hemos empezado, Nathaniel.

Me sostuvo la mirada un instante y asintió.

—A tus órdenes —murmuró.

Las noches a partir de ahí fueron más frías y dolorosas que de costumbre. A juzgar por las ojeras que el guardián lucía, también lo fueron para él. Estábamos cansados y heridos por algunas caídas que habíamos tenido durante el viaje.

—Eso hay que limpiarlo —le dije una de las noches, cuando observé la herida que tenía Nathaniel en el brazo.

Al bajarse las mangas, reparé en una herida oscura. La sangre seca se había ennegrecido con el frío y la suciedad del camino.

—Cómo te preocupas por mí, ¿no?

—Dame el brazo.

Ignoré su broma y él, por primera vez, ignoró mi orden y siguió caminando.

Conciliar el sueño resultaba complicado cuando tenías la certeza

de que algo terrible estaba pasando y tú no podías controlarlo.

Así que nos limitamos a caminar, sin mirar atrás.

Atravesamos praderas interminables, pueblos que cruzábamos con la cabeza gacha y las capuchas bien ajustadas y laderas que, poco a poco, iban perdiendo el verde hasta tornarse escarcha. El temporal no amainaba.

Los dedos de las manos dejaron de pertenecernos; cuando rozábamos el metal de las armas ante la sospecha de un necro, nos ardía la piel, como si el frío nos mordiera con sus dientes.

Y, a diferencia de aquella vez que el hilo con Aria se tensó, mi cuerpo no derretía la nieve a mi paso. Mi poder estaba contenido en mi pecho. Lo sentía latir como una bestia mansa.

Habíamos cruzado Kaerion en silencio y con la cabeza gacha, rodeando los asentamientos inferi y aprendiendo a caminar como si no existiéramos.

Solo una patrulla ondrari nos cortó el paso y, en cuanto entendieron que no éramos simples viajeros, no nos dejaron otra opción. Tuvimos que mancharnos las manos, era inevitable.

Continuamos caminando hasta que, una mañana, el paisaje se abrió.

—Ya estamos llegando, Erya.

Arrastrando los pies como si la vida nos hubiera llevado por delante, anduvimos hasta que la cordillera dejó de darnos tanto miedo.

Frente a nosotros, oscura y afilada, cortando el horizonte como un muro, las crestas de Varkesh.

Parecía el límite del mundo.

—Si Kaoral existe… está al otro lado.

37

Varkesh no es una simple cordillera.

Sus crestas no se dejan medir, los caminos se repiten y el horizonte engaña a quien intenta cruzarlo.

Se dice que la piedra conserva una magia antigua que confunde el sentido de la distancia y devuelve al viajero al mismo punto…, aunque crea haber avanzado.

Códice de Teryon, vol. 6,
«De las bestias malditas»

—Esto es… —susurró Nathaniel—. Esto es imposible.

Ya nos habíamos bajado de nuestros caballos hacía rato y observábamos la pared a la que llamaban cordillera boquiabiertos.

La piedra, completamente vertical, alcanzaba el cielo y ni siquiera lográbamos ver su cumbre. Apenas tenía repisas por las que poder escalar y las montañas de la propia cordillera se extendían en horizontal lo suficiente como para que rodearlo tampoco fuera una opción.

—Tardaríamos días por allí —comenté, señalando hacia uno de los lados—. Y no podemos perder el tiempo.

—No es cuestión de perder o no el tiempo, Erya —musitó—. Es que no hay forma posible de cruzar.

Debatimos tantas posibilidades que comenzaba a creer la teoría de Nathaniel:

—Por algo la gente dice que Kaoral no existe. No existe forma humana de comprobarlo. Es imposible llegar a una cumbre que no sabes si existe. —Señaló hacia lo alto—. Ni siquiera se ve el final, joder.

Si no se podía rodear, tampoco escalar, no nos quedaban opciones.

—No deberíamos de haber hecho caso a aquel maldito inferi —gruñó Nathaniel.

Nunca lo había visto tan enfadado.

El viento soplaba con una aspereza particular, de advertencia. Incluso la vegetación se había reducido casi a la nada a nuestro alrededor sustituida por rocas afiladas y rasas.

Y él no hacía otra cosa que lamentarse y dar vueltas, pensando en la ruina que suponía haber llegado hasta aquí para nada.

Yo lo escuchaba…, pero de repente sus palabras se volvieron lejanas. Lo escuchaba como si fuera un eco de su propia voz, no como si estuviera a mi lado.

Porque algo tiró de mí.

No fue una intuición, fue algo físico, como un imán enterrado en mi esternón que cada vez que me acercaba a la cordillera se activaba un poco más.

Di un paso sin darme cuenta.

Luego otro.

—Erya —advirtió Nathaniel, pero yo ya no estaba mirando.

La piedra, a escasos metros, no era solo piedra. Tenía una vibración mínima, casi imperceptible, que llamaba mi atención con una urgencia incuestionable. Necesitaba posar las manos en la piedra y responder a su llamada.

La toqué. No estaba helada. Al contrario… la piedra desprendía un calor agradable.

Tragué saliva.

La bestia mansa de mi pecho levantó la cabeza.

—¿Lo notas? —pregunté a Nathaniel.

—Solo noto que tienes el cuerpo pegado a una pared de piedra y que me estás dando miedo.

No respondí. Apoyé ambas manos en la cordillera.

Y el mundo contestó.

Un pulso me devolvió el contacto como si, al otro lado, alguien con una magia similar a la mía hubiera puesto la mano al mismo tiempo que yo.

Pero no era magia similar.

Su latido reconocía al mío… y se habían sincronizado.

El mismo idioma. La misma frecuencia.

—No es un muro.

Los dedos comenzaron a hormiguearme por la sensación de poder inminente. Mi pecho ardía y noté que las palmas de mis manos luchaban por no revelar el fuego que llevaban tanto tiempo reprimiendo.

Entonces, bajo la piedra, una cicatriz dorada se reveló. Una línea finísima luminosa que comenzó entre mis dos manos y recorrió toda la piedra hasta llegar donde nuestros ojos ya no alcanzaban a ver, hasta el cielo.

—Es una puerta.

Nathaniel soltó una maldición nerviosa en voz baja. Me giré para mirarlo y comprobé que seguía la línea dorada con la boca abierta.

—¿Qué has hecho?

—Nada —respondí—. Me ha reconocido.

Separé ambas manos de la roca con la certeza absoluta de que

Kaoral nos había dado la bienvenida.

Y no me equivocaba.

Un ruido ensordecedor sonó justo en el momento en el que di un paso atrás y mis manos se alejaron lo suficiente. La montaña crujió como un animal despertándose, y tuvimos que echarnos para atrás para que el polvo que comenzó a caer en cascada no nos bañara al completo.

La grieta se abrió, lenta y solemne. Como si la cordillera se hubiera rendido ante mi magia y tuviera que partirse en dos para demostrármelo.

—No sé ni qué decir —comentó Nathaniel.

Yo tampoco. Ambos nos quedamos pasmados ante la montaña que se separaba de forma limpia dejando un recorrido de tierra en medio, con ambas paredes a los lados.

El silencio se alargó unos cuantos segundos de más.

—Pasemos —sugerí.

Avanzábamos sobre nuestros caballos, con la mirada al frente sobre el fondo oscuro que se encontraba al otro lado de la división de las cordilleras. Parecía otro paredón translúcido, como si no hubiera nada en realidad y nos estuviera esperando tan solo un manto de oscuridad.

Aun así, no dejamos de cabalgar. Despacio y a un ritmo prudente, pero no estaba dispuesta a detenerme.

Haze relinchaba y sacudía la cabeza, agitado. El caballo de Nathaniel parecía también estar nervioso, pero, desde luego, que no tanto como su dueño.

Solo me bastó girarme un par de veces a mirar al guardián para encontrarme con un hombre de espalda recta, pero mirada totalmente perdida. Casi podía oler su miedo, su inseguridad… que disimulaba con una media sonrisa que mantenía como disfraz.

—Ese manto oscuro… —murmuró.

Observé de nuevo la estructura por la que pasábamos. A los lados, los muros eternos de piedra que alcanzaban el cielo cubrían prácticamente todo el perímetro.

Delante, el final parecía ser una manta oscura que nunca llegábamos a tocar. Y detrás, por donde habíamos venido… el bosque iluminado por el día no estaba. Parecía una ilusión óptica, como si la montaña nos hubiera tragado y tan solo viéramos trozos de cielo oscuro miráramos donde miráramos.

O piedra o la mismísima noche. No había más.

Caminamos minutos, que se tornaron horas. Horas que comenzaron a pesar sobre las patas de nuestros caballos, sobre nuestras mentes…, aquí no teníamos recursos naturales que explotar si nos quedábamos sin provisiones.

Estábamos atrapados en un limbo por una magia que me había reconocido.

Y que, tanto Nathaniel como yo, comenzábamos a dudar de que tuviera buenas intenciones.

—No sé, Erya… —murmuraba él. Continuaba mirando a los lados como si el paisaje fuera a cambiar.

Hasta que se detuvo.

—¿Y si pruebas a tocar la piedra de nuevo? ¿Por si se abre?

Negué con la cabeza, parándome junto a su caballo.

—No es eso. Creo que este camino de paso es largo, pero hay que cruzarlo. Llegaremos a Kaoral.

La convicción con la que hablaba distaba mucho de ser algo que realmente sintiera, pero, habiendo llegado tan lejos en busca de una ciudad, en teoría, ficticia… no quedaba otra opción que continuar caminando.

¿Verdad?, me pregunté a mí misma.

Me encontraba mirando al guardián de reojo cuando vi como su cuerpo se echaba hacia delante y agudizaba la vista.

—Luz —dijo, estirando el brazo hacia el frente.

Volví a mirar el manto sombrío, que llevaba horas siendo nuestro paisaje y… algo había cambiado.

—A lo mejor es fruto del cansancio.

—No —negué con la cabeza—. No te equivocas, hay luz.

Apenas era notorio, pero ese final oscuro al que parecía que nunca llegábamos, que se alargaba y alargaba sin acabar nunca, se había quedado quieto. Como si la ilusión óptica de caminar sin alcanzar nada se hubiera detenido.

Y el final, aunque de forma sutil, se había aclarado ligeramente. Parecía que hubiera una fuente de luz al otro lado que nos dejaba intuir su existencia a través de la penumbra.

—Te juro que hay sustancias en la capital que te provocan ilusiones de este estilo, eh.

Nathaniel rio nervioso ante su propia afirmación y pegó su caballo más al mío.

—Estamos llegando —dije, ignorando su alusión a las sustancias alucinógenas.

Escuché ese ruido tan característico que distinguiría en cualquier lado; el choque del metal saliendo de la vaina en la que Nathaniel tenía guardada su espada.

—Cierto —murmuré.

Con cuidado saqué dos de mis dagas y las dejé apoyadas en mi propio antebrazo mientras Haze avanzaba. No sabíamos lo que nos íbamos a encontrar al otro lado o si iba a haber alguien esperándonos.

—Ya —susurré—. Nathaniel, prepárate.

De pronto, el manto dejó de ser un punto en el horizonte. Estaba

ahí, a pocos metros. Oscuro y translúcido, brillaba como si alguien hubiera encendido una luz al otro lado. No era niebla: era humo espeso, denso, casi sólido.

—Me recuerda a los velos del templo —comentó él.

Reparé en algo.

En el templo, los velos reconocían su magia y yo tuve que aferrarme a su mano para que estos no me mataran.

En estas cordilleras, fue mi magia la que permitió abrir el camino y dirigirnos a Kaoral. Este velo que teníamos delante… podría matarlo si no me tocaba.

—Dame la mano —murmuré.

Rápido, su mano encontró la mía y entrelazó sus dedos con los míos. El gesto fue demasiado firme, demasiado inmediato, como si el cuerpo le hubiera ganado a la cabeza.

Respiré hondo al instante.

Con un golpe de talón, indicamos a los caballos que continuaran caminando. Recé por que ese manto translúcido fuera fácil de cruzar, que tan solo necesitáramos andar al frente para poder alcanzarlo.

Ese humo negro serpenteante no parecía algo peligroso, daba cierta sensación de calma.

—Crucemos —murmuré.

Cerramos los ojos, me aferré con una mano al cuerpo de mi caballo para tranquilizarlo y aguanté la respiración rezando para no ahogarme en el proceso.

Hasta que sentí la luz intensa a través de mis párpados cerrados y me obligué a abrirlos.

—Joder —exhaló Nathaniel.

Yo todavía no me había acostumbrado del todo a la luz, y lo único que veía eran manchas blancas y sombras moviéndose. Luego enfoqué.

Siluetas. Decenas…, tal vez centenares. Todas delante de nosotros, inmóviles.

—Mierda.

Solté la mano de Nathaniel por puro reflejo, como si el peligro exigiera distancia. Aferré las dos dagas sin pensar y recé por que él ya tuviera la espada lista.

—¿Estamos en Kaoral?

Silencio.

Cuando me acostumbré por completo a la luz me percaté de qué clase de criaturas tenía delante de mí.

Pieles con pómulos marcados por la brasa. Miradas ambarinas que brillaban incluso a metros y metros de distancia. Casacas rojas y negras todas con el mismo símbolo grabado en el pecho.

El ojo de Kaol. El símbolo que acompañaba nuestros uniformes.

Y ninguno de todos estos inferis, abría la boca.

—El suelo… —murmuró Nathaniel para que solo lo escuchara yo.

Podría ser confundida con arena, pero solo la ceniza tendría un color tan oscuro y una textura tan particular. Como polvo de los restos de lo que un día existió.

—Identificaos —dijo alguien.

No reconocí el origen de la voz, eran tantos, había tanta magia allí que…

Noté como el pecho me daba tirones. Mi fuego latía con intensidad.

Miré a Nathaniel antes de atreverme a mentir que es lo que sabía que él pretendía hacer. Estábamos en desventaja y en busca y captura por todo Teryon, pero estaba convencida de que allí, precisamente, un ondrari no podría acceder.

Confié en que mis hermanos de especie… me tolerarían. Si en algún lugar de Teryon mi nombre podría ser un escudo… era allí.

—Soy Erya Kaol —alcé la voz—. Una de las diez fénix hijas de la diosa Kaol, que veneráis —afirmé, esperando no equivocarme al interpretar la simbología de sus casacas—, y él es Nathaniel… —Me di cuenta de que no conocía su apellido—. El guardián supremo del Ibrax.

El silencio fue sustituido por murmullos. De esos murmullos, algunos inferis pasaron a hablar entre ellos con la voz más elevada, pero nosotros continuábamos sin comprender qué decían.

—Venimos en busca de… —Nathaniel alzó la voz, y noté como muchos de los inferis lo miraron con recelo— ayuda. Alguna forma de librarnos de un pacto que nos ata.

—Bienvenidos.

Una voz femenina rompió ese silencio parcial de la multitud. No identificamos todavía su rostro, pero había gentileza en su forma de alzar la voz.

Como si se tratara de la cordillera que acabábamos de cruzar, la muchedumbre se abrió en dos grupos, dejando pasar a una mujer que se acercaba a nosotros a paso rápido.

Llevaba la misma casaca que los demás, pero el ojo bordado en el uniforme estaba enmarcado por un filamento dorado, parecido al de mi propio uniforme de palacio. Tenía el pelo castaño recogido en trenzas interminables que casi rozaban el suelo. La tez pálida, sin marcas de fuego en el rostro, y el ámbar de sus ojos destacaba tanto que parecía prestado, antinatural. Era joven, apenas aparentaba tener treinta años.

—Erya y Nathaniel —dijo nuestros nombres con una sonrisa.

No me fie en absoluto. Me aferré con más fuerza al cuero de mi daga y juré escuchar el repique de la espada de Nathaniel, a punto de ser desenvainada.

Esa amabilidad cuando éramos forasteros…

No quise arriesgarme a confiar a ciegas.

Al menos de momento.

—Habéis logrado cruzar el velo mágico.

Recordé la frase de Nathaniel comparando aquel manto oscuro con los velos del templo; tenía razón. Era el mismo tipo de magia protectora.

—Así es —respondí.

Ella nos miraba de arriba abajo con curiosidad, no con recelo. Parecía que hacía mucho que nadie cruzaba la cordillera y que se atrevía a buscar Kaoral.

—No venimos con malas intenciones —aclaré—. Solo buscamos ayuda.

Asintió con la cabeza.

—Soy Agnes. ¿Qué necesitáis?

Las decenas de inferis continuaban mirándonos inmóviles. Nadie avanzó hacia nosotros, pero tampoco nadie parecía tener intención de apartarse.

Sus ojos ámbar se movían entre Nathaniel y yo, evaluándonos con una curiosidad que no resultaba inocente; parecían medirnos el pulso, la magia.

—Agnes, ¿podríamos hablar en privado?

Anduvo hacia nosotros con decisión y noté que algún inferi de detrás comenzó a tensarse; no todos se fiaban de nuestra presencia. Intenté relajar la mano alrededor de las dagas, pero me costó no estar alerta.

Y tampoco sabía hasta qué punto deberíamos relajarnos, aunque Agnes estuviera tratándonos con amabilidad; los cuentos nos habían advertido de los peligros que corrían por estas tierras.

—Por supuesto.

Agnes me tendió la mano desde el suelo. Yo seguía sobre Haze,

así que la acepté para desmontar. A mi lado, Nathaniel hizo lo mismo, sin apartar los ojos de ella.

—Seguidme. Os llevaré a mi hogar para charlar. ¿O buscáis a otra persona?

Dudé.

—Vale, pero no sabemos a quién buscamos. Nos habían dicho que aquí encontraríamos respuestas.

Agnes chistó hacia la multitud y señaló a nuestros caballos.

—Ruan, al establo. Que beban y que nadie los toque.

Luego, comenzó a caminar con decisión a través de la ceniza.

Se hablaba de una ciudad peligrosa que asustaría a todo hombre o mujer que se atreviera a entrar. Toda criatura que conociera alguna leyenda de estas tierras hablaba de ella con un pavor inconmensurable, pero lo que tenía ante mis ojos distaba mucho de lo que nos habían contado.

Principalmente porque, su líder, no parecía tener la menor intención de atacarnos.

—Agnes.

Ella se detuvo ante mi llamada.

—¿Eras tú la que colocó la mano al otro lado de la cordillera?

Sonrió.

—Así es. La diosa Kaol solo deja pasar a quienes tienen una magia como la nuestra. —Miró de reojo a Nathaniel—. y a quienes ellas dejen pasar, por supuesto.

Magia como la nuestra.

—¿Cualquier inferi podría pasar?

Agnes negó con la cabeza y dio un paso hacia atrás, con intención de volver a caminar a donde fuera que nos llevaba.

—¿Acaso tú tienes magia inferi normal? —me preguntó.

—No, yo soy una fénix.

Sonrió, se dio la vuelta y comenzó a caminar de nuevo.
—Como yo. Por eso has podido pasar.

38

> Kaoral es el lugar que los prudentes llaman mito para no llamarlo pecado. Sus suelos, bañados por Kaol, vuelven impura cualquier intención: lo noble se quiebra, lo oculto se revela y lo débil se incendia. Si existe, es por voluntad de la diosa; si la diosa lo permite, es porque necesita fuego.
>
> *Tratado de tierras de Teryon*, p. 134

—¿Disculpa?

Agnes no se detuvo, continuó caminando hacia el frente, asumiendo que nosotros la seguiríamos. Y no se equivocaba.

Nathaniel tiró de mi brazo con cuidado para obligarme a seguir mi camino. Él mantenía la vista en alto, observaba la ciudad de cuya existencia muchos dudaban. Yo no veía nada mientras repasaba en mi cabeza la frase que acababa de decir aquella mujer.

Como yo.

Debía ser un error.

Éramos diez hermanas y siempre había sido así. Aquello no tenía sentido.

Pero me forcé a aparcar el tema y preguntarle todo cuando llegáramos a donde fuera que estuviera su hogar; ahí reparé en la majestuosidad de lo que me rodeaba y no comprendí cómo había

podido ignorarlo tanto tiempo.

Estábamos rodeados de montañas oscuras, tan afiladas que parecían cortadas a cuchillo, alzándose hasta el cielo. Eran las mismas paredes por las que habíamos tenido que abrirnos paso para llegar allí, solo que aquí no formaban un obstáculo: formaban un refugio.

Kaoral se adhería a ellas como si la ciudad no se hubiera construido, sino nacido de la roca.

Cientos de casas incrustadas en sus paredes, encajadas en repisas imposibles, unidas por pasarelas y balcones de piedra. Entre los edificios corrían riachuelos de luz: canales estrechos con un brillo rojizo, como si la montaña mostrara su propia sangre. Desde lejos parecían ríos de lava.

Otros se hubieran asustado, pero yo sentí un absurdo sentimiento de pertenencia al verme rodeada de tanto fuego.

Esos riachuelos seguían un cauce preciso, como agua conducida a propósito por unos carriles. Parecía arquitectura natural.

Más atrás, cubriendo las espaldas de todos estos hogares, se alzaban enormes volcanes con la boca encendida y la piel cubierta de ceniza. La lava burbujeaba en sus grietas y descendía en hilos delgados… y, aun así, no me erizó la piel el miedo, sino la contradicción que se apoderaba de mí.

Aquella luz en cualquier otro lugar hubiera sido amenaza, aquí era calidez. Como si el fuego se dedicara a mantener viva la ciudad bañada en la noche.

Me volví para mirar al guardián. Boquiabierto, repasaba todo al dedillo, mientras caminaba sin pensar en sus pies, como si un hilo tirara de él de forma automática.

—¿Te asusta estar en la tierra del fuego? —le pregunté.

Comenzamos a subir unas escaleras hechas con la propia ceniza

que conformaba todo el suelo, pero más firme. A ambos lados, dos riachuelos delgados de lava burbujeaban y caían hacia la propia tierra; reabsorbiéndose como si la ceniza se alimentara de su propio fuego para multiplicarse.

Él me miró divertido y antes de que abriera la boca, me preparé para escuchar un comentario pícaro digno del guardián.

—¿Desde cuándo piensas que a mí me da miedo el fuego? —murmuró. Sin dejar de caminar se acercó con cuidado hacia mi oreja —. Nunca te temí, Erya.

Era cierto. Jamás.

Nunca tembló al verme, nunca recitó una plegaria al oírme pasar.

—Cierto. Se me olvidaba que la soberbia es el adjetivo que mejor te define —respondí en cambio. No era necesario remarcar lo importante que era para mí aquello.

—Qué bien me conoces.

Las escaleras resultaron ser más largas de lo que había pensado en un principio; ascendían por toda la montaña hacia diferentes casas hechas de la misma piedra y cuando pensaba que habíamos llegado a la de Agnes… continuamos subiendo.

No vi castillos ni monasterios de camino. Tampoco vi ninguna casa más grande que las demás, fuentes mágicas…

Me guardé todas las preguntas para después.

—Ya casi llegamos. —Agnes alzó la voz—. Perdonad, vivo bastante arriba.

—No hace falta que lo jures —murmuró Nathaniel.

Le di un golpe cariñoso en el brazo y continuamos subiendo escaleras hasta que, por fin, Agnes se detuvo en una en particular.

Que, en efecto, era igual que todas las demás. Solo un pequeño detalle… el ojo con filigrana dorada aparecía de nuevo. Esta vez, grabado encima del pomo de la puerta.

—Descalzaos, que si no se queda todo lleno de ceniza después —comentó ella.

Agnes abrió la puerta y el calor nos golpeó en la cara. De alguna forma mágica que desconocía, la lava del exterior no aportaba todo el calor que esperarías de una ciudad de fuego y ceniza.

Olía a humo, a piedra caliente, incluso a madera recién cortada… y la casa parecía estar construida con la misma piedra que formaba las cordilleras. El suelo estaba cubierto con alfombras oscuras, a un lado, un cuenco de barro humeaba sin fuego debajo y el vapor tenía ese color entre gris y dorado que parecía magia de lo cotidiano.

Pero lo que más me llamó la atención, sin ningún tipo de duda, fueron las raíces rojas que recorrían las paredes como serpientes. No me hizo falta acercarme a comprobarlo para saber que la misma lava que se filtraba en el suelo de ceniza, atravesaba la pared de este hogar para iluminarlo.

Puede incluso que ocurriera esto en todos los hogares.

Nathaniel entró detrás de mí, con la espalda recta, pero vi cómo se le tensaba la mandíbula.

—¿Algo de beber? —Agnes apoyó su trasero en una mesa de piedra grisácea—. Llevaréis viajando mucho tiempo.

Tanta hospitalidad, tanta… amabilidad sin conocernos. Teryon me había enseñado que nadie era amable si no podía sacar algo a cambio. Jamás conseguí que alguien fuera bueno conmigo sin tener que recurrir al soborno.

Y ella nos abría las puertas de su casa, pretendía alimentarnos…

—No, gracias —respondí. Nathaniel se giró a mirarme y no me hizo falta verle para saber que no le había parecido una buena decisión.

Estábamos hambrientos, pero todavía no podía fiarme.

—Como queráis. —Volvió a mirarnos de arriba abajo—. ¿Qué

buscáis entonces?

Respiré hondo y me dispuse a preguntar lo que todo este tiempo había estado rondando por mi cabeza.

—Antes has dicho que…

Ella ni parpadeó al responderme.

—¿Qué soy una fénix? Sí, así es.

Sus palabras me golpearon como un puño en el pecho.

Era imposible.

La mano se me fue sola a la daga del muslo; no por amenaza, sino por instinto. Por necesidad de aferrarme a algo real.

Justo en ese momento, la mano de Nathaniel presionó con cuidado mi cintura; algo mínimo pero que me ancló al presente.

—Yo no haría eso, Erya —dijo ella, tranquila—. No hemos sacado ni un solo arma para recibiros y los forasteros sois vosotros. Devolvednos la cortesía.

—No puede ser. —La voz me salió rota—. Somos diez.

Ella ladeó la cabeza, pero no parecía burlarse de mí.

—Entonces mírame bien —susurró Agnes—. Y dime qué notas.

Abrí la boca para rebatirle, pero… tenía razón. Lo notaba.

No era su aspecto físico ni el símbolo dorado. Era el fuego que latía en su pecho; el mismo idioma en la piel. Como si la magia de mi corazón reconociera a la suya antes de yo darme cuenta.

—No tienes por qué creerme —continuó—. Pero has cruzado Varkesh. Y estas cordilleras solo se abren cuando una magia gemela reacciona.

Se me secó la garganta. Ella sostuvo mi mirada.

—¿Sabes? —Se llevó la mano a sus trenzas—. Sabía que algún día alguna de vosotras vendríais. Y sabía que sería con la intención de encontraros a vosotras mismas.

Negué con la cabeza.

—Te equivocas.

—¿No quieres descubrir quién eres de verdad, Erya?

—Quiero huir de ello, Agnes. —Tragué saliva—. Quiero separarme del maldito Ibrax al que mi vida, nuestra vida —corregí— está atada. Quiero ser mortal y quiero alejarme de todo lo que implique ser una maldita fénix porque es lo que ha hecho que mi existencia sea una ruina.

Terminé de hablar y Agnes alargó el silencio unos segundos de más. Tanto, que continué hablando.

—Él es el guardián supremo del Ibrax, y busca lo mismo que yo. Queremos encontrar la forma de desanclarnos del corazón de Kaol de una vez.

Mientras que a mí me miraba con la mayor serenidad posible, con Nathaniel no era lo mismo; sus ojos viajaban por él con desconfianza.

—Es una verdadera pena, Erya.

Se llevó las manos a la cara, frotándose los ojos con fuerza.

—Una pena que pienses eso de nuestra especie.

—¿Tú no estás harta de morir una y otra vez? ¿De perder parte de tu humanidad y asemejarte cada vez más a una maldita bestia? —Tragué saliva—. He muerto cuatro veces y noto que cada vez pierdo más de mí… No puedo más.

Agnes me sostuvo la mirada con tristeza. No con culpa. Con tristeza, como si yo fuera un niño que aún cree en los monstruos escondidos en la oscuridad.

—Nunca he muerto, Erya.

Mi mundo dio un vuelco.

El calor me trepó por los brazos como una náusea.

Mi mano desenvainó la daga antes de que yo pudiera impedirlo.

—¿Qué…? —La palabra se me quedó atrapada en la garganta.

—Aquí no he corrido peligro, nadie ha forzado mi muerte para su propio beneficio como sé que han hecho con vosotras… Nada. He sido feliz.

Coloqué la daga a apenas un palmo de su cuello.

—Eres… eres hija de Kaol —susurré, temblándome la mandíbula —. Si no mueres y alimentas al reino, su maldad te dominará, nosotras… —comencé a tartamudear—. Somos bestias, Agnes.

Agnes negó muy despacio y dio un paso hacia mí. No retrocedió. No llamó a nadie. No se defendió.

—No, Erya. —Con delicadeza, colocó ambas manos sobre mis hombros. Todavía no había apartado la daga de su cuello—. No tenemos por qué morir, no somos malvadas si no estamos doblegadas, el reino no necesita de nuestras muertes.

Me apretó los hombros como si eso pudiera hacer que yo comprendiera todo más rápido.

—Es mentira. —Su voz bajó un tono—. Y llevaba mucho tiempo esperando a que os dierais cuenta.

El fuego en mi pecho chocó con esa frase… y no encontró donde apoyarse nada más que en la rabia y en la furia más absoluta.

—Tú sabías… —Mi mano tembló, la daga amenazó con acercarse a su cuello.

—Erya…

—Déjame —gruñí hacia Nathaniel.

—¿Tú sabías que nosotras estábamos pasando por esto? —susurré, notaba la saliva mojar mis labios que temblaban—. ¿Llevas novecientos años viéndonos sufrir desde la lejanía y… abandonándonos?

Ella asintió, con cuidado.

—Tengo motivos, Erya. No podía sacaros de ahí —murmuró—. Todo Teryon es corrupto. La religión de Nerón domina el territorio y

nosotras somos consideradas herejes, no…

—Lo sé bien que somos unas malditas herejes.

—No había nada que hacer. No había salida limpia, Erya.

Esa frase, tan simple, me disparó.

La mano de Nathaniel sujetó mi muñeca con firmeza justo antes de que me dispusiera a rajarle el cuello.

Por cobarde. Por dejarnos abandonadas.

—Suéltame —gruñí hacia Nathaniel.

—Si quiere matarme, que lo haga —dijo Agnes al guardián—. Pero si de verdad has venido a Kaoral a por respuestas, deja de perder el tiempo en preguntas que no te van a devolver los siglos de vida perdidos.

Nathaniel tiró de mi mano con suavidad… y yo le seguí.

Me ardía la garganta.

—Entonces habla.

Agnes asintió.

—No voy a contártelo, voy a enseñártelo.

Se giró hacia uno de los pasillos de su casa y señaló con el dedo.

—Los volúmenes originales del *Códice* están aquí.

39

Cuando una copia se convierte en ley, el original pasa a ser herejía.

Archivo de Kaoral,
«Índice de textos rescatados»

Cuando nos condujo al salón y comenzó a sacar aquellos ejemplares con lomos aterciopelados, pensé que iba a desmayarme.

Ni en nuestros mejores sueños hubiéramos imaginado que llegar a Kaoral iba a suponer encontrar todo esto nada más llegar… y mucho menos sabíamos que esta ciudad significaba tanto en nuestra historia.

En mi historia.

—Podéis comprobar lo que queráis, adelante.

En cuanto Agnes terminó la frase, Nathaniel se abalanzó sobre los tomos. Los habían dejado sobre una mesa de piedra oscura y, sin hablarnos, empezamos a buscar lo único que no se puede falsificar sin traicionarse: los detalles.

Los epígrafes.

La encuadernación.

Los títulos.

Habíamos leído tantas ediciones oficiales en palacio que ya asumíamos que todas estaban manipuladas… pero no que existiera un original que habían deformado, página a página.

Deslicé las yemas de los dedos por el borde gastado de un ejemplar tan antiguo y sentí un vuelco absurdo, casi infantil. Como si tuviera el destino del reino en mis manos.

Aunque empezaba a sentir que eso era así.

Leímos hasta que la luz de la lava de la pared comenzó a apagarse de forma natural; entendí que se hacía de noche en Kaoral. Leímos hasta que la garganta se me llenó de arena y Nathaniel dejó de hacer bromas.

Leímos hasta que todo mi mundo, todo lo que yo había conocido, se hubo desmoronado por completo.

Cuando cerré el último tomo levanté la mirada hacia Agnes y con un susurro le dije:

—Necesito descansar. ¿Podemos dormir un poco?

Ella, que no se había movido del asiento respondiéndonos las dudas que nos iban surgiendo, me tendió la mano y nos llevó a ambos a una habitación de su casa. Me trataba con cariño, como si tuviera miedo a que me desmoronara después de haber conocido que todo por lo que había existido nunca fue real.

Una farsa religiosa de la que yo fui partícipe. Un peón más de un juego mucho más grande que cualquiera de nosotros.

—Erya…

Nathaniel pronunció mi nombre como si fuera un lamento. Le conocía lo suficiente como para saber que todo aquello que acabábamos de leer, también había supuesto mucho para él.

Pero yo sentía que tampoco lo conocía a él. Que era otro extraño más dentro de la mentira que había conocido.

—Necesito pensar.

Anduve como pude, con las piernas más pesadas que nunca, hasta la cama. Cerré los ojos y aunque no había ni un ápice de sueño, las frases regresaron solas a mi cabeza.

Agnes abrió una página de un ejemplar del *Códice*, arrancó una de sus páginas amarillentas y la deslizó por la mesa, hacia mí.

—¿Qué es esto?

—La historia del mundo. El origen de Teryon —murmuró ella—. Léela las veces que lo necesites. Necesitas saber la verdad.

Todavía con los ojos cerrados, busqué en mi bolsillo el folio plegado; le había pedido permiso a Agnes para releerlo y su respuesta fue:

—No creo que exista nadie en el reino que necesite saber más la verdad ahora mismo.

Pasé los ojos por el papel, recordando cada línea leída, cada mentira. Aunque me doliera cada centímetro del cuerpo, decidí volver a repasarlo.

—Déjalo, Erya. Llevas leyendo eso horas. —Escuché a Nathaniel de fondo.

—Me da igual. Quiero volver a verlo.

Desdoblé el papel como buenamente pude, con las manos aún luchando por no temblar, y comencé a leer.

Yara, diosa de la justicia y la naturaleza; Kavl, diosa del fuego y el renacimiento; y Nerón, dios del agua y la inteligencia, habitaron el reino a solas durante siglos incontables. No había en el mundo magia fuera de ellos, pues ellos eran la magia.

Lo que comenzó como compañía acabó en diferencia; lo que fue concordia se quebró por una pregunta tan simple como problemática: si podían crear vida a su semejanza, ¿quién tendría derecho a poblar el reino? La idea de Yara, llenar la inmensidad vacía con criaturas capaces de orden, razón y equilibrio, se torció pronto hasta devenir en ambición, dominación y supremacía.

Hay escritos que señalan a Nerón como el primero en moldear a un primoris. No forjó seres de juicio pleno; forjó

armas. A su imagen nacieron las nyxterias: criaturas concebidas para la conquista, listas para la guerra incluso antes de conocer su propia sombra. Serpientes marinas cuyo único instinto y móvil era la conquista de todo el territorio.

Y así, uno tras otro, los dioses crearon primoris que heredaban no solo rasgos, sino poder; y cada especie tomó como propios los intereses de su deidad de origen. Drakiens (diosa Kaol), sylvari (diosa Yara), nyxteria (dios Nerón). Las tres eran territoriales. Las tres eran voraces. Y ninguna estaba dispuesta a ceder.

Aparté un instante los ojos del papel. Recordé que todo esto ya lo conocía… no todo era una mentira.

¿Verdad?

De ese choque nació la Primera Guerra de los Primoris, registrada como Año 0 en muchos calendarios posteriores. Fue un conflicto tan persistente que el mapa mismo dejó de ser el que era: montañas desgarradas, valles hundidos, ríos desviados por la violencia de fuerzas que aún no entendían su límite.

Los primoris de Kaol, dicen, destacaron por encima de los demás. No solo por poder, sino por lealtad encarnizada y una fiereza que rozaba lo invencible. Ese mismo hecho alimentó el odio de Nerón, pues sus armas habían diezmado a los primoris de Yara, pero los de Kaol no se doblegaban.

Y cuando la ambición tomó el control, Nerón comprendió que no bastaba con vencer: necesitaba gobernar. Pero ¿cómo se gobierna un reino cuya magia no habita en la tierra, sino en la sangre de los dioses?

Del acto que quebró el equilibrio.

En el año 126 de la Guerra de los Primoris, Nerón arrancó el corazón de Kaol mientras ella dormía.

Me llevé la mano a la boca. Iba a vomitar.

Existen versiones que intentan justificar el acto como necesidad, como ciencia, como sacrificio inevitable; mas todas coinciden en lo esencial: Nerón advirtió que el corazón de Kaol respondía al uso de magia con un latido acelerado, y dedujo, con acierto, que allí residía la raíz de su poder.

Kaol intentó luchar. No pudo. Privada de su corazón, su magia se hundió en un descanso semieterno: no muerte, sino ausencia. Fue víctima de un dios demasiado ambicioso, cuya única fuerza residía en la violencia. No en su propia magia, tampoco en la de sus semejantes. Su mayor virtud la consiguió del poder de su hermana... y eso es lo que él querría ocultar a toda costa durante siglos.

—Desgraciado —murmuré—. Hereje.

Con el corazón de Kaol en sus manos, Nerón obtuvo lo que siempre quiso: un instrumento para controlar la magia del mundo. Fue entonces cuando pactó una alianza con Yara —temerosa, según los relatos, de que la furia de Nerón superase incluso la de sus criaturas— y juntos dieron forma a lo que, desde entonces, se conoce como Ibrax, el corazón mágico del reino. (Año 126 de la Guerra de los Primoris: Fundación del Ibrax).

Levanté la cabeza del papel y busqué con la mirada a Nathaniel.

—Todo era mentira —repetí, entre susurros—. Mi madre nunca fue malvada.

Se mordió el labio inferior, con nerviosismo. Y, con cuidado, se acercó hacia la cama y se sentó al borde, junto a mí.

—Siento mucho que hayas tenido que leer todo esto, Erya. Entiendo lo que debe significar haber vivido entre tantas mentiras.

Extendí la mano hacia él, buscando su agarre. Ya no me

sorprendía tanto sentirme tan cómoda acariciando unas manos que no eran las de mis hermanas.

Con la mano que me quedaba libre, volví a abrir el papel plegado.

Cuando Nerón arrancó el corazón del pecho de la diosa Kaol, no solo quebró el equilibrio: lo hizo sangrar.

Dicen los testigos, los pocos que no enmudecieron por miedo o por juramento, que la sangre de Kaol cayó como un río espeso sobre la piedra y formó un charco oscuro en el suelo del santuario. Y fue allí, en esa sangre recién nacida del asesinato, donde surgieron once criaturas.

—Once —murmuré en voz alta.

Once bebés con forma humana.

Once alientos diminutos en mitad de un crimen.

Y algo imposible adherido a sus espaldas: un par de alas plegadas, aún húmedas, aún temblorosas, como si el fuego hubiera decidido aprender a respirar.

Nerón las miró como se mira a una profecía peligrosa. No las llamó hijas. No las llamó milagro. Las trató, desde el primer latido, como si fueran demoníacas: nacidas de la sangre de una diosa asesinada, marcadas por el origen de su caída.

Y, aun así, no las destruyó.

Diez fueron llevadas con premura a palacio, bajo el amparo de la corte ondrari que gobernaba Teryon. No por compasión, sino por cálculo: querían tenerlas cerca, donde la vigilancia se confundiera con protección y las cadenas pudieran llamarse honor.

Temían lo evidente y lo innombrable: ¿Serían demasiado poderosas? ¿Qué harían con ese poder cuando crecieran? Y, sobre todo, ¿qué ocurriría si unas criaturas con conciencia —casi

humanoide— heredaban la esencia de Kaol y decidían reclamar el reino que Nerón acababa de ensuciar? ¿Qué ocurriría si sus pequeños corazones ansiaban la libertad del reino tanto como lo ansiaba su antecesora?

La mano de Nathaniel me apretó con más fuerza mientras yo comprobaba como, en el volumen original del *Códice de Teryon*, se reconocía la tortura injusta a la que nos habíamos sometido.

Y yo, lejos de querer salvar el reino, quería verlo arder.

La sola idea de que existiera algo más fuerte que los ondrari les resultó insoportable. Y, así, las criaron con cautela. Las educaron con doctrina. Las vistieron con símbolos que, en realidad, eran grilletes.

Pero la verdad no se manifestó hasta mucho después.

No descubrieron la mayor de sus cualidades hasta que una de ellas, con dieciocho años recién cumplidos, murió.

Entonces lo vieron con sus propios ojos: el cuerpo ardió hasta convertirse en ceniza, aunque esas alas que tenían de bebés se hubieran reabsorbido... y, a las pocas horas, renació. No en cualquier lugar. No al azar. En el templo cercano al palacio, allí donde la piedra aún recordaba a Kaol: el templo de la diosa.

Cuando la primera mujer ardió sin morir, los sabios no supieron cómo nombrarla.

Había fuego.

Había renacimiento.

Había algo que no encajaba en ninguna lengua conocida.

Y así nació el término: fénix. No porque alguien lo recordara, sino porque alguien lo intuyó.

El papel terminaba ahí. No había nada más escrito y, cuando hablamos con Agnes, yo tenía muchas más preguntas para las que

no tenía respuesta.

—¿Y tú? ¿Dónde te llevaron? —murmuré—. ¿Y quién escribió esto? ¿Por qué ya no apareces?

Vi una lágrima deslizarse por la mejilla de Agnes, de mi hermana.

—Me llamo Agnes por un motivo —susurró—. Ignis, fue el inferi que me salvó; el primer inferi que surgió de la diosa Kaol. Viajó con desesperación, buscando un lugar en el que aquellas criaturas no eligieran torturar públicamente a unos bebés nacidos de un asesinato… y entre las montañas, encontró Kaoral. Las cordilleras le abrieron la puerta y nos dejaron pasar.

Tragué saliva.

—Kaol no está muerta —bajó la voz—. Kaol está descansando hasta que alguien decida volver a despertarla. Este lugar, este sistema de magia… somos independientes de ellos y de lo que hay fuera. Nada de fuentes mágicas, nada que implique contacto ondrari. —Recordé la ausencia de estas fuentes al entrar—. Mi padre, Ignis, me cuidó hasta que su vida llegó a su fin y me hizo prometer que dedicaría mi vida a poblar Kaoral hasta que todos los inferis encontraran su sitio entre estas montañas. Yo podría salir y darles paso dentro, y eso hice durante muchos años… hasta que concluí que el mundo de fuera me resultaba aterrador.

No pude evitar mirarla con recelo.

—Aquí nadie duda de su poder, Erya. Todos usamos nuestro fuego como parte de nuestra identidad, no tememos lo que nuestra diosa nos ha dado. Tú tampoco deberías. —Apoyó ambas manos en la mesa—. Comencé a temer que el exterior descubriera que Kaoral tenía tanta vida y… preferí que se quedara en un cuento tenebroso para niños. Hace cientos de años que no traigo a nadie más aquí.

Me miró a los ojos.

—Hasta que llegasteis vosotros.

—Tengo la sensación de que llevo novecientos años viviendo una realidad paralela —comenté. Dejé el papel a un lado y me centré en mirar al guardián—. Si pudiera seguir viviendo después de esto… tendría que vivir una vida desde cero. Nada de lo que ha pasado hasta ahora tiene sentido.

La historia estaba manipulada por una religión; toda mi vida lo estaba.

¿Cómo se aceptaba algo así?

Me ardían las lágrimas detrás de los ojos, pero no caían.

—Déjalo, Erya. —No sonó como una orden. Sonó como si él también estuviera al borde de romperse y no quisiera verme empujarme más.

No respondí.

Me limité a mirar el papel de nuevo, a repasar los nombres, a sentir cómo una parte muy antigua de mí quería arrancar la historia de cuajo y prenderle fuego.

No se podía quemar casi un milenio de historia…, pero podía intentarlo.

—Siento que estoy perdiendo la cabeza.

—Ellos te han hecho perder la cabeza, joder.

Hablaba como si se estuviera conteniendo… como si no encontrara las palabras. La luz rojiza dibujaba sombras en su rostro, marcándole las ojeras, la curva del pómulo, esa línea tan definida que siempre parecía acompañarlo incluso cuando sonreía.

—Tú ¿cómo estás?

Mi pregunta salió antes de que pudiera pensármela, y era simple. Pero él parpadeó como si le hubiera lanzado una daga.

—¿Yo?

—¿Tú qué sientes con todo esto?

Soltó una exhalación que no llegó a ser risa.

—Siento… —Se pasó la mano por la nuca, lento—. Que he leído demasiadas veces la palabra Ibrax sin saber lo que significaba de verdad. Y siento que… —Colocó una mano sobre la mía—. Tal vez hayamos hecho un pacto de sangre absurdo, Erya.

El corazón me trastabilló.

—Vamos…, no me extrañaría absolutamente nada descubrir que ni siquiera el Ibrax está en aquel templo. No me creo nada ya, Erya. Y todavía falta un ejemplar por leer.

Agnes nos había explicado que el único ejemplar original que no estaba en Kaoral se encontraba en una cripta dentro del palacio. El volumen 8: «De los guardianes y el latido sagrado». Había sido robado tiempo atrás y era el único que ni ella misma había leído.

—Debemos volver. Lo sabes, ¿no? —continuó él.

—Lo sé. Y terminar lo que hemos empezado.

Antes miraba a Nathaniel con la certeza de que, cuando llegara el momento de batirnos en duelo, le ganaría y conseguiría mi mortalidad. Lo que más deseaba y lo único por lo que consideraba que merecía la pena existir.

Más incluso después de haber descubierto que novecientos años de mi vida habían sido una completa farsa.

Pero en ese instante, sentados en la misma cama, abatidos después de semanas de viaje y habiendo sido capaz de confiar en él… estaba dispuesta a rezar a quien fuera para que el duelo no fuera necesario y encontráramos otra forma.

—No me mires así —dijo él. Una tímida sonrisa se formó en su rostro.

—¿Cómo?

—Como me dijiste que no te mirara en el granero, aquel día. —Parecía sonreír más aún al recordarlo—. Viéndome de verdad.

Me temí que ya lo hacía. Era tarde para negarlo; sabía que mis ojos me delataban.

—No puedo evitarlo.

Mis palabras traslucieron una honestidad abrumadora y es que, desde que aquel guardián soberbio había entrado a mi vida, sentía que mi lado más visceral podía asomar sin miedo a ser destruido. Me

sentía cómoda en mi vulnerabilidad.

—¿Has pensado ya en lo que te pregunté aquel día?

Negué con la cabeza y me recoloqué en la cama.

—Fue hace mucho, cuando salíamos del templo… —Él me imitó y se puso más cómodo en el colchón—. Te pregunté cómo sería tu día ideal cuando fueras mortal. Me gustaría saber si ya lo has pensado.

No lo había hecho, porque sabía las consecuencias que traía que yo viviera aquel día ideal siendo mortal. Y me sorprendí a mí misma al notar cómo mis ojos comenzaban a arder al pensarlo.

—No me he atrevido a tomar una decisión todavía.

Él sonrió. Fue una sonrisa triste, de esas que callan pensamientos dolorosos.

—Pues deberías hacerlo —murmuró—. Así, cuando llegue el día, podrás…

—Nathaniel —interrumpí—. ¿Vamos a seguir fingiendo que ese día ideal no implicaría tu muerte?

Tragó saliva y sus ojos subieron a los míos. De pronto, todo lo que había leído, lo que había odiado, todo lo que había jurado no sentir… se mezcló en un lugar demasiado íntimo.

No sabía que se podía sentir aquello que hacía que mi corazón latiera en su dirección, pero así era.

—Sé lo que implica —murmuró, soltando una exhalación que parecía una risa triste—. Solo fantaseo con la posibilidad.

Lo miré a los ojos y volví a verlo de verdad. Ya no tenía que luchar contra un sentimiento frívolo que me incitaba a odiarlo, ya no buscaba pretender que aquel hombre no me había puesto todo patas arriba.

Vi el brillo en sus ojos al mirarme, la forma en la que esos labios siempre pronunciaban palabras que conseguían hacer que sonreír no me costara. Pasé los ojos por las manos que tantas veces me habían

anclado al suelo con una firmeza desbordante.

Entrelacé los dedos con los suyos, solo una mano. Él comenzó a acariciar el dorso con su pulgar… un gesto íntimo pero que me pilló por sorpresa.

Notaba el frescor de su piel, la tensión contenida, el temblor mínimo que delataba que él estaba sosteniéndose a sí mismo con uñas y dientes.

Y yo… yo estaba cansada de pelear sola.

Cansada de tener que ser siempre fuego, arma y una fénix.

Para él era Erya.

Y yo estaba tan cansada… que me rendí un segundo. No ante el mundo. Solo ante él.

Nathaniel inclinó el rostro hacia mi mano, como si fuera a rozarla con los labios, como si ese gesto fuera lo máximo que se permitiría.

Se detuvo y me miró, parecía estar pidiéndome permiso.

Yo odié que mi garganta se cerrara, que mi respiración temblara y mi corazón trastabillara como el de una adolescente.

No dije nada. Solo aflojé los dedos en su muñeca y tiré de él hacia mí un centímetro. Fue suficiente.

Subió despacio, apoyándose con cuidado en el borde de la cama. Su mano se alzó hacia mi mejilla y se detuvo antes de tocarme, como si temiera quemarse.

—Erya…

Mi nombre sonó como un ruego.

Sus ojos bajaron a mis labios. Volvieron a los míos. Y vi esa contención conocida, esa necesidad absurda de permiso.

—Bésame.

Quiso salir como una orden…, salió como una súplica. Y él la siguió, como siempre.

Fue un beso torpe en el sentido más humano de la palabra,

como si la emoción se le hubiese adelantado y él llegara un segundo tarde, temblando, intentando sostenerse mientras me rozaba los labios con una devoción casi dolorosa.

Me besaba con hambre, sin risa; con esa urgencia lenta de cuando alguien lleva demasiado tiempo conteniéndose y al fin se le permite caer; aunque solo sea un instante.

Y yo… yo respondí con una desesperación que me dio vergüenza reconocer. En cuanto sentí su boca sobre la mía, se me aflojó algo por dentro; como si el mundo dejara de pesarme en los hombros y toda la rabia que llevaba acumulada encontrara por fin un lugar donde derretirse sin quemarlo todo. Se me escapó un suspiro entre los labios y noté como su mano, por fin, se posaba en mi mejilla con una ternura que me desarmó más que cualquier amenaza; su pulgar rozándome como si estuviera memorizando mi piel y temiera que al apartarse desapareciera.

No me importaba Nerón. No me importaba mi pasado. No me importaban ni el Ibrax ni la historia del mundo; solo existía la presión de su boca y esa necesidad absurda que ni yo misma sabía que tenía. Nathaniel se separó apenas lo justo para respirar, como si el aire fuera algo innecesario y su frente rozó la mía con una intimidad silenciosa que me hizo cerrar los ojos.

La distancia entre ambos reducida a nada, su aliento mezclándose con el mío. Ahí entendí que ese beso no era una victoria ni una promesa, solo una tregua en mitad de una guerra y una pequeña confesión sobre lo mucho que nos costaría tener que renunciar a esto.

Nos besamos, acariciamos y abrazamos durante mucho tiempo. Con cuidado, pasión y delicadeza; como quien roza lo sagrado y tiene miedo de que se rompa. Pero el cansancio no tardó en aparecer incluso cuando mi corazón se empeñaba en seguir

despierto.

Noté como mi cuerpo empezaba a rendirse y la tensión de los hombros se aflojaba… y me dio miedo. No miedo a dormir, sino a abrir los ojos al día siguiente y descubrir que ese instante había sido un espejismo y que esa calidez iba a convertirse en una nostalgia imposible.

Me acomodé contra él, ignorando su frialdad y dejando que mi fuego lo calentara. Pero, por mucho que intentara que mi pecho continuara respirando con normalidad, mi mente seguía arañando la misma idea que había leído antes, una y otra vez.

> *Tras el Ritual de Sangre y Cenizas, el guardián queda unido permanentemente al latido de Yara: su don se refuerza, no se mezcla. Ningún juramento añade fuego ni marea a su carne; solo fortalece lo que ya le fue concedido.*

Había leído aquello cuando revisábamos el *Códice* con Agnes y había decidido no darle demasiadas vueltas hasta que pudiéramos leer el *Códice* que estaba en la cripta de palacio. Pero justo antes de cerrar los ojos y dejarme llevar por el sueño, una certeza amarga viajó por mi mente.

Nathaniel manejaba más poderes de los que reflejaba aquel *Códice*. Y la idea no me dio rabia.

Me dio miedo.

Si Nathaniel había mentido —o si le habían hecho mentirse a sí mismo— entonces no solo estaba en juego mi libertad.

Estaba en juego todo lo que acababa de permitirme sentir.

Cerré los ojos igualmente.

Me obligué a dormir.

Y la última imagen que me llevé conmigo fue la de su mano en mi mejilla, tibia, demasiado real…, y la pregunta que no me atreví a

pronunciar en voz alta, por si al decirla el mundo se rompía otra vez:

¿De quién era, en realidad, ese poder que llevaba dentro?

40

> Se llama primoris a aquellos cuya magia no requiere sustento externo: no beben del Ibrax, no dependen de templo ni fuente. Por eso se les teme: porque lo que no se puede alimentar, tampoco se puede controlar.
>
> *Tratado de vínculos y sustentos*, t. 1

Abrí los ojos y lo vi dormido. Su respiración era tranquila, pero su cuerpo seguía helado. Me quedé quieta, sintiendo cómo mi calor se quedaba atrapado entre los dos, y pensé en el vaho que habíamos hecho anoche al besarnos, ese pequeño humo que no debería haber existido.

Por unos instantes, antes de volver a la realidad de la misión, me concentré en escuchar su respiración calmada. Un pensamiento fugaz cruzó mi cabeza e hizo que el nudo en el pecho, que siempre me acompañaba, volviera: temí que no pudiéramos vivir aquello más veces.

Recordé la misión.

Mi propia vida.

Todo debía importar más que aquellas nimiedades, así que, aunque hubiera soñado con poder vivir dentro de esas sábanas un poco más, me decidí a volver a afrontar todas mis obligaciones y todo lo que conllevaban.

Él no tardó mucho en despertarse, pero yo ya estaba fuera con Agnes. Me sorprendió posando sus labios delicadamente en mi mejilla antes de saludarnos a ambas.

Joder. Aquel guardián iba a matarme de nuevo.

—Me alegro de que hayáis descansado y reposado todo lo ocurrido —comentó la fénix con cuidado—. Creo que es hora de que penséis lo que vais a hacer.

Nathaniel me miró enarcando una ceja, apenas se había quitado las legañas de los ojos que aquella mujer ya nos estaba insinuando que debíamos partir.

—Agradecemos todo lo que nos ayudaste ayer… —dije—, pero, en realidad, nuestro motivo principal para venir hasta aquí fue buscar respuestas sobre el pacto de sangre… y cómo librarnos de la unión que nos condena a la inmortalidad y a la magia del Ibrax.

Mientras leíamos fragmentos del *Códice*, Agnes fue respondiendo a nuestras preguntas con cautela. Solo hubo una pregunta a la que no supo qué responder y era, sin duda, la que más nos importaba.

¿Cómo íbamos a lograr ser independientes del Ibrax?

Evitó responder de diversas formas, hizo alusiones a frases que leíamos en el *Códice* y trató de que nos quedáramos satisfechos con lo que allí leíamos, pero, aunque no la conociera, sabía que había algo que no nos estaba contando.

Y no teníamos la menor idea de por qué.

—Ya os he dicho que no tengo las herramientas.

Esa había sido una de sus respuestas frecuentes la noche anterior; la otra que había repetido, nos derivaba directamente al ejemplar que encontraríamos en la cripta. Pero que nuestra última oportunidad involucrara directamente a los ondrari, me parecía arriesgado.

Aquello iba a convertirse en una masacre y más nos valía ser

nosotros quienes empuñáramos las armas.

—Nos marcharemos de vuelta a la capital —susurré. Clavé mi vista en el riachuelo de lava que caía delante de mis pies—. Debemos encontrar el ejemplar del *Códice*.

Ojalá me equivocara, pero, tenía la certeza casi absoluta, de que aquella guerra que habíamos iniciado era mucho más grande que cualquiera de nosotros. Incumbía a cada criatura que había crecido creyendo en una religión que se basaba en una mentira, a cada inferi que tuvo que conformarse con ser despreciado por ser sucesor de una diosa a la que traicionaron.

Volver a palacio implicaba más de lo que podíamos imaginar: todo esto que suponía el comienzo de una batalla que debíamos librar y para la que no sabía si estábamos preparados.

—¿Querrás venir?

Me llamó la atención la extraña sonrisa de Agnes. Negó con la cabeza para después observar, desde la altura de la colina en la que estaba su hogar, la ladera por la que habíamos venido.

—No, Erya —dijo—. No es una batalla que quiera librar.

No sabía si el hecho de querer evitar un conflicto valía como móvil para ignorar el sufrimiento ajeno, pero tampoco podía juzgarlo. Tenía libertad y la había aprovechado, yo no sabía de qué sería capaz con tal de conservar esa paz. Yo misma estaba acumulando muertes a mis espaldas para conseguir la mía.

—Bien —respondió—. Seguidme. Antes de que os marchéis… quiero que veáis algo. Creo que así entenderéis muchas cosas.

Miró un instante a Nathaniel.

—En realidad me gustaría que tú esperaras aquí.

Él exhaló una risa nerviosa, pero no insistió en averiguar el motivo.

—¿Te parece bien? —me preguntó.

Yo asentí.

No nos sorprendió que Agnes confiara del todo en Nathaniel, apenas le hizo preguntas sobre su rol como guardián y cada vez que su labor se mencionaba en el *Códice*, parecía tener prisa para evitar esa parte, siempre mencionaba que en el volumen de la cripta encontraríamos más respuestas, por supuesto.

Nos despedimos de Nathaniel y comenzamos a caminar, Agnes iba delante guiándome por un camino entramado de rocas y lava en el que las casas ya habían desaparecido. Solo quedaba la naturaleza original de Kaoral y parecía que nos acercábamos a aquellos inmensos volcanes. Pero cada vez que creía que habíamos llegado a nuestro destino, Agnes cambiaba de rumbo.

Recorrimos diferentes recovecos, giros y salidas entre la montaña sin dejar de subir escalones de ceniza o piedra creados por la naturaleza.

Llegamos a una meseta de piedra oscura, alta como un balcón tallado por la propia montaña. Desde allí podíamos ver casi todo el paisaje que ya habíamos visitado de Kaoral: los tejados encajados entre la roca, las calles estrechas como venas y el humo tenue que se elevaba desde algunas chimeneas. Incluso las cordilleras de Varkesh, las mismas que el día anterior nos habían parecido interminables, ahora se veían a lo lejos y reducidas, como si desde esta montaña impusieran menos miedo.

Al otro lado de aquella plataforma natural no había nada que frenara la vista.

Solo el corte abrupto de un precipicio, un vacío hondo que caía de golpe hacia el vacío, como si la montaña se hubiera abierto en canal.

Entonces Agnes extendió el brazo hacia el lado y me obligó a detenerme.

—Al no irme de aquí, los protejo a ellos. No puedo dejar que los descubran o de lo contrario… serán armas como lo habéis sido vosotras.

Escuché sus palabras con el corazón en un puño y la boca algo seca. ¿De quién demonios estaba hablando?

—Da un paso atrás.

Contuve el aliento por puro miedo anticipatorio.

El batir de unas alas sacudió la ceniza que reposaba sobre la roca. Alcé la cabeza para mirar el origen, pero de primeras no pude ver nada.

Agnes extendió el brazo con la palma en alto y susurró algo que no pude entender, el batir de alas aumentó y mis ojos siguieron el sonido.

Una bestia alada volaba hacia nosotras.

Mi instinto me pedía que corriera. Que huyera de aquella mancha que venía hacia nosotros desde el cielo. Pero me fie del instinto de Agnes y no moví ni un solo músculo.

Fuego y piedra.

No pude creerme que estuviera viendo aquello en persona.

Era piedra en movimiento. Su piel de color basalto y pizarra húmeda era rugosa e irregular y, sin embargo, voló hacia nosotras con una precisión imposible. Pero lo que me quitó el habla fueron las alas.

Hechas con el mismísimo fuego de Kaol, las alas se batían moviendo el viento y caldeándolo a su gusto. Eran llamas dibujadas a la perfección, tan extrañas y hermosas como antinaturales.

Bajó en picado y frenó a pocos metros, sin tocar el suelo aún. Se quedó suspendido un instante y, joder, era inmenso. Con el cuerpo inclinado parecía evaluarnos.

A mí se me olvidó respirar, hasta que Agnes bajó la mano con

fuerza hacia sus piernas y la bestia se tumbó a pocos metros de nosotras, desprendiendo el calor que solo un drakien podría desprender.

—Espera.

Agnes hizo el mismo movimiento con la mano, girando también la muñeca hacia la derecha. La bestia giró la cabeza de golpe y fue ahí cuando entendí el color de su piel.

Detrás de él, la pared de la montaña se movió.

Al principio dudé por si era cansancio o una alucinación provocada por el miedo, pero no. Un saliente de la montaña se despegó del acantilado como si la montaña decidiera desprenderse de una costra. Se abrió una línea vertical, una grieta, y esa grieta se transformó en un ojo.

Uno.

Luego otro.

La montaña se reordenó, placa a placa. Salientes que se convertían en espinas, relieves que eran costillas…

La cordillera dejó de ser simples montañas para convertirse en los *primoris* que los teryanos habían creído extintos. Y Agnes, con otro movimiento simple de manos, hizo que los drakiens obedecieran y volvieran a su forma original.

Los ojos se cerraron y la cordillera volvió en sí misma.

Salvo por la inmensa bestia que respiraba fuego, delante de nosotros.

—Él es Basyr.

Con una confianza pasmosa, caminó hacia el drakien. La bestia agachó su inmenso hocico y lo apoyó sobre sus patas delanteras. Sus alas, al relajarse, comenzaron a emitir un fuego más comedido y parecieron acortarse.

—Con los siglos he conseguido que me obedezcan… —murmuró

—. Pero él no se limita a obedecerme, me reconoce y confía en mí.

Agnes apoyó la mano en el hocico, acariciándolo con cuidado. Yo me quedé embobada viéndolo.

—La cordillera de Varkesh, todo lo que ves que no tiene una construcción encima… son varios drakien sumidos en un sueño profundo. Pero aquí son libres —continuó—. ¿Qué crees que pasaría si llegaran hasta aquí los ondrari? ¿Si supieran de su existencia? Acabarían como vosotras, Erya. Se encargarían de recordarles las bestias que son.

—Pero ellos son…

—Sé lo que vas a decir —interrumpió—. *Primoris*. Estos, concretamente, los que fueron generados por Kaol y que lucharon en la guerra de los *primoris* siendo bestias desalmadas y guiadas por el instinto… y no te equivocas. Al final, si tratas a alguien como una bestia desalmada acaba convirtiéndose en una. Y puede que lo sean. —Rio con cansancio—. Pero cuando mi padre huyó aquí y comprobó que las zonas donde permanece la magia de Kaol pueden albergar a estas criaturas… se juró a sí mismo protegerlas. Y yo tomé su relevo.

Alargó el silencio unos segundos de más.

—Ellos son *primoris*, Erya. —Me miró—. Pero tú también. Lo sabes, ¿verdad? Nosotras lo somos. Por eso nos temen.

—¿Cómo que somos *primoris*?

—La definición de *primoris* según los escritos de los dioses previos al *Códice*, y en los que se basó mi padre… explican con claridad que los *primoris* son criaturas cuya magia es absolutamente independiente del Ibrax y no necesitan sustento externo. —Apartó la mano del hocico de la bestia.

Era cierto que mi magia cumplía esas características, pero los drakiens eran mucho más poderosos que yo, tenían un poder al que yo ni podría aspirar.

No me lo creí en absoluto.

—La única diferencia entre los drakiens y nosotras es nuestro aspecto —suspiró—, pero el control del fuego es el mismo. La creencia que acompaña a nuestra historia de que somos bestias desalmadas… es la misma. ¿Y tú ves a Basyr como una bestia desalmada? —Miró al drakien, que parecía estar quedándose dormido—. Es un animal con un instinto muy fuerte, Erya, pero *maldad* es una palabra demasiado grande.

Me quedé sin palabras.

Si tratas a alguien como una bestia desalmada… acabará convirtiéndose en una.

—No tengo tanto control sobre mi magia como ellos. Como vosotros —corregí.

—Lo mejor que tienes aún no lo has visto, Erya. —Tendió una mano hacia mí. Yo me acerqué con un paso tembloroso—. No te falta nada: solo aceptarte. El día que entiendas de verdad la magnitud de tu magia y, sobre todo, no tengas miedo a utilizarla… serás fuego imposible de contener.

Me miré las manos como si ellas soportaran el peso de todo mi poder, viéndolas de verdad por primera vez en mucho tiempo.

No era todo lo que me habían dicho que era tantos años… era mucho más. Mucho mejor.

—Y, Erya, hay algo que debes saber.

Agnes colocó una mano en mi hombro, con cuidado. Me fijé en cómo su mirada bailaba entre mis ojos y el propio paisaje. Mientras, Basyr, ni se inmutaba.

—Usa esta información como consideres. Pero lo que te voy a contar… tal vez es algo que no quieras escuchar.

41

> Los inferis no suelen alzarse con estandartes: se alzan con puertas entreabiertas, marcas pequeñas y magia doméstica. No es rebeldía vistosa; es supervivencia organizada.
>
> *Vivencias en Kaoral*,
> «Manual de Umbrales»

Vimos catorce lunas durante nuestro viaje de vuelta.

Catorce lunas en las que no hubo descanso real; dormíamos con un ojo abierto, comíamos lo justo para seguir andando y bebíamos cuando el bosque nos lo permitía.

Ya no éramos viajeros, éramos fugitivos.

Cada humo a lo lejos podía ser una patrulla, cada crujido un saqueador… y cuanto más corríamos, mayor sensación tenía de que estábamos acercándonos a nuestra muerte.

La conversación con Agnes sirvió para mantenerme distraída cada una de esas noches e impedir mi descanso. Elegí no contárselo a Nathaniel, no ser egoísta y dejar que él mantuviera aún algo de esperanza por los dos.

Porque, muy a mi pesar, la esperanza ya se había diluido y había dado paso a la disciplina y al compromiso, por mis hermanas y por la Erya que creía en la causa.

Por ellas, valdría la pena.

Durante el viaje no solo nos perseguían los ondraris. También nos seguían otros ojos: los de quienes habían aprendido a vivir casi tan escondidos como nosotros.

La noticia se filtró por canales que el palacio no controlaba y, sin saber cómo, empezó a llegar a oídos de algunos inferis en los pueblos. No eran aliados declarados (nadie en su sano juicio lo sería), pero sí gente que reconocía el miedo cuando lo veía.

Una noche aparecía una marca discreta junto a una fuente mágica; otra, una vela encendida en una ventana que no debía. Y, de pronto, un establo se convertía en refugio o una despensa ajena en un buen escondite.

Nos recibían sin preguntas, como si saber el motivo de nuestra huida fuera a encarcelarlos a ellos también. Usamos de escondite sacos de grano, nos cedieron camas calientes durante unas horas e, incluso, alguna familia nos lavó la sangre de las manos con agua helada.

Sangre de los ondraris que tuvimos que matar por el camino las pocas veces que alguna patrulla nos detectó.

Fueron bastantes muertes las que añadimos al peso de nuestros hombros…, pero para mí había dejado de importar. No sentía lástima, sino un deseo profundo de que todo esto acabara y poder tener lo que siempre había soñado: la libertad. ¿Estaba pidiendo demasiado?

A veces, antes de que amaneciera, tejían pequeñas redes de protección alrededor de la casa: hilos de sal, símbolos antiguos trazados bajo el umbral, talismanes que no brillaban, pero cumplían su función a la perfección. Era una magia discreta, doméstica, hecha para ocultar y resistir. Gracias a ellos, más de una patrulla pasó de largo sin girar la cabeza… y más de una vez tuve la sensación de que no solo huíamos: también nos estaban guiando.

Tal vez nos esperaban en palacio, pero estaba segura de que no sabrían cuándo llegaríamos. No había forma de deducirlo.

—Nos desviaremos —murmuré una de las noches, viendo cómo la niebla nos ocultaba de nuevo entre los árboles—. No creo que sepan que nos dirigimos a palacio, apenas hemos sido vistos. Pero me apuesto el cuello a que Morcant está esperándome desde que me marché.

Entrar a palacio sin ser vistos resultaría misión prácticamente imposible, pero cruzar Rhyen sin que los druvaris dieran la alerta… esa sería la parte más complicada de todas. Había pasado los controles sin problema semanas atrás para poder llegar a La Grieta, los chanchullos estaban a la orden del día, pero sabía que todo sería muy distinto si pagaban por secuestrarnos y devolvernos a palacio.

—¿Cuántos áureos crees que le darán a quien nos cace? —preguntó Nathaniel, mientras ojeaba el mapa.

—No lo sé, pero deben de ser conscientes de que, aunque matarnos es complicado…, llevarnos con vida es prácticamente una misión imposible. —Alcé la cabeza para observar lo que anotaba en el mapa—. No nos dejaríamos capturar.

Durante el viaje, Nathaniel y yo nos buscábamos como si el mundo fuera a destruirse al llegar a Ignath. Nos besamos a escondidas entre fogatas, nos rozamos con una intimidad nueva y urgente. Pero cada vez que su boca se rendía a la mía, notaba una barrera nueva en ambos.

Una línea que ninguno cruzaba del todo, como si ambos temiéramos convertir aquello en una promesa, sabiendo que la única promesa real que debíamos cumplir implicaba la muerte de uno de los dos.

Aun así, lo disfruté.

Reí por primera vez en cientos de años, aunque estuviéramos

huyendo de ondraris armados. Hicimos de la huida un remanso de felicidad y de nuestra compañía un alivio silencioso.

Pero todo terminaría.

Por eso, cuando le pillaba mirándome de aquella forma antes de hablar, yo apartaba la mirada. No podía hacerlo todo más difícil de lo que ya era.

—¿No vas a arrancar esa flor tampoco?

Mi voz se perdió en aquella ladera. Caminábamos encapuchados, con nuestros caballos a un lado estirando las patas, hasta que Nathaniel se agachó para observar la misma flor lila que vio en el camino de ida.

—No. Me gusta demasiado como para arrancarla.

Algo dentro de mí se encogió por la forma en la que me miró. Y agradecí que el camino siguiera tirando de nosotros, porque había cosas que no podía permitirme nombrar en voz alta, no con enemigos detrás y catorce días aún por delante.

No fue hasta que vislumbré las cabinas de seguridad de la frontera de Rhyen, cuando supe que habíamos llegado a nuestro destino.

—Ahí están…

Sujeté mi capucha con ambas manos para cerciorarme de que estaba bien colocada. A mi lado, Nathaniel empuñaba su espada ya fuera de la funda.

Nos escondimos detrás de unas rocas junto a los árboles que había en medio de aquel terreno, justo antes de llegar a las cabinas de la frontera. No parecía haber nadie alrededor y lo que más nos preocupaba no estaba ocurriendo.

No había ni un solo ondrari en las cabinas.

Esperaba a todo el ejército armado y listo para matarnos o, mínimo, algún que otro grupo patrulla cerca de donde estaban las

cabinas. No vimos ningún signo de que nos estuvieran esperando, y eso, en lugar de tranquilizarme, provocó que la magia comenzara a quemarme en las manos.

Como una especie de signo anticipatorio.

—¿No ves nada? —murmuré, apoyando la espalda en la roca para observar nuestras espaldas. Haze, a mi lado, se removía nervioso.

—Hay un… —Nathaniel bajó la voz y volvió a esconderse—. Veo a un hombre. Lleva una pierna rígida. Como de madera.

Alastor.

—¿Solo uno?

—Sí. No parece haber nadie más.

Aquel druvari de pata de palo había demostrado ser mi mayor aliado gracias a los chanchullos que ambos nos traíamos; él me había dejado los talismanes para cruzar decenas de veces y yo le había conseguido joyas robadas de miembros de la corte.

Pero ¿haber regalado un puñado de joyas bañadas en turmalina negra bastaría para dejarnos pasar cuando pagaban tanto por nuestras cabezas?

Apostaba a que si no había guardia ondrari en la frontera se debía a que le habían ofrecido muchos más áureos a los druvaris que vigilaban en las cabinas. Y un viejo avaricioso como Alastor sería difícil de convencer si no le ofrecíamos otra cosa que le compensara.

—¿Cuántos áureos te quedan?

Nathaniel enarcó una ceja antes de revisar la pequeña bolsa de tela que tenía en la cintura.

—Apenas para pagarnos la cena.

Mierda.

—Conozco a ese hombre —expliqué—. Teníamos un trato para cuando decidía escaparme a Rhyen. Él me daba la llave de paso a

cambio de baratijas que yo robaba.

El guardián frunció la boca.

—¿Confiáis el uno en el otro? ¿Nos dejaría pasar?

Negué con la cabeza antes de que terminara la frase.

—No. Solo eran tratos de favor. —Me recoloqué la capucha de nuevo, nerviosa—. Solo me dejaba pasar porque le regalaba cosas que robaba, si no, no lo habría hecho.

Alastor era un hombre de sobornos y orgullo, no de compasión. Y no sabía hasta qué punto estaría dispuesto a arriesgar su puesto por un par de baratijas que pudiéramos ofrecerle.

—¿Lo intentamos?

Nathaniel pareció leer mi mente, que no dejaba de balancearse entre las opciones que teníamos…, que eran bastante pocas.

—¿Hay alternativa?

Negué con la cabeza.

—No. A él no vamos a matarlo —murmuré—. Aunque haya sido por pura avaricia, ha sido el único druvari que me ha permitido escapar durante tantos años… No puedo devolvérselo así.

Nathaniel asintió despacio y volvió a dirigir la mirada hacia la cabina. Colocó la espada al frente y se incorporó, dejándose ver por completo.

Con la mano izquierda me tendió la mano y yo la acepté.

—Bien. Pues vamos a intentar cruzar por las buenas.

Esos pasos hacia la cabina fueron tan silenciosos como tensos, pues Alastor no tardó en vislumbrarnos. Se quedó completamente quieto, con la boca semiabierta y la mano en la espada que llevaba, aún enfundada, en el costado derecho. Pero no desenvainó, así que le indiqué a Nathaniel con un golpe sutil en la espalda que guardara también su arma. No nos hacía falta nada más para entendernos.

—Alastor. Buenas noches.

Él nos miró de arriba abajo, con esa forma tan característica suya de analizar si llevábamos algo de valor para sobornarlo.

—Todo Teryon os busca.

Vaya que no nos equivocábamos, pero eso nos dejaba más dudas sobre el motivo por el que no había nadie protegiendo esa cabina.

—Lo sabemos —respondí—. Nuestra causa no es mala, Alastor. No afectará al reino negativamente en nada, no queremos cambiar las condiciones de vida de nadie.

No fui sincera del todo. No sabía hasta qué punto desvincularnos del Ibrax afectaría a sus ciudadanos, pero algo me decía que no sería negativamente.

—Nunca creí que tuvieras malas intenciones, niña —respondió en cambio.

Alargó el silencio unos segundos después de aquella frase, como si estuviera valorando qué más decir.

—Entiendo que queréis que os deje pasar sin dar parte, ¿cierto?

Ambos asentimos.

El druvari nos sostuvo la mirada un instante y su expresión se tensó con algo lejos de la sorpresa: era hastío.

—No soy yo quien os estaba esperando, en realidad.

—¿Qué quieres decir? —respondió Nathaniel, dando un paso.

Alastor chasqueó la lengua y su pierna rígida golpeó el suelo.

—Que mi orden es dejaros pasar si os veía. —Escupió la frase, agudizando la vista—. Nada de arrestos aquí, nada de sangre en la frontera… Desean que crucéis para que creáis que lo habéis conseguido.

¿Por qué Alastor nos estaba revelando aquella información?

Se acercó al poste del umbral, sacó los talismanes, y nos los cedió. Un chasquido seco respondió, como una cerradura cediendo.

—Prefieren elegir el lugar de la caza —comenté, y me recorrió un escalofrío—. ¿Por qué nos ayudas?

Se apartó, abriéndonos paso.

—Yo cumplo órdenes, no os ayudo —susurró—. Pero no soy vuestro enemigo. Cuando crucéis el puente, no crucéis como si estuviéramos a salvo.

Asentí, di un paso y…

—Niña, cuando todo acabe… —Se miró la muñeca, observé la última pulsera de turmalina negra que le regalé—. Espero más de estas, ¿de acuerdo?

Dimos las gracias al viejo druvari y le garanticé más de esas joyas en cuanto todo terminara. Esperaba que, si yo moría, Nathaniel se encargara de sustentarle.

La advertencia que nos dio fue mi único pensamiento mientras cabalgábamos hacia palacio sin encontrarnos ni una sola patrulla.

A decir verdad, a ningún solo ciudadano.

Solo veíamos rostros a medias, sombras tras cortinas u ojos que se asomaban desde rendijas y desaparecían cuando nuestras capas cruzaban la luz de sus portales. Nadie hablaba y ni un solo ondrari tuvo el valor de aparecer… Esa obediencia muda no podía significar nada bueno.

Por eso, mientras traspasamos el anillo medio al galope de nuestros caballos y comenzamos a visualizar, de lejos, los muros del palacio, la tensión entre ambos aumentó. Apenas cruzamos miradas o nos atrevimos a decir alguna palabra en alto hasta que observé el puente de piedra a lo lejos.

Bajamos de los caballos y los dejamos amarrados junto a un poste. Iríamos más ágiles a pie.

—En cualquier momento aparecerán —murmuré.

Pero algo no cuadraba.

No tenían forma de saber cuando veníamos si nos habíamos pasado escondidos todo el viaje entre inferis. Confié en toda esa gente, no parecían estar dispuestos a traicionarnos.

La advertencia de Alastor fue de agradecer, pero ¿acaso los ondrari iban a esperar en el puente indefinidamente hasta que llegáramos? ¿Nos esperarían en guardia, durante días?

No tenía sentido. Serían idiotas si su plan era esperarnos durante días en la misma posición y…

—Maldito hijo de puta —murmuré.

Nathaniel me miró, ya con el primer paso dado dentro del puente.

—Nos ha vendido. No tardarán en aparecer, pero si no hubiera avisado, no…

No me dio tiempo a decir nada más.

Saqué las dagas en cuanto escuché el primer chasquido debajo del puente. Nathaniel desenvainó su espada a una velocidad que solo el guardián podía tener.

Nos rodearon en un círculo perfecto, tan cerca que podía oír sus respiraciones bajo las capuchas.

Decenas de lanzas se alzaron a la vez y sus puntas quedaron a un palmo de nuestros cuerpos, convirtiendo el puente en una jaula de metal.

Y, al final del camino, el rostro que más había odiado en toda mi vida…, pero no iba a solo. Empujaba a alguien que caminaba de espaldas, con la cabeza gacha y una capa oscura cubriéndole el cuerpo.

Todo ocurrió muy rápido. Aún contenía el aliento cuando vi el borde de unas alas plegadas que asomaban por la espalda de la persona que caminaba de espaldas.

Plumas oscuras con reflejos rojizos, como el mismísimo fuego de

Kaol.

42

> Las fénix no viven con alas: las pagan. Cada muerte deja una marca, y a fuerza de renacer la carne aprende a recordar lo que la doctrina llama monstruo.
>
> *De las Renacidas*, p. 17

A pesar de haber tantas flechas y lanzas apuntando hacia mi cuello…, mis ojos se quedaron fijos en las plumas que veía a unos metros de distancia.

Sentí que mi mundo se paraba para siempre, como si alguien hubiera frenado los latidos de mi corazón y solo quedara una cosa dentro de mí.

Ni la causa.

Ni la disciplina.

Nada en lo que trabajé cuando viajábamos.

En el momento en el que vi aquellas plumas asomar en la espalda de mi hermana, solo la rabia fue lo suficientemente valiente como para albergarse dentro de mí.

Gwenna se giró a mirarnos sin ver, y yo me sentí más muerta por dentro que nunca.

—Hijos de puta. —Escuché decir a Nathaniel a mi lado.

Yo no tenía palabras.

Cuantas más muertes acumulábamos, más nos acercábamos a

ser las bestias que éramos en realidad y a tener las alas que perdimos cuando éramos bebés.

A más muertes, menos humanas y más fénix.

Y mi hermana Gwenna, en mi ausencia, debía de haber muerto muchas veces para ahora vestir aquellas alas.

—¿No dices nada, Erya Kaol? —Morcant rompió el silencio del puente de Ignath—. Huyes con un hombre dejando a tus hermanas aquí, con un discurso falso que ni el inferi más idiota se habría creído… Tienes la soberbia de hacer todas esas cosas, y ¿ahora no dices nada?

El corazón volvió a latirme, pero esta vez, esa rabia fue el motor.

Noté cómo la magia vibraba dentro de mi cuerpo, ansiando poder liberar a la bestia.

—¿Pensabas que tendrías alguna oportunidad?

Continuaba hablando, pero yo me encontraba fuera de mí.

—Erya —murmuró Nathaniel para que solo yo le escuchara—. Respira.

Eso era…

Era demasiado. Gwenna había perdido todo por mi culpa…

No. Por su puta culpa.

Por ellos, que no nos dejaban ser libres y querían atarla con correas una vez más. Culpa de los ondraris que deseaban encerrarnos en unas jaulas a toda costa.

La magia latía con más fuerza. Yo, sin embargo, respiraba con mayor dificultad, como si la magia estuviera arrastrándome con ella.

Notaba el fuego de la bestia crecer dentro de mí, indomable. Ya no podía agachar la cabeza o ignorarla.

La fénix de dentro de mí gritaba con todas sus fuerzas que la dejara libre.

Sin morir por su culpa.

Sin tener que obedecer atada a unas cadenas.

Me ardían las manos, los brazos, la espalda.

Notaba mi cuerpo temblar como si el fuego literalmente corriera por mis venas y no fuera capaz de sacarlo.

Mi hermana… la habían matado tantas veces hasta que le habían salido las alas y había perdido una parte más de su ser…

—Erya…

La voz de Nathaniel trataba de tranquilizarme en esos segundos en los que la existencia me pesaba demasiado. Pero lo escuchaba de lejos.

—Ella ha pagado el precio que deberías haber pagado tú.

Las palabras que salieron de Morcant cambiaron algo en mi interior.

De golpe, dejé de temblar, pero mi cuerpo continuaba ardiendo.

Con una furia indefinida, pero controlada, que hizo que, con calma, cerrara los ojos para después abrirlos y mirar a los ojos del hombre al que iba a asesinar.

Podía ser bestia y Erya a la vez.

Podía aceptar mi magia y mi poder sin renunciar a mi humanidad.

Podía ser lo que yo quisiera, no lo que ellos me obligaban a ser.

Así que lo elegí.

El aire detrás de mí se encendió como una brasa. Supe que no era una llamarada suelta, fue algo pesado, abriéndose paso entre mis propios omóplatos. Sentí cómo la piel se me estiraba y mis huesos protestaban y un golpe de fuego que se desplegó, como si mi espalda exhalara.

Y los demás gritaron.

Las sombras del puente cambiaron. En la piedra, frente a mis botas, apareció una silueta imposible: dos alas enormes, ondulando

en la luz, hechas de plumas de llama.

Los ondraris vacilaron, pero bastó que diesen un paso al frente para que decidieran atacar. Varias flechas salieron hacia mí, pero se prendieron a mitad de camino y se convirtieron en ceniza antes de rozarme.

Nathaniel no dijo mi nombre, solo inspiró como si hubiera sentido el mismo poder, y se colocó a mi lado. Las alas le hicieron un hueco, protegiéndolo.

—Te voy a matar, Morcant. —Lo miré con los ojos escocidos por las llamaradas que había a mi alrededor—. Solo quiero que lo tengas claro. Y voy a asegurarme de que, en el camino, sufras.

No fue una amenaza. Fue una sentencia.

Miré a Nathaniel de reojo y, con el rugido del fuego lamiéndonos la espalda, le susurré:

—Ocúpate de Morcant. A Gwenna cúbrela. A él… no lo mates… todavía.

Nathaniel asintió. Sus ojos recorrieron mis alas un segundo, pero no con el horror del resto, sino con una calma reverente, admirándolas. La comisura de su boca se curvó apenas antes de echar a correr.

—Sabes bien que yo nunca le tuve miedo al fuego —murmuró—. De hecho, me gusta.

Estas alas eran mías. No habían brotado del miedo ni de la muerte, sino de un instante de lucidez ardiente: saber lo que soy y no agachar la cabeza. No eran una jaula, ni una marca impuesta. Eran una elección. La mía.

Pero esos apéndices que salían de la espalda de mi hermana no lo eran. Y por eso, todos iban a pagar.

Abrí las manos.

Pero el fuego no salió de ellas, salió de mis alas, como si cada

pluma ardiente fuera un músculo vivo. El primer latigazo barrió todo lo que me rodeaba y se agarró al cuero, a las trenzas de los ondrari que no dejaban de intentar dispararme. El aire comenzó a oler a pelo chamuscado y a hierro caliente.

Ellos gritaban, pero yo no me detuve. Algunos intentaron retroceder hacia palacio, pero el puente era un pasillo estrecho y yo no iba a dejar margen de escapatoria a quienes nos lastimaban.

Un hombre se llevó las manos a la cara y su lanza cayó al suelo mientras ardía; otro se arrodilló, golpeándose el pecho como si pudiera arrancarse el fuego a puñados. Todo eran pieles azuladas que no podían usar su magia de control del agua pues no había agua cerca… así que el fuego iba a ganarles.

Las flechas, tensadas a toda prisa, se incendiaban en sus propios arcos antes de poder ser disparadas, convirtiendo a los arqueros en simples antorchas.

A cada paso que daba más gente moría.

Con cada avance, mis alas rozaban el aire y la llama obedecía, dibujando un semicírculo a mi alrededor… y empujándolos hacia el borde. Escuché a varios caer huyendo del fuego que no sabían apagar.

Me fijé en que Nathaniel se movía al otro lado del fuego donde yo iba dejando huecos. Rebanaba cuellos, empujaba cuerpos ardiendo que ya iban hacia el vacío, sin apartar la vista de Morcant.

Pero él no usaba su magia. Él también tenía el poder del fuego… ¿Por qué no lo usaba en público? ¿Le bastaba con su espada?

Negué con la cabeza. No había tiempo para nada más.

Cada vez que alguien intentaba rodearme para alcanzarme, Nathaniel lo interceptaba con la eficacia fría de un guardián, pero mis ojos continuaron fijos en mi hermana hasta que acabé con todos.

Nathaniel ya estaba con ella y Morcant se encontraba maniatado de espaldas, con el rostro sobre la piedra.

—Gwenna… —quise decir, pero su nombre se quedó atorado en mi garganta.

Nos rodeaba el silencio de la catástrofe.

—Vendrán más… —Morcant reía con el rostro pegado a la piedra —. No ganaréis…

—Hijo de puta. —Pisé con mi bota su cuello—. Te voy a matar.

Entonces, Nathaniel, interceptó mi muñeca y la agarró con cuidado… aunque quemándose por el camino. Aparté mis alas tarde.

—La cripta —susurró a mi oído.

Era cierto. No podía matarlo todavía, debía averiguar dónde estaba aquel maldito fragmento del códice.

—Vendrán más… —repitió.

—Y los mataremos —murmuré, sin mover la bota de su cuello—. Mataré a todos los que haga falta, y si no quieres que queme tu puto palacio más te vale que colabores.

Morcant alargó el silencio unos segundos.

No podía usar su magia ondrari, no había agua a su disposición.

O eso creía yo, hasta que observé cómo, al calentar mis llamas el puente durante bastante rato… el aire frío respondió con un sudor repentino. Gotas diminutas nacieron en las lanzas, en las armaduras de los cadáveres…

Morcant sonrió desde la piedra, y aunque estuviera en el suelo, aquellas perlas se despegaron a la vez, reuniéndose frente a su palma como una criatura.

El agua ascendió como una cascada poderosa desde su mano y la inercia del movimiento hizo que mi bota se apartara de su cuello.

Morcant rodó hacia un lado y usó la fuerza de la cascada para empujar a Nathaniel. Pero el guardián alcanzó a girarse en el aire y

clavó la punta de la espada en la piedra al caer.

Y la tierra respondió.

Una raíz oscura se abrió paso entre las juntas y se enroscó en el tobillo de Morcant.

No venía de la nada, no la había generado de sus manos.

Una de las enredaderas que rodeaban los brazos del puente, tiró de Morcant un instante. Solo un segundo, pero bastó para interrumpirle.

Yo corrí hacia él y antes de que le diera tiempo a generar más agua de cualquier otro maldito sitio, mis llamas apagaron todo su poder y lo tumbé con un movimiento rápido.

Con la bota en su cuello de nuevo, eché un vistazo a Nathaniel. Ya volvía corriendo hacia mí y con un rápido movimiento de sus manos movió la enredadera y ató con más fuerza al ondrari.

—Ya no vas a poder usar tu sucia magia —murmuré. Noté cómo el fuego de mis alas me daba demasiado calor a mí también—. Tienes dos oportunidades antes de que te matemos. Si respondes correctamente las dos preguntas, morirás rápido. Si no…

—Vais a matarme igual.

—Pero, créeme, la diferencia importa —gruñí.

Tenía a los pies al hombre que tantas veces me había torturado.

Que tantas veces me había golpeado a cambio de no hacer daño a mis hermanas.

Presioné mi bota con más fuerza aún sobre su cuello.

—¿Dónde están mis hermanas? —murmuré—. ¿Y dónde escondes el ejemplar original del *Códice*?

No cedió. El muy rastrero ni se inmutó mientras yo lo asfixiaba. Se creía lo suficientemente valiente como para no temer a la muerte.

Miré a Nathaniel de reojo, él se mantenía a un lado, con un brazo sujetando a mi hermana que tenía la mirada perdida.

Volví a ver sus alas y otra cosa se me rompió por dentro, noté cómo las mejillas empezaron a humedecerse.

—¿Qué le has hecho? —La rabia y la tristeza se me mezclaron en un sollozo profundo que en cualquier otra ocasión me habría avergonzado.

Le propiné una patada en las costillas. Él tosió sangre.

—Quería conseguir cosas de tus hermanas y se negaron a traicionarte —respondió, su voz bailaba con un orgullo asqueroso—. Así que ella fue el precio que pagaron.

Sentí como mis alas batían al ritmo de mi corazón, que latían moviéndose por pura rabia.

Necesitaba acabar con él, necesitaba…

La mano de Nathaniel se posó en mi espalda, atravesando las alas de fuego que lo reconocieron como aliado. Debía de estar quemándose o tal vez su piel helada frenaba las quemaduras.

Pero aguantó el dolor para ejercer de ancla, de calma.

Y yo respiré antes de mirar a Nathaniel, a aquella sucia criatura que me había arrebatado todo… Y tuve claro lo que iba a hacer.

—Te crees la criatura más poderosa del reino. Caminas por encima de todo, convencido de que puedes destruirnos despacio por tu bienestar… o por el de un reino que jamás nos protegió. —Apreté los dientes—. Crees, ondrari, que puedes doblegarnos.

—Ya lo he hecho.

La rabia me subió a la garganta, pero conseguí tragarla.

—Lo hiciste. Y no va a repetirse. —Negué despacio—. Nos escondiste porque te aterraba que este poder se volviera contra vosotros… y tenías razón. —Sonreí, sin alegría—. Voy a demostrarte lo peligrosas que somos, pero solo para ti.

Miré a Nathaniel, lanzándole una orden silenciosa que entendió a la perfección. El guardián se movió, colocándose rápidamente a los

pies de Morcant y sujetándolo con su propio cuerpo.

Yo me agaché, dejé que mi fuego me arropara y me situé de rodillas al lado de su cara.

—Tú eliges cuándo acaba esto.

Coloqué ambas manos en sus mejillas y antes de que le diera tiempo a intentar morderme o zafarse, concentré todo el poder de mi magia en aquel ondrari.

No fue calor.

Fueron brasas metiéndose en un cuerpo que no había nacido para arder. Demasiada magia para un cuerpo débil como el suyo.

Morcant abrió los ojos de par en par y el aire se le quedó atrapado en la garganta. Bajo mis palmas, su piel se tensó como si fuera a partirse; sus venas se iluminaron un instante, finas y rojas como brasas ardientes. Quiso llamar al agua, a cualquier gota, a cualquier respiro… pero lo único que encontró dentro de sí fue mi fuego, ocupándolo todo.

—No estás absorbiendo nada. No puedes aguantar más magia si ningún puto necros te la ha quitado… —murmuré—. Te estás desbordando. ¿Y tienes el valor de actuar como si fueras el más poderoso de todos?

Él convulsionó, un sonido agónico escapó de su boca, y su magia respondió por instinto, intentando sostenerse. Se le erizó la piel. Le temblaron los dedos. Como si su cuerpo estuviera buscando una salida para tanto poder que no podía sostener.

Apreté un poco más.

Nathaniel clavó el peso sobre sus piernas para que no se revolviera.

—Erya… —advirtió, sin apartar la mirada de mí.

Yo no le hice caso.

—Erya, tu poder.

Ahí entendí por qué me llamaba la atención. Creía que dar aquel flujo de magia me debilitaría.

Pero no me importaba. Tenía suficiente para aguantar con mi propia magia.

Era una *primoris*.

Sobreviviría.

—Te creíste poderoso porque necesitabas magia para vivir —susurré—. Qué ironía… la mía no te mantiene vivo, Morcant. La mía te rompe.

Aflojé de golpe. Solo un hilo, lo justo para que no muriera allí mismo.

Morcant aspiró una bocanada de aire como si se estuviera ahogando, tosía, temblaba con la cara pegada a la piedra.

—Tú eliges cuándo acaba esto —repetí, despacio—. Me dices lo que quiero… o vuelvo a llenarte hasta que tu cuerpo no sepa dónde empieza y acaba el sufrimiento.

Le tomé la barbilla y le obligué a mirarme a los ojos.

—¿Dónde está la cripta con el *Códice*? ¿Dónde están mis hermanas?

Sus ojos me miraron desesperados una vez más. Y no me sentí en absoluto apenada.

Por todas las veces que nos había pegado, por todas las veces que sus manos rozaron lugares íntimos que solo me pertenecían a mí.

Me había corrompido y no iba a perdonárselo jamás. Por eso, cuando sus labios azulados se abrieron para susurrar la respuesta, supe que no iba a dejarlo vivir.

—La cripta… en el templo de Nerón. —Tosió sangre de nuevo. Apenas podía hablar—. Tus hermanas, en palacio.

Coloqué las manos de nuevo en su rostro y, justo antes de

infundirle el resto de magia que acabaría con él, habló de nuevo.

—Sucia hereje de fuego —murmuró—. Eres un monstruo.

Sonreí.

—No lo soy. Solo lo soy cuando me obligan —murmuré—. Y tú llevas años insistiendo.

La magia empezó a escapársele por los ojos como si el cuerpo no supiera contenerla más; chorros de agua y luz que le resbalaban por las mejillas en ríos imposibles, ardiendo y apagándose a la vez, como si se estuviera desbordando por dentro.

Morcant intentó reír a punto de morir, pero la risa se le partió en un espasmo y su mirada se volvió blanca. Acerqué la hoja de la daga a su cuello y antes de que pudiera expulsar una última palabra, le corté el cuello.

Lo que prometí, se cumplió. Y la magia se escapó de sus ojos como la vida se había escapado infinitas veces de los nuestros.

43

> Las cosas que un reino teme no las destruye: las esconde a plena vista. El mejor escondite no es el lugar más lejano, sino el más sagrado y el más visitado.
>
> *Ensayo sobre velos y sellos*, p. 256

Las llamas de las alas de mi espalda se habían extinto al infundirle magia a aquel desgraciado, pero mereció la pena.

Estaba algo mareada, me temblaban las piernas y cuando traté de levantarme, sentí que la vista se me nublaba y mis sentidos fallaban. Pero Nathaniel me dio la mano rápidamente.

Como siempre hacía.

Me ayudó a levantarme y cuando ya conseguí incorporarme y recuperar algo de la conciencia, susurró:

—Has hecho lo que tenías que hacer.

No se merecía otro destino que ese.

Ejecutar a aquel hombre de forma cruel no era lo peor que había hecho; matar a alguien inocente, aunque fuera de forma rápida y sin sufrimiento me parecía infinitamente peor. Y ahora que, por fin, entendía esa diferencia… supe que podría vivir con esa muerte sobre mis hombros muy tranquila.

Escupí sobre su cadáver y dediqué unos segundos a observarlo, hasta que escuché que Nathaniel también le escupía a mi lado.

Él y su forma de no juzgar el sufrimiento ajeno, de entender todas y cada una de mis decisiones y de no querer controlarme, sino sostenerme cuando pudiera necesitarlo.

Ahí fue cuando reparé en Gwenna de nuevo.

Quieta, con los ojos puestos en todos lados y a la vez en ninguno… y ese instinto animal que reconocería solo alguien de su misma especie. Las alas batían al ritmo de su respiración, nerviosa, como si su subconsciente todavía no hubiera aprendido a manejarlas.

Mi hermana.

La había perdido. Ya no estaba conmigo y, aunque Morcant hubiera pagado por ello, nada me la devolvería.

Agarré sus manos con cuidado y ella se sobresaltó, como una bestia que primero necesita oler a otra para decidir si puede confiar. Tensó los hombros un instante hasta que su mente —allá donde estuviera— me reconoció y logró relajarse.

—Siento tanto lo que te han hecho —murmuré. No quería derrumbarme—. Lo siento muchísimo, Gwenna.

Ella me miraba con los ojos muy abiertos, como si no entendiera nada ni tampoco supiera cómo comportarse en un cuerpo como aquel. Tenía la piel más oscura en los pómulos, parecía que su estructura facial estuviera cambiando, los ojos más ambarinos…, menos conscientes.

—Yo también he tenido alas. —Apreté con más fuerza sus manos —. Y tus alas son preciosas, Gwenna. Cuando todo esto acabe, dedicaré mi vida a demostrarte por qué lo son, ¿de acuerdo? Dedicaré mi vida a enseñarte que no lo has perdido todo.

No supe si lo había entendido siquiera, porque su expresión no cambió en absoluto. La misma mirada perdida se clavaba en mis ojos como si intentara entender mi idioma y no pudiera, como si

escuchar palabras que no fueran órdenes se escapara de su entendimiento… y a mí se me rompía el alma. Pero si no moría, si lograba sobrevivir a esto y ser mortal…, dedicaría mi vida a cuidar de sus alas.

Escuché a Nathaniel respirar hondo a mi lado; no quise mirarlo porque ambos sabíamos lo que aquello implicaba, pero todavía no era lo suficientemente valiente como para mencionarlo. Pero cuando me atreví a clavar los ojos en los suyos, el brillo de su iris relucía particularmente.

No parecía asustado, parecía sereno.

—Debemos buscar a tus hermanas, Erya —dijo de pronto—. Pronto llegarán más guardianes o más ondraris…

—No tardarán mucho —murmuré.

Lo más probable era que los guerreros que faltaban vinieran por la entrada principal… quién sabe si no estaban ya dentro del salón de palacio esperándonos.

Mis hermanas estarían maniatadas en cualquier habitación, probablemente cualquier sala ondrari que ellos creyeran desconocida para mí. La única forma de acceder a ellas que se me ocurría, intentando no ser vistos, era por la armería.

—Iremos por ahí. —Señalé la repisa de piedra que separaba el palacio del enorme foso que había entre él y el puente—. ¿Te arrastrarás como un gusano?

Nathaniel sonrió y me guiñó el ojo de una forma que me puso absurdamente nerviosa; teniendo en cuenta la situación, me susurró más cerca del oído de lo que debería:

—Solo si me lo ordenas.

Negué con la cabeza exhalando una sonrisa nerviosa, agarré a mi hermana del brazo, mientras le explicaba lo que tenía que hacer y ella obedeció, por supuesto.

Los tres corrimos hacia el estrecho camino que tantísimas veces habíamos cruzado a caballo. Que fuéramos a pie y supiéramos que desde ahí cualquier arquero podría alcanzarnos hacía que la urgencia por llegar a la armería aumentara considerablemente. Logramos cruzar sin mayor inconveniente, aunque el corazón me latía en la garganta fruto de la adrenalina.

Coloqué las manos en la puerta de madera de la armería y la empujé con cuidado. Innumerables dagas y espadas me apuntaron al cuello en cuanto la luz de la armería me dio en el rostro.

Pero sonreí al ver quiénes portaban esas armas.

—Joder, chicas.

Por poco me echo a llorar tirada en el suelo. Mis hermanas, armadas hasta los dientes, me miraron con los ojos muy abiertos como si todavía no hubieran procesado lo que estaban viendo.

Seren fue la primera en abrazarme.

—Mierda, Erya —dijo. Sus manos se aferraron a mi espalda con una fuerza desbordante—. Por poco nos matas de un infarto.

—Erya, por Kaol —exclamó Morgana.

Sonreí al escucharla mencionar a nuestra antecesora sin miedo, aunque no supiera la verdad de la historia todavía, como quien se alía a un monstruo solo porque tienen un enemigo común.

—¿Qué tal estáis?

Mi pregunta se perdió entre abrazos, golpes cariñosos y una emoción que, a decir verdad, no sabía si nos podíamos permitir.

—Joder, Erya. —Lili me miró de arriba abajo—. Estás fatal. ¿Qué le has hecho?

Miró a Nathaniel con desconfianza y este alzó las manos en signo de paz, yo negué con la cabeza antes de responder.

—Él no tiene la culpa. La tienen todos los putos ondraris que acabo de matar —respondí—. ¿Qué ha pasado en mi ausencia? ¿Qué

hacéis aquí?

—Nos ataron en la biblioteca y activaron los velos para que no pudiéramos huir —explicó Morgana—. Por suerte, los conozco bien, así que no tuvimos problemas para salir.

—¿Que no tuvimos problemas? —A Branneth se le desencajó la cara—. Casi morimos aplastadas por varias estanterías.

—Casi —remarcó Aria—. Ese es el punt…

—No se creyeron nada de lo que dijimos, Erya —continuó Seren —. En ningún momento. Cuando llegamos nosotras —señaló con la cabeza a las compañeras del primer equipo—, nos recluyeron en las mazmorras e intentaron sacarnos información.

La tripa comenzó a dolerme.

—¿Qué os hicieron?

—Da igual. Eso no importa. —Seren negó con la cabeza—. Estamos bien. No os descubrieron que es lo importante, ¿verdad?

¿Qué habrían aguantado mis hermanas para que la misión saliera bien? ¿Cuántos latigazos o cosas peores?

Noté como la mirada de Aria se ensombrecía, al lado de Seren.

—Ese pulso mágico que te envié… —Tragó saliva—. Me obligaron, Erya.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo?

—Me obligaron a mandarte un pulso mágico para que regresaras. —Le temblaban los labios—. Torturaban a Gwenna, la mataron dos veces hasta que ya me resigné a mandarte aquel pulso de magia… ¿Lo entiendes? No quería que volvieras. Si volvías y no completabas la misión, todo habría sido en vano. —Puso los ojos en Gwenna—. Podría haber impedido su muerte, pero eso habría hecho que regresaras y…

Coloqué ambas manos en sus hombros.

Sentí rabia. No por ella; por Morcant y la decisión que la obligó a tomar. Tuvo que ser horrible, tener que elegir entre algo así tuvo que ser la peor de las torturas.

—Hiciste lo que pudiste, Aria —susurré—. Y eso es todo lo que importa.

Ella me sonrió sin alegría y tuve claro que aquella conversación tendríamos que volver a tenerla en un futuro. Pero no podía permitirme hablar más ahora, no cuando el tiempo pasaba y las posibilidades de llegar a la cripta disminuían con cada segundo.

Dediqué unos minutos a informarlas de lo ocurrido, de cómo estaba la situación y de por qué debíamos buscar algo en el templo de Nerón… Templo en el que, por cierto, se encontraba el Ibrax.

Nathaniel se adelantó a mis pensamientos.

—Siento ser quien baje los ánimos, pero…, Erya, he vivido en ese templo infinidad de años y jamás he visto nada —murmuró—. Jamás, y créeme que he investigado cada columna con tal de poder desvincularme del maldito Ibrax.

Maldije a Morcant una vez más.

—Tiene sentido. El muy cabrón nos ha mentido antes de morir una vez más —susurré, varias de mis hermanas se llevaron las manos a la cabeza—. ¿Dónde está entonces?

Lili levantó la mano como quien pide permiso, me sorprendí ante su vacilación.

—El muy estúpido nos habrá mentido con que está en el templo de Nerón, pero no tal vez con que está en un templo —argumentó —. Vamos, ¿dónde si no alguien dejaría el ejemplar de un libro tan valioso?

—Tal vez donde nadie lo vaya a buscar.

—¿Y qué hay mejor que el lugar sagrado de diosas olvidadas u odiadas? —respondió Lili a Seren.

Tenía razón.

El templo de Yara era un templo poco visitado, casi olvidado por la mayoría.

Y el de Kaol… solo lo visitábamos nosotras cuando resucitábamos en la mesa de piedra. Puede que siempre hubiera estado con nosotras antes de darnos cuenta.

—Lo haremos así. El escuadrón uno, el que fue a palacio, vendréis conmigo al templo de Kaol. Si encontramos algo mandaremos un pulso mágico.

Lili, Seren, Aria y Morgana asintieron.

—Las demás, el escuadrón dos, iréis al de Yara. Me mandaréis el pulso de magia inmediatamente en cuanto encontréis algo, ¿de acuerdo?

Las demás asintieron.

Salimos corriendo de la armería. No fue hasta que llegamos al puente, sin dejar de correr, cuando comencé a vislumbrar lanzas y pieles azuladas apareciendo entre las sombras.

Salimos disparadas.

—Mierda. ¡Usad toda vuestra magia! ¡No tengáis piedad!

Así fue.

Una lanza salió disparada hacia nosotras y antes de que se atreviera a rozar el suelo, ya estaba incinerada. No fue mi magia, fue la de alguna de las otras siguiendo su instinto más primario para hacer uso de la magia que madre nos había legado.

Otra lanza pasó silbando por mi lado y explotó contra el suelo, levantando una lluvia de piedra ardiendo.

—¡Más rápido! —grité.

Los dos escuadrones ya nos habíamos separado. Apenas había que correr unos cinco minutos para llegar al templo, la puerta no tardaría en…

Otra lanza cayó delante de nosotras. El fuego que salió de nuestras manos la quemó, pero el calor me pegó el pelo a la cara.

Aria tropezó, la agarré del brazo sin frenar. Seren lanzó una llama corta hacia atrás y las flechas se desviaron lo justo para no darnos de lleno.

Pero siguieron. Y yo ya no tenía esas alas a mi disposición.

Tres lanzas seguidas. Una detrás de otra. Como si alguien nos estuviera apuntando con paciencia.

Varias ramas furiosas salieron a nuestras espaldas y comenzaron a tirar ondraris al suelo, acabando con ellos al momento. No necesitaba girarme para saber que Nathaniel estaba usando su poder.

Sin dejar de cortar cuellos con la espada, por supuesto.

—¡Ya casi estamos! —grité.

El templo apareció al final de un puente. Las puertas, negras como el carbón, y el símbolo de su ojo bien alto para ahuyentar intrusos.

Corrimos como si nos fueran a arrancar la piel y, cuando la puerta se cerró tras nosotras, creí que se me iba a salir el corazón del pecho.

—Joder. —Escuché susurrar a Morgana—. Por los pelos.

—No tardarán en intentar derribarla —dije.

El interior del templo parecía más frío que de costumbre. Habíamos estado allí más veces de las que nos gustaría, recomponiéndonos de nuestras cenizas sin más que una triste mesa de piedra en la que apoyarnos.

—Y aquí, ¿qué? No hay nada, joder. —Escupió Seren, todavía con el pecho agitado.

Nathaniel avanzó, curioso, mirando alrededor con rabia contenida.

Y me preocupé al ver algo distinto en su mirada, pero lo ignoré y fui directa a lo único que podría darnos alguna respuesta.

La mesa de piedra.

Apoyé la palma sobre la piedra, estaba fría como el hielo, pero sentí una vibración mínima que hasta ese instante no había notado. Reconocía esa sensación, era como si algo durmiera justo debajo.

—Morgana, manda un pulso a las demás —murmuré—. Está aquí. Ayudadme.

Escuchaba los gritos y los golpes de los ondrari intentando entrar.

—Erya… —susurró Morgana, nerviosa.

—Manda el pulso —repetí, más seria—. Vamos, ayudadme a moverla.

Todas, menos Morgana que estaba concentrada en mandar el pulso, me ayudaron al instante. Nathaniel también empujó, con esa mueca nerviosa que me estremecía el corazón.

El suelo crujió y la mesa se apartó poco a poco. Yo no quitaba los ojos de encima de las marcas de uso que tenía encima.

Arañazos, manchas viejas…

Representaciones de las veces que nuestros cuerpos se habían arrastrado allí, una y otra vez.

Tragándome el asco me arrodillé y pasé los dedos por el suelo, justo donde…

—Aquí.

El ojo de Kaol, apenas imperceptible, se encontraba grabado justo debajo de la mesa. Rocé con mis dedos y sin pensarlo más, encendí un poco de fuego en la palma para iluminarme.

La puerta tembló otra vez, como si el templo supiera que ya era tarde para ocultarlo.

—Está aquí —dije sin apartar mi mano del símbolo—. Cubridme.

¡Ya!

44

No todo lo que se guarda como ley fue escrito como ley. A veces un Códice es solo el lugar donde alguien se atrevió a confesar lo que vio.

Archivo de Kaoral, «Nota editorial»

La piedra fría empezó a calentarse con mi tacto.

Pero no ocurrió nada más.

—Vamos. —Apreté los dientes, nerviosa—. Vamos, joder.

Lili cerró los ojos, Aria tragó saliva y el cuerpo de Seren temblaba justo a mi lado, con la vista puesta en la puerta al exterior.

—¿Sabéis hacer hechizos protectores? —pregunté.

Todas se quedaron quietas, nadie habló, salvo…

—Yo. —Nathaniel, jadeando, alzó la mano—. Creo que yo podría imitar alguno, he escuchado muchos.

—Pues es hora de que pruebes.

Las puertas temblaban. Tal vez habían conseguido agua con la que atacarnos y aquello comenzaría a inundarse.

Nathaniel asintió y se dirigió lo más rápido que pudo hacia los muros interiores del templo. Yo continué concentrando mi magia en aquella maldita piedra ahora templada.

—Vamos…

El símbolo parpadeó… y se apagó.

—¿Qué? —Bufé—. ¡No!

—Es un sello —dijo, Lili tensa—. No es cuestión de fuerza.

Otro golpe fuera y un trozo de polvo cayó del techo. Recé a Kaol para que la magia que estuviera haciendo Nathaniel fuera lo más efectiva posible.

—¿Y qué quiere? —espetó Morgana—. ¿Que le recemos? ¡Porque yo no sé rezar!

Respiré hondo, obligándome a no perder la cabeza.

Recordé la mesa. Los renacimientos. La sangre. La ceniza.

Kaol.

Cogí mi daga y me corté, dejando que unas gotas cayeran con cuidado en el centro del ojo de Kaol, rellenando su iris rojo con mi sangre. Sangre de su hija, que esperaba que sirviera.

Los ondrari habrían tapado esto con algún hechizo que resultara inaccesible para nosotras, pero, tal vez, solo tal vez…, los resquicios de Kaol de este templo podrían darnos la bienvenida.

Y, por suerte, la piedra reaccionó al instante.

El símbolo se encendió entero, como si hubiera estado esperando una confirmación.

—Ahora —exhalé—. Volcad magia, será más útil.

Todas colocamos los dedos en la marca, hombro contra hombro y las respiraciones jadeantes, pero concentrando todo nuestro poder en nuestras manos y, así, en Kaol.

El ojo brilló, la mesa lo hizo también. Y, con un sonido seco como una losa soltándose, algo cedió dentro del altar.

La piedra se deslizó apenas un palmo, lo suficiente como para revelar un hueco negro bajo la mesa.

Y, dentro, envuelto en tela oscura, apareció un lomo inconfundible.

El *Códice*, volumen 7: «Del equilibrio de la magia».

Los demás volúmenes los habíamos leído en casa de Agnes, pero

este era…

—Joder, es muy fino, ¿no? —espetó Morgana.

Lo abrí de golpe, busqué en el índice capítulos concretos, mapas… y lo que encontré fue un volumen ridículamente delgado. Las letras estaban muy apretadas y entre algunos párrafos se veían huecos en blanco.

Como si Ignis no hubiera tenido tiempo de terminarlo.

—¿Es… esto? —Escupió Seren, nerviosa, asomándose por encima de mi hombro.

—Es el volumen 7 —murmuré, tragando rabia—. Pero está distinto.

Este era el volumen original, no había duda. El cuero del lomo…, la letra era la misma que en los otros.

La puerta tembló de nuevo con una fuerza arrolladora y más polvo cayó sobre nuestras cabezas.

—¿Cómo vas con el hechizo, guardián? —preguntó Lili.

—No creo que sea mi fuerte.

Intenté respirar, tranquilizarme. Algo habría, tenía que haber una forma de explicar por qué nuestros corazones se atan al Ibrax.

Y por qué Nathaniel tartamudeaba y estaba tan nervioso.

Intenté pasar la vista por los fragmentos tan rápido como pude, pero a medida que mis ojos caían en lo que tenía delante me sentía más confusa aún. La letra, la forma de escritura…

Parecía un diario, más que un texto de estudio. Como si Ignis se hubiera llevado este *Códice* para intentar usarlo de diario de viaje, de hecho…

—Día uno. —Leí en voz alta—. Aquel hombre usaba el *Códice* como diario de viaje —murmuré.

Pero a cada segundo, las puertas del templo temblaban y con ello nuestras posibilidades de continuar con vida disminuían cada vez

más. Si entraban, si le pasaba algo a este ejemplar…

—Idos.

Lili alzó la voz y tiró de mi brazo, separándome del libro.

—¿Qué haces?

—Os tenéis que ir —explicó, estaba nerviosa—. Idos Nathaniel y tú al Ibrax y leed lo que podáis allí. Nadie puede entrar si no le das acceso, ¿verdad?

Nathaniel asintió.

—No tiene sentido que sigamos leyendo aquí, arriesgándonos a que entren, nos maten, y todo por lo que… —Lili tragó saliva—. Todo por lo que nuestra vida se ha puesto patas arriba, se joda aún más. No pienso volver ahí. —Señaló a algún lugar, refiriéndose a palacio —. Solo volveré si es para pisar la cabeza de estos ondraris, ¿entendido?

Morgana, Aria y Seren se colocaron al lado de Lili. No me gustaron esas miradas de compasión.

—Tiene razón —completó Seren—. Idos, nosotras lucharemos y os haremos ganar tiempo.

Noté como la bilis se me subía a la garganta y las posibilidades de que todo saliera mal viajaban por mi cabeza como un torbellino sucio y egoísta. Dejarlas luchando solas por mí…

—Nos has cubierto las espaldas infinidad de veces, Erya. —Morgana me guiñó el ojo—. Deja que lo hagamos por ti.

—¡Vamos! Además, acabaremos con esos ondraris antes de que tú hayas salido del templo. —Aria apretó la mandíbula.

—No te pares a sentir culpa. No ahora. —Seren me miró con esa amabilidad suya—. Corre.

Otro golpe en la puerta. Corrí a coger a Nathaniel del brazo.

—Tus fallidos hechizos protectores tendrán que esperar —murmuré.

Salimos por una de las ventanas laterales, escalar no nos costaba tanto cuando sabíamos que al otro lado una oleada de ondraris estaba a punto de derribar la puerta. Nathaniel no dudó, me agarró del antebrazo y me llevó pegada a la pared, por el lado ciego del templo.

Apenas asomamos la cabeza, vimos las sombras moviéndose por la plaza: ondraris, patrullas druvaris…

Y escuchamos como la puerta de templo se rompía y los gritos de mis hermanas.

Que estén bien… que no mueran más veces.

Nathaniel me hizo una seña para retroceder y que bajáramos por la escalinata derecha.

No estábamos lejos del otro templo, pero debíamos darnos prisa.

Cuando por fin salimos a calle abierta, en pocos minutos, el templo de Nerón se alzó al fondo.

Ahí estaban sus columnas, la cúpula que tanto me había llamado la atención… Y al menos una decena de ondraris nos miraba con sus espadas en mano, alzándolas al tiempo que corrían a por nosotros.

Yo tampoco dudé. No tenía tiempo para ello.

Concentré mi fuego en las manos, a riesgo de quedarme más baja de energía de lo que podía permitirme, y mis llamas corrieron a abrasarlos como dos látigos.

Nathaniel, tan veloz como siempre, corrió en su dirección y rebanó sus gargantas, aprovechando el caos provocado por las llamas.

Oí gritos y miedo, pero me dio igual.

Terminamos de limpiar la zona y, de un salto, Nathaniel y yo nos colamos en el interior del templo. Sabía el camino de memoria, pero la ansiedad hizo que sintiera que podía perderme dentro.

—Vamos —murmuré.

Corría detrás de Nathaniel que, usando su magia, fue abriendo pasadizos y mostrando el camino al Ibrax solo para nosotros. Tendríamos que completar los velos, no cabía duda, pero cuanto antes estuviéramos dentro, antes podríamos terminar todo esto.

Escuchamos pasos detrás de nosotros.

—Corre —insistí.

Antes de que pudiera darme cuenta, la filigrana dorada que recubría la puerta se activó e instantes después ya estábamos dados de la mano y dentro del Ibrax.

Cerramos la puerta con ansia y pecho jadeante.

Y antes de que nos diera tiempo a procesar lo que acababa de pasar, me tiré al suelo con el libro entre las piernas y abrí la primera página.

—¿Vas a leerlo ya?

Alcé la vista desde el suelo y le miré enarcando una ceja.

—¿Cuándo quieres que lo lea? ¿Cuando los ondrari estén aquí dentro luchando?

Nathaniel frunció la boca como si no le hubiera hecho gracia en absoluto mi comentario. Pero a mí tampoco.

—¿Qué te pasa? —pregunté, con ambas manos sobre el *Códice*.

Se dio la vuelta y miró hacia el altar del Ibrax.

—Nada. Lee.

Abrí por la primera página y me fijé en el índice de nuevo, estaba incompleto y organizado por días, pero en el ejemplar parecía haber más páginas de las que se indicaban al principio.

—¿Quieres leer aquí conmigo? —pregunté hacia Nathaniel. Continuaba de espaldas.

Negó con la cabeza y siguió con la vista al frente. Intenté no darle demasiadas vueltas al por qué de su extraño comportamiento, no podía dedicar tiempo a eso ahora, no cuando tenía entre mis

manos el ejemplar que podía romper mis cadenas para siempre.

DÍA 1

He dejado Kaoral.

No por abandono, sino por urgencia. Agnes duerme... le he dejado una nota, aunque me pesa la culpa como una piedra en el pecho, oprimiéndome cada vez más.

Durante semanas he notado irregularidades en el reino.

El pulso de magia es más débil y las fuentes de magia de la frontera de Kaoral sustentan menos a los teryanos, los propios soles brillan cada vez menos.

No son imaginaciones mías. El pulso mágico no puede cansarse, no puede cambiar de la noche a la mañana.

Agnes cree que me estoy volviendo loco. Yo sé que no soy el único que se ha dado cuenta de esto.

Si el equilibrio existe, debería sentirse igual en todo Teryon. Y no lo hace.

Tragué saliva antes de continuar leyendo en voz alta. Nathaniel seguía sin mirarme y con la vista clavada en algún lugar del templo.

Algún día, antes de que Ignis emprendiera su viaje, los soles de Teryon sí que alumbraron Teryon.

Seguí leyendo.

DÍA 6

Cuanto más me acerco a la capital, más densa se vuelve su magia... No como si hubiese más poder en los "vinculum", mis hermanos, sino como si el aire estuviera lleno de una magia que no le pertenecía a nadie.

En aldeas y caminos siento hambre, en las puertas de la ciudad siento saciedad.

Me he detenido tres veces para comprobar si es sugestión. No lo es.

DÍA 16

Ya estoy en Ignath.

Dejo anotaciones sobre lo que percibo por las calles principales:

· Más intensa cerca de los edificios de la corte.

· Más débil en barrios externos, cercanos al nombrado Rhyen.

· Inestable: cerca de canales subterráneos, depósitos antiguos…

DÍA 21

Hoy he escuchado a dos escribas hablar de equilibrio como si fuera algo contable. He oído el término «reparto» en boca de un hombre que solo visita el templo de Nerón para rezar.

No sé si me estoy volviendo loco, pero mi sospecha toma forma.

El corazón de mi diosa tiene un desequilibrio provocado. La magia natural de Kaol no debería sentirse así. Ellos controlan los flujos mágicos para que haya desigualdades.

Y alguien o algo debe pagar la factura.

Levanté la cabeza del papel.

—Ignis creía que la magia se concentra en el centro de la capital y que los ondrari son los encargados de provocar esas desigualdades.

Nathaniel asintió, de espaldas.

DÍA 23

Se oye hablar de unas bestias desalmadas con aspecto de sombra que viajan por el reino acabando con la magia de los "vinculum"… los llaman necros.

Quiero estudiarlos, saber de dónde salen, por qué surgen…

Los dioses saben bien que las únicas criaturas existentes son las que han nacido de su semejanza.

Y ellos no parecen semejantes a nadie.

—Estudió a los necros… —murmuré.

DÍA 34

Los he visto surgir de las cloacas, de las fuentes con más cambios de flujo mágico que he registrado.

He visto surgir a esas bestias de los lugares donde más ha cambiado la magia y de los barrios más pobres a los que se les arrebata esta.

Creo que no nacen del caos. Nacen de un método.

Si manipulas el equilibrio mágico no solo quitas la magia, creas cambios de flujo mágico que se traducen en hambre. Y el hambre acaba tomando forma.

Ese es el origen de los necros.

—Joder, Nathaniel —murmuré—. ¿Estás oyéndome? Esas bestias surgen por su puta culpa…

Tantos recuerdos pasaron por mi cabeza que me sentí inmediatamente abrumada.

Por eso, aquel día, había necros dentro de palacio. No es que los hubieran capturado, es que habían forzado el desequilibrio mágico para que estos surgieran y así poder retarnos a nosotras.

Seguí leyendo, aunque Nathaniel no me respondiera.

DÍA 37

Estoy seguro de que no son maldad. Son consecuencia y desesperación por poder

existir. Hambre y sufrimiento.

He visto a uno detenerse ante un cadáver sin devorarlo. He visto duda en su postura durante breves instantes.

Los llaman monstruos para justificar su muerte.

Pero si han sido creados por el abuso del equilibrio, entonces son víctimas como todos nosotros, aunque su hambre acabe con vidas como consecuencia.

DÍA 40

He cometido lo que muchos devotos llamarían sacrilegio: he atrapado a uno.

Paré de leer. Me atraganté con mi propia saliva.

No para torturarlo o para exhibirlo… para entenderlo. Lo he encerrado en un lugar seguro lejos de miradas y sacerdotes. No sé si estoy condenándome a mí mismo, pero mis estudios valdrán la pena.

DÍA 41

Creo que sí que me he vuelto loco, porque he probado lo impensable.

He probado a alimentarlo de magia sin permitir que la robe.

Estamos alojados a las afueras de la capital, cerca de fuentes mágicas, lo suficientemente apartadas como para que alguien nos vea… y ahí lo tengo encadenado.

Me tiemblan las manos, pero creo que puedo inducir su humanidad.

Por poco vomito sobre el papel.

—Nathaniel, Ignis… estaba completamente loco.

Nathaniel se giró a mirarme por primera vez en todo este tiempo

y con la voz en un susurro dijo:

—Definitivamente, sí que lo está.

DÍA 42

Ha dejado de gruñir y de arrastrarse. Ahora recibe la magia, quieto, calmado.

DÍA 43

La forma de su cuerpo está cambiando, me he despertado y su cabeza ya no parecía la de una bestia.

DÍA 48

No es un monstruo.
No estoy loco.

DÍA 49

Este sujeto no responde a una sola fuente mágica... Tiene forma humana, está calmado. Lo he desatado, aunque me arriesgue a morir. No habla, pero le enseñaré. Parece un necros de unos veinte años... es joven en forma humana.

DÍA 50

Cuanto más lo alimento, más poder acumula. No tiene la firma de ningún dios en concreto. Le arden las manos cuando le transmito magia, le brillan los ojos cuando le acerco agua...

Leí aquella frase con el corazón en un puño y levanté la vista

hacia Nathaniel.

El guardián ya no me miraba, pero se llevaba las manos a la cabeza como si acabara de leer el mayor sacrilegio de la historia.

DÍA 55

He dejado de alimentarlo un par de días para ver qué pasaba y, para mi sorpresa, ha vuelto a comportarse de forma algo agresiva.

Sospecho que, si dejara de alimentarse de magia, volvería a su forma original.

Lo mejor que le podría pasar sería encontrar una forma de unirse al Ibrax para siempre para poder obtener su magia.

Levanté la mirada y la clavé en el guardián supremo.

45

He aprendido demasiado tarde que la línea entre monstruo y hombre no la dibuja la sangre, sino el hambre. Cuando una criatura solo puede existir robando, cuando puede sostenerse, no lo necesita.

IGNIS

Me temblaban los labios, las manos.

Todo empezó a encajar en mi cabeza y el guardián supremo me miraba con los ojos vidriosos, con una mano tapándose la boca mientras yo, tirada en el suelo, luchaba por seguir leyendo.

Me obligué a seguir, a no sacar conclusiones precipitadas. Solo cuando terminara de leer, concluiría algo.

DÍA 56

He vuelto a alimentarlo de magia, tiene aspecto de "vinculum" normal. Mis experimentos han cobrado sentido.

DÍA 57

Diferencias que observo en el sujeto a simple vista, además del uso de la triple magia.

· Temperatura corporal bastante inferior a la de los demás "vinculum".

Físicamente helado, no hay forma de calentarlo más que cuando él usa su propia magia.

Iba a vomitar. Iba a desmayarme.

· Sangre negra como la de un necros. No le hice daño, se cayó solo en casa y observé la herida, ennegrecida como de la forma original de un necros.

· Aspecto físico empeorado tras estar alejado de la magia durante horas. Ojeras marcadas, piel especialmente pálida.

DÍA 58

He cometido el segundo sacrilegio: he decidido llevar mis diarios hacia la corte. No como amenaza, sino como evidencia de que se puede cambiar las cosas.

Al joven lo mantendré escondido hasta que yo vuelva con noticias. No puedo arriesgarme a que lo maten, le he cogido cariño y es un sujeto demasiado valioso.

DÍA 59

Voy a partir. Le he dicho que no salga hasta que vuelva.

Y si no vuelvo..., que encuentre la forma de obtener magia siempre o, de lo contrario, volverá a sentir esa hambre depredadora que caracteriza a su forma primitiva.

DÍA 60

No me han escuchado.

Han leído mis palabras con pánico, el pánico que caracteriza a un avaro que cree que está a punto de perder algo. A esos ondraris les compensa que los necros sigan

en el reino con tal que la magia siga fluyendo a su favor.

No les aterran en absoluto; les aterraba la idea de que alguien más pudiera controlar el flujo mágico y que ellos tuvieran menos cantidad.

Aunque eso implicara que menos "vinculum" murieran en manos de los necros y que las fénix no tuvieran que cazarlos.

Pobres fénix.

DÍA 61

Me persiguen. Me han acusado de herejía.

Solo busco el equilibrio.

DÍA 62

Voy a esconder esto en el templo de mi diosa.

Allí una hija de Kaol lo encontrará con suerte y podrá terminar esto. Espero que mi sujeto pueda apañárselas por sí solo.

No soy un héroe, soy un testigo de lo que ha pasado.

Un viajero entre universos que encontró su propósito y fracasó.

Que Kaol nos proteja y la verdad se encuentre.

Si me hubieran dicho que los corazones pueden romperse, no lo habría creído.

Pero justo en el momento en el que levanté la mirada y observé los ojos cubiertos de lágrimas de Nathaniel, escuché cómo el mío se rompía con un golpe seco.

La imagen de la herida del brazo con sangre ennegrecida.

Sus ojeras tras días y días de viaje.

El tacto de sus manos. Su temperatura.

Todo comenzó a cuadrar como piezas de un puzle tan doloroso que sentí que se me clavaba en el pecho. Mucho peor que cualquier puñalada que hubiera recibido.

—¿Eres tú?

Mi voz salió en un lamento. No me hacía falta preguntarle, pero no podía soportar otra mentira más.

—Eres un necros —exhalé.

Las lágrimas no dejaban de cubrir el rostro de Nathaniel y yo no sentí pena.

Sentí lo único que me había salvado y condenado al mismo tiempo.

La rabia.

Esa rabia que había matado necros conmigo, mientras ellos mataban a mis hermanas durante siglos. Esa rabia que me había arrancado trozos de bondad sin pedirme permiso.

Era el único hombre en el que había confiado, el único hombre al que le había permitido ver algo de mí.

Me tembló el pulso. De rodillas, apoyé las manos en el suelo como si así pudiera sostenerme.

—Sí.

No grité. No lloré.

Alcé la cabeza despacio, con tal calma que no me reconocí.

Y en ese instante, Nathaniel dejó de ser el hombre en el que confiaba.

Se convirtió en el enemigo al que iba a incendiar.

Concentré toda la magia que había en mi corazón y corrí hacia él, fuera de mí.

Lancé llamaradas de fuego que él esquivó con una facilidad abrumadora.

Pero no me atacaba de vuelta… y eso me enfureció.

Saqué mis dagas. Comencé a lanzarlas.

Tenía que matarlo. Traidor… Mentiroso…

Las cuatro fallaron y Nathaniel frenaba mis llamaradas como si realmente nunca le hubieran afectado…

«Nunca temí el fuego».

Yo creí que significaba: no te temo a ti.

Y, sin embargo, mis llamas chocaban contra él como contra piedra mojada.

No era amor. Era naturaleza.

Nunca se quemó, nunca aguantó calor con tal de querer tocarme.

Noté como las lágrimas comenzaban a brotar por mis ojos.

—Eres… —me atragantaba con mis propias lágrimas— un mentiroso.

Nathaniel no hablaba, solo lloraba y me miraba como si no supiera explicarme todo lo que pasaba por su cabeza. Yo quería acabar con él.

Nunca debí confiar en un hombre.

Nunca debí confiar en él.

—Erya. Cálmate.

—¡No me digas que me calme!

Lancé otra llamara de fuego hacia su rostro, que solo esquivó a medias y a medias la toleró.

Decidí que, si mis llamas no podían acabar con él, mis años de lucha lo harían.

—Hijo de puta… —murmuré.

Salté sobre su cuerpo que se dejó caer bajo mi peso y, encima de él, de rodillas, le golpeé con todas mis fuerzas.

Solo cerró los ojos, como si cada golpe fuera algo que merecía.

—¡Mírame! —rugí.

Cuando lo obligué a alzar la cara, vi la sangre negra en su labio. Espesa y oscura.

La prueba. Volví a golpearlo y mi brazo tembló de rabia y asco.

—Hijo de puta… —susurré, ahogándome—. ¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo llevas…?

Él abrió la boca, pero nada más que un lamento salió de sus labios.

—Erya…, por favor.

Volví a levantar el puño, pero esta vez él me atrapó la muñeca.

No con fuerza para hacerme daño.

Sino para detenerme.

Su mano estaba helada… y no paraba de temblar.

—Escúchame.

Intenté zafarme de su agarre. No pude.

Me sujetó el otro brazo de la misma manera.

—¿Que te escuche ahora? —sollocé—. Has jugado con mi confianza, has…

—Ignis me salvó —exhaló—. He sobrevivido como he podido, Erya. Con lo que me encontraba. Con lo que fuera para no ser la bestia que soy en realidad.

Apreté la mandíbula.

Me costaba pensar, razonar sus palabras.

—Te he mentido desde el principio, porque, si lo hubieras sabido, me habrías matado, Erya. Yo mismo he matado gente de mi especie contigo.

—Para mentirme y ganarte mi confianza.

—¡Para sobrevivir!

Asentí e intenté calmarme.

Yo seguía encima de él, con las rodillas clavadas en su pecho.

Podía sentir su respiración irregular, su corazón latiendo

acelerado.

El corazón de un necros.

—No me mates ahora, Erya. Solo te pido eso.

—¿Tú elijes cuándo quieres que te mate? —exhalé.

—Mátame cuando hayamos roto el último velo y puedas ser mortal.

Todo aquel peso volvió a mis hombros de una forma que detesté. Aquel ejemplar del *Códice* no tenía nada de valor, no había nada que pudiéramos hacer.

Y debíamos batirnos en un duelo a muerte.

Me quedé paralizada, como si la rabia se hubiera congelado en mi alma y no me dejara moverme.

Necesitaba respuestas.

—¿Sabes cómo romper el velo?

—Te he dicho que no. Pacté contigo para averiguarlo y…

—¡Y me has mentido todas estas veces! Joder.

Bajé los puños, cansada.

Cansada de luchar y de haberme llevado otra decepción… y sentí el temblor subir por mis brazos.

—Habla. Cuéntame todo.

Dudé sobre si apartarme de esa posición.

—Si haces algo raro, te cortaré la garganta.

El silencio que se quedó después no fue paz. Fue una tregua dolorosa que estaba segura de que podría matarme.

El guardián se colocó delante de mí, de rodillas. Antes de hablar, se pasó las manos por el rostro para secarse las lágrimas.

No caí en sentir lástima. Luché contra la Erya que quería echarse a llorar aún más junto a él.

—No sabía que existía este libro, Erya. No tenía ni idea. Ni siquiera sabía que Ignis había rescatado a otra fénix ni que tenía una

vida en Kaoral… —Tragó saliva—. No sabía nada. Estuvo apenas dos meses conmigo, me dio la vida y desapareció. Eso era todo lo que yo sabía.

—Eso no justifica todo lo que me has mentido, lo que me has hecho, Nathaniel. No justifica nada de eso.

Se mordió el labio y me miró a los ojos como si quisiera verme más a fondo.

—Te mentí al principio, porque…

—Me has mentido siempre.

—Erya. —Negó con la cabeza—. Escúchame. Te mentí porque quería sobrevivir, joder. Pasé siglos solo, escondido en una puta caseta de madera en la montaña totalmente apartado de todos y de todo con la dependencia diaria de tener que ir a visitar fuentes de magia para no perderme a mí mismo. Cada día de la semana iba a una distinta, para que nadie sospechara de mí. Así durante siglos.

Tragué saliva.

—Siglos solo. —Más lágrimas comenzaron a recorrer su rostro—. Hasta que hace unos trescientos años, se difundió el rumor de que buscaban un druvari al que someter al Ritual de Sangre y Raíces para convertirlo en el guardián supremo. No pensé en las consecuencias… y me presenté siendo consciente de que mi poder era mucho mayor que el de un simple druvari.

Alargó el silencio unos segundos y yo me llevé las manos a la boca.

—Y siendo consciente de que ellos no tenían por qué saber nada de mi triple magia, solo verían a un druvari increíblemente poderoso que sería el candidato perfecto para ser el guardián supremo que ellos buscaban. Era mi oportunidad, no más viajes a fuentes lejanas, no más huidas de ningún sitio… sería el guardián que necesitan y tendría magia de sobra. —Se llevó las manos a la cabeza, nervioso

—. Pero simplemente cambié de cadenas, joder.

La rabia comenzó a cambiar y me enfadé conmigo misma porque fuera así.

—Solo quiero ser independiente de cualquier magia —murmuró —. Como tú, Erya.

—No hagas eso. No intentes ablandarme y restar peso a tus mentiras comparándome contigo.

—No lo hago, Erya —pronunció mi nombre como una súplica—. Solo quiero que me entiendas.

Asentí. Intenté calmarme.

—Llevo mucho tiempo intentando serlo, buscando formas, pero el puto pacto parece ser eterno, y no encontraba la maneta. Hasta que un día en La Grieta detecté una magia poderosa sin igual. Y entraste tú, Erya.

Quise echarme a llorar.

—No era una magia parecida a la de un *vinculum*, era algo superior, algo primitivo… como la mía. Solo que mientras que tú estás llena de magia sin necesitar ayuda externa yo, sin una fuente…, no soy nada. Y por eso decidí acercarme a ti. Al principio, quise aliarme contigo como excusa para lograr tener una fuente cerca permanentemente, mientras investigaba por mis medios, aunque quisiera alejarme del Ibrax… Sí, al principio quise usarte. Pero como tú querías usarme a mí, Erya.

Tragué saliva.

—Vi en ti una salida, una posibilidad de sobrevivir. Si trabajábamos juntos podríamos encontrar una forma de desanclarnos de lo mismo y, mientras, podría estar cerca de ti y así tener magia ilimitada.

Noté como las lágrimas caían por mis mejillas desconsoladamente. Para él fui una forma de conseguir lo que

quería.

Y para mí, él era el único hombre en el que había confiado.

—Soy eso para ti… —susurré, mostrándome más vulnerable de lo que hubiera deseado jamás.

—No. —Todavía de rodillas, colocó las manos juntas en su pecho, como si fuera a iniciar una plegaria—. No, Erya. Te usé a mi favor. Ambos nos usamos como piezas para conseguir lo que queríamos… ¿O me equivoco?

Negué con la cabeza.

—Soy eso para ti —repetí.

—Pero ya no eres eso para mí, Erya.

—¡Mientes!

Mi voz rebotó en el templo como un latigazo. Nathaniel no se movió ni intentó acercarse.

Solo cerró los ojos un segundo, apretando los dientes.

—He matado a gente de mi especie, porque he entendido que es lo que hay que hacer. Te he cubierto las espaldas mientras lo hacías…

—Tu especie me ha matado —exhalé—. Ha matado a mis hermanas.

—¡Lo sé! Y me avergüenzo de ello…, pero, Erya, ellos en sí mismos no son malos. Solo tienen hambre… tenemos hambre —corrigió, y un escalofrío me recorrió la espalda—. Si no hubiera ese desequilibrio, si dejáramos que Kaol latiera sola… Los necros no surgirían.

—Se extinguirían —sugerí.

—Los que ya existen, no. Esos adquirirían la magia suficiente para poder tener la forma humana que tenemos todos los demás… Pero no surgirían nuevos. Y no pasa nada, porque somos una especie condenada al hambre y nacida del descontrol, Erya —

murmuró, tragando saliva—. Pero no somos malvados. Y yo solo quiero… sobrevivir.

Alargó el silencio unos segundos más.

—He pasado siglos midiendo rutas para no morirme, no he tenido familia, ni una sola noche en la que no pasara por mi cabeza cuánto tiempo me queda antes de convertirme en algo que tú matarías sin pensártelo. —Negó con la cabeza—. Bueno, sí que hubo una noche en la que no pensé en eso.

—No me vendas eso como un romance cuando ha sido una mentira.

—No te lo vendo. Te lo confieso. Esa noche no pensé en el hambre porque estabas tú. Y por primera vez en siglos… me sentí vivo.

Calló unos segundos.

A mí se me revolvieron las tripas y noté que iba a volver a echarme a llorar como una niña pequeña. No podía más.

—Eres un… monstruo.

Nathaniel asintió. Tragándose el llanto.

—Sí, Erya.

No discutió. No se defendió.

Y yo me arrepentí al instante de haberle llamado aquello. Ese «sí» me removió más que cualquier otra cosa.

Miré sus manos temblando, su piel demasiado pálida, la forma en la que respiraba como quien está al borde de un precipicio constante.

No fingía…, no era un enemigo con una máscara puesta.

Era una criatura encadenada, como yo.

La rabia permanecía ahí, pero se le pegó otra emoción. Esa que él me había hecho sentir con su forma de mirarme… de verme.

No supe ponerle nombre, pero volvió igual que una flor que

nunca llegaron a arrancar de raíz: escondida, aguantando…, esperándolo.

—Confié en ti.

—Y siento con todo mi ser habértelo ocultado, Erya.

Continuaba de rodillas cuando bajó la cabeza.

—Lo sé.

Volvió a mirarme.

—No te he perdonado. Me has mentido. —Miré hacia la puerta, hacia el pasillo—. Pero… yo también buscaba solo sobrevivir.

La frase me supo a derrota, tuve admitir que yo también habría hecho lo que hiciera falta para sobrevivir.

Y así fue. Había puesto el reino patas arriba por nuestra libertad.

—Erya…

—No digas nada bonito ahora. No puedo escucharlo —supliqué —. Vamos a acabar con esto. Levántate.

Él obedeció al instante y, con un pulso tembloroso, me señaló los velos.

—Lo sé… —susurré—. Pero no vamos a cruzarlos.

Me di cuenta de que lo que acababa de pensar no tenía mucho sentido, pero me aferré al instinto punzante que latía en mi corazón. Y recé para no equivocarme.

—Vamos a romper los velos, Nathaniel.

46

> A veces la libertad llega como una llama: no pregunta qué estás dispuesta a perder, solo te pide que ardas con compasión.
>
> IGNIS

Me miró como si me hubiera vuelto loca, pero, llegados a este punto, lo estaba, ¿verdad?

Mi libertad, mi mortalidad…

Ignis quería que quien leyera eso salvara el reino, pero ¿cómo iba a hacerlo? Un reino que me había dado la espalda no se merecía ser salvado.

No se merecían nada.

—Somos las criaturas más poderosas del reino, Nathaniel. —Volver a pronunciar su nombre hizo que me escociera la lengua—. Estos velos los ha puesto el dios Nerón. Me apuesto lo que quieras a que tenemos más poder que ese cerdo.

Sonrió.

Como cuando viajábamos y se le ocurría algo ingenioso.

Como justo antes de la noche que me besó.

—Soy una *primoris* y tú, a mi lado, tienes poderes originarios de los tres dioses… —susurré, mirando las filigranas doradas del suelo —. Podemos romper esto.

No hice más preguntas.

Guardé las dagas que había lanzado en vano y le tendí la mano.

Y, al sentir la suya cerrarse sobre la mía con la misma naturalidad de siempre, entendí que esa parte, al menos esa parte, no había sido mentira.

—Vamos —murmuré—. Concentra todo tu poder.

Cerré los ojos, pensando en aquellas alas de fuego, en la forma en la que las llamas de Kaol corrían por mis venas y ardían como si ese fuera su hogar.

Pensé en Agnes, diciéndome que una vez entendiera mi poder, sería imparable…, y quise demostrárselo.

Pensé en la rabia, en la tristeza. En ese sentimiento al que no ponía nombre pero que se despertaba al ver a Nathaniel sonreír.

La llama de mi pecho ardía con fuerza y no me hizo falta mirar al guardián para saber que la suya ardía con la misma fuerza.

Aunque fuera cedida. Aunque fuera mía.

Esa magia, en su cuerpo, era increíblemente poderosa.

—Somos más que tú… —gruñí, pensando en el dios Nerón.

El primer velo crujió como el cristal bajo un martillo y se hizo añicos en un estallido de luz azul. El aire me golpeó en la cara y sentí una punzada en el pecho, como si algo de mí hubiera sido robado por aquella magia.

—No pares —dije, ya caminando hacia el segundo.

Se resistió más. Arañó mis nervios, mis extremidades, intentaba arrancarme la magia. Tirar de nosotros para destruirnos.

Me aferré a la mano del guardián con mi vida y todo aquello me dio igual.

Empujamos y, de nuevo, lo rompimos.

La luz estalló y todo el templo tembló.

Me toqué el costado. Tenía la mano manchada, pero no quise mirar.

—Estás sangrando —escuché a Nathaniel.

—Sigue.

Grité cuando atravesé el último y el cristal cayó por encima de nosotros. El templo pareció quedarse mudo unos segundos.

Como si Nerón hubiera pestañeado.

—Mierda.

Nathaniel cayó de rodillas. Como yo.

Estaba abatida. Había sido demasiada magia… demasiado poder…

Miré a Nathaniel. Las ramas doradas de sus iris brillaban como si les hubieran inyectado una sustancia… era algo extraordinario.

—Nunca había concentrado toda mi magia, joder —dijo él.

Yo no pude ni responder. Mi pecho subía y bajaba, jadeaba en un estado de nervios sin igual que distó mucho de calmarse cuando reparé en la frase que tenía delante.

NO HAY DISTANCIA CON TU PROPIO FUEGO.
KAOL NO ESCUCHA SÚPLICAS, SOLO COMPASIÓN.

Estábamos como al principio de todo.

Solos, desesperados, y con una frase que no comprendíamos como única esperanza.

—Qué mierda significa esto… —murmuré.

Pero entonces, como un relámpago, aquella frase que había ocultado a Nathaniel y a mis hermanas pasó por mi mente.

Eso que me dijo pero que, como no comprendía del todo, no quise darle importancia.

—¿Erya?

Me quedé paralizada, como si nuestra lucha se hubiera desmoronado ante mis ojos en tan solo unos segundos.

Nathaniel me miraba preocupado, con la ceja enarcada y la

mano derecha en la funda de su espada. Yo necesité unos instantes más de silencio para decir en voz alta aquello que rondaba por mi cabeza.

—Nathaniel —exhalé, como un lamento—. No puedo romper el velo. Es imposible.

Él me miró como si no me entendiera, como si tan solo estuviera hablando la Erya más desmoralizada y aquello no fuera más que otro de mis episodios de negación en los que la esperanza pasaba a segundo plano.

Pero asentí, intentando hacerle ver que esta vez no iba en vano.

—Agnes me lo dijo.

Él tragó saliva.

—¿Qué te dijo?

—Me dijo… —Miré a todos lados, como si necesitara apoyarme en algo externo para sostenerme—. Me dijo que no podíamos. Que esto era imposible.

Apoyó las manos en mis hombros y respiró hondo.

Me dieron igual las mentiras porque todo había sido en vano.

Habíamos fallado.

—Cuéntamelo bien.

—El día que fui a ver a los drakiens —respiré como si aquel fuera mi último aliento—. Agnes habló conmigo. Me contó que tenía la certeza de que no podía romper el pacto con el Ibrax porque…

Cerré los ojos como si la pesadilla me hubiera atrapado para siempre y fuera a ser real.

—Porque mi sangre tiene la misma magia que la que corre por este puto reino, Nathaniel. No puedo separarme de lo que soy. Y siempre lo he sabido, joder…, siempre lo he tenido delante de mí y nunca he sido capaz de darme cuenta. Obsesionada con una idea de libertad que no es posible.

Nathaniel se quedó sin palabras.

A mí me temblaba todo el cuerpo.

«No hay distancia con tu propio fuego».

No existía forma alguna de alejarme de esta inmortalidad. De alejarme de la bestia…, mientras yo viviera siendo Erya, tendría que estar condenada a esto.

—No es posible —murmuró Nathaniel—, no de forma natural.

No entendí qué era lo que quería decir. Lo miré a los ojos como quien mira a su última esperanza.

—¿Sabes que, si matas al guardián supremo, el Ibrax queda en libertad?

Sí. Era cierto.

—Y si el Ibrax queda en libertad… eso significa que Kaol será libre. Ella podría concederte lo que deseas.

No estaba diciendo ninguna tontería, ambos sabíamos que eso era así, pero me costó darme cuenta de por qué, de repente, su mirada triste se tornó en una sonrisa amable.

—Erya, coge tus dagas.

Nathaniel desenvainó la espada.

—Vamos —insistió.

—¿Qué haces?

Estaba abrumada.

El plan había salido mal. No iba a poder desvincularme del Ibrax.

Salvo que…

Volví a mirarlo como quien mira su última esperanza de nuevo. Pero, esta vez, esa esperanza implicaba algo que me dolió mucho más de lo que reconocería jamás.

Implicaba su muerte.

Y yo sentí que, por primera vez, mi pecho escondía un pobre corazón cobarde.

—Es el pacto. Si no conseguíamos hacerlo juntos…, nos batiríamos a muerte. Ármate.

Tenía razón.

¿Pero por qué no me alegraba en absoluto?

Esas pobres lágrimas cayeron de nuevo como si ya se hubieran acostumbrado a recorrer mis mejillas.

—Ármate, joder —exhaló una risa nerviosa—. Debemos hacerlo.

Confusa por su tranquilidad, obedecí. Cogí mis dagas y todavía con la cabeza dándome tumbos… lancé mi primer ataque.

Pero él no se movió. Estuvo a punto de recibirlo.

Yo aparté mi daga.

—¿Qué coño haces? —Di un paso hacia atrás. Confusa—. Defiéndete.

Índice, mediano, anular, meñique…

Pero me temblaban las manos demasiado.

—Eso hago.

Volví a correr hacia él.

Apenas cubría mis golpes, tuve que…

Mierda. Aparté el arma.

—¡Nathaniel!

Empecé a llorar. No podía más. Esto era demasiado…

—Lucha —ordené—. ¿No obedecías mis órdenes? Obedece, joder.

Mis dagas se movieron rápidas, él no las esquivaba. Y yo necesitaba que luchara… mis manos se apartaban antes de propinar el corte, antes de cortarle el cuello…

¿Por qué no era capaz de matarlo?

Ese sentimiento que albergaba en mi corazón mientras lo miraba, continuaba ahí, más fuerte que nunca. Como una muralla infranqueable.

Pero quería romperla.

Necesitaba hacerlo.

—¿Por qué no luchas? —exhalé. Caminando de nuevo hacia atrás —. Es un duelo a muerte… ¡Tienes que luchar! ¿Qué estás haciendo?

Nathaniel respiró hondo, como si hubiera asumido algo que tenía miedo de decir en voz alta. Como si necesitara expresarme algo, pero no encontrara palabras para hacerlo.

La sonrisa volvió, pero tiró la espada al suelo y se arrodilló, delante de mí.

Yo lloraba y él también.

—No hay esperanza para mí, Erya —murmuró—. No en este mundo. No en un mundo en el que mi especie desaparecería si hubiera paz. No hay forma alguna de que yo pueda tener magia para siempre.

Ese sentimiento de mi pecho ganó a todos los demás. El muro se hizo más fuerte.

Y me arrodillé con él.

—No hagas esto —exhalé—. Me has mentido. Pero…

—Pero nada, Erya —murmuró.

—A mi lado puedes tener magia para siempre.

Él sonrió con tristeza, como si imaginara una posibilidad lejana que le hacía feliz.

—¿A qué precio? ¿A costa de tu mortalidad, Erya? —susurró, sin dejar esa sonrisa de lado—. Si sigo con vida, seguirás atada a esa inmortalidad que tanto odias.

La frase me golpeó como una daga en el pecho.

Mi mortalidad.

Mi libertad.

Lo había querido tanto tiempo que se había convertido en mi única salida. Pero cuando lo dijo…

No sentí alivio.

—No hagas esto. No conviertas tu vida en un sacrificio.

Nathaniel tragó saliva.

—No es un trato, Erya. Es lo único que puedo darte.

Yo no quería esto. No quería que el final fuera este.

Deseaba encontrar una salida, una forma de atravesar el Ibrax sin partirnos a ambos por dentro. No podía hacerme esto.

—¿Y a ti? ¿Qué te queda?

—¿A mí? La satisfacción de que sirva para algo.

Sonrió de nuevo. Sus ojos brillaban, y yo solo quería echarme a llorar junto a él.

—Yo no quiero que te mueras.

Nathaniel cerró los ojos un segundo, como si necesitara reflexionar aquella frase. Luego, los abrió despacio.

Y decidido.

—Lo sé.

Me temblaba el cuerpo, me temblaban los labios…

—Erya… —continuó—. Si me quedo, te condeno.

—No puedo permitir esto. No puedo…

—Te lo estoy devolviendo. —Tragó saliva.

Yo lo miré a los ojos, y sentí de nuevo que me faltaba el aire.

—¿El qué?

—La vida que no has podido vivir, Erya. La vida que has dedicado a proteger a tus hermanas. —Se miró las manos—. Y la que yo… te habría quitado solo por seguir existiendo.

Se me escapó un sollozo que detuve con la mano, como si tuviera miedo de que el templo de Nerón me escuchara.

—No.

—Sé valiente. Por ti. Permítete vivir, Erya.

Bajó la mano hasta mi muslo y, con cuidado, cogió mi daga.

Apoyé la mano en la suya, con miedo.

Detuve su movimiento.

—No… —repetí.

—Erya. —Sonrió—. Déjame hacerlo.

Nathaniel tiró de su mano como quien tira de sus cadenas por última vez. Esta vez apoyé la mano, no lo detuve.

«Kaol no escucha súplicas, solo compasión».

Él había entendido la última parte del velo, pero yo no dejé de llorar. Ni dejé de plantearme si hacía lo correcto.

Pero mientras mi daga le atravesaba el corazón, posé un beso en sus labios.

—Gracias por verme. Nunca fuiste un monstruo.

Eso fue lo último que susurré… y esperaba que me hubiera escuchado.

La libertad al fin me encontró, pero venía manchada de sangre.

Epílogo

Gracias por verme.

Erya Kaol a Nathaniel

Los soles de Teryon estaban relucientes aquella mañana.

Las cordilleras de Varkesh brillaban como si los reflejaran, como multiplicando su poder. Y yo estaba quieta en una meseta, con Basyr expulsando vapor por sus orificios nasales en mi regazo.

Aún me sorprendía al sentir lo fácil que era respirar cuando ya no había que contar los segundos como si fueran enemigos. La vida que pasa sin pedirme permiso por existir.

Vivía. No existía.

Gracias a aquel hombre.

Cinco años desde que su cuerpo cayó sobre el mío con mi daga en el pecho. Cinco años desde que me regaló lo más preciado que alguien podía desear.

La libertad.

Aún recuerdo el silencio del templo después, roto tan solo por mi llanto.

Hasta que el cuarto velo se rompió, como quien rompe un cristal pesado que lleva bloqueando algo demasiado tiempo, incluso el aire contuvo el aliento al dejar el corazón de nuestra diosa libre.

Lo sentí incluso antes de verlo. Como una presencia que vuelve pero que, en el fondo, siempre estuvo ahí.

Se me puso la piel de gallina al recordarlo.

Con el Ibrax liberado… llegó ella.

No fue una estatua, ni una forma humana. Llegó como un ente que me dejó fascinada, aun llorando en el suelo.

Su alma latía como una sombra encima de su corazón, con una presencia que daba miedo, aunque no pudiera verla.

Has elegido tu libertad. Has elegido tu bienestar. Y esa elección… es la oración que mi alma sí escucha.

No hablaba como hablamos nosotras… no necesitaba palabras en voz alta para que la entendiéramos. Esa voz se metió directamente en los huesos, en el centro del pecho.

Os lo otorgo. Os lo doy.

La vida que queríamos.

La mortalidad.

Y ninguna dudó. Esa voz pasó por mis hermanas una tras otra, según me contaron después.

La sintieron igual que yo, en el pecho, como una bestia que domina a otra por un momento. Como esa bestia que intentaba apagar en mi interior.

Sentí cómo se aflojaban mis hombros, mis ojos lloraban tanto por pena como por felicidad. Y sentir eso en mi pecho… fue extraño. Solo el amor se había colado al lado de la rabia, que poco a poco fue destruida por esa alegría que nunca había tenido la oportunidad de sentir.

A partir de ahí, el flujo volvió a su estado natural. Con la diosa despierta, todo dejó de sentirse como una cuerda tensa que era controlada por unos y por otros… y el fuego de Kaol lo convirtió en algo vivo, en algo natural.

Los necros no desaparecieron de golpe, ningún milagro borra siglos en un parpadeo. Pero el mundo dejó de parir nuevos monstruos y los que ya existían cambiaron, tal y como me dijo Nathaniel.

Quedaron hombres y mujeres inexpertos en la vida humana, que hoy en día siguen intentando integrarse. La mayoría están aquí, en Kaoral. Los inferis, nosotras las fénix…, los ayudamos a gestionar esa magia y a sustentarlos de la que necesitan para vivir.

Acaricié el lomo de Basyr.

Los ondrari buscaron excusas, culpables, formas de mantenerse en el poder saliendo ilesos. Pero yo no formé parte de su narración.

Si algo no había cambiado, en estos años, era mi certeza de que no consideraba que el reino mereciera salvarse, y mucho menos aquellos ondrari.

Merecía libertad quien permanecía atado a alguna condena, no quien había puesto los grilletes. No me molesté en darles ninguna lección que no habían querido aprender ellos solos.

Lo único que hice fue marcharme.

Llegué a Kaoral y me desentendí de todo… a diferencia de Lili o Agnes, que quisieron mantenerse al mando y ayudar a gestionar cosas que ocurrían fuera de la cordillera. Quería quedarme aquí, con mis hermanas y con el silencio que dejó la ausencia de Nathaniel.

El hombre que me vio por primera vez.

Y, sí, no cumplí del todo con lo que Ignis me pidió; el hiraia que una vez confesó en sus notas, como si fuese lo más normal del mundo, que era un viajero entre universos.

Su único propósito había sido que la verdad se supiera… y se supo, aunque yo me desentendiera después.

Quería seguir soñando con despertarme al día siguiente. Con poder reírme de tonterías, con no sentir un nudo de ansiedad cada

vez que daba un paso al frente.

Ni siquiera recuerdo la última vez que tuve que rozar mis dedos con el pulgar para aliviar la ansiedad.

Índice, mediano, anular, meñique…

Quería seguir cuidando de Gwenna, enseñándola a convivir con su nuevo yo y a aceptar sus bonitas alas que no eran más que una herida de guerra.

Quería seguir soñando con el recuerdo de la mirada pícara de Nathaniel antes de decir algo ingenioso. Con esa sonrisa torpe que aparecía justo antes de decir la verdad.

«Nunca temí al fuego».

Esa frase pasó por mi mente de nuevo. Todos los días lo hacía.

Y miré al cielo soleado de Teryon con esa sonrisa que solo pudo ver él apenas dos veces.

Me eligió, me salvó y me vio.

Y por eso, la libertad dejó de saberme a sangre… y por fin tuvo su nombre.

Agradecimientos

Este libro ha sido, sin duda, algo más profundo y complejo de lo que imaginaba cuando empecé a escribirlo. Me ha llevado por emociones por las que no había transitado antes y por conflictos que se alejan mucho de mí, precisamente porque necesitaba acercarme a ciertos mensajes en los que creo de verdad. Mensajes que tienen que ver con mis valores y con la persona que intento ser. Por eso, ha sido también un proceso más introspectivo (y, en muchos momentos, más solitario) que el de mi anterior trilogía.

A veces pienso en aquella Alba que escribió los tres libros de Crónicas de Hiraia: la que sentía que le debía algo a todo el mundo por haberla impulsado en cada paso. No le faltaba razón. Pero, con perspectiva, también creo que me acostumbré a restarme mérito; a pensar que, sin mi gente, no era nada.

Hoy quiero permitirme decirlo de otra forma: mis seres queridos me sostienen, me inspiran y me hacen mejor; me convierten en alguien más valiente y segura de sí misma. Pero también quiero reconocer lo que soy capaz de construir sola. Lo que he aprendido, lo que he conseguido, lo que he escrito incluso en los días en los que nadie podía hacerlo por mí.

Y dicho esto… Ahora sí: gracias.

A mi editora, Marta. La paciencia que has tenido conmigo

durante todo este proceso no tiene nombre. Gracias de corazón por respetar mis tiempos y no presionarme, por estar dispuesta a tenderme la mano y ayudarme incluso cuando no tenías por qué. Contigo me he sentido segura y valorada, pero, sobre todo, tranquila. Gracias por confiar en mi historia y por confiar en mí, como autora y como persona.

A todo el equipo de la editorial. En especial, a Noelia por haber aguantado a una autora tan caótica como yo. Gracias por apostar por mí y por trabajar tanto para que este libro salga perfecto.

A ti, Pablo, mi amor. Gracias por ser mi apoyo incondicional en la escritura. Siento que nada de lo que diga es suficiente, porque nunca pensé que alguien pudiera implicarse tanto en algo que me apasiona como tú lo haces. Gracias por escucharme hablar de esta historia cada día, y recibirme siempre con una sonrisa y los brazos abiertos. Por tu mente creativa que me ha dado ideas cuando me he sentido bloqueada, por las videollamadas de horas mientras escribía para que no me sintiera sola, por tu paciencia infinita cada vez que te he asegurado que no iba a poder terminarla… por demostrarme que soy capaz de esto y de mucho más. Gracias por recordarme de lo que soy capaz cuando no podía verlo y por no dudar de mí en ningún instante; mirándome siempre con ese orgullo que me pone los pelos de punta.

Como dice Erya a Nathaniel: «Gracias por verme. Te adoro».

A mi familia, gracias por vuestro cariño y por alegraros de cada pequeño logro que he podido disfrutar. Ojalá estas páginas os hagan sentir orgullosos.

A mis amigos, las de toda la vida, que me queréis siempre con esa incondicionalidad que os caracteriza; «Lalcaparra»… Os quiero mucho. Las escritoras, por vuestra forma de entenderme y confiar en que al final todo saldrá bien; es una suerte contar con amigas a

las que quiero tanto dentro de una profesión tan exigente. Y a mis amigos médicos, que me habéis sostenido y os habéis preocupado por mí y por este libro durante todo este proceso… Sabéis quiénes sois. Gracias a todos por quererme tanto.

A esta historia —y a quienes la habitan—, por acompañarme durante tantos meses y enseñarme más de lo que esperaba. Gracias, Erya, por recordarme que vivir no es lo mismo que existir, y que no hay nada tan poderoso como una mujer que decide coger su vida por los cuernos. Gracias, Nathaniel, por caminar al filo de la sombra y la lealtad, y por demostrarme que el amor verdadero es el que te quiere feliz, con todo lo que eso implique.

A mis lectores, gracias por sostenerme con vuestro cariño cuando dudaba, por celebrar cada paso como si fuera vuestro y por hacer sitio a mis mundos en vuestra vida. No sé cómo agradecer que confiéis en mí una y otra vez. Sé que esta historia es muy distinta a la de la serie Crónicas de Hiraia, pero espero que os abrigue el corazón, aunque sea de forma muy distinta. Os quiero, siempre.

Hay historias que hacen arder el mundo.

Esta es una de ellas.



Erya ha muerto cuatro veces. Cada una más dolorosa que la anterior. En el reino de Teryon, las fénix resucitan para servir. Para luchar. Para arder. Cada vez que mueren, el corazón mágico del reino late con más fuerza. Cada vez que resucitan, pierden un trozo de sí mismas.

Dispuesta a romper este ciclo de dolor, Erya enfrentará su destino al de Nathaniel, el guardián cuya muerte podría comprar la libertad que anhela. Nathaniel es una grieta en el sistema, una forma de quemarlo desde dentro. Pero cada paso que la acerca a su objetivo también aviva sus dudas.

¿Puede Erya amar lo que juró destruir?

¿Y qué quedará de ella cuando lo haga?

Alba Zamora (2001) es autora de fantasía y estudiante de Medicina. Tras la trilogía Crónicas de Hiraia, una invitación a soñar con habitar mundos imposibles, da un giro hacia una voz más adulta y épica. Oscura es la llama inaugura un nuevo mundo: más oscuro, más ambicioso y con el fuego como promesa y amenaza.



Primera edición: mayo de 2026

© 2026, Alba Zamora
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Ariadna Oliver Belmonte
Ilustración de portada: © Eva Eller

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-272-5687-3

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: editorialmolino
X: @EdMolino
Instagram: @editorialmolino
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Oscura es la llama
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45

Capítulo 46
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Alba Zamora
Créditos